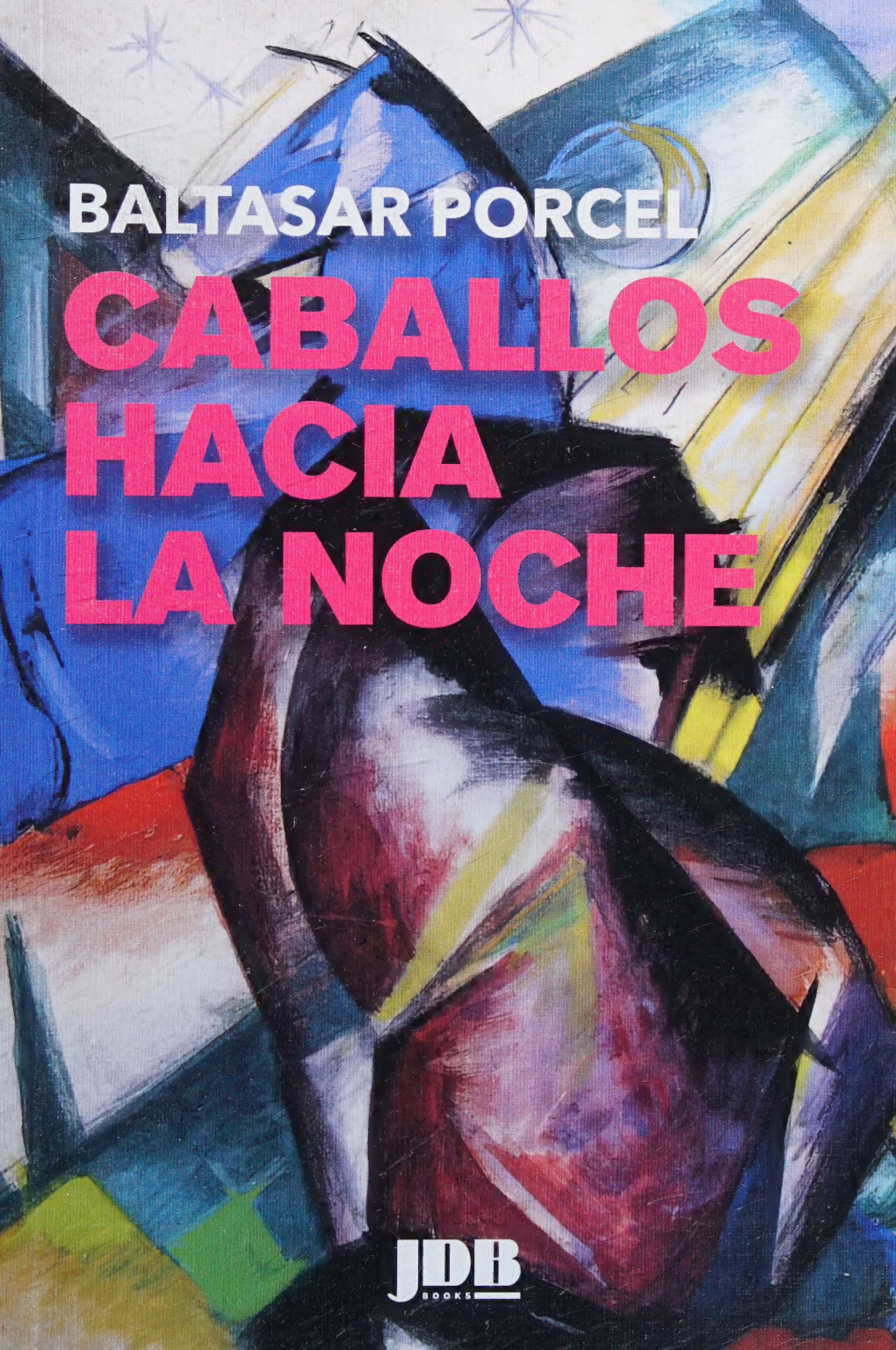
BALTASAR PORCEL
CABALLOS HACIA LA NOCHE
JDB
BOOKS

Baltasar Porcel (Andratx, Mallorca, 1937 - Barcelona, 2009) tiene tras de sí una vasta obra. Publicó novelas, cuentos, teatro, ensayos, biografías, y numerosas colaboraciones periodísticas. Su obra narrativa fue reconocida por premios y destacadas distinciones. *Difunts sota els ametllers en flor,* la edición catalana de *Difuntos bajo los almendros en flor* (1970) obtuvo el Premio Josep Pla y el de la Crítica catalana y *Cavalls cap a la fosca (Caballos hacia la noche*, 1975), el Prudenci Bertrana, el de la Crítica catalana, el español de la Crítica y el Internazionale Mediterráneo, otorgado en Italia.

Baltasar Porcel falleció en el año 2009 y su obra, tan seguida y celebrada en su momento, ha ido saliendo poco a poco del primer plano, siguiendo la norma casi inexorable de los autores fallecidos. Jot Down rescata esta narración de un autor vigoroso y heterodoxo que vivió y viajó intensamente, fue testigo de su época como pocos, y se mostró, en fin, como una figura siempre sugestiva y diferente.

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/caballoshacialan0000balt

CABALLOS HACIA LA NOCHE

BALTASAR PORCEL

Título original: *Cavalls cap a la fosca*
Versión castellana de Baltasar Porcel

Primera edición, abril de 2022
© Herederos de Baltasar Porcel, 2021
Prólogo © Rafael Ruiz Pleguezuelos
© Wabi Sabi Investments, S.C., 2022

Ilustración de portada: *Two Horses, Red and Blue*, de Franz Marc
Diseño de cubierta: Alfonso Barragán
Maquetación: Palabra de apache
ISBN: 978-84-123601-2-7
DL: B-5425-1977

Impreso en España – *Printed in Spain*

ÍNDICE

Prólogo
Mediterráneo inagotable
Rafael Ruiz Pleguezuelos 7

Caballos hacia la noche
Baltasar Porcel 13

PRÓLOGO

MEDITERRÁNEO INAGOTABLE

RAFAEL RUIZ PLEGUEZUELOS

Cuando un libro es tan bueno como *Caballos hacia la noche*, y además en tantos aspectos, escribir su prólogo es tarea sencilla. Puede empezarse diciendo, como primer cumplido, que ya no es la novela que se publicó en 1975. Es mucho más.

Hay un artículo de 1977 a cargo de José Luis López Aranguren para *El País* en el que señala las diferencias en la recepción del texto por parte del lector en catalán y en español. No olvidemos que Baltasar Porcel acostumbraba a publicar sus textos primero en catalán y después en español, encargándose él mismo de la traducción o alguien muy cercano. Afirma López Aranguren a propósito de la historia de la recepción de *Caballos hacia la noche* que «lo que en el primer caso se le ofreció al lector es una gran novela catalana. Lo que se le promete en el segundo es una novela de lujuria, violencia, torturas y venganza, es decir, un *best seller*». Lleva razón este escritor y filósofo, pero yo me permito llevar la cuestión más lejos: esa desviación en el mundo de las letras catalanas hacia el localismo nacionalista era miope, interesada y además traicionaba el deseo artístico de Baltasar Porcel, que creía en una novela *panmediterránea*, unida por el sol y la historia común, la reflexión acerca de la herencia debida a una tierra en la que tantas culturas distintas han dejado huella. La orilla castellana, la que en promoción lo pintó, según los casos, como un escritor erótico-pornográfico, salvaje o irreverente, directamente movería a risa al lector contemporáneo si no tuviéramos que reconocer que

en su momento lo ayudó a vender muchos libros. «Asómbrese con un autor insólitamente audaz» lucía en la cubierta de la edición de Plaza & Janés de antaño, con una portada en la que se recogían figuras humanas transgrediendo todo lo que se quería romper en aquellos días: los cuerpos, la historia, las ideas. Era 1975.

La mejor noticia para el lector contemporáneo de Baltasar Porcel y *Caballos hacia la noche* es que no es ni una cosa ni otra, sino algo mejor. Ni del terruño ni escandalosa: la novela es un intento bien logrado de crear esa narración total, totémica, que recoja en un solo texto muchas de las razones por las que la literatura es maravillosa. En *Los gigantes*, novela que dejó inacabada cuando murió, Baltasar Porcel nos dice: «quiero que mi libro sea así, la torrentera, para que lo incluya todo». *Caballos hacia la noche* es esa torrentera.

El autor amaba su tierra sobre todas las cosas, por eso el Andratx mallorquín que lo vio nacer es territorio privilegiado en sus libros. Ese es el gran campamento base de la novela, pero entendido desde una perspectiva abierta, mediterránea, en su acepción acogedora. En un artículo titulado «El libro, los cielos y la tierra», él mismo se encarga de definirlo: «¿Qué somos los escritores de los países mediterráneos, ya seamos turcos o catalanes? Muchas cosas y constantes, pues cuanto hacemos no adormece los sueños, sino que los estimula. Es la llamada de la vida intensa, de la frondosa diversidad, la que tira con fuerza de nosotros». Alguna vez llamó a su tierra «región planetaria», lo que resume en dos palabras esa aspiración a contar una historia local que mantenga un enfoque universal. El Mediterráneo es, por tanto, concebido como un territorio forjador de mitos, en el que todo parece situado por encima del azar, pero no de la Historia como juez supremo de lo que somos.

La premisa de arranque de *Caballos hacia la noche* es sencilla, delgada como una lámina de pan de oro: el narrador, que vive en París, encuentra en una librería de viejo un volumen que llevaba tiempo deseando y con el que intenta conectar la genealogía de su estirpe: los Vadell. Desde ese momento, se lanza a contarnos su historia.

Y para ello une relatos familiares, legajos, libros, archivos, todo vestigio documental que pueda iluminar la historia del apellido. Los sucesos agitados de los protagonistas sucesivos chocarán con la realidad de su tiempo y los vaivenes de la historia. En *Caballos hacia la noche* encontramos, por tanto, un *Decamerón* de sucesos familiares, que recorren países y siglos. Las hay de todo tipo: desde las luchas fratricidas a las intrigas vaticanas, desde las conquistas del Mediterráneo a las venganzas personales, del incesto al canibalismo. Al final de la narración, obtenemos el mosaico del comportamiento de una familia que te lleva, sin que el autor lo haga explícito en ningún momento, al pesimismo sobre el tipo de animal que somos. En un pasaje de la novela, Baltasar Porcel hace decir al narrador: «En Son Vadell, en lugar de vivir de abrazos, lo hacíamos de rechazos». Creo que la frase resume muy bien el espíritu de esta lectura. El sugerente título de la novela, por cierto, alude al escudo de la familia del narrador, tres caballos dorados sobre un fondo negro.

El escritor también muestra interés en tumbar leyendas y desviaciones históricas, incluyendo una revisión de la peripecia del Papa Luna que regala buenas páginas. En estos escrutinios del pasado me quedo con la historia de la gesta del Torricó, hazaña contra los moros que, según avanzan las páginas, se convierte en una venganza entre payeses, demostrando que de la verdad al mito hay mucho trecho. La lepra aparece en una de las historias como epítome del aislamiento al que sometemos *al otro*, y la narración del leproso aquí contenida está contada de la mejor manera.

A pesar de lo dicho hasta este momento, creer que *Caballos hacia la noche* es una saga familiar es caer en un engaño. Aunque la primera lectura te conduzca por ese camino, conviene darse cuenta pronto de que la verdadera protagonista es la tierra en su modelado antropológico. Son Vadell, la propiedad de la familia, como símbolo del empeño del ser humano por sujetar y poseer lo inasequible. El dominio de la tierra como testigo fulgurante de la vida, de la historia.

Todo cabe en *Caballos hacia la noche* porque todo lo que en ella se incluye es profunda, fundamentalmente humano. No hay piedad con nuestros deseos, de modo que la estirpe de los Vadell será presentada como esencia alambicada por los siglos de lo peor de nuestra especie. La historia más sobrecogedora al respecto, y que compone quizá el momento grande de la novela, es esa descripción de un hombre tajando la cabeza de los caballos de su hermano, protagonizando un Caín y Abel mallorquín en el que la sangre derramada llega a ocupar una finca. También es memorable la relación de un naufragio y de las tretas de sus supervivientes para aguantar con vida, o la historia de la prostituta Encarnació Bonmatí o la del maestro Rafael Bardají. Hay para todos los gustos.

Novela de intrahistoria, de cómo el paso del tiempo nos afecta. Baltasar Porcel sabe que la *historia pequeña* es el auténtico motor del mundo, y así nos lo muestra. La ejemplaridad ética no es para sus personajes, pero eso es lo que hace grande al texto, que recurre a la novela histórica no para crear esas revisiones complacientes y placenteras a las que estamos tan acostumbrados, sino una observación antropológica de lo que nos mueve, sobre todo lo malo. El sexo explícito, impulso que motoriza los mejores pasajes de la novela, se trata como una forma más de ambición y dominio. Deseas a la otra persona porque quieres tenerla, como se anhela una tierra o una casa y se pretenden poseer. El escritor José María Alfaro, en la reseña de salida de la novela en *ABC* afirmó que «sus criaturas no saben alcanzar el reposo», y lleva razón. La acción es incesante en *Caballos hacia la noche*. Las peripecias no se acaban nunca, porque el entorno mediterráneo, con la familia Vadell como ejemplo, es inagotable.

La novela gustará mucho a los amantes de lo que la tradición anglosajona llama *nature writing*. La calidad y la fuerza de las descripciones de la naturaleza pasaron demasiado desapercibidas en su momento, y eso que hay algunas visiones del mar y del campo que son de antología. La literatura de Baltasar Porcel se ha comparado en ocasiones con el realismo mágico del

boom latinoamericano. Es justo hacerlo. Andratx y Son Vadell componen un Macondo mallorquín envidiable por lo original de su tratamiento y porque viaja preñado de historias. Como en los personajes de García Márquez, en Baltasar Porcel la magia reside en la pretensión de buscarse a sí mismo en la reconstrucción de la historia familiar. Sabiendo que fueron muchos los contactos entre Porcel y los grandes genios latinoamericanos —a algunos de ellos incluso los editó—, la cuestión es clara. Las posibles referencias no acaban ahí: Leonardo Sciascia y su Sicilia cruel y sabia también pueden hacer un buen puente a su literatura.

Aunque ya he adelantado muchos de los grandes ingredientes de *Caballos hacia la noche*, tendría que llenar más páginas para sugerirles todos los motivos importantes que circulan por la novela. Adviertan que utilizo el verbo *circular*, y no aparecer, porque a Baltasar Porcel le interesaba que los ingredientes máximos de sus textos acudieran en loca recurrencia al lector.

No les he hablado hasta ahora de la técnica porque la he dado por supuesta. Resulta evidente que, si una obra contiene todo lo que les he anunciado, el autor posee un buen banco de recursos. El mallorquín es especialmente lúcido a la hora de crear metáforas y conseguir el malabarismo de acumular adjetivos en cada frase como quien guarda leña para el invierno. Su densidad puede abrumar al principio, pero la recompensa es segura. Creía en el orden artístico de la obra, por encima del cronológico o del evidente exposición/nudo/desenlace. Pensaba que podía dar al lector mucho más, literariamente hablando, y, en novelas como esta, lo consigue.

CABALLOS HACIA LA NOCHE

BALTASAR PORCEL

Los libros rescatados

A María Angels, que oyó el galope
de todos estos caballos.

Su propio corazón era como una gran sala vacía, llena de ecos de nombres sonoros y derrotados.

WILLIAM FAULKNER

Efectivamente, se trataba de una infinita aglomeración de infusorios pelágicos, de noctículos miliares, verdaderos glóbulos de gelatina diáfana, dotados de un tentáculo filiforme y de los que han sido contados hasta veinticinco mil en treinta centímetros cúbicos de agua. Su brillantez se intensificaba todavía más con los fulgores peculiares de las medusas, asterias, aurelias, foladas y otros coófitos fosforescentes, impregnados de los residuos grasos de las materias orgánicas descompuestas por el mar y, posiblemente, de las mucosidades segregadas por los peces.

JULIO VERNE

A la ventana oye correr el corcel del otoño y las hojas del miedo pisoteando crujen en sus arterias, hay algo sobre el cielo, como lengua de buey espeso, algo en la duda del cielo y de la atmósfera.

PABLO NERUDA

... enjaulada una horda de enanos con casacas de cuero, mi raza, corriendo, escalando, macheteando la carne de ballena llena de esperma con sus cuchillos de matarife. Hambre, peste y matanzas. Su sangre está en mí, sus lujurias, mis olas.

JAMES JOYCE

... podrido despojo en un mundo derrumbado.
Fauno mutilado,
surtidor enjuto,
jardín desolado...

JOAN ALCOVER

¿Ha sido un conjuro de otoño, con su follaje muelle y herrumbroso, sobre el cual se alza lívida Notre Dame, tallada cada piedra con la bordada precisión de un hermetismo, perfilándose puntiaguda contra el cielo desolado, nebuloso? No sé...

Me levanto siempre tarde, hacia el mediodía. La calefacción ha creado dentro del apartamento una atmósfera de espesor enfermizo que me amodorra. Me preparo una naranjada y café. Abro la ventana y voy bebiendo con lentitud, enciendo después un cigarrillo. E invariablemente me pregunto cómo describiría las grandes gárgolas de la catedral, que veo allí delante, más allá del río. Es una especie de obsesión, quizá relacionada con el sueño del cual apenas salgo. Sueño cada noche, me atrapa esta agobiante y viscosa existencia subterránea de la cual nada sé y que llevo dentro, que he de vivir, y donde siempre anidan inconcretas amenazas...

Pienso que las gárgolas provienen de un mundo semejante: son cuerpos de animal con esbeltez de ave, pervertidos por un bestial sardonismo de mueca humana... El Sena pasa plúmbeo, estoico, suave.

Acostumbro a meterme en la «Shakespeare and Company». Está al lado de mi apartamento, en la misma plazoleta de la Bûcherie. Los libros, los pósteres, objetos insólitos, como una balalaika o ajadas tarjetas postales de los años veinte, llenan hasta atiborrarla la decrépita librería, que rezuma humedad, y donde dormita sonriente el hombre de barbita de chivo, arrellanado detrás del pequeño mostrador. Me emociona, en cierta manera, lo que pueda subsistir aquí de las sombras de Joyce, de Gertrude Stein, de Hemingway, de cuando Sylvia Beach tenía la tienda esta en la calle del Odeón. Es como si en el aire remoto,

en la erosionada incuria que flota sobre el amontonamiento de los estantes, perdurara un eco de todo ello. Por los rincones repletos de libros, casi todos usados, encuentro como un rastro de acariciante placidez...

Y, de vez en cuando, descubro un ejemplar raro que me hechiza: El arte de la guerra, *de Sun Tzu; el* Tratado de los edificios, *de Procopio; el* Libro de Juan, arzobispo de Tesalónica, *evangelio asuncionista apócrifo, o un minúsculo volumen acabado de editar en el País de Gales, y que contiene aquellos inéditos de Dylan Thomas que comienzan: «Y cuando la última golondrina en el otoño te mire...».*

Hoy, sin embargo, mientras afuera se iniciaba una lluvia muy fina, que empañaba los vidrios, Notre Dame y los castaños, quienes han surgido, estallando como el florecer de un cohete en los cielos nocturnos, han sido todos ellos: Jaume Vadell, Escolàstic de Capovara, Gabriel Jovera, la voracidad del fuego en la noche, las galeotas surcando el Mediterráneo... Han brotado, sí, de las páginas de un libro; es como si se hubiesen despegado de la meticulosa asepsia de la letra impresa, configurando en la hora silente su última cabriola, corcovada y absurda.

Es curiosa la capacidad que tienen estos libracos olvidados, a menudo medio podridos, para exaltar mi sensibilidad y, a través de ella, convertirme en conducto de fugaces rescates de vidas ya hundidas. Como si de los muertos, devastadoramente lejanos, perduraran flotantes y sutiles piltrafas, todavía con una brizna de aliento, a las cuales un arbitrario soplo mágico pudiese revitalizar de nuevo, brevemente... No sé. Pero quizá lo presiento.

He hallado casualmente el libro al coger una edición de The shadow over Insmouth *—aquel hedor a pescado...— de Lovecraft, hecha por la Arkham House. Metido debajo estaba la* Contribución a las relaciones de la Orden de la Merced con los mercados de esclavos de Africa del Norte y de redenciones llevadas a cabo por Ella, *del padre Joaquim Santaló y Baratech, que fue impreso en Barcelona, en la imprenta de Jaume Jepús —la misma que editó* Las ruinas de mi convento, *de Fernando Patxot—, calle Petritxol, 9, en el año 1871. Hacía tiempo, mucho tiempo, que lo buscaba.*

Tanto como hace que me dedico a hurgar por los escuálidos y polvorientos, raídos archivos de mi pueblo, por las carcomidas cómodas familiares, y con lo que encuentro voy llenando de notas cuadernos y carpetas, que llevo siempre conmigo, como si fuesen una extravagante urna con todas las cenizas de todos mis muertos. Porque desde años atrás me ronda, informe y obsesivo, el proyecto de establecer una especie de relación genealógica de antepasados, zarandeada procesión perdida en la salvaje oscuridad de los siglos, pero sobre la cual salta, a menudo, un deslumbrante relámpago. O así lo creo...

Me interesaba el infolio del fraile Santaló porque dentro del ajetreo que los piratas turcos y berberiscos desarrollaron por el litoral del pueblo, Andratx, en el vértice ponentino de la isla de Mallorca, a diversos de mis antepasados les tocó navegar abrumados de cadenas y grilletes: Jaume Vadell, que aparece ahora en este grisáceo mediodía parisiense, fue el primero de todos... Y el último resultó ser el simiesco Arnau, del cual me decía mi abuela que su madre todavía lo había conocido, ya viejo: a finales del siglo XVIII lo capturaron, cuando tenía catorce años, y en 1827 fue liberado, precisamente por medio de los mercedarios; al volver al pueblo tenía unos brazos larguísimos, gruesos, y caminaba encorvado, a sacudidas. Al verlo, los niños huían espantados. Y dormía moviéndose en vaivén, como si todavía estuviese sentado en la bancada, atado al titánico remo...

Miraba la crónica del padre Joaquim, en la «Shakespeare and Company», medio leía desastres y rescates cuando, súbitamente, me encontré con la fantástica noticia. Compré el libro, apresurado, casi derrumbé a una chica árabe al salir corriendo hacia el apartamento. ¡Es como un enloquecido disparate que todo comenzara de forma tan inverosímil y...! Pero no, antes que nada debo contar toda la historia, he de remontarme al verano del año de gracia de 1678...

... Un día de viento de lebeche, supongo que cálido, cuando dos balandras moriscas, hinchado el velamen, proyectaban sus proas de media luna hacia el islote de la Dragonera, largo y de ásperos acantilados, con sus montes de arrasada vegetación, dentado perfil, extendido allí, frente a la costa andritxola. El sol, radiante escozor, debía convertir la mar en un hervidero de salpicaduras de luz. He navegado con frecuencia aquellas aguas en días así y es como si un fanatismo de fulgores transfigurara el océano.

En la torre de defensa del islote, cónica y maciza, figuraban como vigilantes Pere Papa y Gabriel Jovera. Al divisar las naves, que avanzaban escoradas para recoger de lleno el ojo del viento y navegar rápidas, Jovera y Papa encendieron la hoguera de leña verde y, con una sábana, lanzaron señales de humo en forma de pequeñas nubecillas para avisar a la gente de la villa. Sobre la cual, en el pico de Puig Comador, el vigía tocó el cuerno al ver la humareda. Tétrico, poderoso, el gemido de la gran caracola debió planear sobre el valle... El pueblo enfebreció, cerraron las puertas de la muralla, pusieron al fuego calderos rebosantes de aceite, cargaron las espingardas y excitaron a los mastines para la embestida.

Pero los navios no llegaron a la playa de Sant Telm, para dirigirse a Andratx, sino que derivaron hacia la isla Dragonera, atracando en ella. Y mientras los moros trepaban hacia la torre por la ladera de lentiscos y aliagas, Papa y Jovera se descolgaban por los riscos, intentando huir. Es probable que la idea de los piratas fuese la de desguarnecer la atalaya para, al cabo de un par de días, poder atacar el pueblo por sorpresa. En las crónicas de la época estos actos se repiten con aterradora monotonía. Verano y pánico...

Como un lince, Pere Papa escapó precipicio abajo, alborotando los nidos de gaviotas, que se alzaban chillonas, y aferrándose en los agudos peñascos, desde cuyas cimas lo observaban airadas las cabras salvajes. Pero Jovera, hombre panzudo y flácido, solo pudo esconderse en una cueva, de donde los sarracenos lo sacaron, arrastrándolo después por un cardizal hacia la orilla.

Zarparon las naves, con el rasguñado Jovera en cubierta, atado al palo mayor. Imagino el vacío, que debió rozar el enloquecimiento, que iría creciendo en su interior, mientras contemplaba cómo disminuía la costa, escuchando cómo se perdía el cántico de las cigarras entre los pinares, todo diluyéndose en la gloriosa luminosidad de la tarde...

La Universidad —el ayuntamiento— de Andratx concedió entonces la plaza vacante a Jaume Vadell, «casado y con dos hijos, propietario de un perro de presa, sin ocupación habitual, y que por dos veces ha sido sentenciado por agresión y robo, siendo también conocido como borracho y pendenciero», según consta en el asiento del libro de contabilidad de ese año. Por todo ello conozco tan bien el episodio: con Jaume Vadell empieza el árbol genealógico familiar. Anteriormente, nada se encuentra: solo el magma colectivo.

Al medio año de oficiar Vadell como torrero, llegó la súbita noticia de que los mercedarios habían conseguido rescatar a Jovera. La *Historia de la Baronía*, del reverendo Ensenyat de Can Joanillo, el profuso y confuso historiador local, lo reporta con énfasis: «... y plugió a Dios que en el curso de ese año tres cautivos andritxoles fuesen recuperados: la monja Emerenciana de la Trinidad Gilberta, de un serrallo de Bugía; Gabriel Jovera, atalayero de la Dragonera, comprado cuando estaba a punto de ser embarcado con destino a Alejandría, adquirido por un mercader de perfumes, y Tòfol Claramunt, hijo menor del molinero del mismo nombre, y al cual tenían repartiendo agua con una burra». Este último no consta en la *Contribución...* santaloniana. Los otros dos sí, en la lista de los redimidos en Argel durante el siglo XVII.

Entonces la Universidad notificó a Vadell que debería ceder el puesto a su antiguo ocupante. Jaume protestó por medio de jurisconsulto, alegando «perjuicios muy ciertamente graves, pues padre de familia y cristiano devoto soy». Pero la costumbre era restituir en su trabajo a los liberados. A Vadell, no obstante, le ofrecieron la primera vacante que se produjese en cualquier otra

atalaya del término. Al fin aceptó, declarando que entregaría personalmente el cargo a Jovera «con gran alegría».

Era a principios de marzo, un día borrascoso, la mar cincelada de nerviosas lechosidades y el cielo acerado, uniforme, bajo. Jovera llegaba con hambre y frío, medio calado por el estallido de las olas al atravesar el Freu, canal entre la Dragonera y Mallorca. Jaume Vadell lo esperaba al lado de una fogata, la ventisca arrastrando remolinos de humo que se perdían en la infinita desolación del paisaje. Vadell, a veces envuelto por la humareda como si fuese una enigmática aparición, señalaba sonriente a Jovera unos erizos que se asaban sobre la brasa.

Se sentaron a comer. Gabriel Jovera tomó el primer animalejo, hinchado y crujiente, lo peló. Y tragaba glotón cuando, lanzando un grito, empezó a revolcarse con frenéticos retortijones de estómago. Moría a la media hora, la boca espumosa y el vientre redondo y tenso como un odre. ¿Había decidido Jaume Vadell provocar una inmediata vacante, o se trataba puramente de una venganza, de una de las muchas brutalidades que aquel hombre arrebatado, colérico, cometió? En cualquier caso, Pere Papa, que agazapado tras un acebuche estaba espiando, echó a correr hacia el bote. Vadell lo persiguió, pero Papa pudo hacerse a la mar antes de que lo alcanzara. Y al llegar al pueblo, presentó denuncia. Pero, cuando la autoridad se personó en la Dragonera, Jaume Vadell ya no estaba allí.

Acaso nadando o a lo mejor con una rudimentaria balsa, Vadell había conseguido ganar la playa de Sant Telm. Durante semanas lo buscaron por las montañas y desfiladeros de los alrededores, tanto por las neblinosas y desiertas cimas de Galatzó como por las abruptas gargantas de S'Evangèlica, con las misteriosas voces que resonaban al atardecer y el recuerdo de abominables historias de sangre y de hombres como murciélagos... Pero solo encontraban rastros aquí y allá: cenizas todavía tibias dentro de una hondonada de helechos, un payés que se quejaba de que le habían hurtado una cesta de rábanos, una sombra furtiva que había sido vista bebiendo en el Pou de la Morta, aquel tétrico pozo...

Finalmente, con perros lo localizaron por las Planas d'en Verd, altas semas asoladas, y se inició una sañuda persecución, Jaume Vadell despistando a los animales a base de caminar horas y horas por los glaciales torrentes de montaña, hasta que los pies se le insensibilizaban, casi congelados. Una mañana, rendido, oyendo ya muy cerca el ladrido de los perros, Vadell se encontró en los alrededores del pueblo. Trepó por la colina del cementerio y, de golpe, vio como las tres grandes bestias peludas se dirigían hacia él, ladrando y corriendo. Detrás, gritaban los hombres. Vadell, mareado de cansancio y debilidad, la emprendió escalinata de la iglesia arriba. En el último rellano, los canes mordiéndole ya los talones, las voces de los alguaciles bramando cercanas, súbitamente el rector, mosén Gregori Seguí, abrió las puertas del templo: Vadell saltó adentro. Quedaba acogido en sagrado.

Al principio, todo marchó bien. Un guardia real permanecía vigilante frente a la iglesia, y Vadell no salía. Los feligreses podían verlo deambular cejijunto por la inmensa nave del templo, la esbeltez de la gótica geometría sofocada por la penumbra, o durmiendo en una capilla, acurrucado contra la estatua yacente de uno de los anónimos e indómitos caballeros de la Conquista, groseras tallas de piedra, gastadas, que cubrían los nichos, dentro de los cuales solo quedaba, llena de telarañas, la aplastante ruina de un manojo de huesos.

A veces lo visitaba la familia, mujer y dos hijos —parece ser que otro había enloquecido y que fue misteriosa y brutalmente muerto a garrotazos, al decir del registro municipal—, varón y hembra. Juntos comían unas cebollas o un pan pringado en aceite, bajo la severa imagen de Jesucristo crucificado o de Santa Lucía mártir, en la mano el platillo con los dos ojos, redondos y relucientes en la escasa claridad de la capilla.

¿Cómo sería Jaume Vadell, incluso físicamente? Ni un dato ha subsistido y de su persona solo queda la noticia de los hechos, semejantes a las presurosas siluetas, remarcados los perfiles, de las sombras chinescas... Y es en este rastro pragmático, tan

contundente al principio y a la larga tan insidiosamente ambiguo, donde puede adivinarse una especie de retrato suyo, aunque seguramente arbitrario y acaso demasiado arquetípico. ¿Pudo ser un hombre alto, de rostro ancho, burdo, la mirada aguda y vigilante como la de un zorro? Amplio de hombros, velloso, tenso el bíceps. Así al menos *lo veo*... Una mezcla entre calculadora y audaz de individuo sanguíneo, tan pronto esquivo como violento. Se movería dentro de la iglesia con creciente irritación, inactivo y por eso mismo más sometido aún a las exigencias de la imaginación y de la carne, de su naturaleza depredadora y habituada al vagabundeo.

Por este conducto estalló el primer conflicto. Entre la parroquia y la rectoría había un pequeño huerto, que cuidaba la madre del rector, una vieja delgaducha y con un respetable bocio. Era verano, las noches cálidas y estrelladas, el valle rebosante del chirriar de los grillos y con el interminable canto del búho, litúrgico bocinazo. La mujer, que dormía allí cerca, escuchó una noche gritos entrecortados y roncos, un aparatoso movimiento entre la hortaliza. Salió al terrado: allí abajo, entre las coles pomposas y el delicado perejil, a la luz de la luna, azulada y diáfana, vio a Jaume Vadell y a su mujer, desnudos y entrelazados entre gemidos y risas, al aire los gruesos muslos de ella, blancos, y él agachado en medio como una amenazante bestia de oscuridad... La vieja debió de chillar, asustada.

Fue este el inicio de una complicada lidia de insultos, el rector intentando calmar los ánimos, que volvían a encenderse cada vez que la mujer se encontraba con la pareja enredada. La indignación consumía a la vieja y el bocio aumentaba. Pronto pareció como si tuviera cuello y cabeza invertidos, y el cirujano del pueblo, un barbero, le abrió la enorme protuberancia: una gangrena veloz la mató.

«Y hoy hemos dado tierra sagrada a mi madre, muerta a resultas del bocio y de la maldición que el Señor nos ha enviado en la persona de Jaume Vadell, torrero. Ha confesado y recibido los

Santos Sacramentos y ha pedido que se le diga misa perpetua por su alma, el día de San Joaquín y Santa Ana. Que Dios la tenga en gloria, amén», escribió, quizá tembloroso, el rector Seguí en el registro.

Después, corrieron voces de que Vadell salía de noche de la iglesia y asaltaba las casa de las afueras, a la vez que atracaba a los caminantes solitarios. Exigía que le dieran, según consta en el papeleo que le fue posteriormente incoado, «pan, aceite y carne de pluma, para alimentarse él mismo y su mujer e hijos y el mastín que la dicha familia le cuidaba». Mosén Gregori un día lo conminó con aspereza a que se enmendara: Jaume Vadell lo embistió y estuvo a punto de ahogarlo en la gran pila bautismal, que configuraba una monumental y marmórea concha.

Pero el desastre definitivo tuvo lugar a mediados de octubre. Una tarde, el templo desierto, acudieron a rezar un viudo reciente, peletero de profesión, y su hija, de catorce años, llamada Paula, «rubia» dice el texto de la denuncia, y la imagino una muchachita callada, las trenzas gruesas y largas, azules los ojos… Bien: Jaume Vadell se precipitó contra el peletero, lo golpeó hasta dejarlo inerte, y allí mismo, en la capilla de San Antonio, violó a la muchacha. Después, acaso media hora más tarde, llegó una beata: el peletero todavía estaba desmayado y Paula lloraba en un rincón, desgreñada y con los muslos empapados en sangre. Y la puerta del campanario, la que daba a la retorcida escalera de caracol, estaba cerrada por dentro…

A veces pienso en este episodio. Recuerdo que fue una tarde cuando lo leí. Había quedado solo en el juzgado, destartalada oficina que daba a un empinado callejón, lívido de invierno, por el cual únicamente pasaba, de vez en cuando y agachado contra el viento, algún viejo, el rostro crispado por el frío y el esfuerzo… Sentí entonces, y me retorna ahora al rememorar aquella hora y el documento, una angustia sutil, como un dejo enfermizo y agridulce… Ningún otro papel he encontrado jamás sobre Paula, ni tan solo el acta matrimonial o la partida de defunción, y los

he buscado. Paula pasa por esta historia casi como un suspiro, adolescente preciosa y destrozada, fundida en la nada...

Entrada la noche, el juez acudió al templo y, delante de la soberbia portalada de los doce apóstoles, amplio semicírculo de ceremoniosos y barbados relieves, a grandes voces instó a Jaume Vadell a que abandonase el sagrado y se entregara a la justicia secular. Desde las altas ventanas del campanario, entre risotadas, Vadell le disparó un arcabuzazo que le abrió la cabeza como si fuese una granada.

Vista la gravedad del caso, poder real y episcopal llegaron a un acuerdo y un viernes, al mediodía, penetraron en la iglesia el alcalde, un notario, el rector, el oficial real y dos guardias, un escribano. Este, en la nave vacía donde resonaba profundo y solemne el eco de la voz, procedió a leer la sentencia según la cual el obispo entregaba a Jaume Vadell al virrey. Nadie contestó. Tres veces lo repitió el escribano. Silencio. Y se pusieron a registrar el templo.

Saqué copia del expediente instruido en el Archivo de Protocolos de la Mitra: «... Ítem declaro que en la capilla del Dulce Nombre de Jesús, detrás del altar y debajo del mencionado altar, que está vacío, encontramos la persona de Jaume Vadell, el atalayero, solamente con camisa y calzones, que de allí salió y tenía un zurrón, bolsa y frascos de pólvora, una calabacita de aceitunas, una capa apolillada y una casaca en buen estado, una escalera de cuerda y una escopeta, que él dijo la quiero más que a la vida mía, y fue descargada la dicha escopeta, armada con pólvora y dentro de la dicha pólvora perdigones y un dado de hierro como bala. Y dentro del zurrón fue encontrada una talega delgada y larga y verdosa con más de una libra de perdigones dentro y también una bolsita con el contenido de veinticinco dados, seis cargas de pólvora y cuatro cartuchos que no tenían pólvora y sí solamente un dado dentro de cada cartucho y el mencionado Vadell dijo que eran cartuchos para no tener que enredarse buscando los dados dentro de la bolsita y que cargaba la escopeta con dados y

perdigones porque el dado además de su efectividad al tocar el cuerpo humano esparcía más los perdigones que así el tiro era más seguro y que al salir de la persona tocada desgarraba la carne haciendo más herida...».

Vadell fue internado —«enclavado»— en la prisión episcopal de Sant Miquel, de la ciudad de Palma, en la hoya de la Torre Bufera. Y vio delante de sí el espectro de la horca, cuando fuese entregado del brazo eclesiástico al secular, porque este solo había actuado en nombre de aquel.

Y empezó entonces una solapada competencia de jurisdicciones: la Curia episcopal, después de haberse servido de las autoridades reales, aleccionó a Vadell para que se declarase culpable, a fin de que no se celebrara juicio, evitando así otro precedente de intromisión secular en el campo de las prerrogativas de la Iglesia, a cambio de lo cual, dijeron al reo, salvaría la vida. Suplicó este, entonces, que «mientras corre la contención entre las dos curias para ver si goza de la inmunidad de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, el suplicante, que entiende gozar de la mencionada inmunidad, para evitar la contingencia admitiría la pena de galera perpetua y solo en este caso renunciaría a la mencionada inmunidad».

Así ocurrió: el «die 27 mensis Augusti anni a Nativitate Domini 1689», el tribunal aceptó la petición, condenando a Jaume Vadell a «ir a servir como remero en las galeras de Su Majestad, que Dios conserve, por toda su vida».

Enganchado a una cuerda de presos, Jaume Vadell fue conducido a bordo de un falucho y, un día de parsimoniosa mar gruesa, hacia la galera donde le pondrían los grilletes. La veía de lejos, larga y esbelta, meciéndose al paso del oleaje, frente a la torre de Porto Pi, en Palma. Era la *Santa Eulària Catalana,* las características de la cual fueron consignadas en los libros del Consolat de Mar: cuarenta metros de eslora, aparejo de vela latina, cinco hombres por remo... Mientras se acercaban, seguramente pudo Jaume Vadell distinguir, flameando en el castillo de popa,

el pabellón del capitán: tres pequeños caballos dorados, sobre un campo negro.

Jaume Vadell había visto siempre «la bandera de los caballitos», como la llamaban en el pueblo, izada allá arriba, en la torre de Son Capovara. Como un alegre signo de victoria, el banderín aleteaba y, al moverse, parecía que los caballos, minúsculos e intrépidos, galopasen por el ancho cielo... El capitán de la *Santa Eulària Catalana* era Escolàstic de Capovara. De niño, Jaume Vadell, cuyo padre trabajó de pastor en Son Capovara, había jugado a menudo con Escolàstic. Más tarde, este marchó a enrolarse en la Armada del Rey. La familia de Capovara, descendiente de un napolitano que había sido intendente de Artillería en la corte de Alfonso el Magnánimo, contaba entre la raquítica aristocracia local.

La finca de Son Capovara era grande: partía del valle andritxol, se internaba por las hondonadas de Galdana y el monte de La Santa, doblaba hacia la Vall deis Marts. Apacibles bosques de encinas, pinares inacabables y la tierra de secano, buena para algarrobos y legumbres, constituían la base del predio. La casa solariega era cuadrada, de muros altos y terrosos, con balcones y ventanas caprichosamente distribuidos, las almenas de la torre coronando los tejados. Una arcada honda, lóbrega, constituía la entrada: comunicaba con un patio interior, empedrado de guijarros, entre las lisas y elevadas paredes, donde nunca daba el sol. Había algo de fortificación, de encierro monacal, en la fachada de la casa, aislada en medio del llano.

Por dentro, constituía un laberinto de escaleras y pisos, de vastas salas. Hablaré a menudo de los corredores y las habitaciones de Son Capovara, de su silencio remoto, y del patio, un moho oscuro, craso, aferrado a sus cantos rodados, al redactar esta memoria colectiva... En la parte de atrás tenía una amplia terraza, delante del jardín: begonias, buganvillas, gigantescos palmitos, cactus y un surtidor central. Venía después el huerto de los limoneros, que se extendía hasta el torrente, con su línea de altísimos, temblorosos olmos, en primavera, llenos de aquellas mariposas rojas y negras,

con un toque de dorado verdoso... El señor Escolàstic embarcado, en Son Capovara vivían su esposa, dama Elena, frágil de cuerpo y cabello color maíz, desdentada a causa de un tifus; sus hijas, Úrsula y Maciana, y el hijo, Alexandre, un hombre grande y de aspecto blanduzco. Si hacía buen tiempo, la familia salía cada tarde a pasear hasta el torrente, a contemplar la huida del agua, a escuchar el juego de sus murmullos bajo el inextricable puente de zarzamoras.

Y el año 1692 el alcalde tuvo que comunicar, de pie en el patio de Son Capovara, mientras tosía con gravedad, que la *Santa Eulària Catalana* había sido apresada por los berberiscos en el curso de un enardecido abordaje en aguas de Gibraltar, la tripulación muerta o cautiva y transportada a algún ignorado lugar de África del Norte, puesto que los mercedarios habían hecho saber que la posible dotación sobreviviente no había sido puesta a subasta en ninguno de los mercados de esclavos a los que la Orden tenía acceso.

La dama se desmayó, el hijo proclamó que vengaría a su padre, las hijas se abrazaron, cegadas por el llanto... Un rebaño de ovejas descendía, en lento esquileo, entre los algarrobos...

Treinta años se desvanecieron... Dama Elena ya había muerto. Alexandre no se había casado, y sospecho que se murmuraba que tenía aficiones contra natura, porque en la *Flor de romances andritxoles,* que en 1803 publicó el doctor en Ambos Derechos don Bonaventura Montmeló, se recoge una copla que en un momento dado dice que «de los Capovara el primero es Alexandre y le gusta el trasero», y el último miembro masculino de la familia fue, precisamente, el primogénito Alexandre que ahora nos ocupa... Llevaba este, por otro lado, la finca, donde en aquel tiempo vivía también su hermana Úrsula, viuda desde hacía siete años de un notario de Palma, muerto cuando la famosa epidemia de cólera que azotó entonces la isla de Mallorca; Maciana, la otra hija, habitaba en Palma, casada con un teniente de Caballería, y tenía mellizos.

En casa de los Vadell, un barracón medio cueva, cerca del Clot de l'Argila, cuyas paredes, cuando llovía, rezumaban humedad, también la madre había entregado su alma a Dios. Onofre, el hijo, hombre silencioso, probablemente cazurro, acaso de cortas luces, trabajaba de herrero en la fragua del pueblo. La hija, Margarideta, después de parir muerto a un niño de padre desconocido, había sido engullida por los burdeles de la ciudad.

Y ningún otro indicio había llegado de la suerte de los tripulantes de la galera, dados ya por definitivamente perdidos...

Cuando apareció, una mañana de abril, en una carroza de alquiler, cuyas llantas rompían el finísimo y pulido velo de la helada, el señor Escolàstic de Capovara. Volvía enormemente viejo, fatigado el aspecto, la piel surcada de arrugas y violentamente tostada por los soles africanos, una barba negra y ancha en forma de abanico. Se cubría con una especie de largo capote marengo, exhalaba todo él un aire sombrío y esquinado. Solamente en los ojos perduraba algún rastro de la antigua arrogancia: una intensa mirada al fondo de las profundas cuencas, una mirada siempre igual, inquisidora, desprovista de cualquier matiz.

La Orden de la Merced lo había redimido cerca de un oasis de la Tripolitania, donde lo tenían enganchado a una noria, dando vueltas como un burro, bajo la música de los cangilones que vaciaban, chirriantes, el agua fresquísima, de una transparencia acerada.

En el diario del doctor Santmartí constan los festejos organizados por el retomo del antiguo capitán: una misa en acción de gracias, bailes en la plaza, invitación general de agua con azucarillos y ensaimadas en Son Capovara... Actos que «el ilustre marino presidió sin apenas abrir la boca, poniendo así de manifiesto el atribulado cansancio y los dolores que lo carcomen por dentro».

Paseaba el anciano por el predio, ensimismado en un meditativo silencio que prácticamente solo quebraba para recordar, raptos de apasionado barboteo que nadie se atrevía a interrumpir, la horrible epopeya africana. La batalla de Gibraltar, entre gritos,

humo y sangre, el ensordecedor estruendo de los cañonazos, y el abordaje blandiendo espadas y cimitarras. Los mercados de esclavos, ellos de pie y prácticamente desnudos, bajo el sol y con un mosquerío que se les pegaba al abundante sudor que los empapaba, los compradores palpándoles los bíceps y la dentadura. Caminar meses y meses por los desiertos calientes como hornos, llevando del ronzal a los abúlicos camellos, que te clavaban un mordisco si te descuidabas, y que transportaban embriagadores fardos de especias. Los apestosos retretes de un cadí del Atlas, que durante años había tenido que limpiar. Un huerto en las inmediaciones de Túnez, donde cavó de sol a sol, azotado, durante dos años... «Y no te mueres porque los hombres somos como bestias roñosas, que seguimos tratando de vivir, comer y cagar, aunque nos escupan y nos apedreen, a pesar de que el cuerpo se nos pudra...», se crispaba Escolàstic de Capovara, los ojos desmesuradamente abiertos.

Una terrible aureola de tragedia rodeaba aquella figura gastada y prócer, milagrosamente llegada de los confines del mundo. La familia, los notables locales que iban a visitarlo, escuchaban respetuosos. Y al acabar, se sumía el anciano en un mutismo absoluto, melancólico, del cual no conseguían sacarlo ni los mellizos, cuando su madre, la hija Maciana, los llevaba a Son Capovara a pasar unas semanas.

Un día, el capitán Escolàstic se detuvo delante de la herrería. Entre los otros oficiales, Onofre Vadell introducía un hierro en la fragua, lo sacaba candente, y a martillazos iba dibujando la forma de un pico. El aristócrata miró largo rato en silencio y después le preguntó a Onofre qué había sido de su familia. Tartamudeando, temeroso de que los pecados de su padre cayeran sobre su cabeza, el hombre fue contestando. El capitán escuchaba, inclinada la testa. Onofre calló. El señor Escolàstic continuó mudo. Los otros herreros estaban en suspenso.

Al fin, pausadamente, Escolàstic de Capovara habló, explicando al joven Vadell que su padre, en la morería, había sido un auténtico modelo de abnegación y compañerismo para los otros esclavos,

dispuesto siempre a sacrificarse por ellos, manteniendo vivo el fuego del coraje, y que había muerto hacía poco más de un año precisamente por salvar la vida de otro esclavo, que iba a ser castigado por haber dejado que un buey se acercara a un barranco, donde cayó. A los cautivos jóvenes les permitían muchas cosas; de los viejos, sin embargo, solo trataban de deshacerse, bajo cualquier pretexto. Jaume Vadell se declaró culpable y de un hachazo le partieron la cabeza. Y el otro esclavo, dijo el anciano, el verdadero culpable, era él, Escolàstic de Capovara. Todo el mundo se le quedó mirando boquiabierto.

Después, el capitán se dirigió al dueño del taller: que pidiera por él cuanto dinero quisiese, que lo compraría para Onofre, en agradecimiento al altísimo recuerdo de su padre, el galeote Jaume Vadell. «Augusto gesto de un corazón piadoso, que fue loado en todos los hogares del pueblo», dice Santmartí, rematando su narración, y después de agregar que el marino Capovara también encargó a Onofre que localizara a su hermana Margarideta y la casara con un «hombre honrado», que él pagaría una generosa dote.

Y esa misma noche llameó un turbulento incendio en Son Capovara. Nadie supo cómo había comenzado. Se dieron cuenta cuando el siroco, cálido, levantaba el fuego como si en la oscuridad se fuesen formando, licuando y deshaciéndose monstruosas flores. A la madrugada calmó el viento, y el voraz roer del fuego se oía por todo el valle, como si un gran animal estuviera rumiando.

Toda un ala de Son Capovara quedó en ruinas: Úrsula, la viuda notarial, sucumbió abrasada. Se la oyó gritar entre la posesa y hambrienta rojez, pero resultaba imposible acercarse a ella, sacarla. El pueblo veía pasar por los callejones, cabizbajo, a aquel hombre sometido a todas las adversidades.

Que se repitieron ocho meses más tarde. La otra hija, Maciana, había pasado el verano en Son Capovara, haciéndole compañía a su padre. Los mellizos corrían y reían por la terraza, ponían sombreros de paja a los bustos de la baranda, que representaban

barbudos guerreros. El abuelo se sentaba en el poyo, a la sombra del cedro, imperiosamente oscuro el verde de su ramaje. Los niños se le acercaban, les acariciaba el rizado pelo, perdida la mirada por el valle, rastrojos y almendral cocidos por el sol.

Por septiembre, Maciana y los mellizos partieron hacia Palma, en compañía de una criada. Mientras el cochero vociferaba a los caballos, los niños saludaban al abuelo, el cual, de pie ante la maciza y basta arcada de Son Capovara, quedó inmóvil hasta que el carruaje se hubo perdido detrás del último recodo del camino. Cerca de Camp de Mar, en la cuesta de la Font deis Eucaliptus, olorosa bajo el intenso aroma de los árboles inmensos, inopinadamente aparecieron unos enmascarados que dispararon sus arcabuces contra el coche: los niños, Maciana, la criada, resultaron muertos. Solo el conductor quedó malherido. Los atacantes nunca fueron capturados.

En la iglesia, presidiendo los untuosos cánticos del funeral, el señor Escolàstic de Capovara parecía ausente, postrado en el reclinatorio, y ni siquiera respondió al pésame que le daban los asistentes.

«Pero todavía otra esponja empapada de hiel sería ofrecida a aquel santo varón», como dijo más adelante, en las exequias del propio capitán de Capovara, el canónigo Bosch y Mas, venido expresamente de la Seo de Palma para pronunciar la oración fúnebre del prócer, un resumen de la cual figura en el libro de *Efemérides* de la parroquia. El hecho fue el siguiente: Alexandre, el hijo del señor Escolàstic, el que poseía la pasión de la caza, una noche no volvió, habiendo partido al filo del alba. Se organizó una batida, la gente dispersándose con antorchas de resina por los senderos de montaña, dando grandes voces que el eco se llevaba y devolvía, inyectando de insólita y nostálgica animación montes y hondonadas, abismados en la negror.

A media mañana del día siguiente lo encontraron: estaba al fondo de una sima, donde debía de haber caído, aplastado sobre una mata de romero, una hueste de cuervos picoteándole

el vientre, la cara. Los ojos se habían convertido en dos cavidades sanguinolentas, uno de los pajarracos levantaba el vuelo con un tumefacto intestino en el pico...

Escolàstic ya no volvió a salir, en vida, de la casona. Pidió, y le fue concedido, que el oficio de difuntos por el alma de Alexandre fuese celebrado en la capilla de Son Capovara. El anciano lo siguió de pie, con helada firmeza, un rictus extraño en la boca. A partir de entonces, las noticias sobre su vida solo trascendieron a través de los criados: declinaba mudo, solitario... A su entierro se presentó todo el pueblo, que lloraba al influjo de la estentórea voz del canónigo Bosch y Mas exaltando la ínclita memoria del difunto, el cual, máscara de exaltada lividez, estaba allí, extendido en el ataúd, flanqueado por altos y gruesos cirios.

Leído el testamento —que consta en la notaría de Andratx, fajo número dieciocho del cuarto estante—, los parientes de segundo grado, únicos presuntos herederos, puesto que los propios ya habían fallecido, se miraron sorprendidos: el señor Escolàstic de Capovara solamente les dejaba cuatro migajas, yendo a parar todo el paquete de su fortuna a los hermanos Margarideta y Onofre Vadell, a partes iguales, y heredándose mutuamente en caso de muerte o desaparición de uno de ellos. «Agradezco así —había hecho escribir al notario el oficial náutico— el extraordinario servicio que me hizo el padre de Margarida y Onofre, el galeote Jaume Vadell, ejemplo de cristianos».

Onofre se instaló en Son Capovara, el cual se convirtió, una cincuentena de años más tarde, en Son Vadell, al mismo tiempo que la familia comenzó a usar el *de* delante del apellido por obra y gracia de esa mujer feroz, puntal de orgullo, la vengativa Elionor de Vadell, la heroica duquesa de Pantaleu evocada en la fiesta anual de los Valerosos Duques contra el Infiel... Estirpe esta la nuestra de la que soy, hasta el momento, el último representante.

Afuera llueve mucho. Apenas vislumbro Notre Dame. Vuelvo a tomar el libro del padre Joaquim Santaló y Baratech. Lo estaba leyendo, sí, hace un rato, cuando me he encontrado con la

noticia que ha levantado del más allá toda esta minúscula e intrépida constelación de sombras... Noticia fechada en mayo de 1732, y que el mercedario barcelonés recoge de un cofrade suyo, el famoso monje Aníbal de Benavente, quien, después de actuar durante veinte años en África, retornó a la península, ciego. Instalado en Cádiz, dictó sus memorias, que nunca fueron publicadas y que están, según Santaló, en la madrileña Biblioteca Nacional. Dice:

«Un caso notable sucedió en Bongasik de la Tripolitania, según corrió entre los esclavos cristianos, y fue el de dos cristianos nacidos en el archipiélago llamado de las islas Baleares, de una población de allí, por cuanto su lengua era la de la nación catalana, y que llevaban muchísimos años cautivos, y fue que, habiéndose por fin negociado la liberación de uno de ellos, llamado Cap de Tara o Capo y Bara, que capitán había sido de galera española, otro compañero lo apuñaló y lo enterró en el desierto, haciéndose pasar por el muerto y diciendo que él, el vivo, había escapado. Consiguió así retornar a la madre patria, burlando a los infieles y a Dios y a los hombres, que en el Juicio Final todo se sabrá y será juzgado. Era, el pecador, conocido por el nombre de Badel o Bedello, y según las voces había sido capturado en el mismo abordaje que el capitán. Información esta que recibí a punto de volver yo a Andalucía, la cual sin embargo no pude verificar debido a mi estado de ceguera, premio que me fue otorgado por el Señor para que así pueda mortificarme más y alcanzar con ello la gloria celestial».

¿Qué ocurrió, en el primer tercio del siglo XVIII, en el hermético solar de Son Capovara? Ya nunca nadie lo sabrá. ¿Quién era aquel hombre, viejo, tétrico, silencioso, bajo la mirada del cual los Capovara fueron desapareciendo, uno a uno, y los Vadell se elevaron? ¿Qué hizo?... De todo lo que aconteció solo quedan preguntas y rastros espectrales, pugnando en vano en estos

amarillentos papeles, cargados de insondable nocturnidad. Y a caballo de los tres caballos, que de oriflama esta de los Capovara pasó también a serlo nuestra, del rebautizado Son Vadell, quizá por inercia, porque había continuado allí, izada al viento de la torre.

Yo, sin embargo, ya no la vi nunca allí. El Son Vadell que me tocó vivir fue el de la penosa, lenta decadencia. Y a la oriflama la abuela la tenía cuidadosamente plegada, con bolas de naftalina, dentro de la cómoda de la habitación donde, decían, había pasado sus últimos años y muerto Leandre Antoni de Vadell, alienado de soledad y de amor, y en un rincón de la cual, de pie contra la pared y blanco de polvillo de la cal, que caía descascarillada, se guardaba aquel enorme violonchelo, la mitad de las cuerdas rotas. Según parece, había sido también de Leandre, que lo pulsaría esperando el postrer aliento... Me gustaba, al ir por allí, darle una furtiva rascada a las cuerdas: saltaba un vibrátil chillido que se perdía parsimoniosamente más allá de puertas y corredores, como si un loco o una bestia fueran huyendo, aullando.

La abuela sacaba el pendón, lo extendía ausente: era un trapo deshilachado, desteñido el oro de los caballejos y la negra seda del fondo, imprecisa reliquia de la difuminación de un tiempo y una gente. Todo, en la finca, se sumergía cada vez más en una atmósfera de consunción. Recuerdo perfectamente la última vez que vi la casa, igual que si tuviera ahora delante de mí una estampa de colores exacerbados, carnosos, con esa pastoridad cromática de la carne recién troceada, en la cual parece como si quedara aún una ciega y espesa vitalidad.

Era, como es hoy, en otoño. Sombría e imponente, la casona se perfilaba a contraluz de un fastuoso crepúsculo, nimbado al oeste por resplandores lejanos, amoratados, como premonitores de un solemne apocalipsis.

Devorado por una cabalgante invasión de hiedra, sin podar desde hacía años, desde mucho antes de morir la abuela e irme yo de Andratx, más que un edificio, Son Vadell parecía una colina de matorrales, fardo de encrespada y tupida lubricidad vegetal, de la que brotaban flácidas cabelleras de minúsculas flores, de un azulado enfermizo. La torre, las ventanas, el arco del patio habían adquirido formas estrambóticas, absorbida ya su estructura por la poderosa embestida de la vegetación. Como si la casa hubiese retrocedido hasta un estado previo a la vida del hombre, en el cual volviera a triunfar, caótico, insaciable, el reino de la savia.

La abuela y yo solo habitábamos una mínima parte del edificio: la cocina, oscura y llena de hollín, alargada, que parecía un sótano; los dormitorios, con aquellas camas de baldaquín, cuyo damasco, podrido, caía desmenuzándose, y el frío que flotaba en ellos, casi tangible, agudo, como si fuese una sustancia densa y repelente; la sala... De hecho, era en la sala donde pasábamos más horas, sentados cerca del brasero, en aquel sofá ceniciento de polvo incrustado en el peluche. El terciopelo de los ajados cortinajes pendía marchito, y los visillos de las ventanas eran finísimos a fuerza de lavados: se rasgaban apenas los tocabas, y los recosidos, minuciosos, siguiendo la arbitrariedad de los rotos, dibujaban intrincadas abstracciones. El cobre de una olla, la plata de una bandeja estaban llenos de manchas como aceitosas, superpuestas, y habían perdido hacía años su color original. Una capitulación silente planeaba en aquel espacio vasto, de rancia penumbra y un suave hedor a cerrado, a mustio.

Sobre la pequeña mesa de centro, incrustrada de marquetería que se iba deshaciendo, había una cajita de música que representaba un tambor, abollada y rayada la pintura, con dos bailarinas encima: si se le daba cuerda, ejecutaban una danza lenta, mecánica, igual que si estuvieran sometidas a un extravagante encantamiento. La melodía era sutil, movida y débil, como una alegría fingida y desfibrada, y me traía a la memoria a mi hermana Cristina, sonriente y pálida ya de muerte... Tardes enteras de invierno, la lluvia cayendo

fuera, persistente. El brasero solo esparcía un eco de tibieza. El frío parecía apretarme las sienes... Yo hacía funcionar la caja de música, escuchaba siempre lo mismo, y la abuela dormitaba o cosía, murmurando frases ininteligibles o recapitulando obsesiva noticias de muerte, hechos de muertos.

Las paredes de Son Vadell estaban llenas de pinturas al óleo, barrocamente enmarcadas, y de fotografías con marco de bambú: eran retratos de difuntos de la familia. Estaban allí los heredados con la propia casa y todos los que había podido reunir la abuela de las otras casas de parientes que hubiesen muerto. Y si le preguntaba yo quién era aquel de la derecha de una fotografía, un tipo con bigote de guías almidonadas y sombrero hongo, lo contemplaba ella distraída, dubitativa: «No sé... Quizá Antoni, tu padre, de joven, cuando se embarcó y navegó por el mundo... O mi cuñado Pere Jordi, antes de arruinarse...». Y, maquinalmente, cambiaba de lugar sobre la mesilla coja un pequeño cocodrilo de vidrio o una cajita de laca llena de botones.

Como personas que habían sido, individualmente, muchas de las cuales incluso habían tenido relación con ella, los difuntos la dejaban indiferente. Era como grupo, como reino multitudinario y remoto, que la sugestionaban. El pasado, ni el suyo ni ningún otro, para la abuela Brígida casi no existía, quedando reducido a un inútil, pesado laberinto de confusas reminiscencias: «Sí, claro, el abuelo, un gran cazador... O no sé si era él o aquel Pau que decían el Trampero, este de ahora no, y sí el que el abuelo contaba que había vivido hacía no sé cuántos años. Entonces, sin embargo, no lo hubiéramos conocido, no... O era el paralítico, antes de quedar así, el marido de Amàlia. Pero de Amàlia no debemos hablar, ni la mirarás nunca a la cara: estamos peleados, muy peleados...», rememoraba distraída, con asolada volubilidad.

La voz apenas audible enlazaba, sin dimensión afectiva ninguna, hechos y personas, como si fueran placas, desordenadas, de una linterna mágica. Únicamente, sí, el agobiante peso de la muerte llenaba su existencia, como si la vida fuese solo un tránsito, un

recuerdo, entre dos realidades, convencida de que no solamente íbamos hacia las sombras de la nada, sino que también veníamos de ellas.

Vestía la abuela Brígida una bata rayada, descolorida de lavados en los cuales consumía botellas enteras de lejía. Rodeada por ese penetrante olor a limpieza, caminaba tiesa, la cabeza medio torcida, inmóviles y absortos los ojos, de un azul claro, metálico: parecía como si siempre estuviera escuchando algo. Algo que tuviese que serle comunicado desde la infinita y sobrecogedora región de los muertos.

Un espejo inmenso, sobre una consola con un jarrón de inmaculadas y gruesas, rígidas flores de cera, reflejaba la sala: dentro de él, todo parecía flamante, la habitación cobraba una mágica profundidad, como si el tiempo y la realidad de la sala fuesen diferentes de la imagen que relucía en la luna. Yo lo miraba y me dominaba la desasosegada sensación de hallarme en el esotérico umbral de un espacio todavía indefinido, aunque próximo ya a concretarse, a la vez cuidadosamente perfilado y ambivalente: como si en el argentado cristal anidara un peligro... Ningún sonido llegaba de toda la casa.

Pero, por Todos los Santos, Son Vadell dejaba de ser aquel habitáculo de profundidad insospechada, complejo, por el cual nunca nadie transitaba, a la par que se concretaba toda la nebulosa y ofuscada espera de la abuela.

Se lanzaba la mujer, entreabierta la boca y respirando anhelante, las encías rosadas y sin ningún diente, a recorrer la casa de arriba abajo —habitaciones destartaladas y con camas carcomidas, escaleras estrechas y oscuras, puertas de cerrojos oxidados, salas con moho en las paredes, como si fuese un algodonoso césped...— y la sometía a una febril transformación. Que comenzaba por un arrebatado simulacro de limpieza: agitaba un trapo por encima de los muebles, que quedaban como lamidos por lengua de buey, el alborotado polvo formando una nube que se desplazaba informe de habitación en habitación, cada vez más baja, hasta que las

partículas volvían a posarse en superficies idénticas a las de donde habían sido expulsadas.

Y con un cubo iba echando chorros de zotal, que deterioraba el escaso barniz que quedaba en las baldosas, apestándolo todo: un hedor violento, que se clavaba en el cerebro como si me lo hubiesen inyectado, perduraba días y días. Las ventanas, presionadas por las ramas y las raíces de la hiedra, apenas se podían abrir. El vaho se esparcía incluso hasta el patio. Parecía como si guardásemos materias en estado de putrefacción.

Y la víspera de Todos los Santos, a media tarde, iniciaba la abuela la parte más cuidadosa, hábil, de su trajín: de cajas de cartón, de bultos de paja, sacaba los pequeños tarritos. Colocaba sobre la mesa varias botellas de aceite. Iba llenando los recipientes y ponía después dentro un pedazo de corcho con una diminuta mecha. La mariposa, las mariposas quedaban listas. El aroma a aceite se esparcía, untuoso... Acurrucado a su lado, yo la miraba magnetizado, mientras escuchaba sobrecogido los sonidos del atardecer, de la noche, cuyos susurros se oían por los campos desiertos, en la hondonada del patio. Silbaba un poco de viento, parecía que de la oscuridad llegaban amables y tétricas sugerencias: era cuando empezaba a subir, los pies apenas rozando el empedrado, la ceremoniosa y larga tropa de difuntos. Cuesta arriba entre el limonar, caminando por el patio. Yo no los veía, pero los intuía acercándose: en silencio, endomingados, la mirada pesarosa, agobiados de desánimo. En vida solo había conocido a alguno de ellos, pero a todos los había contemplado en las fotografías color sepia, la rimbombante firma del retratista en un ángulo o en las pinturas renegridas y cuarteadas. La simple idea de mirar afuera, de abrir la puerta del vestíbulo, con las panoplias y las armas colgadas de la pared, revestido todo de telarañas, me espantaba.

La abuela encendía, una a una, las mariposas, observaba con inusitada atención cómo prendían, si el corcho flotaba estable... Yo escuchaba la inaudible llegada de los espectros, cada uno de

ellos imaginado con espeluznante concreción: la figura de Leandre Antoni, los labios de una morbosa rojez, como si acabara de chupar algo sanguíneo; Francesc Joan de Vadell, la elegancia del uniforme naval animando la oscuridad del cuadro; mi hermana Joana, en una fotografía que la captó medio girada, mirando al fondo la silueta del Galatzó: me la recordaba crispada de rencor, como había podido verla meses antes de su muerte; el abuelo, los dedos en los bolsillos del chaleco, una gruesa cadena de oro cruzándole el hinchado abdomen; un grupo de parientes lejanos, de los que confundía nombres y caras, con sombrero de paja todos ellos, en una playa desierta que nunca supe cuál era; una señora joven, de busto prominente, «la prima Eulària», decía la abuela, con un abrigo de astracán, el cuello levantado y la mirada vivacísima... Y retornaba a mi mente la imagen de Joana. O las de Cristina y Marteta. Sonreían con dulzura, deseaban acariciarme. Las rechazaba horrorizado: era como si adelantaran los brazos, llamándome a su lado... Brincaba hacia la abuela, tembloroso me cogía de su falda. Ella continuaba manipulando las mariposas, sin advertirme: ahora estaban ya listas, alineadas sobre la mesa, encima de las sillas, vertical su endeble llama, como si fuesen un lacónico juego de indefensa ternura.

Y comenzaba enseguida la fantástica procesión. La casa a oscuras, con el irrespirable hedor a zotal, era recorrida por la abuela, que iba dejando detrás de sí el rastro de las mezquinas lucecillas anaranjadas. Caminaba apresurada, a pasos cortos, en la mano el tarrito oscilante, yo prendido de su falda. Yo, que no sabía con exactitud a dónde conducían aquellos corredores de aire corrompido, ni dónde quedaban esas devastadas habitaciones de atascadas cerraduras. Sobre las cómodas y las rinconeras, en los antepechos de las ventanas, en los rellanos de las escaleras, dejábamos las mariposas.

Y poco a poco la negrura se poblaba de luciérnagas. Luces tenues que ampliaban portentosamente el volumen de las estancias. Todo parecía inmenso, insondable, misterioso, y, si te acercabas al frágil

redondel de claridad, veías aparecer insólitas concreciones: la luna de un espejo, como un charco de agua al amanecer; un jarrón, blanco, con flores secas y arrugadísimas, quizá despojo de siglos; el rostro de una fotografía, mueca de severidad o de satisfacción que parecía exclusivamente dirigida a ti; un trozo de baranda de la escalera, convertida en abstractas y suspendidas circunferencias; el sector de una pintura, con una cabeza de niño, vidriosos los ojos; media esfera de reloj, de números romanos, como un severo aviso...

Solo eso, porque los muertos ya no estaban: su imaginada individualidad, su atildada pose, se había fundido, amontonándose todos ellos en la oscuridad que circundaba los frágiles puntos de luz. Eran ahora como una masa deforme y furiosa, mantenida a raya por los halos de claridad, una masa que luchara por visualizarse, corporeizarse. Frenético amasijo. Y pensaba yo que, si se apagaran de golpe todas las mariposas, una cohorte de difuntos se establecería en la casa. Y casi veía, surgiendo de la oscuridad con descamada desesperación, manos y rostros amorfos, en un vano y desbocado intento de apagar las fosforescencias.

El olor del aceite y el de los requemados pábilos de las mariposas se mezclaba con el del zotal, lo debilitaba, componiendo un nuevo aroma, menos incisivo pero más embotador y adhesivo que el de antes: ¿no era el de los muertos, de ese jugo que los va licuando?... Mi cerebro parecía saltar, desenfrenado.

Volvíamos a la sala. La abuela desgranaba rosarios, con fervorosa obstinación, mientras comíamos una rebanada de pan con sobrasada y aceitunas. Casi como si percibiese con todos sus sentidos, acuciante, la presencia de los difuntos, la abuela Brígida semejaba entonces una persona diferente, interesada ahora por las cosas, móvil, vigilando continuamente la sutil incandescencia, el hálito rosado, que provenía de la casa, que invadía parte de la sala como si anunciara una estremecedora llegada... Y a mí el pan se me atragantaba en la garganta... Le decía a la abuela: «Y mi padre, abuela, ¿dónde está mi padre?». Meditaba ella un

instante: «Tu padre... Debía estudiar de capitán de barco, y lo hizo y viajó, pero no mucho... Tú aún no habías nacido... Reía mucho, a veces reía como un loco, y cuando lo oía me entraban ganas de bailar... Después, mira, la mar es muy ancha, y se abre y cubre...». Callaba otra vez, rezaba. Y yo pensaba en mi padre, figura inasible, concretándose y desdibujándose como vista a través de una capa líquida...

La abuela Brígida, después de acabarse el pan con sobrasada, rememoraba invariablemente su primer amor, como si los alimentos hubiesen motivado en sus vísceras una súbita relación de cordialidad, la cual, por un rato, proyectaba un espíritu adolescente, ribeteado de alegría, sobre la enjuta atmósfera de muerte que la dominaba.

Un amor que nunca supe si había sido el del abuelo o de algún otro hombre: «Yo llevaba un vestido celeste, muy acampanado, con un lazo lila en la cintura, y una pamela de paja, blanca como la cal. Salía del Mes de María y había cantado a la Virgen, había cantado muchísimo, mirando los ramos de rosas de mayo que casi la cubrían. Y pasaba él, que descabalgó, que entonces era militar y a menudo montaba a caballo. Parecía que el pecho fuera a reventarme cuando me saludó. El caballo era rojo, como barnizado, y delante de la iglesia había una palmera. Brígida, me dijo, ¿has visto, Brígida, qué sol tan tibio hace hoy? He galopado hasta los olmos del torrente, que están llenos de grandes mariposas. Yo asentí con la cabeza, sin decir palabra, y toqué con la punta de los dedos los dorados cordones que le llenaban el pecho de la guerrera...». Y callaba, volviendo a sumirse en el rezo.

El cuadro quedaba allí, suspendido en el aire. Y yo veía el caballo y la Virgen entre flores, la damisela tímida y el bravo militar. Cada año, la noche de Todos los Santos, retornaban todos ellos del olvido para interpretar la misma escena, como las bailarinas del tambor repetían, torpes, sus anquilosados pasos de danza...

En cambio, el recuerdo —iba a decir la presencia...— de Leandre Antoni de Vadell fue para mí casi constante, a través de su retrato, tan extrañamente blando y vivo, que colgaba en el vestíbulo, entre el panzudo reloj de caja, cuyo péndulo imitaba un historiado racimo de uvas, y una panoplia, con hachas, espingardas y floretes, entrelazados y revestidos de una esponjosa y tupida red de telarañas.

El vestíbulo era una estancia de techo alto, abovedado, por cuya puerta, colador de grietas entre los viejos tablones de roble, penetraba impetuosamente el aire del patio, cargado de una acuosidad como fermentada, opaca. Acaso era esta atmósfera la que había impreso esa extravagante tonalidad al cuadro de Leandre Antoni: a pesar de los años, en lugar de ennegrecer, conservaba una claridad rosácea, casi empalagosa, como si lo hubieran recubierto de una especie de capa de yema de huevo.

La figura que representaba era la de un hombre delgado, de mediana edad, huesudo y anguloso, la nuez del cuello prominente, huidizo el mentón, y escaso, rojizo, el cabello. Pequeños los ojos, miraba de una forma imprecisa, oblicua, igual que si fuese bizco. Lo curioso, no obstante, era aquel atisbo de impresión que a veces parecía emanar de la pintura: entreveías como un estallido fugaz y sangriento... De niño, al pasar por el vestíbulo, evitaba mirar el retrato de Leandre Antoni, temeroso de que fuese a reventar y rociarme de una repelente sustancia tibia y pegajosa... Ahora mismo, cuando pienso en él, me siento absurdamente aliviado de saberlo tan lejos, como si se tratase de un ser vivo y provisto de una ambigüedad sinuosa y vigilante, peligrosa.

Pero las cartas me seducen, febril y peregrino clamor. Leandre Antoni murió en 1795, a los cuarenta años de edad. La pintura debió de ser realizada poco tiempo antes, a juzgar por la saña con que el paso del tiempo había roído cada uno de los rasgos del hombre, acentuándolos. Esta brutal caricatura de la gloria carnal en que todos nos vamos convirtiendo... De la cual, de la gloria

todavía mayestática, precisamente hablan las misivas, entusiasta y beatífico canto de amor. Como el llamado de las aves antes de aparearse, apremiante, seguro.

Son un par de centenares de cartas, metidas dentro de una bolsa bordada a mano, y cuyo dibujo representa un ramillete de lirios reales, como los que florecían en julio en el jardín de Son Vadell: largos, blancos y acampanados, amarillos los pistilos; el tacto de los pétalos era terso, helado, y despedían una fragancia intensa... Las fechas de las cartas van desde el 1787 hasta el mismo 1795. Y su único, obstinado tema es el del amor de Leandre Antoni por Plàcida Sol de Cartanyà.

Por otro lado, resulta imposible hacerse una idea coherente de esta correspondencia, ya que las hojas de cada una de las cartas, cuando las polillas y la humedad no las han roído y embadurnado, están completamente desordenadas, sin numerar. Lo cual, paradójicamente, tiñe de delirante fuerza los sentimientos de Leandre Antoni y las escenas, transfiguradas de adoración, que describe al lado de Plàcida.

Ninguna hoja concuerda con la siguiente y la entrecortada y zigzagueante lectura de una serie de ellas conduce con alocada confusión de un tema a otro, escamoteando en vertiginoso amasijo la mitad de una exposición y metiéndote de golpe, impetuosamente, en pleno centro de nuevos y desbordados estados de ánimo. Es como un sueño deslumbrante y fragmentado o los parciales recuerdos de una dilatada embriaguez. Y por encima de todo se alza, igual que un monumento construido piedra a piedra, la figura de Plàcida, magnificada y exultante.

Plàcida era hija única del barón de Cartanyà, llamado Alfons. Por la *Crónica de los Años de Dios del Siglo que se Acaba,* del franciscano Anicet Marimon, conocemos una notable cantidad de noticias de esta familia, a pesar de que la Orden Tercera no deja consultar los volúmenes segundo y tercero del manuscrito, debido a que tratan a menudo, y descarnadamente, de cuestiones internas de la provincia —religiosamente hablando.

Hacia el 1790 el barón era un viejo gordo, frecuentemente borracho, que vegetaba abúlico en su deteriorada casona, relativamente lejos del pueblo, en medio del llano. Su mujer, doña Irene, parece ser que tenía, en cambio, un carácter encrespado y seco. Pleiteó a menudo con los vecinos, tuvo cuestiones con el rector a causa del banco que les correspondía en la iglesia, era reacia a pagar las deudas... En cualquiera de los archivos locales que se refieran a la época encontramos el nombre de doña Irene de Cartanyà envuelto en conflictos. Y, en algún caso, actitudes y declaraciones suyas contradicen las del barón, predispuesto siempre a las componendas.

Nada queda, excepto algunos muros medio derruidos y una capilla en buen estado y dedicada a San Pancracio, el niño mártir, de Son Cartanyà. Pero el higueral continúa en pie: higueras lozanas, abarrotado pampanar en medio del llano y en torno de lo que fue la casa.

Los Cartanyà estaban prácticamente arruinados, «que el señor Alfons se había ocupado más en su juventud de correr tras los saraos y las cacerías organizadas por el virrey González Alcorcón, y en compañía de damas, la sola mención de cuyo verdadero nombre ya ofende el pudor cristiano, que de la sanidad de la propia hacienda», advierte el admonitorio y elíptico fraile Marimon. Este debió de ser el motivo por el cual dejaron la ciudad y se instalaron en la finca andritxola, donde vivían de la cría del cerdo.

Una gran piara pastaba, en verano, bajo la compacta y fresca sombra de las higueras. Los higos, maduros, caían: constituían el alimento de las bestias, junto con los pajarillos recién salidos del nido y que emprendían su primer vuelo y aterrizaban atolondrados entre los hambrientos animales... Enjambres de moscas, una pestilencia agria a estiércol y a fruta podrida flotaban cercando Son Cartanyà, obligando a sus habitantes a atrancar desesperadamente puertas y ventanas si no querían ser invadidos por la peste y el mosquerío. Hasta la noche, la casa parecía desierta. Pero entonces la abrían, rodeándola de piras de romero, a las que prendían

fuego: las olorosas fogatas formaban una muralla tanto para los mosquitos y el hedor como contra los cerdos, que rondaban el linde de la luminosidad de las llamas gruñendo nerviosos, hozando, peleándose con escandaloso gruñir.

Cerca del 1800, año de la defunción de doña Irene —el barón la sobrevivió, probablemente impedido e idiotizado por un ataque de gota, pero eso no queda suficientemente claro en los papeles que he podido consultar—, Plàcida ingresó en el convento de las Clarisas, de Palma. Tenía entonces cuarenta años, ocho menos de los que hubiese tenido Leandre Antoni de continuar vivo. Y como alcanzó la dignidad de madre abadesa, nos ha llegado también un retrato suyo. Se la puede ver todavía, en la sala de actos del convento viejo, en la plazoleta del Seminario. Es la que está al lado de la tercera columna de la derecha, la rematada por un angelote barroco.

No sé si esa cara de luna, redonda, resplandeciente, la mirada inquisidoramente alertada, tiene demasiada relación con la que fue Plàcida de los veintisiete a los treinta y cinco años, la de la adorable visión que nos presenta Leandre Antoni. Pero, claro, cuando la pintaron, bien podía haber pasado un cuarto de siglo, ya que por el rostro que plasmó el artista es imposible precisar la edad de la modelo. No existen, no, el genio y la figura hasta la sepultura. Con cada mordisco del tiempo nos vamos transformando, y el viejo no reconocería a aquel joven que fue si, de pronto, se lo encontrara delante suyo, sonriente, poderosos los tejidos musculares y lustrosa la piel...

Pero Leandre Antoni imortalizó a Plàcida, al menos en la imaginación, haciendo de ella una mujer ideal e incólume, criatura triunfante en su dulzura y en su carne espléndida, entregada y absorbente. Es como si el hombre hubiese llevado a cabo una lucha tenaz, imperiosa, contra la destrucción y la nada. Transcribo algunos fragmentos de las cartas:

«... y, al ver el puente, ya no contemplo lo que tengo delante de mí, sino que es por medio de tus palabras que lo veo. ¿Recuerdas

que una tarde, yendo a la iglesia, te volviste hacia tu madre, diciéndole: Mira el puente, tan oscuro en esta tarde sin sol, y mira cuántas golondrinas hay volando? Quizá aquel instante haya desaparecido de tu memoria, pero yo lo recuerdo.

»Era en primavera y la tenue oscuridad del crepúsculo ya planeaba a flor de tierra, ennegreciéndolo todo. Pero el cielo conservaba todavía una fosforescencia opalina, límpida, sobre la cual, como enloquecidas, revoloteaban las golondrinas, entrecruzándose inacabables, envueltas en un casi inaudible y nervioso piar, perdidas allá arriba, en el gran vacío... Cada vez que paso por el puente, sea un mediodía de agosto o una noche de invierno, lo veo tal como tu lo admiraste ese día, sumido ya en la incipiente negrura y coronado de aves chillonas. Este es el puente que veré ya por siempre jamás, veré el paisaje hundiéndose en la suave declinación de la tarde».

* * *

«Me gusta que, desnuda, te pongas encima de mí. No me basta con penetrarte, con sentir tu sexo carnoso y caliente, húmedo, ir estrechando el mío, como si fuera a engullirlo. Necesito también quedar bajo el peso de tu cuerpo, que me domines y poseas y es como si fueses tú quien me penetrara también, que me poseyera...».

* * *

«No has venido. He estado esperando horas o días, no lo sé. No lo sé porque he dejado de ser yo para convertirme en una masa solo sensible a tu ausencia, como si en el vacío pudiese formarse un caudal de dolor, de ansias, como si la nada tuviese un ser».

* * *

«Comer los dos en el mismo plato, como hemos hecho hoy: nos repartíamos las cerezas y la carne, el borde del vaso estaba manchado de nuestros labios, una boca sobre la otra. Besarte ha sido como si continuáramos comiendo. O, al comer, igual que si

nos besáramos. Nuestras vísceras, nuestros actos, la atención, la mirada, todo convergiendo en lo mismo, nuestro amor. Como si el Universo entero estuviese en nosotros, que lo formáramos nosotros.

»¿No sería una sola materia el mundo, como una mar con sus aguas y peces y oleaje, antes de la Creación? Todo una unidad, una fusión: todo, tu belleza, tus estallidos de risas y tus dientes mordiendo la fruta...».

* * *

«Tiemblo de placer al recorrer tu carne con mis manos, al apretar tus nalgas prominentes, al coger la pulpa de tus pechos, al impregnarme de la materia de la cual estás hecha. Es como si Madre Natura estuviese toda en ti: como si la tierra, grumosa, caliente de sol, y los árboles, su madera sólida, rugosa, y la profunda permanencia de las piedras, como si todo adquiriera suavidad y ternura, palpitara, como si el mundo hubiese adquirido tu forma y dimensiones y fuese de mi propiedad.

»Mi lengua, como una veloz cabeza de serpiente, brinca sobre tu sexo mollar, recorre sus protuberancias. Bebo, como si se derritiera el sol, el líquido que emanas».

* * *

«El sendero hacia el estanque solo existe cuando camino a tu lado. Si no, es un simple lugar por el cual transito sin darme cuenta. Pero contigo es como si acabasen de florecer las margaritas, igual que si las piedras tuvieran formas brillantes y sugerentes, semejante a si las plumas y los colores de los jilgueros hubiesen brotado de golpe, ahora mismo. Te tomo de la cintura, siento bajo mi palma tu cuerpo tibio, y...».

Podría continuar largamente. Pero antes me veo obligado a aclarar que todo cuanto explican las cartas de Leandre Antoni de Vadell es falso. En el año 1786, el anterior a cuando empezó a escribirlas,

Leandre Antoni pidió la mano de Plàcida Sol de Cartanyà, y fue rechazado por los barones. A pesar de que ella era ya relativamente mayor, es probable que sus padres esperasen todavía algún pretendiente de cierta categoría, al menos superior a la de un payés local, aunque bien situado, como era mi ascendiente.

Y quizá tampoco su enfermizo aspecto gustara a Plàcida...

Es posible, asimismo, que Leandre Antoni, cuando pidió la mano de Plàcida, solo la hubiera visto de lejos o que, si había hablado con ella, únicamente hubiesen sido cuatro convencionalismos. Además de las costumbres del tiempo y del lugar, rígidas, estaba el hecho de que los Cartanyà, orgullosos de su nobleza, no tenían amistades en Andratx.

Y Son Vadell y Son Cartanyà quedan muy separados... Quizá la escena del puente sea típica, en este caso: el hombre cruzándolo al mismo tiempo que las dos mujeres, a las cuales saludaría obsequioso mientras ellas, distraídas, conversarían sobre las golondrinas...

Debió amarla, sin embargo, con un ardor demencial. Después de ser despreciado por los Cartanyà, Leandre Antoni se recluyó en Son Vadell, y parece ser que apenas si salía de sus solitarias habitaciones, donde no hacía más que, como esos torpes y ciegos insectos que vuelan hacia la ignición y la muerte, moverse en torno a la reducida luz de un quinqué. A cuyo halo escribiría vehemente cartas y más cartas, imaginando así que a través de la enajenada y miserable autoextorsión convertía el dolor en felicidad, la inexistencia en vida. De espaldas a la realidad, se encogía cada vez más en aquel universo subterráneo, saturado de aberración y de amor... Cartas que tampoco envió a Plàcida y que amontonaba dentro de la bolsa de los lirios reales.

Fue el vicario del pueblo, mi tío don Dionís, quien inesperadamente me explicó supongo que los últimos días de Leandre Antoni. Mi tío vivía rodeado de documentos, libros y restos arqueológicos, como si su ya quebradísima existencia solo se alimentara de la escoria secular que extraía de horas y horas de

descifrar pergaminos, de abismarse en arcaicas lecturas. Miope, volcaba el rostro sobre los papeles. Era primo hermano del abuelo y durante un tiempo me dio, con desganada intermitencia, clases de latín, de historia, de literatura...

Era un invierno. Turbias insinuaciones de claridad se filtraban por el balcón, de sucios cristales, y que tenía enfrente la pared del cementerio. Por encima de la cual se levantaban, como si las hubiesen amontonado allí de cualquier manera, las cruces de mármol y los cipreses sin podar, deformes. El vicario se sentaba, hundido, en un enorme sillón de orejas. Temeroso del frío, que parecía llevar pegado a los huesos, se tapaba hasta el cuello con una gastada y rojiza manta: su testa emergía descarnada, como si no tuviese cuerpo.

Una tarde me hablaba de Shakespeare, de Macbeth y el hambre de poder, de Hamlet y la locura de la venganza... Iba describiendo pasiones con distraída monotonía cuando, al llegar a Romeo y Julieta, se detuvo, pensativo. Ligeramente animado, se puso a hablar «de un antepasado nuestro» que había muerto de amor, «de penas de amor no correspondido», recuerdo que dijo, y armó después una narración que, en términos generales, se corresponde con la historia de Leandre Antoni que años más tarde pude ir reconstruyendo yo. El capellán acabó, con su lenguaje un tanto retórico, diciendo aproximadamente que «el óbito se produjo por causas desconocidas, a pesar de que hacía meses que se habían manifestado, puesto que el paciente no salía nunca de su habitación y lo consumía una gran debilidad, que finalmente lo obligó a guardar cama, teniéndolo antes de fallecer tres semanas seguidas con los ojos cerrados, alimentándose únicamente de leche y pan, y diciendo frases sin sentido».

En aquellas noches veraniegas, perfumadas, debía de estar Leandre Antoni en su habitación, escribiendo enfebrecido, el calor del quinqué obligándolo a sudar, cegándolo. Al detenerse, miraría por la ventana: en medio del llano se le aparecería el caserón del higueral entre la fantástica danza del humo y el fuego, suspendido

en aquella neblinosa claridad que semejaría ilusoria, como si se tratara de una fabulosa aparición... Sería entonces cuando tomaría el violonchelo, cuando lo abrazaría y lo pulsaría, diciendo en el ininteligible y armonioso lenguaje musical lo que siempre había callado en palabras, lo que callaría siempre.

¿Es posible que algo de todo eso hubiese quedado adherido a la pintura? Solamente pensarlo es ya una idiotez. Pero, sea como fuere, una especie de vestigio de aquella pasión, enfermiza, tremenda, es lo que sentí yo tantas veces en la penumbra del vestíbulo, cuando todavía nada sabía de Leandre Antoni, bajo el influjo de esos labios del cuadro, inmóviles, tumefactos...

El vicario... Iluminado por dos cirios larguísimos, de resplandor carmíneo, el blanco altar parecía flotar en medio de la iglesia abarrotada de sombras, como una barca en fantasmal y serena navegación por las aguas aceitosas, muertas, de un lago nocturno. Revestido con una casulla morada, rígida, mosén Dionís oficiaba con pesada lentitud, murmurando oraciones y plegarias con un canturreo ronco, ininteligible. Súbitas erupciones de tos, que acababan en ahogado estertor, sacudían su cuerpo, flaco y larguirucho, encorvado. «Ite, missa est», deletreaba con voz cascada, de espaldas al altar. Y levantaba los brazos, pajarraco sombrío, gigantesco, como a punto de emprender, pesado, el vuelo hacia lo negro. Nosotros nos arrodillábamos: el vicario dibujaba en el vacío una bendición enfática, ausente. Todo parecía diluirse en una profundidad insondable, misteriosa...

Frente a la dorada miniatura del sagrario, una mariposa consumía un hilo de luz, tenue y amarilla. El aire era gélido y en algún rincón graznaba una bestia alada, en atropellado y ruidoso revoloteo. Era como una agonía violenta y solitaria, cuyos ecos se perdían, entrecruzándose, por la alta bóveda de

geométricas nervaduras, y parecida al rumor, sordo, de una lejana tormenta.

El vicario, tambaleante, bajaba del prebisterio. Apretaba el cáliz contra su pecho, hundido, entreabierta la desdentada boca, de labios calcáreos, delgados y blancos, como de vida acuática, gelatinosa. A trompicones avanzaba hacia la sacristía, entre la grávida desolación del templo. Eructos intermitentes le retomaban, garganta arriba, el regusto del vino de la consagración, rancio y empalagoso.

Éramos pocos los asistentes a aquella misa primera, el pueblo todavía prisionero de la densidad de la noche. Yo me acurrucaba al lado de la abuela, que rezaba ininterrumpida y apresurada, al margen de la ceremonia, la cual seguía solo con gestos maquinales, como si necesitase recuperar pronto algo urgente y decisivo, perdido en el pasado. Cerca de nosotros, las cuatro monjas del convento, siempre arrodilladas, se apretaban las unas contra las otras, bultos susurrantes, recogidas en el interior de sus tocas, de sus hábitos, igual que si estuviesen encerradas dentro de una existencia linfática, pegajosa. Un joven magro, la cabeza rapada, seminarista al que la tuberculosis había obligado a abandonar los estudios, recorría una y otra vez, cada día, las estaciones del Vía Crucis, manchas difuminadas en la oscuridad, pegadas a las dos hileras de columnas, macizas y mohosas.

Fue él quien, una mañana, quiso volver a tocar el monumental órgano, que nadie recordaba ya cuándo había sido la última vez que había sonado, llenando el templo con la solemne ficción de su música. Estaba allí, encima del coro plagado de telarañas, inservible, y el imperioso abanico de sus tubos apuntando en dirección al cegado rosetón. Se sentó el seminarista delante del teclado, el monaguillo accionó el fuelle: únicamente emitió un gemido, largo, monstruoso, asmático, como de cetáceo, mientras se levantaba, majestuosa, una espesa polvoreda…

Frente a la talla del Corazón de Jesús, su faz observando con severa malignidad, solía estar mi madre, abstraída, dilatadas las

pupilas en su pálido rostro. La abuela, de vez en cuando, la miraba de reojo. Mi madre ni nos veía. Nunca le hablamos... Más allá, apenas perfiladas en la profundidad de la nave, quedaban algunas siluetas indescifrables, como si emergieran de regiones inconcretas, donde la materia no hubiese adquirido aún su forma completa.

La sacristía era de paredes encaladas, repletas hasta el techo de viejas imágenes de santos, almacén de detritus, perdida ya su aureolada representación. Mutiladas, nido de carcomas, la pintura desprendida, su antigua y solemne actitud resultaba allí, colgando todas ellas con una ligera inclinación hacia delante, la grotesca fijación de un clamor irracional y mudo. En invierno, los días de niebla, cuando el pueblo parecía levitar entre la cenicienta humareda, acuosos jirones penetraban por los desquiciados ventanales. Parecía entonces que un postrer aliento se apoderase del estéril santoral: brotaban y se diluían en la danza grisácea rostros barbados, mantos de pliegues redondeados, alas puntiagudas, pechos llagados de flechas, inris de cruces, coronas radiantes, ojos abiertos, todo en silencioso y enloquecido simulacro de resurrección...

Afuera, recuerdo, la plateada lámina de los charcos espejeada al tímido inicio de la mañana. Y reflejaba, como si fuese un prodigioso grabado al acero, la gran mole del templo. Ambiciosa obra de orgullos desvanecidos, que incluso parecían no haber existido nunca, rememorados siglos más tarde ante la sorda impavidez de la piedra, la titánica fábrica había ido declinando, minada por la descomposición. Los troncos de higuera borde, las matas de lentisco reventaban los sillares de los antaño airosos arbotantes. Las lluvias y la humedad habían convertido a los doce apóstoles del tímpano de la portalada en engendros sin nariz, cercenados, patética exposición de leprosidades. Grietas donde anidaban, zureaban, las palomas iban distorsionando el rosetón frontispicial.

Y en el campanario, en cuya aguja flamearon los pendones de la efímera mitra, azules, y la negra oriflama del duque, ya solamente

quedaban los restos de la recamada cornisa y una sola gárgola, que representaba una bestia mitad perro mitad mono con alas de murciélago. ¿No será una reminiscencia de las muchas veces que la miré, intrigado y temeroso, esta fijación que tengo con las de Notre Dame? Son estas esculturas como la plasmación de una blasfemia, como un anuncio de la abominación que, a veces, creemos que nos acecha...

La última vez que fui a Andratx volví a la iglesia. Un eco me llamaba... Caminaba a tientas, atravesando el espacioso ámbito de negrura, cuando me di cuenta de que lo hacía alerta, como si una trampa fuese a atenazarme: el tumulto del recuerdo me había retrotraído, en brusco tirón, a la angustiosa impotencia de la infancia. Igual que si los años no hubiesen transcurrido, como si la experiencia absorbida durante todo ese tiempo quedase relegada, al atravesar la lobreguez que me atenazaba, a una inútil brega alrededor de un invicto reducto central: aquel aterrorizado presentimiento de que en mi inmediatez podían emerger tentáculos inmundos y destructores, un latigazo viscoso, avasallador, que tanto me dominó en la infancia.

Y delante del templo, descendiendo hacia el pueblo, la soberbia escalinata, triunfalmente desierta, como si el ser conducto del vacío fuese su única finalidad. La flanqueaban plátanos frondosos, delicados tilos, que en este tiempo de otoño deben parecer endamascados, el follaje teñido de melaza... Una escena acude a mi memoria: allí, en el rellano, el vicario Dionís de Vadell, de pie, despatarrado, contemplando el horizonte sin verlo, torcido el cuello, y el fétido aliento escapándosele en hirvientes y blancas vaharadas... Pasaba un perro, cabizbajo y decidido. De los árboles caían, solemnes, espaciadas, gotas de lluvia. Y el cura partía, a grandes zancadas, estrámbotica y oscura silueta, murmurando desalentado el nombre de Dios.

Allí mismo fue donde más veces vi a tía Amàlia, los domingos, al entrar o salir de misa. O que no la vi: era solamente una áspera personificación de maldad, de odio, era la imagen suya que me había inculcado la abuela, con su inalterable advertencia, desprovista ya de cualquier animadversión por los años y el olvido, simplemente convertida en un hecho, irrevocable ya precisamente por su asepsia: «De Amàlia no debemos hablar, ni la mirarás nunca a la cara, estamos peleados, muy peleados...». La veía y no la veía. Sí, aunque sentía intensamente su presencia: una especie de emanación al mismo tiempo victoriosa y vergonzante, igual que si tan pronto pasara ella desafiante como esquiva.

Hasta que llegó el verano, el de aquel año en que yo cumplía dieciséis... íbamos con las bicicletas unos cuantos compañeros a nadar a Les Dunes, la dilatada playa de poniente, más allá del puerto antiguo, el derruido. Y cruzábamos Ses Veles, cúmulo de intrincada verdor, con el pulido cromatismo de la fruta brillando recóndito en la fronda.

El camino trazaba sinuosidades entre gruesas paredes de piedra, por encima de las cuales se desplomaba desde los huertos el ramaje de los manzanos, de los melocotoneros, los brazos de las parras, formando auténticas cuevas vegetales, de una sombra fría y perfumada a apio y a menta, a hierbabuena. Croaba la rana en el cañaveral, que se inclinaba ceremonioso al menor soplo de viento. Solo una tira de sol, irregular, caía en el centro del camino, seguía su curso entre las dos cabelleras de un verde ardoroso, invasor.

Después de la sofocante atmósfera del llano, al bajar, o al volver ya de la playa, hirvientes de sol, con la rasposa frotación de la arena entre la ropa y la piel, penetrar en la zona de Ses Veles era mecerse en un delirio de acariciante morbidez... Casi siempre dejábamos las bicicletas escondidas en cualquier rincón y nos introducíamos en los huertos, buscando cautelosos un ciruelo primerizo o yendo a beber o a ducharnos a una noria...

Que esa mañana fue la de Son Farriol. Bebimos en los cangilones, clara el agua y fresquísima. No divisábamos a nadie

por los alrededores, como si el huerto y la casa, más allá de los planteles, estuviesen desiertos. Nos pusimos otra vez el bañador y nos zambullimos en la amplia alberca, la más grande del pueblo, persiguiendo a los peces en su profundidad, peces de agua dulce, rojos y gordos, de nadar lento, que se escurrían por entre las temblorosas barbas de musgo, mullido y resbaladizo…

Emergí, los pulmones a punto de reventar, y solo la vi a ella: de pie sobre la pared de la alberca, el pelo enmarañado y danzando al viento, los ojos fulgurando encolerizados. Increpaba a mis compañeros, que huían corriendo, la ropa bajo el brazo.

Fue la visión de un instante, pero todavía ahora puedo describir detalladamente su figura, cada una de sus partes como si fuesen sectores de un plano: el cuerpo alto y delgado, pero agresivas las caderas, remarcadas por una falda amarilla y de muchos pliegues, de seda, que le resbalaba brillante, hinchada por el viento y los muslos; el cuello era delgado, de nervios tensos, y los pechos, menudos y plenos, tirantes bajo la blusa marrón. Tenía las manos puestas en la cintura, las piernas abiertas. Como una llameante imagen de furia, enmarcada por la mañana ventosa, por los árboles agitándose a su alrededor. Día de verano lleno del vómito del sol. Un sol que se fundía con el multitudinario chirriar de las cigarras: semejaba que era la luminosidad solar la que hacía crujir monstruosa, angustioamente, el día y la tierra, la arboleda.

Igual que un relámpago aguijoneando la noche con su claridad de azufre, aquel instante adquirió dimensiones que sobrepasaban el ciclo temporal, que lo unían con estos puntos de eternidad, o de simple pero jamás abdicada permanencia, que perduran en cada existencia, inalterables por sobre todas las vicisitudes y la progresión de la derrota. Yo salía del agua, chorreante, la boca abierta respirando con avidez, un muchacho de dieciséis años, y ella, tía Amàlia, una mujer de cuarenta y uno, con la cual nunca había hablado ni se habían siquiera encontrado nuestras miradas, y que se volvía entonces hacia mí poseída por la rabia, hacia otro de los muchachos que furtivamente habían invadido el huerto.

Y al mirarme quedó súbitamente inmóvil, el brazo alzado y los labios arremangados, apretados los dientes, ahogada la frase que iba a pronunciar, un rictus alborotado en el rostro, rictus de dramática sorpresa inyectada de oscura alegría. Como la enfática fijación de las estampas, sucios los cristales, que colgaban en la sala de Son Vadell y que representaban escenas de tragedias de Racine: Ifigenia, Esther, Fedra, éxtasis de dolor declamatorio.

Tía Amàlia avanzó hacia donde salía yo de la alberca, de la opacidad del agua surcada por las imprecisas rojeces de los peces. Y la primera cosa que de ella percibí, de la mujer de carne y hueso que tenía delante, y no de la arquetípica, cristalizada, intemporal que había visto segundos antes, fue su perfume, recargado, invasor, artificiosamente aberrante entre los otros olores que se confundían en la atmósfera: el de la salinidad del mar, de donde venía el viento; del estiércol del huerto, de porosa pestilencia, y el aroma suave y limpio de las plantas. Un perfume que puedo recordar, sentir incluso ahora, como si se hubiese convertido ya en parte de mí mismo...

Y que más tarde, mareante, se mezcló con la depravada y turbadora fragancia de las magnolias, abiertas ya, como una ofrenda decadente, y que casi penetraban por las ventanas de Son Farriol, del dormitorio de tía Amàlia. Fuimos allí porque «se te han llevado la ropa —me dijo—, ven y te daré otra». Por eso y porque la seguí, callado: tenía ella los ojos verdes, húmedos y turbios como de embriaguez, mientras sonreía incierta e irónica. Seguí esa cabellera de esmaltada rojez, la cara larga, la boca entreabierta y el verdor incisivo y soñoliento de la mirada que me cubría, empapaba como una cascada.

Caminaba nerviosa y ágil, a cada movimiento el cuerpo esbozándose bajo el vestido. Yo sentía el viento sobre mi cabeza, batiendo los árboles, silbando. Y subimos la generosa escalinata de Son Farriol, yo mojado de la alberca y ascendiendo mudo entre los tiestos, escalón a escalón: palmeras enanas, albahaca, los geranios, cactus floridos. Tía Amàlia escaleras arriba, recortada

contra la galería de bóvedas prodigiosamente semicirculares. Una cosa había pasado: sentía como si hubiese roto con toda mi vida anterior, y como si todo lo hubiese comenzado de nuevo, libre y vibrátil de poder, en un lugar también nuevo, lejano y lujurioso.

En el dormitorio se volvió hacia mí. Quedamos cara a cara, inmóviles, callados, la habitación saturada de perfumes, las magnolias agitadas por el viento en la ventana. Estiró los brazos, puso sus manos sobre mis hombros, las bajó, lentas, por mi cuerpo, apretándose contra mí, su aliento convirtiéndose en un jadeo animal, desorbitados los ojos, como si me hubiera yo engrandecido de golpe, gran masa superior a su campo visual, y a la que quisiera ella abarcar, sus manos llegando a mi bañador y haciéndolo resbalar hacia abajo. Su mano, con la suavidad de una nube y el calor de una brasa, se posó sobre mi sexo. Sentí en él una violenta sacudida, todo yo concentrado en aquella exasperada exclamación de carne.

Había ido ella arrodillándose y la cogí por el pelo, levantándola de un tirón. La roja y larga cabellera. La apreté contra mí, desgarrándole la blusa a zarpazos: aparecieron, con pletórica suavidad, sus pechos. Morenos. Acerqué mi cara, los refregué y lamí, agarrándola a ella por las ancas, mis dedos crispados sobre su altiva grupa. Me dominaba un ardor ácido, como de picadura de abejas. Estaba entonces ella absolutamente empinada, la boca abierta sin emitir sonido alguno, los ojos cerrados, y yo agachado, la cabeza presionando furiosamente contra su vientre.

La eché sobre la cama, una cálida mezcla de colchas de hilo y edredones de pluma, muelle, el cabezal tallado en ángeles y lirios de protuberante barroquismo, los muslos de ella abriéndose, pictóricos, como lustrosos, la ortiga de su sexo una madura turgencia, el rugido del viento desparramando vaharadas de magnolia...

Son Farriol, antigua propiedad de la efímera y trágica casa ducal de Pantaleu, con nuestra terrible Elionor de Vadell como consorte, ducado que acaso solo vivió y murió para alimentar su propio y demencial orgullo, fue la finca que compró el padre de tía Amàlia, hermano de mi abuelo, Daniel de Vadell, al volver al pueblo después de tantos años de ausencia.

De la historia de este personaje he llegado a conocer muchos fragmentos y por varios conductos, que van desde mosén Dionís hasta el pariente Onofre Capllonc. Pero aquel mediodía veraniego, cuando fui por primera vez a Son Farriol —solamente volví a ir en otra ocasión...— nada sabía de ello. Yo había vivido como dentro de una jaula de vidrio: veía el exterior sin sentirlo ni interpretarlo, aislado como estaba por la abuela, por el abismal retraimiento de Son Vadell. Tan solo existíamos de palabras y conceptos que expresaban viejas fijaciones: juicios establecidos hacía años y años, convertidos en prejuicios, como si el universo y la gente se hubiesen detenido, adquiriendo su formulación definitiva, en un pasado que yo ni siquiera había ya conocido.

En 1894, Daniel de Vadell tenía veinte años, cinco menos que su hermano Jacint, mi abuelo. Este, ya de mayor, era un hombre grande, de aspecto presuntuoso, aquellos trajes Príncipe de Gales con los que quedó inmovilizado en las fotografías, una gruesa cadena de oro cruzándole el chaleco, los botines centelleantes y la faz grande, de rasgos fofos, cayéndole en hinchadas bolsas las mejillas, la nariz, la papada. Murió antes de nacer yo.

No he podido ver ningún retrato de Daniel. Pero Capllonc, que en las dos épocas andritxolas de la vida del Vadell menor lo trató con asiduidad, me lo describió como «alegre, que hablaba hasta por los codos, y el domingo a la tarde se iba a tocar la guitarra al baile de boleros del Centro Republicano». Y el vicario, la voz gangosa, me lo evocó «alto, más bien delgado, y llevaba a menudo alpargata blanca, de esparto, y pañuelo al cuello. Contemplando después a tu padre, pensaba con frecuencia que tenía algo en común con Daniel...».

De niño, me quedó grabado lo que le dijo a la abuela aquella mujer menuda, regordeta y diligente que oficiaba en torno a la elefantiásica Durmiente del Coll de l'Aire, interpretando las abstracciones que se le aparecían en sueños. La dormida estaba sentada, los ojos cerrados, expeliendo un sudor agrio. La mujer dijo que la Durmiente, a través de ella, contestaba a las preguntas de la abuela: «Que si vuestro cuñado obró así, dice ella, es porque es un hombre así. Que hay personas que viven sintiendo las cosas que pasan a su alrededor, que hoy quieren y mañana olvidan y al día siguiente ríen, porque con los años sienten las cosas cambiadas, así como cambia su vida y su figura. Pero otros, no. Las cosas les son como una casa o una montaña: siempre iguales a como las sintieron la primera vez que las vieron. Por eso nada lo hizo cambiar, en tantos años, desde el día en que pensó que tenía que sofocar Son Vadell. Son gente de idea...»

Quizá sí, entre mi padre y aquel tío Daniel hubo una semejanza, tanto física como moral. Si el tío fue capaz de llevar terroríficamente a cabo sus decisiones, mi padre, por lo que he podido saber y adivinar de él, fue también hombre de determinaciones solitarias, sostenidas, que incluso pudieron llegar a parecer tomadas al margen de todo, como si en su mundo no hubiera habido nadie más que él... ¿Es posible que en toda esta obsesión familiar mía, de cavar en las raíces, lo que verdaderamente busque sea a mi padre, entenderlo, encontrarlo al menos con la imaginación?

Duró tanto, me caló tan hondo, ese desamparado y atenazante influjo de Son Vadell, tanta muerte, tanto derrumbe... Solo el recuerdo de mi padre, signo mental tenue y permanente, parecía llevar un aliento de gallardía, como una indicación que nunca interpreté pero que intuí, de poder romper la corteza... Acaso, sí, lo buscaba yo, y sin duda no lo sabía. Y quizá aún hoy, con todo fijado,

convertido ya tan solo en un paisaje cerebral irreversiblemente calcinado, como el cadavérico montaje de un belén navideño, lo que busque sea igualmente la audaz resurrección de una de las figuras, para que lo trastoque todo, que como mínimo dentro de mi cabeza vuelva a darle movimiento, que lo convierta en una alegoría de vitalidad, ya que volver atrás en el tiempo, recomenzar, es imposible...

¿No era eso lo que fantaseaba, muchas mañanas, durante la misa, los ojos ávida y dolorosamente dilatados, para taladrar la oscuridad y la maciza, agobiante, realidad? Sentado al lado de la abuela, la mirada se me iba hacia una de las desnudas capillas, de arco ojival, esbelto. Era la de san Juan Bautista, con su amplia pila de mármol llena de agua estadiza, poblada de larvas en nerviosa e insignificante agitación. En uno de sus rincones, insondable esquina de compacta oscuridad, destacaba el gran sepulcro del duque. Allí figuraba, en piedra pardusca, desgastada, el caballero: extendido, con casco, cota de malla, las manos cruzadas sobre la empuñadura de la enorme espada, y, eternamente dormido a sus pies, el perrito. «Y el duque, ¿quién era el duque, abuela?», preguntaba yo, en aquellas heladas horas de la tarde, en la sala de Son Vadell. Ella cosía arrimada al pequeño balcón, aprovechando la luz que se iba ya, que parecía vaciarlo todo, como si del mundo tangible, edificado, nunca más hubiera de retomar nada.

La cabeza volcada sobre la ropa, los blancos cabellos, escasos y alborotados, como si se hubiera tocado con un puñado de algodón, la abuela contestaba maquinalmente con una intrincada relación en la que mezclaba detalles históricos y visiones apocalípticas, a la vez respetando y tergiversando los anuales sermones de mosén Dionís el Día de los Valerosos Duques contra el Infiel:

«El duque era el duque, y la duquesa, nuestra antepasada, y el obispo, también: que resistieron, murieron y resucitaron con sus túnicas de diamantes grandes y rojos para que todos nosotros, todo el pueblo, se salvara, y el duque y la duquesa fueron como los reyes

de Andratx, y el obispo Marc Maria de Vadell, el papa. ¡Que viene el infiel!, avisaron, y los moros llegaban con caballos y máquinas del Infierno, que debes saber que su reino es como el de los turcos, que estaba más allá de donde acababan la tierra y el mar, allí donde una infinita cascada llega al otro mundo del Demonio, y que por la cascada subían los infieles, guiados por la Media Luna, que es la noche y la tiniebla, y por eso vienen por el mar, que es como si dijéramos cascada arriba. Y el obispo, con un báculo de esmeraldas, lo bendecía todo y pudieron matar al duque, pero la duquesa triunfó y hubo más muertos que la montaña de Galatzó y Elionor la duquesa reía enarbolando la bandera y el pueblo la enaltecía de contento y Cristo Nuestro Señor sonrió, ese día de la fe...».

Yo escuchaba, temblando de miedo y de alegría, sabiendo ya de memoria la narración, la que iba recreando al conjuro de cada palabra de la abuela, corrigiéndola mecánicamente, completándola, porque había oído muchas veces el sermón del vicario y edificaba mentalmente ilusorios castillos de colosales almenas, desarrollaba sangrientas batallas en medio de una ensordecedora trompetería.

En la iglesia, impresionado, contemplaba el monumento funerario, sintiendo como si me invadiera, como si avanzaran ejércitos del duque desde un resplandeciente y dilatado horizonte. Y su imagen... El duque, sepultado allí, a pocos pasos, y que acaso se levantara cada Noche de Fieles Difuntos, arrastrando inexorable y tieso, en un caminar maquinal, su oxidada armadura, la espada grumosa de herrumbre, visibles tras la visera del yelmo las cuencas de la calavera. ¿Por qué los muertos se pudrían, por qué de ellos solo quedaban huesos velados por una capa de polvo, blanquecina y crujiente?

Y súbitamente empezaban a adquirir tonalidades las polícromas vidrieras del ábside. El azul y el violeta, el blanco y el amarillo, el verde, las partículas de color se encendían lentamente con el día que se insinuaba, tejiendo de vitral en vitral la huida a Egipto de la

Sagrada Familia. El reflejo de cada pedazo de cristal, al proyectarse, iniciaba una ligera matización, caprichosos florecimientos en torno al prebisterio. Dentro de mi cerebro continuaba el duque su caminar, autómata chirriante. Cuando, de golpe, dos círculos rosados —los rayos de luz de dos camellos del desierto del Sinaí, en el elevado vitral— se clavaban, adquiriendo intensidad por momentos, en la cara del perrito.

¿Resucitaba el can con el caballero? Miraba yo hechizado la eclosión de las dos manchas cromáticas sobre el sepulcro; sí, el perro despertaría también de su dormición de piedra, saltaría alrededor del duque, de su marcha de hierro. El can, que arrancaría a correr unos instantes tras del veloz despegue de una perdiz entre el huerto de los limoneros de Son Vadell. Y que con su cuerpo palpitante, vivo, alejaría como por arte de magia la tetricidad del noble vencedor.

El cual, inopinadamente, cobraba carnes y una perilla corta y rubia y metía un pie en el estribo del caballo, sonreía y hasta estallaba en una risa fresca, chispeante, y partía hacia un país lejano a combatir al Infiel. Y el can lo seguía y ladraba alegre tras la sonoridad de los cascos al galope... Era corta y color miel la barba de mi padre, que aquella tarde, aquel anochecer de agosto se fue. Sonreía cuando, sentado en la terraza de detrás de Son Vadell, me contaba la leyenda del Amor de las Tres Naranjas. «Bien, ahora debo irme», dijo, y echándose a reír me despeinó, partió entre los limoneros, y yo quedé de pie al lado de la fuente, seca, y parecía que en sus carcajadas hubiera irisaciones de luz, como en las hojas de los árboles cuando las mueve el viento...

Pero estaba en Son Farriol, y quienes iban acudiendo al vaivén de mi memoria eran el abuelo Jacint y el tío Daniel... Mi bisabuelo Bernardí, su padre, había sido juez de paz, además del inútil

artífice de una aún más estéril carlistada cuando la abdicación de Amadeo de Saboya. Poseía esa extraña dimensión mental tras la que se han empecinado muchos miembros de la familia: si todo lo que creía no se materializaba, era que el mundo entero estaba en un error, y solo en su cerebro residían la medida y el latido de las cosas. Parece ser que continuamente discutía con Daniel a causa de que frecuentara este el Centro Republicano, y también por una medio novia que tenía. Una muchacha del puerto, hija del torrero. Onofre Capllonc lo recordaba apenas: «Yo buscaba cangrejos por las rocas, y los veía a ellos dos paseando por la orilla, cogidos de la mano. Quizá tenía ella los cabellos morenos, quizá, y solía andar descalza... Con el ruido de las olas que rompían contra la escollera no debían poder hablar, pero sonreían...».

Después de muchas de las disputas que tendrían lugar en la entonces presuntuosa sala de Son Vadell, acaso la bisabuela, sofocada en un rincón y dándose aire con el abanico de nácar que representaba la muchacha japonesa, Daniel comparecía por la noche bajo la ventana del dormitorio de sus padres, acompañado por la eufórica orquestina del Centro. Y con guitarras y una zambomba, el gorjear del cornetín y la melodiosa bandurria, dedicaba, burlón, una parodia de serenata a Bernardí de Vadell, su padre.

Del joven de aquellos años, el joven con pañuelo al cuello y alpargata blanca, ha subsistido una brizna de ilusión, de gracia... De su hermano Jacint, mi abuelo, lo que en cambio perdura es un rastro de hombre erguido, altivo. Siempre tenía caballos, que llevaba a correr incluso a la ciudad, y de joven se paseaba por las calles del pueblo montado en el más gallardo de todos ellos.

Las relaciones entre los hermanos eran reticentes, a menudo agrias. Imagino las burlas que Daniel haría de Jacint, el cual debía de tratar a su hermano con retorcida condescendencia. Al menos considerando lo que ocurrió durante la agonía de Bernardí de Vadell. Fue de noche y el viejo, a pesar de que el estertor de la muerte ya lo apretaba, tenía el cerebro claro, estaba tranquilo. Jacint,

diligente, le dijo a Daniel que podía irse a dormir, que ya velaría él. Daniel salió. Y lo despertaron al alba, anunciándole la muerte del padre. Enseguida debió de acudir, siendo probablemente al lado de la cabecera de la cama del difunto cuando Jacint indicó a su hermano que sería conveniente que les leyeran el testamento, puesto que el padre lo había cambiado esa misma noche, poco antes de expirar, mientras Daniel dormía...

Fueron a la notaría: Bernardí solo dejaba a Daniel el mínimo que exigía la ley, y todo el resto, a Jacint. Desorientado, el muchacho miraba a los presentes, uno por uno. El que fue escribiente del notario le contó, años más tarde, a mosén Dionís de Vadell: Daniel miraba, sin pronunciar palabra, y nadie decía nada, hasta que el notario habló: «No sé qué decirte... Lo único que sé con certeza es que tu hermano me hizo llamar y que encontré a tu padre rabioso, vomitando dicterios en tu contra...». Jacint miraba al suelo y parece ser que abrió la boca, como si fuese a decir algo, pero Daniel se levantó rápidamente y salió.

Y nadie tuvo más noticias de él hasta veintisiete años más tarde, en 1921. Solo supieron, en 1894, que al dejar la notaría lo habían visto por las calles de Andratx, caminando de prisa, como un poseído, y que había sacado después pasaje en la diligencia de Palma. Donde, suponían, debió de embarcarse hacia la península o cualquier otra parte... Al entierro no se presentó.

Parece verosímil que Jacint influyera sobre el viejo en contra de Daniel en aquellas horas silentes de la espera de la muerte. ¿Acaso le dijo que se casaba con la hija del torrero o que se había inscrito en el Partido Republicano? Dudo que Daniel lo llegara a saber nunca, aunque debió estar siempre terriblemente seguro de lo acontecido.

Heredero universal, Jacint regentaba Son Vadell. La finca ya no era aquella de la época de los Capovara. Secciones de la casa habían sido derrumbadas, y otras, nuevas, levantadas. Casi todos los bosques se habían vendido y la mejor parte de la tierra cultivable fue transformada en huerto bajo el impulso del

malogrado Felip de Vadell, auténtico buey de labor, que atento a las campañas desarrolladas por la Real Sociedad de Amigos del País, a principios del siglo XIX, secó marismas y excavó pozos, consiguiendo convertir el secano en el huerto más frondoso de Andratx. Estaba allí, al comienzo de Ses Veles, abarrotado de árboles y planteles... El cual, al heredarlo Jacint, era prácticamente ya la única fuente de ingresos de Son Vadell, exceptuando la cuadra formada por él mismo, en la cual llegó a haber más de una docena de caballos, que criaba para venderlos con destino a las carreras o a los carruajes de las grandes casas señoriales de la ciudad. Bestias caras, que requerían un cuidado especial y que constituían la gran obsesión de su dueño.

El huerto de Vadell convertía a la familia en una de las influyentes del pueblo, marcaba la pauta de los precios. Jacint, el cabello ya cano, vestido siempre por sastres de Palma, montaba poco a caballo por el año 1921, aunque continuase con la cuadra y, en tiempo de carreras, fuera con frecuencia a la ciudad. Solía, sin embargo, circular por el pueblo en cabriolé, casi un juguete de tan ligero y airoso que era, y al que hacía tirar por su caballo preferido: una bestia negra, con una estrella blanca en la frente, poderosa y brillante. Parecía que sin ir entronizado allá arriba, orgulloso el gesto, el animal trotando como si ejecutara un ballet, Jacint no pudiera desplazarse.

De la tierra se ocupaba poco, absorbido por los caballos. ¿No se sucedían en el huerto automáticamente las cosechas, los gañanes no iban y venían con canastas repletas de fruta, de hortalizas, los cestos de huevos y las jarras de leche no seguían un ritmo inalterable? De golpe, sin embargo, un día quedó desorientadamente preocupado. Fue cuando supo que otro vecino, en este caso Biel Valent, había también vendido su tierra a aquella señora, de la cual solo tenía una vaga idea, y que ahora resultaba que ya era propietaria de todo el terreno que rodeaba el huerto de Vadell.

Perplejo, indagó: un gestor de Palma hacía las compras en nombre de ella, que se llamaba Lola Blázquez, vivía en Tijuana,

México, y pagaba lo que le pedían. Nadie, ni el gestor, la había visto nunca. Ni sabían por qué compraba en Andratx y en aquella zona.

Hasta que llegó al pueblo. Primero fue un automóvil que entró por Sa Carretera levantando una descomunal polvareda. Las ruedas eran delgadas y altísimas, avanzaba entre abundantes chasquidos y una ensordecedora trepidación de chapas. Adentro iban tres personas, como tres fantasmas, con gorras, anteojos y un guardapolvo largo desde los pies hasta el cuello. La gente, que apenas había visto coches mecánicos, se arremolinó a su alrededor.

Los tres ocupantes del vehículo bajaron y fueron despojándose de los anteojos, del guardapolvo. Eran dos mujeres y un hombre. Una de ellas era gorda, muy rubia, los cabellos peinados en dos gruesas trenzas que le caían sobre los ubérrimos senos, el vestido formando como una serie de gasas moradas y superpuestas. Aros, anillos, pulseras le relucían por todos lados, tintineantes. La otra era una muchacha de cabellera rojiza, la cara ligeramente pecosa, verdes los ojos. Y el hombre: cargado de hombros, el busto achaparrado, un halo negroide cercándole los ojos, la frente surcada por arrugas marcadísimas y las cejas eternamente fruncidas, como si mirara entre despectivo y desconfiado.

Eran Daniel de Vadell, su esposa, Lola Blázquez, y Amàlia, la hija. La estupefacción del pueblo aumentó unas horas más tarde: se instalaron en Son Farriol, también evidentemente suyo. Y no establecieron contactos con nadie, aparte de los laborales.

A retazos, fue sabiéndose de su vida, idea supongo que formada por una mezcla de verdades y fantasías. La cual, diluida ya por el tiempo, por la desaparición de la mayoría de los que convivieron con Daniel y con su leyenda, es la que me ha llegado a mí. Porque Daniel de Vadell no dio ningún detalle sobre su pasado, ni siquiera al vicario, al ir a verlo cuando todo hubo ya acabado. Para unos, el dinero le venía de su mujer, hija de un farmacéutico de Tijuana. Para otros, del contrabando entre México y los Estados Unidos. Para los terceros, Daniel, también con dinero de su

suegro, había comprado terrenos en los suburbios de Tijuana, en invierno un fangal, y en las peladas montañas de los contornos, donde había construido barracas que alquilaba a los emigrantes que venían del interior de México, esperando pasar en cualquier momento, y a escondidas, la frontera hacia California... Lo único incuestionable era que se había convertido en un hombre acaudalado.

Al día siguiente de llegar, Daniel inició los trabajos: una brigada de hombres roturaron los terrenos pedregosos, otros araban o plantaban árboles; un grupo de albañiles arreglaba la casa, convertía la antigua cripta de los duques de Pantaleu, pestilente hondonada, los destrozados monumentos funerarios medio hundidos entre un lodo negruzco y una maleza acorazada de espinas, en una vasta alberca, la misma donde fui yo a nadar, años más tarde, aquella mañana de verano, con tía Amàlia y las magnolias llenas de viento y de perfume... Y los pozos: Daniel de Vadell buscaba agua con vehemente afán. Los barrenos explotaban continuamente —uno de ellos se llevó una mano de Onofre Capllonc— perforando. A veces, el agua ya salía hacía rato y todavía continuaban profundizando: «¡Más hondos!», gritaba, crispado, Daniel de Vadell.

Displicente y preocupado, desde su cabriolé, Jacint contemplaba de lejos el despliegue de actividad de su hermano. No adivinaba, sin embargo, en qué podía afectarle a él... hasta que las dos norias del huerto de Vadell empezaron a quedar secas: Daniel, abriendo pozos, había ido buscando la veta de los de Jacint, y al encontrarla los profundizó para sorber su caudal.

Apresuradamente, Jacint tuvo que ponerse a ahondar más las norias, mientras Daniel lo siguió haciendo con sus pozos. Jacint, entonces, inició otras perforaciones, a fin de estar más servido y de contrarrestar las de Daniel. Fueron meses de angustia: Jacint abandonó prácticamente caballos y cabriolé, pasándose el día en el huerto, la mirada fija en la tierra, como si quisiese taladrar la materia hasta el subsuelo, hasta allí donde los invisibles sectores

húmedos y los ciegos y súbitos borbotones ejercían su misterioso dominio.

Jacint nunca se había preocupado demasiado por el dinero. Todo le marchaba... Los barrenos, las excavaciones, consumieron sus reservas, al mismo tiempo que el huerto solo podía dar un rendimiento limitado, entre la falta de agua y el desbarajuste de los trabajos. Mi abuelo tuvo que pedir préstamos al banco y a algunos amigos. Hasta que, finalmente, reconquistó y aseguró el suministro de líquido. Había ganado, o al menos empatado, la guerra.

Cuando, inesperadamente, Daniel abrió otro frente: sus huertos ya funcionaban y a las tiendas y las paradas del mercado que hasta entonces se habían proveído de Son Vadell fueron representantes de Son Farriol, ofreciendo los mismos productos a precios mucho más bajos. Jacint se alarmó: si él rebajaba, su hermano aún lo haría más. Y necesitaba el dinero para devolver los empréstitos... El abuelo, según quienes lo conocieron, empezó entonces a vestir de cualquier manera, a caminar cabizbajo, cargado de hombros. Instalado en el huerto, como ausente, cogió azadones y tijeras con sus propias manos, para ahorrarse un jornalero y a la vez vigilarlo todo de cerca, y se puso a trabajar de hortelano, él que nunca había hecho nada. El caballo negro pastaba por los alrededores, descansado, profiriendo alegres relinchos, lanzándose retozón a cabriolear entre la alfalfa sedosa y húmeda.

Daniel, al otro lado del espeso verdor, corría entre los surcos, prestaba atención a la faena, mordiendo unos largos cigarros de humo azul y olor mareante. Nunca paraba y de vez en cuando, a hurtadillas, echaba una ojeada hacia el huerto de su hermano, como si temiera que se le escapase, que desplegara en milagrosa crecida...

A menudo, de noche, ninguno de ambos hermanos debía dormir: desde detrás de las persianas, contemplarían los dos la misma oscuridad inerte y fértil, imaginarían los mismos campos, se adivinarían incluso a ellos mismos allí vigilantes, desprovistos

ya de toda la complejidad de los sentimientos, de los tejidos del cerebro y del espíritu, que configuran al hombre. Solo eran hambre de destrucción, a la par que aplastadas masas de miedo. Degradaciones, como la de los locos o los tarados. Instintos, como los de la serpiente o el tigre.

Mi abuelo, finalmente, tuvo que rendirse: el banco se quedó con el huerto. Que más tarde fue adquirido por Daniel y unido a sus propios terrenos. Todavía hoy, el huerto de Son Farriol, de tía Amàlia, es el más grande de Andratx. Jacint despidió a los gañanes y se ocupó personalmente de la cuadra. Los días enteros y parte de la noche se los pasaba entre las bestias, cuidándolas, sacándolas a hacer ejercicio, limpiando los establos. En la fachada sur de Son Vadell está aún la que fue la cuadra del abuelo: ventanas y puertas bajas y largas, con rejas oxidadas, que dan a un semisótano hoy casi impracticable por las espesísimas telarañas que cuelgan por doquier blancuzcas, desgarradas, como restos de capas, de mantones, miserables reminiscencias de una fiesta que hubiese tenido lugar siglos atrás... Colleras y sillas, jaeces, el cabriolé, todo lo que sirvió para los caballos está allí, colgado de las paredes, abandonado en los rincones: y solo con ponerle la mano encima a cualquier arnés, se derrumba de golpe, desmenuzándose podrido.

Los caballos... Atenazado por las deudas, no obstante la venta del huerto, el abuelo no conseguía salir adelante. Pero un día la suerte llamó a su puerta: un mercader de Palma le hizo una oferta excepcionalmente buena si le vendía la cuadra. Le alcanzaba aproximadamente, según tío Dionís, para saldar las deudas. Pero se quedaba solo, sin esos animales que habían constituido el eje de más de la mitad de su vida...

Lo pensó mucho. Meditabundo, acariciaba las grupas de las bestias, sus cuellos, sentía los temblores de sus pieles, el jadeo profundo, poderoso, desparramándose por los cuerpos... Aceptó, pero con la condición de que dejaran el caballo negro, su preferido. Pero no pudo ser: el mercader proyectaba vender todo el lote a

un señor que quería abrir cuadra, y le había hablado ya de cada uno de los animales, en especial del mejor.

Al abuelo no le quedaba otro remedio que doblegarse a la oferta. Una mañana de comienzos de primavera, el mercader y un par de gañanes fueron a Son Vadell, pagaron y se llevaron los caballos. El abuelo, los brazos caídos, el rostro ya solamente un conjunto de pellejos que incluso había perdido la fisonomía, los miraba marchar con lágrimas en los ojos. Yendo a consultar a la Durmiente del Coll de l'Aire, la abuela se refirió en diversas ocasiones al episodio de esos días. ¿Por qué? Es extraño que la impresionara más que otros... A no ser, he pensado a veces, por aquella otra oscura y querida presencia, siempre fresca en el fondo de su recuerdo, la simbolizada por aquel militar joven, a caballo, el día que ella salía de la iglesia con el vestido acampanado, celeste...

«Yo estaba espantada porque era como si fuese un pedazo de él lo que se llevaban, que se le veía igual que si fuera arrugándose, frunciéndose... No sé qué me dijo después, y hasta la voz y todo se le había debilitado. Y se pasó entonces un montón de días yendo de un lado para otro como perdido, y de improviso se detenía a escuchar: le parecía oír relinchos, coces, como si los animales aún estuvieran en la cuadra».

«¡Ahí están, Brígida!», exclamaba de repente, a mitad del almuerzo, y se levantaba de prisa y salía: el patio, los establos estaban completamente vacíos. Y él continuaba oyendo el rumor de las bestias... Un relincho atravesaba el silencio, como un latigazo, herraduras resbalando sobre los guijarros del patio, un gañán dando órdenes a un caballo que retrocedía y clavaba una coz en una puerta: Jacint de Vadell, que todavía estaba aquella mañana en la cama, despierto y abstraído, de nuevo se levantó corriendo y abrió la ventana. Y los caballos, todos los caballos, el negro y los dos rojos, el blanco, los tres manchados de gris, las dos yeguas y los cuatro potrillos pequeños, estaban allí, exactamente en medio del patio, con unos hombres que los sostenían por el ronzal. Se restregó los ojos: y sí, estaban realmente allí.

Jacint se vistió en un instante y bajó. Abrió la puerta de par en par: al otro lado del patio, bajo el arco de entrada, vio por sobre los lomos de los caballos a Daniel de Vadell, su hermano, que inmóvil también lo miraba.

El día apenas se establecía. Una luz muy plomiza, una atmósfera opaca, gravitaban sobre el patio de Son Vadell, donde además las furiosas vaharadas de aliento de los caballos tejían una especie de fantasía bronca, de helada incandescencia, como si estuviera a punto de producirse una transmutación mitológica. Estupefacto, Jacint dio dos pasos hacia delante. Bien, yo no lo sé, pero es igual que si viese una película: Jacint adelantó una pierna, después la otra, estiró un brazo, el índice apuntando hacia su hermano, al cual hacía cerca de treinta años que no había visto, abría la boca para decir algo que ni él ni nadie sabría jamás en qué hubiera consistido de haber tenido tiempo de hablar. Porque de golpe, brutalmente, dos hombres lo cogieron, lo echaron al suelo allí delante de los caballos. Que piafaban, que se encabritaban.

Y la sangre del negro fue como una confusión o una pesadilla o un estallar de abrumadoras bofetadas que te dejan aturdido: la bestia fue violentamente tendida ante Jacint, teniéndolo a él sujeto, y el hacha destelló un relámpago de plata entre el gris, y el chorro de sangre, abrasadoramente roja y caliente y humeante, golpeó a Jacint, se esparció en reguerillos por entre las piedras del patio, relucientes y abultadas, como si fuese dibujando una monstruosa, multiforme estrella de mar.

Los relinchos de los animales parecían haber cobrado cuerpo, igual que si otras bestias invisibles saltasen también, los ollares dilatados al denso embate del olor de la sangre, al miedo: a hachazos, todos los caballos iban cayendo, entre bramidos y salpicaduras y estallidos de sangre, delante de los ojos de Jacint, que lloraba y se retorcía, agónicamente enloquecido. Los potros jóvenes, esbeltos, largas y atolondradas las patas, fueron los últimos en ser decapitados: prácticamente ni se movieron esperando el

hachazo, y se desplomaron con lenta humildad, casi como si hicieran una genuflexión.

Daniel y sus hombres se fueron. Dejaron a Jacint echado en tierra, empapado en sangre, como si fuese él también uno de esos grandes cuerpos amontonados, algunos con las patas rectas, rígidas en alto, eructando todavía por las heridas un intermitente flujo de sangre y espesas nubes de vaho... Los ojos de las bestias, grandes, abiertos, vidriados, reflejaban solo una alucinada y turbia serenidad, ajenos ya a todo lo que había pasado momentos antes, extraños incluso a su propia muerte y al terror de cuando llegaba, a los grandes y raudos golpes del acero.

La abuela tuvo que meter en cama al abuelo, que estuvo muchos días igual que en coma. No se atrevía ella a salir por el patio, y lo hacía por la puerta de la terraza, con aquella carnicería allá extendida y que se iba hinchando y licuando, hedionda, succionada por unas moscas verdes, relucientes, y que se quedaban en apretados y silenciosos enjambres terroríficamente detenidas horas y horas sobre los animales, engordando hasta no poder ni volar. Y pronto comparecieron, curiosas y desconfiadas, las ratas. Y sobre las cornisas del patio ya se posaron, el segundo día, severamente atentos, los cuervos. Que después descendieron, descomunal aleteo, graznando con quebrada rudeza.

Fue la gente del pueblo la que se dio cuenta del desastre. El ayuntamiento envió hombres y carros que se llevaron la carroña a enterrar. A tío Daniel le impusieron una fuerte multa. Y el abuelo, al levantarse, ya nunca más volvió a hablar ni parecía que oyera nada: se sentaba todo el día en la sala, las manos cruzadas sobre las rodillas, como alguien que está de visita en un lugar, que espera que lo llamen para ir a otra parte. Así lo encontró la muerte.

Al día siguiente del entierro, al que concurrió el pueblo en pleno, la Guardia Civil habiendo ordenado a los de Son Farriol que durante unos días no salieran porque no se les podía asegurar protección, fue cuando Daniel acudió a ver a mosén Dionís. El cura me lo contaba sacudido por unas toses

de violenta sonoridad, como si no fuese aquel cuerpo débil, gastado, el que tosía, sino que se tratara del eco de otro, lejano y gigantesco:

«Vino y yo tampoco lo había visto desde antes de que se fuera... Éramos primos hermanos, con él, con tu abuelo, ya lo sabes. Me miró, sentándose. Todo sin abrir boca. Y no, no resultó ser como primero creí, que se hallase carcomido por los remordimientos: porque de golpe escupió que lo odiaba aún más entonces que antes porque lo había vencido dos veces. La primera, al conseguir Jacint que su padre lo convirtiera a él, a Daniel, en bastardo, treinta años atrás. La segunda, al morir ahora y dejarlo ya sin su venganza... Yo, de niño, de joven, había pensado, o ni había pensado, dijo Daniel, vivir siempre ligado a Son Vadell: yo era yo y el predio, era uno con la casa, formábamos una unidad. Y Jacint, al echarme, me expulsó de mi casa, de mi tierra y de mí mismo. Parecía que me había vuelto loco. Y si trabajé e hice dinero, continuaba Daniel masticando las palabras sin mirarme, fue solo para vengarme: años y años pensé en ello, trazando mi plan detalle a detalle. Todo me era provisional, esperando volver aquí y aniquilar a Jacint, a él y a su patrimonio. Me es igual si, como las hienas, me alimentaba del hedor de la carroña: yo era este odio, este perturbador deseo de hacerle daño, de gozar viendo cómo iba rindiéndose bajo mis manos... Como el fuego a la leña, mi vida y todo lo que he hecho aquí, las fincas que he erigido, estaban en función de Jacint. Jamás, jamás se me ocurrió que pudiera morirse. O que lo pudiera yo matar. Jamás. Acaso porque tampoco pensaba en mi propia muerte... Solo deseaba verlo sufrir, ir anulándose... Y ahora se ha ido: ha vuelto a robármelo todo, ha vuelto a expulsarme del mundo que me había hecho yo... Marcharé no sé adónde, a trabajar, a hacer cualquier cosa que pueda volver a impulsarme. Si me quedo aquí, moriré... Y se levantó y partió dando un portazo. Yo creo que no le dije ni una palabra en todo el tiempo. Ni él debía de esperar que la dijera...

Un par de años después, cuando hubo casado a su hija, oí decir que ya no estaba por aquí. Ninguna otra noticia he tenido jamás de Daniel de Vadell».

El vicario calló, agregando después, pensativo: «Dijeron que al partir se llevó la banderola, la de los Vadell, e ignoro si sabes que hizo poner una en su casa, al comprar el huerto... Los tres caballos sobre la negrura del trapo... Es una tontería, ya lo sé, pero pensé que era como si los caballos hubiesen salido de la oriflama y hubiesen galopado hacia la noche y hubiesen aplastado a todo el mundo que se les hubiera puesto delante... Sí, no los veía muertos en el patio, yo, a los caballos. No los veo así. Que deben galopar siempre. En la noche, sin jinete. Y dejan detrás la destrucción...».

Precisamente a través de la bandera de los tres caballos fue como conocí la historia de Felip de Vadell, el padre del almirante Francesc Joan de Vadell. Yo andaba un día por Barcelona, por la calle de la Palla, y me llamó la atención, en una librería de viejo, un escaparate con libros de náutica y mapas antiguos. Al acercarme, uno pareció como si saltara: llevaba nuestro pequeño escudo grabado en la portada. Se llamaba *Las soledades de Felip de Vadell,* lo habían impreso en Morella en el año 1944 y era su autor un para mí desconocido Eduard Albert. Lo compré.

Un asunto que nunca habían aclarado los historiadores es cómo Francesc Joan de Vadell entró tan joven en posesión de su herencia —1813—, siendo que el acta de defunción de su padre, Felip, fue redactada diecisiete años después, en 1830. Es probable que los investigadores, con razón, se hayan deslumbrado con las dos grandes gestas de aquel marino, descuidando el aspecto familiar y económico, que tanta importancia tuvo en la carrera marítima de Francesc Joan.

Aunque en el primero de dichos acontecimientos esta excepcionalidad fuera menos importante, puesto que fue una osada mezcla de intuición y pericia la que hizo que, desde 1808 hasta casi 1810, siendo Francesc Joan un oficial de solo veintidós

años, pudiera ir y venir desde Maó al punto que fuese de la costa noroeste peninsular, capitaneando el jabeque *Fill de Déu* y haciendo de despacho entre lord Collingwood, comandante entonces de la escuadra británica en el Mediterráneo, y el general Wellesley, futuro duque de Wellington, jefe supremo del ejército expedicionario inglés en España y Portugal. Wellesley estaba en posesión móvil, Collingwood tenía la base en Maó: los franceses navegaban por en medio. Francesc Joan de Vadell incluso pasó, de Galicia a Menorca, al comisionado de Castlereagh, ministro de Guerra con el Gabinete Portland, y que llevaba todos los planos de la estrategia bélica de los británicos contra Napoleón. La famosa *Historia de la Real Armada,* de sir Robert Crossen y su equipo, por ejemplo, dedica a mi antepasado una noticia y elogio de cinco líneas.

Pero la lucha que llevó a cabo contra los argelinos, englobados en el Imperio otomano, ya es otra cosa. Con la guerra a través de la cual la presencia napoleónica envolvió a Europa, la piratería del Magreb actuó Mediterráneo arriba con una impunidad enorme: desde más o menos 1814 hasta 1830, año de la conquista francesa de Argel, Francesc Joan de Vadell luchó contra las depredadoras naves argelinas a bordo de sus dos sucesivos barcos, *Valor* y *Príncep d'Astúries,* de una manera encarnizada y altamente efectiva. Y armando los navíos por cuenta suya, aunque bajo el pabellón y la autoridad directa de Su Majestad —quiero decir sin sacar patente de corso.

Noam Ventury, Pierre Saint Sulpice, Josep Moliner Udima y Esteban Pérez de Castro, para citar solamente a cuatro especialistas de diversos países, reconocen la constante labor pacificadora del comandante de Vadell. La batalla frente a la costa de Djidjelli, un día de tramontana de 1818, con la atmósfera de una transparencia afilada, hiriente, y la mar crispándose en unas olas de un verde casi blanco, de arbolado ensortijamiento, es incluso mencionada en detalle por el catalán y el francés. Hundió, en esa ocasión, a dos embarcaciones argelinas y apresó a tres, en una de las cuales iba un hijo del sultán de Constantinopla.

A pesar de las capturas enemigas, una campaña tal hubiera sido muy difícil de sostener, e indiscutiblemente de iniciar, sin la herencia que, cargado todavía de vida, traspasó curiosamente Felip de Vadell a su hijo. Ha sido el autor del opúsculo morellano quien ha dado la clave de la hasta ahora ignorada cuestión.

Eduard Albert, natural de Valencia, pasó muchos años en Sant Mateu, capital del Maestrazgo, como secretario del ayuntamiento. En la práctica desconectado de todo el mundo, editó, pagándoselos él mismo, algunos folletos sobre temas raros, olvidados por la Historia grande, como *Noticia sobre don Gil Moscoso, observador militar español en la guerra de Crimea* (1885) y *Del uso excesivo de la sal en las galeotas berberiscas del siglo XVIII. Las soledades de Felip de Vadell* tiene solo treinta y siete páginas, tamaño cuartilla, lleva licencia eclesiástica del obispado de Segorbe, y bajo la fecha del colofón consigna que fue publicado el Cuarto Año Triunfal.

El prólogo es pintoresco. Allí cuenta Albert que en julio de 1936 compró a un trapero de Valencia más de ochenta kilos de material bibliográfico diverso, y en su mayor parte anterior a 1914, procedente de una casa rica, cuyos propietarios habían huido los primeros días del Frente Popular, dejándola abandonada. Pagó muy poco por él y lo fue examinando con parsimonia —«ya que, en aquellos amargos días de lucha e impiedad, era un consuelo volcarse en papeles de épocas que ya no podían hacer daño a nadie», se explaya—, sin encontrar demasiadas cosas de interés: literatura religiosa banal, tratados legislativos, geografías y cosas sobre física... Muchos libros, sin embargo, habían sido encuadernados en pergamino, sin duda procedente de infolios más antiguos. Eduard Albert decidió deshacer los más anodinos y aprovechar el pergamino para otras encuadernaciones suyas de obras mejores.

Fue así como se encontró con un extenso documento, que al principio le costó adecuar, y por el cual una mujer que se llamaba Benvinguda Clapés relataba, ante el notario de la villa de Andratx,

una desconcertante historia... Fue tres años después, trabajando en el problema de la sal y la navegación, cuando se topó con que el almirante Vadell se llamaba Clapés de segundo apellido: la señora Benvinguda era su madre...

Resumiré el estudio de Albert, el cual comienza explicando que el matrimonio de Felip —hijo del hermano menor y heredero de Leandre Antoni de Vadell, el enamorado de Plàcida Sol de Cartanyà— y Benvinguda tenía un hijo, Francesc Joan, y tres hijas: Adelaida, Rosa y Maria Mercè. Vivían en Son Vadell, donde Felip, amigo de un banquero de Palma llamado Baltasar Suau, que era a la vez miembro de la Junta de la Real Sociedad de Amigos del País, desplegó una actividad «llena de inteligencia y eficacia», de acuerdo con las normas de dicha Sociedad para mejorar la agricultura. El huerto de Vadell, como antes he explicado, fue fruto de ello. Repoblación forestal, abrir pozos y secar marismas fueron sus metas. En una docena de años cambió sustancialmente el paisaje de la finca.

No sé si la pintura del hogar de Felip que nos hace el erudito valenciano es demasiado tópica, pero tampoco hay ninguna razón para dudar de ella. Presenta una Benvinguda abundante en grasa, amasando tartas con miel y poniendo al fuego ollas copiosamente provistas de tocino, garbanzos, cogollo de col... Dos de sus hijas ya cortejaban, una con un propietario de dos molinos y de una almazara, y la otra con un estudiante andritxol de jurisprudencia en la Universidad de Cervera. Francesc Joan era el menor de la estirpe y lo tenían con un sacerdote local que le enseñaba las primeras letras y, dice Albert, «desde niño ya había manifestado, obedeciendo temprano el llamado del Destino, su entusiasmo por la mar».

Nadie hizo caso cuando unas manchas amarronadas aparecieron, se afirmaron con lentitud, por el rostro, las manos de Felip de Vadell. «Será que trabaja demasiado», «un eccema temporal», dijo la familia. Pero pronto las sombras se fueron con virtiendo en rojizas purulencias, con una especie de costras... El

médico aconsejó aplicar ungüentos. Pero el mal no cedía, sino que aumentaba.

Hasta que un día decidieron ir a Palma. Enganchada la galera, que llevaba a un criado, a Felip, a Benvinguda y al joven Francesc Joan, partieron, bien provistos de comida, para cubrir las siete leguas entre Andratx y la ciudad. El médico, calculo por el archivo del Colegio de Farmacéuticos, sería el doctor Pou Villalonga o el doctor Martí y Montcada, que eran los más celebrados en aquel entonces. Un viaje tan largo no debía de ser para una consulta cualquiera.

Y el diagnóstico fue de una simplicidad radical: lepra. Felip se desmayó y, en la galera, ya de vuelta, lloraba en silencio mientras el vehículo subía y bajaba las colinas de pinar, rodaba por los recodos lamidos por lenguas de mar. Al lado de su mujer, «que piadosamente ensimismada estaba yo», cuenta Benvinguda en la declaración notarial, y el hijo, «que había cogido una vara de olivo silvestre y pegaba a las mulas sin que falta hiciese con una rabia que no era por los pobres animales».

La declaración, que Eduard Albert transcribe íntegra, es de una gran expresividad en cuanto al ambiente de Son Vadell, una vez llegada la galera: «E mi esposo estaba sentado separado en un rincón, vuelto hacia la pared, e mis hijos se estaban juntos en el otro lado del comedor, e yo estaba en el medio, e nadie decía nada porque no sabíamos cómo decirnos aquello porque era como si un hombre desconocido e sin semejanza con criatura de Dios alguna se hubiera metido allí, separándonos y mirándonos a todos».

Fue entonces cuando, presumiblemente, bajo la brutal presión, se produjo un cambio absoluto en la situación familiar. ¿Cuáles habían sido los sostenes de Felip de Vadell hasta ese día? Estimación hacia la esposa y los hijos, deseo de bienestar, auténtica vocación para el trabajo del campo, y, por lo que puede ser deducido de ello, una resistencia física evidente y un carácter amable. Y todo, de golpe, se derrumbó. Más allá del dolor, Felip supo que había dejado de ser quien había sido hasta entonces. Era

una revelación cerebral, es decir, moral: en el espacio de un par de días nada había pasado que no fuese el conocimiento intelectual de un concepto, aun más que de un hecho. Revelación que no solo presuponía un futuro cambio de arriba abajo en su vida, sino algo incluso más cruel que una posible aceleración de su muerte a causa de la enfermedad: veía cómo para sus hijos, para su mujer, no había dejado de existir únicamente como padre y esposo, sino que hasta les repugnaba más allá de cualquier piedad o entendimiento, tanto por la dolencia en sí, cuanto por el miedo al contagio. Y no era factible cambiar nada: la nueva situación era irreversible.

Esa misma noche fue obligado a dormir en el pajar. Salió cabizbajo... Los otros discutieron casi hasta el amanecer y, al nacer el sol, Benvinguda y Francesc Joan fueron a parlamentar con Felip. El hijo quedó al pie de la escalera del pajar. La mujer subió. Las hijas observaban desde una ventana de la casa.

La decisión que habían tomado era la de que Felip traspasara todos sus bienes a la familia, con el hijo como cabeza de la misma, y que desapareciera, instalándose por los montes de los alrededores, con lo que a cambio le proporcionarían alimento y cuanto le hiciera falta. Dócilmente, el leproso asintió a todo. La sensación de derrota, de final, de desánimo debía dominarlo avasalladora, como un alud. Nada que no fuese su propio derrumbe cabía dentro de él. Y lo único que debería desear era permanecer allí, abrigado por la oscuridad y la paja, por la soledad: «e hasta que marchó, que fue en el día tercero, ni salió del pajar ni dijo nada», recordaba Benvinguda Clapés.

Partió cargado con un fardo, en el que llevaba un par de frazadas, una jarra para el agua, una cuerda, un cuadrito de la Virgen... Y se instaló en la cripta de Son Farriol, desde la cual veía, más allá del llano de almendros y del huerto, la casa de Son Vadell alzándose por encima del limonar... Cada semana debía acudir a las cercanías de un algarrobo convenido, donde le entregarían agua y provisiones de boca.

La cripta estaba en la hondonada de un repecho del terreno, entre un decrépito olivar, no muy lejos de la casona de Son Farriol, abandonada desde setenta años atrás, cuando los duques de Pantaleu. La hoya estaba abarrotada de maleza: aliagas, acebuches, ruda... Un recargado husmo flotaba allí dentro, donde nunca daba un rayo de sol. Los payeses, desde hacía tiempo, utilizaban el lugar como cementerio de animales: huesos pelados, largos esqueletos de pulida lividez, pedazos de carroña hedionda asomaban entre el oscuro verdor de las plantas. Y los cuervos siempre vigilando, inmóviles sobre una rama o volando con lentitud, profiriendo sus cascados, estentóreos chillidos.

En el centro de la hondonada había una especie de semicircunferencia de obra: era la cúpula de la cripta, a la cual se bajaba abriendo una barrera de hierro, herrumbrosa, que daba a una escalera recubierta de verdín y que parecía introducirse en la tierra misma. «Un vaho a humedad, a vegetales podridos, subía de aquel subterráneo, en el cual se alineaban una docena de monumentos funerarios, medio desfigurados y revestidos por una especie de liquen negroso, goteante. Algunos eran simples y enormes cubos geométricos, otros estrambóticos angelotes erguidos; en uno dormía una pétrea dama, voluminosa y tapada por un herbaje espinoso. Una luz incierta se filtraba por entre las medio obstruidas claraboyas. Y vi durmiendo, pegados al techo, muchos murciélagos, blandos, como bolsitas...».

La descripción entre comillas es de Claude de Bainville. La que voy haciendo yo, sacada de unos grabados de Stéphane Corbière, el amigo de Doré. Corbière y Bainville hicieron un viaje por las islas en 1887, que publicaron bajo el título de *Una estancia en el archipiélago balear.* Supongo que guiados por los últimos estremecimientos románticos, se entretuvieron en lugares como la cripta de Son Farriol. El escritor hace de ella una minuciosa semblanza y Corbière, a pesar de trabajar con el boj, gruesos los trazos, consigue imprimir una notable atmósfera de tetricidad al dibujo.

Lo que no sabía Claude de Bainville es que hacía ya años que en la cripta quizá no quedasen más restos mortales que los de Felip de Vadell, desintegrados entre la suciedad y el fango. Porque los de los duques de Pantaleu y del obispo habían sido trasladados a la iglesia parroquial. Cuando el leproso se refugió allí, sin embargo, todavía estaban. Y a pesar de que las notas de los franceses fueron tomadas más de medio siglo después de la época de Felip de Vadell, supongo que pocas cosas deberían haber cambiado en la hondonada, la cual, en otro gran giro de las vidas y de los años, un nuevo Vadell convertiría en la alberca donde yo, más tarde aún, iría a nadar, conocería a tía Amàlia y de rebote retrocedería, volviendo al pasado, a una hasta entonces desconocida vertiente de la lejana historia de mi padre... El oculto y sutil tramado que nos enlaza y del cual estamos hechos...

A veces, retumbaría en la cripta el chirriante, gangoso croar de la rana, y un sapo saltaría hacia el agua estadiza, hedionda, de un charco. Los pájaros, en bandadas, acudían al caer la noche... Y Felip se habilitó allí un lecho, en una especie de gran hornacina vacía. Con troncos, hierbas secas y las mantas, aquel rincón, que fue descubierto después de su muerte, parecía un nido gigantesco. Lo impregnaba un tufo de pestilente dulzor.

Felip de Vadell fue visto, primero, caminando esquivo entre los arruinados olivos. Vestía de estameña, un sombrero de paja. Y en las manos llevaba siempre una matraca que debía ir sonando mientras andaba. A veces, alguien pasaba por las inmediaciones de la cripta, distraído, llevando una mula del ronzal o yendo con una red, de caza. Y de repente oía cómo desde unas matas brotaba el golpeteo sordo y veloz de la matraca: el hombre huía de prisa, mirando temeroso a su alrededor...

Años más tarde, se le veía moviéndose con dificultad: la enfermedad lo devoraba ya decisivamente... Y a menudo, cuando el gañán se acercaba al algarrobo para dejarle el alimento, oía detrás de un romero la voz de Felip, débil, que le pedía que conversara un poco con él; que fueran a hacerle compañía, aunque fuese solo

unos instantes, su mujer, sus hijos. Pero el mozo se iba enseguida, tartajeando algo ininteligible.

Únicamente en alguna ocasión hablaba un poco, alejándose con precaución, como cuando el leproso le preguntó por qué habían hecho aquella especie de procesión, desde Son Vadell a la villa, hacía un par de días. Y el criado le dijo que era que se habían casado, al mismo tiempo, sus hijas Maria Mercè y Rosa, y que la iglesia derramaba flores y que durante el refresco había tocado una orquesta de cuerda y viento...

Benvinguda, la mujer, va desgranando recuerdos, pensativa, como si levantando acta notarial de sus aflicciones, alguien, en alguna omnímoda región, pudiese eximirla de sus remordimientos: «... e dicen que ya no puede hablar o que ha perdido el saberlo hacer, e que para llamar la atención hace unos como maullidos de gato, e yo veo, los días claros, allá lejos, su sombra que se arrastra...».

Pero no fue aquella mañana de agosto cuando tía Amàlia me retrotrajo al pasado de mi padre, sino que ocurrió alrededor de un cuarto de siglo más tarde, la última vez que fui a Andratx, también en otoño, y tanto para aclarar papeles de herencias —la de la abuela, lejana; la del vicario, relativamente próxima— como para revolver todavía más los archivos, para buscar los hilos, por delgados que fuesen ya, de mi padre y otros fantasmas.

El ir a Son Farriol lo decidí una tarde, el sol recién puesto. El camino de la finca era recto, flanqueado de granados. Me detuve a tocar una granada, radiante de una rojez mineral, madura. Me pareció como si cumpliera acciones realizadas ya antes, repetidamente, cuando solo aquel día veraniego había puesto yo otra vez los pies en Son Farriol. Pero quizá el recuerdo de aquellas horas, de aquella realidad tan precisa y encendida, a fuerza de ser

rememorada había vencido el orden del tiempo, convirtiéndose en sonambúlica, como ingresado en un espacio fijo y funeral, sempiterno.

Del huerto, del embrollo de planteles trabados con cañas, comenzaba a desprenderse un vapor tenue, frío. La tierra del camino, sin embargo, estaba caliente, impregnada todavía del sol de la tarde, que inesperadamente había sido de una calentor intensa, como si rodara más bajo que de costumbre. Parecía como si por el camino hubiese pasado una bestia descomunal, dejando un cálido rastro: por un momento pensé que podría haber sido el gran dragón de la leyenda, resoplante, con su aliento de fuego, que en los perdidos acantilados de la otra orilla del río cuida el jardín del Amor de las Tres Naranjas... De la leyenda que me contaba mi padre justo antes de irse.

Alrededor de la casa, los magnolios habían perdido ya casi toda la hoja. Oscuros frente a la ventana, se erigían prácticamente desnudos, con insólita severidad. Quedaba alguna magnolia tardía, esponjosa, de un blanco tumefacto y triste, como signo de un luto exótico. No se veía a nadie por ninguna parte. En la gran escalinata ya no había plantas: solo los escalones y los muros, tostada la piedra, escuetas y ásperas superficies. Entré: la casa en silencio, polvorienta, la sala agobiada por el abandono... No sé si fue el perfume, llegándome empalagoso, lo que me hizo advertir la presencia de tía Amàlia aun antes de verla.

Y lo aspiré no por medio de la acción de los sentidos concretándose en una imagen mental, sino que ocurrió al revés: como si fuese yo una criatura irracional, lo que se me creó al ponerme en contacto con aquel ambiente fue un fenómeno sensorial, un efluvio odorífico que solo tuvo lugar en mi imaginación, ya que en la realidad no existía. Un reflejo condicionado. Porque cuando ella se puso a hablar, yo intentaba olerla, anhelante detrás de esa incongruente perquisición canina, y al principio ignorando lo que decía, solo oyéndola, viéndola alta y de pie y desdibujada en la penumbra del otro lado de la sala, donde había súbitamente aparecido o donde

estaba ya antes sin que yo la hubiese visto, y desde donde era imposible que me llegase ningún aroma de ella, ni naturalmente de las magnolias, ya desaparecidas con la consumación del verano. Opaca al principio, su voz parecía emanar del polvo y del estatismo de la sala:

«Esperaba que volvieras, desde aquel día, y esperé muchos más días y tú no viniste. Y yo no podía ir a buscarte porque fuera de aquí soy, y ya era entonces, una persona atemorizada y desvalida: todo lo que me ha anulado es, al mismo tiempo, lo único que me sostiene, y todo lo que me tortura a la vez que me aguanta está aquí, entre las paredes de esta casa...

»Yo te diré lo que es esperar, cuando la tarde cae y comienza a crecer la quietud de la tierra, una hora o quizá media de como si las aguas de un río se quedasen quietas, formando un gran remanso, con hojas de helecho y el vuelo de la mantis religiosa acariciando la superficie, como un capricho de colores amables. Era este el telón de un festival que hicimos en las monjas: yo, una niña, salía con túnica blanca, el lirio en la mano, azul, y me sentaba en el remanso del río, delante de las libélulas y las largas hojas dobladas, declamaba una poesía sobre la hora del crepúsculo, la hora meditativa y feliz.

»Y es mentira: la oscuridad se espesa, viene hacia ti, te lame y te toca, no la sientes pero la ves, y ahogas el grito y el miedo que te muerden, y contemplas cómo tú y las paredes y los árboles iniciáis un proceso de descomposición, aterradora fusión. El mundo alcanza entonces su verdadero rostro: nada tiene entidad y solo es una agobiante nubosidad. Desde la noche nos acecha el cataclismo que hay detrás de todo: la oscuridad son los ojos y las manos, el murmullo del derrumbe que un día acontecerá.

»Todo muere y lo hace antes de nacer, los deseos sin convertirse en realidad, y solo queda su ausencia y vives de ausencia. Yo te esperaba, lo esperé a él años y años, vigilaba el camino del huerto y lo hacía más a medida que el crepúsculo lo enturbiaba, con

las sombras y las ramas figurando espejismos. Espejismos tuyos, suyos: a veces erais una rendija de luz, otras, la móvil sombra de una palmera mecida por la brisa, o el canto de la abubilla entre las hojas, o una manzana que cae, blanda, imitando pasos cautelosos. Yo ya no era, sino que, a cada instante, me convertía en reflejo de cualquier cosa exterior o interior. Y escrutaba el valle, más allá del huerto, donde el olivo y el algarrobo y el almendro eran al principio formas definidas y después bultos de oscuridad: él y tú podríais ser una de aquellas difuminaciones, viniendo hacia mí.

»O las manchas, súbitamente, podían volverse jinetes al galope, una carga de caballería, piafantes los caballos, los guerreros con armadura y penacho al viento, las lanzas en ristre, rumor de cascos y gritos de batalla, la polvareda detrás como una esponjada y formidable cola de zorra, flameando las banderas de todos los colores, un galope desenfrenado hacia Son Farriol, invadiendo el huerto y la casa, volcando, rompiendo, atravesando cuerpos a lanzadas, y llegando a mi dormitorio para rendirse a mis pies y liberarme. Un tumulto humano y destructor, el espanto y las llamas y el desorden, como cuando los moros vinieron en tiempo de los duques y arrasaron el predio y a ella, la duquesa, la entregaron a los hombres y a los perros, que la revolcaron en sangre y esperma.

»Pero a mí no, ya te lo dije: los caballeros se inclinarían y yo me levantaría y me iría, renovada. De los sepulcros de los conquistadores, de la iglesia dormida, resucitarán caballeros que te coronarán princesa, decía tu padre. Y sería así, pero a través de un cataclismo, porque solo de la victoria del desastre podría yo haberme salvado del pantano que me absorbía. Y me succionaba, sí: ni los olivos eran caballeros, ni un algarrobo, un caballo, y las luces del pueblo, encumbradas al final del valle, acusaban todavía más la gravidez de la noche, de mi vencida soledad. Como la de la salvajina en su cubil, como la de Ferran animalizado que tocaba la campanita, en su habitación, para que fuese yo, allí sentado en la silla de ruedas, supervivencia en la antecámara de una muerte que no llegaba.

»Todo lo que yo aborrezco lo he aborrecido siempre concentrado en mi marido: Ferran, puerco baboso, ojos saltones, el pecho y los muslos cubiertos de cerdas. Una tea encendida que me habrían dado los caballeros de la armadura y que yo blandiría y con la cual prendería fuego, en medio del griterío, como los moros sitiando a la duquesa, y se encenderían los cortinajes y Ferran y Son Farriol reventarían llagados de fuego, mientras yo ascendía radiante... Me quedaba absorta, como si lo viese... Lo veía y quizá lo vea aún, ahora que ya ni la ilusión existe, porque tengo la costumbre de imaginarlo. Yo soñaba un gran paso, y conocía su forma por la estampa que me había traído él, de jovencita, la temporada que navegó: Antoni, tu padre, vestido de oficial, aquella sonrisa... La trajo de Egipto: Isis, diosa de la Luna, transmutada en firmamento cubría la tierra, la larguísima figura llena de estrellas, milagro de resplandor. Un gran paso como la curva del cielo, que yo daría por encima de Son Farriol y Andratx, resurgiendo en otro lugar, nuevo y desconocido.

»Mierda, mierda, mierda: doy vueltas y vueltas y me quedo rendida de asco, cansada de preocupaciones estáticas e inoperantes, que me sé de memoria, detalle a detalle... Te darás cuenta ahora: tú me veías a mí, al salir del estanque aquella mañana, pero yo no te veía a ti, un muchacho mojado, el asombro en la mirada: lo veía a él porque eras como él y podías tener los mismos años, quizá diecisiete, que Antoni tenía cuando también surgió del agua, desnudo, aquella tarde de verano, montando a pelo en el caballo negro de Son Vadell, gritándole al animal y riendo, enloquecido de actos que comenzaban y acababan en ellos mismos, como si la vida, toda la energía, se concentrase allá donde él estaba y se movía.

»Él, que ya era otro, desde aquel instante, como lo era yo también. Pasan los días, haces cosas, y tus actos no son nada: lo único que en verdad «es» no lo ves, es el camino que se te va haciendo por dentro y te conduce a un lugar. El cual sientes, vives de golpe, con una diafanidad que te anonada: una punzada te atraviesa, te cambia de arriba abajo. Antes solo te habías

preparado para eso, inconscientemente. A tu padre yo lo había visto solamente de lejos, sabía que era mi primo Antoni, dos años mayor que yo, hijo de los tíos de Son Vadell, y que ni con ellos ni con él podía hablar porque éramos enemigos. Quedaba, pues, al margen de mí, como aquella loma que apenas se insinúa en el horizonte, que veo pero con la cual nada me une...

»Llevaba yo todavía trenzas, aquella tarde. Tenía dieciséis años y quizá presentía que se había acabado el tiempo de preparación y que el acto secreto y sagrado tendría lugar ya, como en la novela que leía, que transcurría en la India o en la China, y en la cual un monje caminaba años y años tras el vuelo de una flecha que alguien, tal vez un dios, había lanzado: allí donde el dardo hubiera caído nacía el río de la vida. Yo leía mucho, entonces, pero aquella tarde, después de almorzar, cuando todos dormían la siesta, no pude quedarme en el balancín de debajo de la parra ni en el rincón del huerto, tan fresco, donde están los plátanos.

»Me fui hacia Les Dunes. Descalza, agobiada de calor. Los pies se me hundían en la arena y caminar era difícil. A mi alrededor solo veía los montículos de las dunas, que se sucedían redondeadas y formando concavidades llenas de sol, con los tamarindos enanos, roídos por el estío y el viento y el salitre, que parecían más minerales que vegetales. Cruzaba receptáculos de calor, igual que si peregrinase hacia no sabía dónde, quizá hacia la desintegración del sol: el calor me cortaba el aliento, parecía que me incendiara. Me desabrochaba el cuello del vestido... La playa se me apareció de golpe: amplia longitud desierta, de un amarillo pálido y refulgente, candente refracción estallando enloquecedora, la mar apática que se perdía en un encantamiento de aceradas fluorescencias. Quedé aturdida, la sofocación me había resecado.

»Estaba de pie, ciega, cuando oí las carcajadas y el chapoteo: él y la bestia eran un torbellino de luz y salpicaduras y ruido que venía de la mar, una aparición brillante de agua, un montón de cuchilladas de claridad. Antoni reía y reía y se me acercaba, montado a pelo. Reía y me miraba a los ojos y al estar a mi lado,

yo petrificada o inverosímilmente abierta de espera, no lo sé, me puso la mano sobre la cabeza, llevándome otra vez hacia las dunas, yo caminando como una autómata y él a caballo. Nos paramos en una hondonada. Era como si estuvieses delante de la boca de un horno. Yo veía que él estaba desnudo y me daba igual. Y descabalgó y primero me pasó el brazo por los hombros y después empezó a desabotonarme el vestido. Yo lo dejaba hacer, entrecerraba los ojos, y a medida que me iba exponiendo el cuerpo al sol, huía de mí el caliente ahogo y una especie de euforia ígnea me arrebataba: era como un fuego enterrado que se alzara llameante.

»Y de golpe tiró violentamente de mis trenzas: se me deshicieron y creo que me hizo saltar toda, libre el cabello. Al caer, de espaldas, la arena me quemó, como un hierro al rojo vivo. Antoni se echó sobre mí, una jugosidad espesa y caliente unió nuestros sexos. Me poseía con plenitud voraz y le hubiera mordido, comido, para sentirme más llena de él...

»Era eso: lo descubrí a él, fui una mujer. Y desde entonces corrí como una loca, despeinada, hechizada, el sexo hambriento, allí donde él me llamó, me sometió, y lo obedecí hasta cuando me dijo que me casara con Ferran. Fui su puta o su amante y lo sería hasta la consumación de los siglos. Ahora mismo, si viniese. Me retorcía debajo de él, aullaba de placer, me arrodillaba ante su pene y lo lamía llorando de agradecimiento y ganas de ser atravesada por él, un alud de felicidad y de gozo se me venía encima... Tú me has escrito diciéndome que venías, que querías saber cosas de tu padre: ya las sabes. Lo veo ahora mismo aquí, lo veo cuando se acostaba encima de mí, en la habitación en la cual había entrado de noche y a escondidas; o en las dunas, revoleándome bajo un tamarindo, el sol danzando encima de nosotros, las ramas que nos arañaban y la arena salada que ardía en las mordeduras...».

Yo me había ido acercando a tía Amàlia y, sorprendido, la miraba, allí de pie, invocando fantasmas primero con voz neutra y después con un patetismo desolado y grotesco. Esa mujer, que un día había

sido un desafío de belleza, de deseo, de energía, contra toda la decrepitud humana, contra toda la latencia vegetal que la rodeaba, solo contaba ahora con el deseo dentro de su enjuto armazón. O ni siquiera con eso, sino solamente con el deseo del deseo: un hábito, una segunda naturaleza.

Ella ya lo sabía, al menos en según qué momentos, pero viéndose siempre como la persona que había sido antes, o como una consecuencia suya, y sin tener conciencia de que ya no había nada de ello: era solo lo que no había sido, lo que no había tenido, tumulto de insatisfacciones, de frustraciones, de anhelos. La miré detenidamente: de la que era treinta o cuarenta años atrás ya no quedaba nada, exceptuando el eco o la costumbre de los gestos, de las posturas, de las inflexiones de voz, de todo lo que en una adolescente o una mujer joven es gracia, misterio, larvada incitación al gozo, a la caricia, a la acometida del macho que vence, arrasador, a la hembra. Pero que en una vieja no son más que una lamentable, desplazada supervivencia, una impúdica y angustiosa exhibición.

Tía Amàlia era, en el crepúsculo, algo más que la podredumbre o el destrozo: era la fermentación purulenta, moral y carnal de la ruina física. Demacrada, con los ojos inyectados de sangre y al mismo tiempo la mirada perdida que miraba y no veía, o que era capaz de reflejar los espejismos de su ensimismamiento, un rictus agresivo atravesaba, no obstante, su rostro: lo producía la dentadura postiza, hecha seguramente años atrás, cuando todavía tenía las mejillas carnosas, pero que ahora, chupada como estaba, le bailaba en la boca, a veces dislocándosele con golpes secos y otras atascándose e imprimiendo a su discurso inflexiones apresuradas, chirriantes. Los dientes, de una blancura de marfil, como si los acabasen de pulir con un detergente, contrastaban casi desafiantes con su piel macilenta, con sus vestidos arrugados, que desprendían un incisivo olor a naftalina, áspero, que se filtraba a través del húmedo embadurnamiento de un perfume de licuosidad oriental que se había aplicado. Antes, ella y esa fragancia eran

consustanciales. Ahora, no: parecía que su cuerpo ya no segregara exudación alguna, ni que se empapara con aroma ninguno, y que estos provinieran de otro lugar. Como un mineral, quedaba al margen de ellos.

Los dientes, con su perfección irreal, le impulsaban hacia fuera los labios, delgados, y formaban un bulto en la parte inferior de las mejillas, exangües, sobre las cuales se había pintado una exacerbada rosa de colorete, que acusaba aún más su aspecto de máscara enfermiza. Volantes, puntillas, se adherían con desflecada y artificiosa floración a su vestido, largo hasta los pies, de una aparatosa antigüedad, resto sacado de un desván, pieza olvidada y recuperada de un armario de despojos. Le colgaba de un costado, parecía que no cubriese un cuerpo, sino que tapara solo un frágil andamiaje de huesos sobre el cual hubiese sido depositada la ropa de prisa, descuidadamente. Personificación de un absoluto aniquilamiento, todo en tía Amàlia era fracaso y tiempo irreversiblemente hendido, quebrado.

La escuché sin reconocer en nada suyo a la mujer que un día tuve aferrada a mí, cálida de sexo, y cuya imagen me ha acompañado desde entonces. Pero a la que no volví a buscar porque todo el tiempo que estuve a su lado me hallé, simultáneamente, muy, muy lejos: parecía también que oficiáramos un rito ancestral, a un tiempo conocido y extraño, en el cual las palabras y la comunicación sean ajenas y solo quedan los gestos, los cuerpos repitiendo movimientos y posturas.

No, la de la segunda visita era otra mujer, otra que siempre fue así, un espantajo, y solo la idea de relacionarla con la que un día se había abrazado a mí, o a mi padre, me produjo asco, un rechazo físico mezclado con una humillante repugnancia moral. Yo imaginaba, nítidas, exultantes, las sensaciones del amor que viví con ella, la carne de tirantez suave, la desasosegada irrupción de las ganas precursoras del orgasmo. Imaginaba las mías y las de ella. Porque el desdoblamiento era más complejo: los dos cumplíamos un ritual, pero, al mismo tiempo cada uno, en su exaltada fuga

interior, hacía el amor, sí, yo con una mujer indiferenciada, con la mujer, y ella seguramente con aquel Antoni, mi padre, ya perdido entonces para todos... Pero unir esas imágenes de los dieciséis años con las de la Amàlia que tenía frente a mí, piltrafa delirante que en ciertos momentos todavía parecía languidecer en obsceno ofrecimiento, me pareció una execración: adivinaba, como si el vestido fuese transparente, sus pechos vacíos y arrugados, los colgajos de la piel en el vientre y los muslos, el hedor de su sexo informe y negro...

Ella seguía hablando, pero solamente empujada ya por el viento que la había impulsado años atrás, como un barco con las velas ya deshinchadas, pero llevado todavía por la declinación de la antigua fuerza, y yo pensaba que todo era inútil, que lo que matan los años, lo que magulla el tiempo, no lo puede recuperar el espíritu. La vejez, para quien no la tiene y la contempla en los otros, es una abominación, conmiserativa quizá, pero remachada de desprecio y de rechazo. Un viejo debe ser encerrado en un reducto vegetativo y recóndito, como lo fue aquel Felip de Vadell leproso, ha de ser clausurado a las risas, a la fe, a los sentimientos, porque es un guiñapo, un despojo, y este despojo es una imagen tuya, un aviso para el futuro. Profana tus deseos. La hubiera abofeteado y hui.

Y caminé. Era ya de noche y había grandes nubes y una luna en cuarto creciente: parecía que se persiguieran, ahora la rebanada amarillenta y jovial, esparciendo su claridad queda y opalina, ahora reinante la nubosidad, absolutamente oscura, como si de golpe lo cubriera todo una gran manta. Aquel espíritu de podredumbre que me había asaltado en Son Farriol parecía que todavía se me pegara. Me sentía como descoyuntado por dentro, como si las piezas internas del cuerpo y los grumos de masa del cerebro no acabasen de encajar, estando sometidos a una rápida

sucesión de pruebas de acoplamiento. Solamente exagerando los movimientos físicos, exteriores, brazos y piernas, como si hiciese bascular el centro de gravedad del cuerpo de adentro hacia fuera, conseguía ir serenándome.

El pueblo fue apareciendo, masa negroide sobre la cual se erigían las chimeneas de las casas, hollinientas, como si fuesen caducas advertencias. De un callejón pasaba a otro, tan pronto encontrándome entre paredes conocidas, casi parte de mí mismo, como, al extenderse la oscuridad, no saber ni por dónde caminaba. Como hilos de una red, las calles, estrechas, tortuosas, se aferraban al zigzag de la calle Mayor.

Muchas casas habían sido abandonadas, la gente emigrada. Puertas resquebrajadas y hundidas, persianas que se mecían, desencajadas. Por entre las aberturas atisbaban plantas sombrías, de hojas crasas y vigorosas coronas de espinas. Y a veces asomaba la cabeza de un gato, los ojillos brillantes y alerta, como si viniese de cometer algún delito o viera detrás de ti algo agresivo, peligroso. Se levantaba viento: todo el maderamen bailaba y golpeaba, llenando las desiertas calles de estallidos y rumores disonantes, como si fuesen tambores y matracas invisibles, un desbocado concierto de Viernes Santo, cuando cualquier sonido que no sea sordo, hecho con madera, puede perturbar la muerte de Jesucristo, que descansa, cerúleo, dentro de una urna de vidrio, en el altar mayor.

El recuerdo de mosén Dionís se me fue imponiendo. Muchas veces, en estas mismas horas nocturnas, lo acompañé cuando lo llamaban para suministrar los Sacramentos a algún moribundo. Iba él revestido con una blanca capa bordada en oro, con la que envolvía el cáliz. Yo sostenía una descomunal sombrilla violácea, llevaba un farolillo. Nuestros pasos retumbaban por los callejones, parecía como si un grupo de gente nos siguiera. En la parca luminosidad, las decrépitas fachadas se sucedían a pedazos, como si fuesen sectores de un decorado de kilométrica muralla china, desorbitada fragmentación del pueblo y de la noche. De la cual de golpe surgían, para al instante volver a ser tragadas por ella,

figuras embozadas que el reverendo de Vadell observaba de reojo, acaso con el irracional presentimiento de que podían ser sayos vacíos, una abominación de la inexistencia. El farolito, oscilante, creaba a nuestro alrededor una pausada y grotesca rotación de las sombras del vicario, mía, de la sombrilla. Espectral baldaquín en solitaria, sosegada, sobrenatural procesión. Más que ejecutar un ministerio para el más allá, la tétrica presencia del sacerdote parecía una lúgubre confirmación de lo inapelable.

Entonces era cuando el vicario me daba clases. La abuela había creído que lo que él me enseñara sería mejor que todo cuanto hubiera podido aprender en la escuela del pueblo. Tenía que acudir a la vicaría por la tarde. Él me esperaba en su despacho, una habitación amplia, colmada por una balumba de papel: libros, fajos de documentos, pergaminos, cajones repletos de fichas se amontonaban de cualquier manera por los estantes que tapaban las paredes, por el suelo y por encima de los muebles, como si un vendaval acabara de removerlo todo, embrollándolo. El piso estaba abombado, temblaba con cualquier movimiento. El golpear de una silla, una puerta enérgicamente cerrada provocaban la caída de pilas de papeles. El sacerdote los recogía de prisa, metiéndolos desordenadamente en el primer sitio que le venía a mano. Todo revolaba, se deslizaba, parecía moverse por sí mismo, como si tuviera existencia propia.

Allí había acumulado mosén Dionís parte del registro de la parroquia, documentos sacados del municipal, y libros, carpetas y notas que de cerca o de lejos se refirieran al Papa Luna, su única, formidable e intransigente pasión. El polvo, las telarañas, la humedad se habían apoderado de aquella frágil materia y el despacho exhalaba un espeso, insoportable hedor a encierro, como si faltara aire. En un rincón había una trampa, preparada con un

pedazo de queso. A veces, quedaba enterrada bajo un montón de libros y el sacerdote solo se enteraba de si había una rata apresada al cabo de unos días por el tufo de la muerte.

Y en medio de la habitación dormitaba, en una inmensa jaula remendada con alambres e hilos, un loro de plumaje escaso, como roído por la sarna, envarado de vejez. Cabeceaba peligrosamente y, cuando estaba a punto de caer, se enderezaba aleteando caótico, en medio de un espasmódico grajear.

Pero ¿era esa la realidad de la vicaría o era la otra, la evocada por la desasosegada fantasmagoría verbal que vomitaba el vicario en el curso de las horas, frías, vacías, que pasamos juntos? Una débil bombilla colgaba del techo, sumía la habitación en un claridad mortecina. Debajo de ella, como si flotara, basculaba el rostro del sacerdote, emergiendo descarnado por encima de la negra sotana, las cuencas, dos redondeles de oscuridad, igual que si no tuviera ojos. Meneaba la cabeza, las manos, con el torpe movimiento de las marionetas.

Debía tomarme la lección, explicarla, y a veces lo hacía. Pero otras, y en especial si había recibido algún libro o papel que hiciera referencia al Gran Cisma de Occidente, a Pedro de Luna, su cerebro se caldeaba y se ponía a revolver documentos, se abstraía en un murmullo ininteligible, como si discutiese consigo mismo para, inesperadamente, volverse hacia mí y, entre barboteos, lanzarme un discurso a ratos de recargada obtusión y otros claro y sencillo como la leyenda áurea:

«He visto muchos moribundos, y debió de ser así: de golpe se incorporó en el lecho, el pasmo dilatándole los grandes ojos, los brazos moviéndose como si fuesen aspas. Empezó un tartajoso griterío que nadie comprendía. Llevaba una camisa blanca, holgada, y la piel de la cara le caía, formando dos colgajos de color terroso, sucio. Ya no tenía cabello ni dientes, lo mojaba un sudor caliente, *Aviñón, Aviñón,* consiguió murmurar, y, esputando sangre, manchada la mandíbula y la camisa de siniestra y roja vivacidad,

señaló con el índice, imperioso, esperpéntico, al cardenal de Santa María in Cosmedin. ¡Era el santo padre Gregorio XI quien, ya en las últimas, marcaba a Pedro de Luna! ¿O era Dios quien lo hacía por medio de su vicario en la Tierra?

»El cardenal de Santa María in Cosmedin, Pedro, se sobresaltó. Una especie de mareo lo hizo vacilar en medio de la alcoba, entre la bordada belleza de los tapices, los relicarios de oro y plata incrustados de pedrería, la irisada pompa de la corte pontificia, con cardenales y prelados, nobles y domésticos. Dos purpurados se abalanzaron sobre el pontífice Gregorio, volvieron a acostarlo: respiraba silbante y afuera los gritos de la multitud resonaban airados. Trastornado, el cardenal Pedro de Luna caminó hasta un balcón. Era primavera. Ahora pasan las estaciones y no me doy cuenta: me acompaña solamente el frío del invierno. Pero de joven acostumbraba a pasar mucho tiempo en la terraza, hechizado por el paisaje que estallaba en colores, en el que exaltaba ufano el verde a cada minuto de primavera...

»Aquellos días de la agonía del papa Gregorio XI era también primavera, en Roma, la del año 1376: el sol joven de abril, como una caricia, se desparramaba por los jardines de la Ciudad Eterna, repletos de floración; hacía que los muros de los palacios adquirieran todavía más el color del pan recién cocido. El cardenal miró la plaza: instigado por la aristocracia romana, el pueblo bramaba que a la muerte del papa francés se debía elegir a uno romano o harían que los cardenales advirtieran que su sangre era tan roja como sus bonetes... Porque Gregorio era francés. Desde 1305, la Santa Sede radicaba en Francia, y se asentó en Aviñón: de hecho, primero prisionera, después, por elección de papas franceses y porque Italia era un cubil de nobleza envenenada por luchas intestinas, de bandoleros gobernando los caminos. Pero el santo padre Gregorio consiguió volver a Roma... para morir enseguida. Y ahora los aristócratas no querían dejar marchar la Santa Sede: codiciaban el dinero que reyes y peregrinos depositaban en las arcas papales.

»Pedro de Luna contemplaba desde el balcón el magno alboroto. ¡Yo les hubiese escupido! ¡Pedro les escupió! Y debió retirarse rápido porque una gran cantidad de piedras se estrellaron contra el balcón, entraron rodando como una cuadrilla de animalejos dentro de la habitación del agonizante. El cardenal se arrodilló en un reclinatorio: ahora comprendía la admonición del pontífice encamado, ahora veía que Roma era una nueva Babilonia y que la ruta salvadora pasaba por Aviñón. Pero ¿cuál era su misión, la del último marinero de la nave de la Iglesia? Aunque todas las fibras de su ser exigieran a los Poderes Supremos que se desencadenase otro Diluvio Universal, que solo el Pontificado flotara en el alba del día cuarenta y uno, inclinó la frente y debió de rezar para que la voluntad de Dios, fuese la que fuere, se impusiera por encima de las tinieblas.

»Muerto Gregorio XI, el Sacro Colegio se encerró en conclave. Hay dieciséis cardenales: once franceses, cuatro italianos y el aragonés Pedro de Luna. En la calle, la turba esgrime picas, hachas, cuchillos, amenaza a la luz de las antorchas de resina, de agria humareda. El Sacro Colegio tiembla, apenas si puede entenderse entre el estrépito del motín. Y decide salir del aprieto mostrando al pueblo un papa ficticio, un italiano, para retirarse a un lugar seguro y, sin presiones, votar al auténtico santo padre. Pero ninguno de los príncipes se atreve a dar la cara ante el peligroso tumulto. Uno de ellos, el cardenal de San Pedro, abismado en sus ochenta años, ni articula sonido alguno: solo es capaz ya de persignarse continuamente.

»De pronto, algunos príncipes de la Iglesia se miran entre ellos, se vuelven hacia el cardenal de San Pedro: se le echan encima, encasquetándole la tiara y la capa pontificia. El anciano grita aterrorizado, se remueve intentando escapar. Los cardenales lo sujetan, le tapan la boca metiéndole, apelotonada, la reliquia de un pedazo de manto de la Virgen. Y lo exhiben encumbrado en la silla gestatoria, los ojos desmesuradamente abiertos de pavor, retorciéndose hundido entre ropajes preciosos, cánticos,

incienso, la comitiva de purpurados. Pero el pueblo advierte el engaño y la furia crece: rompen las puertas con arietes, irrumpen en el cónclave. Los cardenales sueltan al de San Pedro, piltrafa agarrotada por el espanto, y eligen precipitadamente como papa a un prelado que apenas conocen: el arzobispo de Bari. Huyen mientras el gentío, delirante, saquea por doquier. Y agoniza, hecho un fantoche, envuelto en púrpuras, medio derrumbado en el vacilante trono, el cardenal de San Pedro.

»Cinco meses más tarde, el Sacro Colegio se reúne en Fundi. En el interregno, el arzobispo de Bari, Bartolomeo Pignani, había tomado posesión de la Santa Sede romana bajo el nombre de Urbano VI. El conclave de Fundi declara nula la elección del arzobispo Pignani y vota un nuevo papa: Roberto de Ginebra, francés, que toma la denominación de Clemente VII: detrás de él, vuelven a Aviñón todos los cardenales. Ha comenzado el Gran Cisma de Occidente: dos cabezas visibles de la Iglesia, una en Roma y la otra en Aviñón, dividirán conciencias y naciones... Urbano VI queda solo, frenético, humillado. E impone el capelo a veintiséis nuevos cardenales y contrata a una tropa de mercenarios para que defiendan sus derechos. ¡Derechos ilegales, heréticos, satánicos! Pero el odio y el miedo lo carcomen y, a la menor sospecha de que sus cardenales lo puedan traicionar, ordena que los aten al potro de tortura y observa cómo les desarticulan los huesos, cómo los ciegan con hierros candentes. Y ni a dejarlos encerrados se atreve cuando viaja, porque teme que se alcen a sus espaldas: navega con la bodega del barco llena de purpurados ciegos y prisioneros, corte de baldados que rezan y gimen bajo sus pies.

»Pero de nada le sirve: muere envenenado y su Sacro Colegio corre a elegir un sucesor: Bonifacio IX, de insaciable rapacidad, intransigente, que no quiere ni oír hablar de renuncia. Y, entre tanto, en Aviñón, Clemente VII negocia con las naciones, nombra a Pedro de Luna su legado, y Castilla, Aragón, Navarra, Francia, Brabante, Escocia, Inglaterra e Irlanda se declaran de su obediencia. Pero Clemente muere, un día de 1394: el monarca francés lo ha

vejado esa misma mañana, ha celebrado la misa furioso, ha bebido un vaso de vino y ha caído fulminado. ¿Apoplejía o veneno? Nunca lo sabremos...».

¿Qué sucedía? Con azorada indecisión, contemplaba yo al anciano, sus debates solitarios que me sé de memoria y puedo por ello ordenar la exultante confusión cronológica, temática, en que se manifestaban. Alterado, su cabeza se me acercaba para subrayar una expresión, un argumento, para él, decisivo, y para mí, entonces tan hermético como el resto de su desvarío: prácticamente lo que de él me llegaba era solo su aliento, las fétidas vaharadas de aquella boca gruesa, blanda, la lengua hinchada y recubierta de blancas escamas, como una fangosa caverna. A ratos, me parecía que ni me veía, y era como si hablase para él solo, girando alrededor de un único e imantado centro: el de su edificio mental, que redondeaba afanoso a cada nueva rememoración.

Nunca interrumpía yo su cháchara de orate, solo cortada para buscar una cita en un documento de arcaica caligrafía, y destinada siempre a probar la autenticidad del pontífice Luna. Su precaria existencia ya únicamente se nutría de aquella escoria secular, recreando hechos y personas de épocas sumergidas, de muchas de las cuales no persistía ya ni la sepultura. A veces, el vicario se hundía de golpe, sollozando, y le costaba volver a enlazar las palabras: era, sobre todo, cuando se refería explícitamente a Pedro de Luna, eje sobre el cual daba vueltas una y otra vez, con reivindicativa furibundia.

En ciertos momentos, una extraña aversión, mezclada con temor, me dominaba: tenía el presentimiento de como si estuviéramos a punto de violar un recinto pecaminoso, cruel... Y él continuaba perorando, sin ni siquiera hacer caso del escandaloso cacareo del loro al caer adormecido:

«Condiciones a la verdad, como si la luz no fuese luz... Condiciones humanas, políticas. El reino de este mundo queriendo imperar

sobre la soberanía del Señor. *Te elegiremos papa y dimitirás,* dicen que fueron las condiciones que le pusieron. Pero ¿cómo pueden los hombres deshacer lo que Jesucristo ha trenzado? Porque Benedicto XIII, Pedro de Luna, fue nombrado pontífice por el cónclave de Aviñón a la muerte de Clemente VII: tuvo todos los votos, menos uno, el suyo. En una semana es ordenado presbítero, consagrado obispo y, después de cantar su primera misa, es solemnemente coronado papa. Es el Espíritu que lo designó a través del Sacro Colegio, es físicamente con Dios con quien va establecer contacto al consagrar.

»Pequeño y flaco, sus sesenta y cinco años de edad son los del roble: más fuerte a medida que el tiempo lo templa. Es austero, casto. Se había hecho canonista por la Universidad de Montpellier. Cuando está convencido de una causa, se aferra a ella con fervor. Y lo coronan con la tiara de San Silvestre, blanca, angular, con la incrustación de las piedras negras, de una brillantez única: Constantino el Grande se la regaló a Silvestre I como símbolo del triunfo definitivo del cristianismo contra la idolatría.

»¿Por qué había de abdicar, por qué? Le echan en cara las razones: la Cristiandad está dividida, la herejía comienza a soplar en Alemania y en los Países Bajos, la política de los reyes así lo exige. Pero todo eso, fuera lo que fuese, no era a él a quien tenía que ser dirigido: ¡era en Roma donde el Cisma se había abierto! Y Benedicto XIII no hace caso a nadie, al tiempo que, ¡naturalmente!, anatematiza al papa romano. Se niega con orgullosa firmeza a renunciar *via cessionis* proclamando: *Antes prefiero que me desollen.* Los monarcas, los teólogos de la Universidad de París, el emperador de Alemania, sus mismos cardenales, lo discuten, lo atacan, lo abandonan: tentados por el oro y las conveniencias, dan la espalda al que solo conoce los dictados del Espíritu.

»Y las tropas francas se precipitan sobre Aviñón, las escaleras de los soldados impíos se apoyan ya contra las almenas del castillo papal, defendido por los últimos leales: Pedro de Luna tiene que huir por la alcantarilla, después va Ródano abajo en una galera

catalana, que fue la gente de nuestra estirpe la que estuvo a su lado hasta el postrer momento. *Para los puros, todas las cosas son puras,* dice san Pablo: tanto le da que la alcantarilla sea su carroza y las befas y los dicterios su arco de mirto, ¡porque él es el representante de Cristo en la Tierra!

»He leído mucho sobre la cuestión, he buscado años y años todos los libros y papeles que hablan sobre ella y lo afirmo: Dios estaba con él. ¡Lo puedo asegurar bien alto! ¿Qué importan las derrotas temporales, aunque sean de siglos? Quizá no ha llegado todavía el momento de que salgan a la luz todas las grandes pruebas, quizá. Que los designios del Señor, de la Eternidad, son inescrutables...

»En Roma se sucedía la rueda de muerte y elecciones: Inocencio VII ha sustituido a Bonifacio IX, después accede a la silla gestatoria Gregorio XII. Y la Cristiandad hierve, confusamente apasionada. En 1409 se reúne el Concilio de Pisa, con cardenales de las dos obediencias: depone a Benedicto XIII y a Gregorio XII y nombra a otro pontífice, Alejandro V, un franciscano griego. Los otros dos rechazan el decreto conciliar. Y hay, entonces, tres papas. Una Iglesia tricéfala que durará cinco años, porque a la defunción de Alejandro se le nombra un sucesor: Juan XXIII, el antiguo corsario Baldassare Cosa.

»El Concilio de Constanza, abierto después y bajo los auspicios del emperador alemán, depone a Juan por indigno y simoníaco, el cual huye disfrazado de palafrenero; depone a Gregorio, que escapa a Gaeta, donde abdica, muriendo enseguida; depone a Benedicto, que, solitario y obstinado, seguro de su investidura como único y auténtico representante de Jesucristo en la Tierra, desprecia los edictos de Constanza.

»En Perpiñán, en 1415, ante el emperador Segismundo, de Fernando, rey de Castilla, de nobles, prelados y doctores, de Vicent Ferrer, Pedro de Luna habla en latín durante siete horas desde el púlpito catedralicio, probando irrefutablemente su legitimidad. Y dice: decís que todos los papas surgidos a partir del Cisma, y

en consecuencia sus cardenales, son dudosos, y yo lo acepto. Pero siendo así, dice, entonces resulta que yo soy el único cardenal elegido con anterioridad al Cisma que continúa vivo, el único que queda que haya recibido su bonete del último papa sin mácula. Por tanto, dice, os digo que soy el único que puede designar un nuevo papa y nada impide que me nombre a mí. Vosotros, dice, no queréis, sin embargo, que este papa sea yo. Cierto es que podéis impedirlo, que podéis negarme y perseguirme. Pero lo que nunca podréis impedir, porque es potestad que me viene del Cielo, es que yo, ¡yo!, sea el único que puede elegir un nuevo papa.

»Lo escucharon en silencio, en silencio lo rechazaron, incluidos el rey Fernando y el valenciano Ferrer, que prácticamente habían sido creados por él. Y Pedro de Luna tiene que volver a huir: por mar, por el amplio mar, donde no encontrará bajezas ni traiciones, donde la soledad de las nubes y de las olas acataban su pontificado.

»El Concilio de Constanza proclama un nuevo papa, ante el cual rinde reverencia toda la Cristiandad: Martín V, que se instala en Roma. Mientras, en el castillo de Peñíscola, en la costa valenciana, perseguido, aislado, pero firme, Benedicto XIII esperaba del juicio de Dios lo que los hombres le negaban. El Cisma había acabado: condenan a Pedro de Luna por cismático. Él responde que el Cisma ha sido entronizado en Roma, que la pureza de la fe reside en Peñíscola, y anatematiza al papa romano.

»¡El papa de Roma! Yo te diré, porque es como si lo viera, te diré quién era este papa y cómo Benedicto XIII fue acosado sin reposo. Un ejemplo basta. El de un día de 1418, si quieres. Ráfagas de viento sur encabritaban un oleaje blancuzco, como si hubiesen volcado leche sobre la mar. Tose, los escalofríos sacuden el pequeño cuerpo del pontífice Pedro de Luna, convertido ya en un simple nervio. Sus ojillos aparecen velados por una película aceitosa. El viento roza contra su piel, tan seca y envarada como la de estos pergaminos que aquí ves: debía de ser igual a si una uña rascase la cal de la pared. A su lado está su sobrino Roderic, el casco coronado por un penacho amarillo, esponjoso, vestido

con el uniforme de gala de la guardia pontificia. Agarrándose a una almena del último, del más elevado torreón del castillo de Peñíscola, envuelto en una capa de piel de marmota, gris, ahuecada de suavidad, que en los días de gloria le envió el zar de Moscú, el papa urge al capitán Roderic para que le cuente lo que su vista ya no percibe.

»Roderic debió de mirar hacia el istmo, blanco brazo de arena, que separa la fortaleza que corona el protuberante islote de Peñíscola de la playa de guijarros y de las colinas de algarrobos. Estuve allí, al igual que en Aviñón; he pisado los lugares que su santidad Benedicto XIII habitó. Roderic mira, lentamente narra, a medida que los hechos se suceden: ya han atado al fraile al palo y tienen que sujetarlo por el cuello porque parece como si no tuviera huesos. Se dobla. El canónigo Valent se acerca, le da a besar la Cruz. El reo estalla en llanto y, súbitamente, mientras el canónigo lo insta a solicitar de Dios el perdón de su alma, el fraile se estremece y vomita. Bocanadas verdosas, espesas, salpican al canónigo y a los soldados. ¿Era el temor lo que lo deshacía por dentro o el Diablo, que, habiéndose posesionado de él, ofendía a la Santa Cruz? Nunca lo sabremos.

»Y avanza un soldado con una antorcha en la mano, se agacha ante los haces de leña amontonada al pie del palo. Chilla el fraile, chilla y se retuerce, baboso de vómito. Una, dos, cinco lenguas de fuego se disparan, rápidas, pálidas bajo el sol. La trepidación de la llama y los enloquecidos aullidos del reo llenan la atmósfera. Un penetrante olor a chamusquina, a carne asada, llega al olfato del santo padre. Quizá su nariz aspiró con avidez: ten en cuenta que apenas veía... Sí, sí: por encima de los golpes del oleaje contra las rocas del islote retumban la impetuosa fragosidad de la pira y los gritos roncos, crispados, del condenado. El fuego, instrumento de justicia, consume el cuerpo de fray Peladi Calvet.

»Y cuando el fraile sería ya un tizón, el pontífice debió de sentirse cansado, debió de tener frío. Eran ya noventa años... Son muchos años para un ser humano, aunque pocos para conservar

la fe. Penetró en su dormitorio. Estaba encendido el brasero. Lo que hubiera hecho yo, y no soy tan viejo como lo era él, ni mucho menos, hubiera sido sacarme el abrigo, refregarme las manos, quizá sonreír mirando la vacilante oscilación de las llamas... Porque aquel día había pasado una cosa doblemente importante: el cardenal de Pisa, legado del papa de Roma Martín V, había intentado envenenar a Pedro de Luna, valiéndose de aquel fraile benedictino. Su santidad Benedicto XIII era goloso; como de costumbre, el día antes, el dulce de membrillo estaba en su mesa. Comió. Notando, sin embargo, un gusto amargo... No solo lo salvó Dios, sino que puso de manifiesto cuáles eran los procedimientos usados por Martín V y su gente, por el mundo entero contra Pedro de Luna.

«Noventa años... Noventa y seis... Fue el pontífice de más largo reinado, superando incluso el de san Pedro. ¿No era esta también una prueba que enviaba el Señor a los hombres? Y llegó el 1422, diecisiete de noviembre. Con absoluta lucidez de cerebro, inquebrantable la voluntad, lo que le falla a Benedicto XIII es el cuerpo: ha de guardar cama definitivamente. Como ya no tenía cardenales, crea cuatro, para que perpetúen su Santa Sede: el prior de la cartuja de Montalegre, Domingo de Bonnefoi; los aragoneses Juliano de Loba y Ximeno Dahe; y Jean Carrier, el fiel, el fidelísimo Carrier, que no se hallaba en Peñíscola, sino en Armañac, ya que cerca de su conde soberano era el representante del Papa Luna.

»Y muere el santo padre en la tarde del día 29: relatan las crónicas que su ataúd y su sepulcro exhalaban una maravillosa fragancia...

»Pero más poderoso fue el hedor del odio: el de los vivos, que lo ha perseguido, miserable, viscoso. Martín V obligó a que le negaran sepultura en tierra sagrada. Y, por fin, en 1430, se llevaron el cadáver a Illueca, Aragón, donde había nacido y continuaba la familia. Y casi cuatro siglos más tarde, las tropas napoleónicas llegan a Illueca, buscan su sepulcro: el cuerpo

permanece incorrupto. ¡Le cortan la cabeza y la tiran por la ventana! Vicent Ferrer, antes de morir, había profetizado que los niños jugarían con la calavera de Benedicto XIII: Ferrer, traidor, sabía cómo eran los de su raza... La noble calavera: yo la he tenido entre estas mismas manos que ahora tú ves, sí. En el palacio de Savinán, Aragón, que pertenece a los condes de Argillo, hay una caja de abeto: dentro guardan el cráneo. Es grande, de nariz aguileña. Está momificado. Todavía, en una cuenca, hay un ojo: como mineralizado, mira eternamente...».

Tardes enteras de inflamada y laberíntica charla... La cual, por otro lado, servía para que estudiase poco. Es decir, contribuía a que no hiciese ningún esfuerzo. Que apenas comiera, que me resfriara, la posibilidad de un exceso de cansancio se habían convertido para la abuela Brígida en pesadillas de horrorosa constancia: pesaba como una lápida la memoria de mis hermanas. «No sabemos lo que Dios o el Demonio nos pueden enviar. Pero sí lo que podemos hacer nosotros. Siéntate y no te muevas», me advertía incansable, a menudo estando yo sentado ya.

Lo repetía con el mismo mimetismo con que debía rezar: sin prestar atención, pero convencida del valor intrínseco de las palabras, la sola mención de las cuales, obrando como un conjuro, pondría necesariamente en marcha dispositivos de protección desde regiones ignoradas y omnipotentes. A veces me pregunto si no vivíamos más de las cosas invisibles, y probablemente inexistentes, que de la realidad verdaderamente nuestra...

Yo la obedecía —menos cuando, con algún amigo, me iba a corretear por las montañas, a la playa a bañarnos...— y me sentaba. Puedo verme, ahora desde esta tarde parisiense, niño de entonces y de pantalones cortos, muchacho de pantalones bombachos, las manos quietas sobre los muslos, no atreviéndome ni a moverme si aquel día el espectro del miedo me rozaba más cercano. Me miraba los brazos, las piernas, pensaba en mi cerebro, como en posibles enemigos cuyos actos, de alcance incontrolable,

podían aniquilarme. Como ya había pasado con Cristina, con Joana, con Marteta, agotadas y consumidas por la tuberculosis...

Es una imagen de primavera que nunca he olvidado. Una imagen llena de la suave embriaguez vegetal, abierta al sol de una tibieza frágil y atravesada por hilos de aguda gelidez; movida por mariposas de un amarillo intenso y como enfermizo que parecían salpicaduras disonantes; por las abejas color de miel, que volaban torpes, remolonas, de flor en flor: las margaritas blancas, la amapola roja, las moradas campanillas del romero... Y el piar de los pájaros, como una cascada, como si hubiera más que nunca.

Las tres de pie alrededor de la fuente, de su juego plateado y musical cayendo sobre los nenúfares mórbidos y los tornasolados peces de colores. Marteta reía, miraba los saltos ingenuos y aparatosos del perrito, le tiraba de los rulos. Joana leía a la sombra del cedro. Cristina miraba el cielo, quizá sonreía, respiraba de prisa. Y yo, solo un año mayor que Marteta, estaba en lo alto de la parra, observándolas no sé por qué. Acaso, sí, para poder evocarlas más tarde... El huerto de los limoneros allí delante, precisos y vívidos los puntos amarillos entre la frondosidad, esparcía un aroma de sutil acidez.

Una imagen de cuando nadie todavía sabía nada de lo que debía brotar dentro de cada una de ellas y destruirlas. Una estampa entonces de paz, de felicidad, pero que evocada después se convierte en intensa y casi inexplicablemente dolorosa: como si las garras del más allá tuviesen también potestad sobre lo que ya ha sido, como si llegasen hasta la posibilidad de envenenar incluso el recuerdo. Y sí: porque no era a ellas, no lo es, a quien se acercaban las aceradas uñas, sino a mí ahora, se acercan a mi imaginación, único lugar del espacio donde la estampa todavía perdura...

Marteta era rubia, una dorada esponjosidad de bucles, una niña que al reír emitía un manso gorjeo que siempre parecía a punto de deshacerse en un sollozo. Un amplio vestido almidonado, abundante en cintas, ella de pie y riendo entre las margaritas, las

amapolas, cerca del surtidor encantado... Marteta ha quedado en mi memoria como una frágil criatura a la espera: espera de muerte, como si ya desde los primeros balbuceos hubiese estado destinada a yacer, glacial, translúcida, en el ataúd níveo y ligero, reducido, que un mediodía fue transportado en unas angarillas a través del huerto de los limoneros.

Como si en lugar de haber sido un cuerpo en formación de vida, hubiese solamente constituido un embrión de muerte en inapelable progresión hacia el fin, me ha sido siempre muy difícil recordar a Marteta jugando excitada de alegría, aunque la viera así centenares de veces: se me aparece como agobiada por movimientos oblicuos, parecidos a los desmayados intentos de recuperación de una bestezuela herida.

Y Joana, alta, de mandíbula y hombros prominentes, una huraña firmeza en la mirada. Iba abrigada con un mantón de lana, de tonalidades cálidas. Se pasaba muchos ratos de pie cerca del arco del patio. Venían mujeres a comprar limones y ella las seguía con la vista, inmóvil y callada, una chispa de desafío en los ojos. Poco a poco, dejaron de acudir: parecía que en Son Vadell se agazapase una pegajosa atmósfera de destrucción. Y los limones se pudrían en el huerto, desparramando una hediondez incisiva y dulzona.

Cuando un día fue a verla su prometido y le dijo, tartamudeando, que deberían interrumpir las relaciones porque sus padres querían que marchara a trabajar a la ciudad no sabía por cuánto tiempo, mi hermana Joana solo lo contempló, sin decir nada, con una mirada de iracunda crueldad, como si aquello, aberrantemente, representara un triunfo para ella. Como si, habiendo asumido por medio de una brutal extorsión interior la enfermedad que la roía, la hubiese convertido en una vengativa idea del mal, que lanzara sobre los demás de una forma tan gratuita y arrolladora a como había sido dirigida contra ella.

Joana fue, de las tres, la que más tiempo resistió la tisis. Reprimía cada acceso de tos con rabia, y, a veces, impotente para contenerla,

se lanzaba esputando y moviendo los brazos como aspas contra las mesas, los jarrones, los espejos, rompiendo ciegamente todo cuanto podía en medio de un enloquecido toser.

Murió sin abrir los labios, acusadoramente fijos los ojos en el vicario de Vadell, quien, entre cirios, con el sagrado cáliz en una mano, permanecía indeciso, sin atreverse a sostenerle la mirada. Estiraba su mano huesuda, don Dionís, con la blanca y diminuta hostia entre los dedos. Joana ni siquiera denegaba con la cabeza, solo miraba. El vicario volvió a poner la oblea dentro del cáliz, se envolvió con la capa dorada y lechosa, se fue.

Mucha gente, en Andratx, sintió la muerte de Joana con una íntima impresión de liberación. Ya no tendrían que apurar el paso al pasar por el camino frente a Son Vadell y ver, de pie, en silencio, la adusta figura...

El cuello delgado, la piel de una exacerbada palidez, las mejillas chupadas y con dos encendidas y mistificadas rosetas, Cristina caminaba febril entre los limoneros, al viento su lánguida túnica de seda, cada día más frágil y más anhelante por vivir, entreabiertos los labios finos, transparentes. O, las últimas semanas, encerrada en su dormitorio, temblando demacrada, acercándose al balcón y mirando el campo soleado, las nubes que llegaban por encima de la cresta de Garrafa. Miraba y parecía que no hubiese ninguna relación entre ella y la muerte inminente, como si el corazón le desbordara de gozo, igual que si de los cielos vacíos, imperturbables, pudiese descender un milagroso advenimiento de bendición... Así la describiría yo, sí, tierna, llena de gracia caprichosa, quebradiza, como si siempre solicitara que la mimaran, que la protegieran...

La describiría si, pasado el tiempo, no hubiese contactado con Rafael Bardají, que había sido su prometido, y al cual recuerdo muy poco de aquella época, porque entonces me tuvieron mucho tiempo separado de Son Vadell, por miedo a que la tisis me aplastase a mí también. Fui, con la abuela Brígida, a vivir a la vieja torre, cerca del Puerto. Y fue ella quien me describió a Bardají, el día del entierro de Cristina: el ataúd repleto de flores, el rostro

emergiendo como un afilado artificio entre la muelle suavidad de los pétalos, y Rafael, sin moverse horas y horas, allí, delante, vestido de oscuro, los ojos fijos, ensimismados.

Una temporada, años más tarde, salí a menudo a pasear con Rafael Bardají. Solíamos emprender el solitario camino de La Trapa, detrás de las montañas de En Farineta y de La Santa. A veces, el viento que descendía por los desfiladeros provenía de los montes altos, desiertos, que cercaban el valle de La Trapa: sacudía su árida vegetación de cardos, que raspaban entre ellos emitiendo un roce agreste, como si desde los picachos y los bosques avanzara un ejército de cantáridas o de langostas, entrechocando antenas y membranas.

«Al principio, se me aparecía en sueños... Después, fue como si estuviese a mi lado, como si me vigilara...», rememoraba Rafael. Todo había comenzado en los últimos tiempos de vida de Cristina. El hombre la amaba con una especie de sed, de desazón, y, a medida que iba ella empeorando, más a su lado acudía Bajardí, yendo a Son Vadell mañana y tarde al salir de la escuela, donde ejercía de maestro; pasaba cuanto rato podía cerca de su prometida.

«Y fue entonces cuando inició ella aquellas actitudes, que, si al principio parecían de amorosa desesperación, pronto tomaron un cariz de inquietante extravagancia. Como trastornada, se ponía a recorrer con la vista una habitación, la terraza, un rincón del patio, y murmuraba con errátil sonrisa: *Aquí volveré...* O pasaba la mano por una cómoda, por el tocadiscos de trompa, acariciaba una rosa, y susurraba, los ojos provistos de una diáfana y afilada fluorescencia: *Continuaré acariciándolos, desde el otro lado...*

»Yo la escuchaba y un escalofrío me recorría la espalda, pero no decía nada, no le hacía caso. Hasta que comprendí que, verdaderamente, una insólita creencia animaba a Cristina: la de una indeterminada, pero cierta, resurrección, como una especie de retorno anímico...». Cristina sabía que tenía que morir. Pero hablaba y hablaba con fingida animación, como si no tuviese que ser así, aunque en el fondo de su voz, de sus ojos, se agitara un punto

de terror, de desesperación. Era la suya como una representación teatral, basada en los sobrentendidos, y que provocaba una emoción real a partir de motivaciones explícitamente falsas.

«Me arrastraba, me llevaba al sofá de la sala, o salíamos al patio, si en el exterior hacía viento, para que le diera un poco de aire. Y me describía, como si fuéramos a comenzar a hacerlo en cualquier momento, la casa en la que habitaríamos una vez casados, los muebles, su vestido de novia y la gente a la que invitaríamos, todo detalle a detalle, discutiendo incluso por el color de una cortina o riendo al pensar que, si teníamos niños, los llevaríamos por la mañana a nuestra cama, para que jugaran con nosotros...». Y si Rafael solo callaba, si miraba al suelo con los ojos arrasados de lágrimas, ella le exigía convulsa que contestase, diciendo qué le parecía aquello, qué haría él: «Y yo tenía que ponerme a inventar, a desvariar, tenía que fingir que fingía, y era como si por dentro me torturasen. Días y días...». Y Cristina, soñadora, murmuraba escuchándolo: «Aunque no pase, pasará. Y yo estaré allí. No lo olvides nunca. Todo esto lo haremos tú y yo, en algún lugar que ahora no sabemos...». Rafael la observaba de reojo, a la vez conmiserativo y alarmado, temiendo tanto por la razón de Cristina como por una especie de sombría, ambigua amenaza, que parecía anidar detrás de sus palabras.

Y si estaban solos se le acercaba ella, lo abrazaba temblando de sensualidad, ofreciéndole una boca y una lengua que parecían hervir, sumergiéndolo en una turbia y mareante carnalidad. Bardají pensaba en el contagio, se crispaba de temor, y al mismo tiempo se sentía arrollado por el abrasador contacto de aquella boca, por el histérico y excitado deseo que emanaba del cuerpo de Cristina, ya tan solo piel y huesos: «Soy para ti y tú para mí. No quiero que vayas con ninguna otra mujer, tienes que prometérmelo...». Y Rafael, las manos recorriendo nerviosamente aquella carne caliente y destinada a la inminencia de la tumba, a corromperse pocos días después, prometía lo que fuese, sacudido por una perturbadora erección.

Y quedó Rafael Bardají, al estar ella ya sepultada, perdido en una soledad acechada por el exigente espectro de la mujer: «Desde entonces, ha salido cada noche de las sombras hacia mis sueños...». Apenas cerraba los ojos, Cristina se le aparecía, imagen de desolada dulzura. Y paseaban y conversaban juntos, como cuando habían iniciado relaciones, ahora sin embargo caminando por lugares estrambóticos, con plantas quebradas, agujeros humeantes y unos ojos que volaban, como si fuesen aves, y les hacían señas humanas. La voz de Cristina comenzaba débil, infantil, refiriéndose a cosas cotidianas, comunes a ambos, pero pronto se iba alterando hasta enronquecer y perderse, afónica... «Y de día, la empecé a ver también, o, mejor dicho, a presentirla a mi alrededor, quizá en cualquier sombra, entre las ramas de la copa de un árbol, confundida en la oscuridad: sentía vivamente su presencia y, enseguida, como una voz que se dirigiese a mí... Y, en mi imaginación, charlábamos: parecía que su espíritu me acompañara prácticamente siempre», me contaba Bardají, sentados cerca de la Font de la Menta, contemplando el valle de La Trapa y la mar abierta, solo el viento rumoroso atravesando los grandes espacios de silencio.

Pero, insensiblemente, todo fue cambiando: la figura de Cristina brotaba en el sueño de Bardají inquietadoramente crispada, en los labios una risa ficticia, punzante, e imprimiendo a su cuerpo unos sutiles movimientos de lascivia. Rafael la veía, la lujuria lo excitaba: intentaba ir hacia la mujer, y no podía, quedaba como pegado al suelo. Y ella se desabrochaba el vestido: exhibía unos pechos enormes, sedosos, unos senos que nunca Cristina había tenido y que avivaban el deseo del hombre... Y jamás pasaba nada: Rafael despertaba sudado, a veces con los calzoncillos manchados de esperma, aturdido.

Por la calle, miraba a las mujeres tragando saliva, conmovido por ansias reprimidas. Y, primero, fue como un grito, un aviso de Cristina que le hacía desviar la vista y repetirse mentalmente que no, que no volvería a mirar a hembra alguna, como si hubiese

estado a punto de cometer un sacrilegio, como si con ello dañara a Cristina, la enterrase más profunda, más irremediablemente aún. «Por las noches me revolcaba dormido; Cristina, sus pechos esplendorosos tocándome casi; yo envolviéndome en la sábana, hasta que me despertaba gritando, medio ahogado...».

Inició entonces, inconscientemente, una especie de actitud de huida, de rechazo hacia Cristina: a menudo, al sentirse bajo su influencia, se esforzaba por no hacerle caso, miraba sin disimulo a una mujer que pasara o hacía lo contrario de lo que le sugería la voz, como si no la oyera bien. «Pero ella pronto se dio cuenta: te lo juro, era como si me atacara. Caminaba yo y de golpe me giraba: me había dominado la impresión de como si un pájaro volara hacia mí, hecho una flecha, el pico estirado para clavármelo... Y, de noche, eran unas situaciones locas que se repetían, Cristina corriendo detrás de mí, tan pronto llorosa como imperiosamente rabiosa, su rostro, trasmutándose horriblemente... Y yo huía... O la quería agarrar, estrangularla, destruir aquellas máscaras de pesadilla».

¿Llegó Rafael Bardají a odiar la memoria de aquella muchacha a la que tanto había amado? Los vecinos decían que algunas veces lo habían visto, en el patio de detrás de su casa, hablando en voz alta, como si discutiera violentamente con alguien, cuando allí no había nadie más que él. Y que súbitamente cogía un cuchillo, un palo, y saltaba y golpeaba la nada, furioso, hasta dejarse caer, rendido...

Rafael Bardají, prisionero en la cerrada opresión que ejercía la muerta, esa inexistencia que lo habitaba y lo abatía... Fue entonces cuando algunos padres comenzaron a notar, extrañados, absurdas anomalías en lo que decían los chicos que, en la escuela, pertenecían a la clase de Bardají: de pronto, los oían

mencionar un famoso monarca del cual ellos no tenían noticia alguna, o se referían a una nación que los padres desconocían también completamente. Y preguntaban más datos a los chicos: las respuestas estaban informadas, eran extensas, convincentes a partir de aquella aparente incongruencia inicial.

La cual crecía: un día, un muchacho situaba un río en un continente, cuando en rigor corría por otro; o explicaba un fenómeno químico a la inversa de la formulación aceptada; o recitaba nombres y obras de genios literarios ignorados por todo el mundo y que no figuraban en las enciclopedias... Era como si por boca de los alumnos, que continuaban solo verdaderamente interesados en sus juegos, se filtrasen indicios de una estrambótica descomposición del universo.

Yo no viví esa etapa del colegio, por aquellos largos meses, metido como estaba en la redoma hecha entre la abuela y mosén Dionís. Asistí a la escuela más tarde. Se hallaba instalada en una casa de techos muy bajos y paredes gruesas, antigua bodega de cuando en Andratx había viña. Arcadas de espesor exagerado separaban las aulas, húmedas, oscuras, con solo unas débiles bombillas revestidas de suciedad. En invierno encendían una estufa de carbón de coque, de agrios efluvios, que inesperadamente comenzaba a largar una enérgica y densa humareda, invadiendo todo el ámbito. Teníamos que abrir las ventanas y me recuerdo tosiendo, lágrimas en los ojos, y salpicado por la lluvia exterior. Gruesas gotas caían sobre los cuadernos, corrían la tinta dibujando fantásticas manchas...

Si al principio nadie hizo demasiado caso de lo que iban diciendo los chicos, pensando que se trataba de bromas o de que ellos, los padres, no sabían nada de todo aquello a fondo, con el tiempo decidieron tomar medidas: Rafael Bardají fue sometido a una discreta investigación.

En clase, sus lecciones eran concisas, irreprochables. Peroraba paseando arriba y abajo, las manos en la espalda, alto el mentón. Su ropa era pulcrísima, negra, usaba corbatín, y cuatro veces al

día, yendo y viniendo de la escuela a su casa, comprobaba la hora de su reloj de bolsillo con la del que campeaba en la fachada del Ayuntamiento. Nada se le observaba de irregular, al escucharlo en el aula, hasta que, casi imperceptiblemente, se le entrecerraban los ojos, adquiriendo forma oriental, y un tono sibilante se le incrustaba en la voz: era cuando introducía en la explicación un elemento extemporáneo, fruto de su imaginación, para continuar acto seguido la relación ortodoxa, textual.

Aprovechando una gripe que lo mantuvo unos días en cama, vino un inspector de Palma y, con los otros dos maestros, los alumnos fueron examinados: en aquella especie de cripta, sentados detrás de los negros pupitres, contestaron a las preguntas con absurda tranquilidad, exponiendo verdades y aberraciones en indescifrable amalgama.

Y Bardají fue después severamente interrogado. Con tiesa deferencia, sentado una pierna sobre la otra, fumando en boquilla, pasó por encima de cualquier cuestión concreta, manifestando imperturbable que la realidad no era solo lo aceptado, lo existente según los esquemas teóricos en los cuales habían sido encajonadas las sensaciones, todo ello en definitiva una convención, sino también lo que todavía podía ser constituido, aquello que aún tenía que suceder, y hasta lo que nunca tendría lugar, pero que hubiera sido idealmente formulado en un rapto de intuición o de voluntad, pues las ideas y las palabras eran tan objetivamente sólidas como los hechos y la materia. El mundo, vino a decir, es una ordenación cerebral del caos, del vacío, y, al mismo tiempo, de oscuras y caprichosas leyes, y la constatación experimental queda forzosamente reducida a prueba temerosa, apresurada, de una provisionalidad y deficiencia que solo nuestro miedo convierte en reglas inflexibles.

«Entonces para un muchacho —hablaba Rafael, construyendo períodos verbales breves, la nueva frase confundiéndose con el eco de la anterior entre las arcadas de la escuela, frases como si ya no tuviesen nada que ver con él, como si invisibles partes

suyas se le fuesen desprendiendo y permanecieran en atolondrada flotación...— cuya mentalidad no ha sido todavía corrompida por la gravidez de las concepciones establecidas, un país o un personaje únicamente fruto de la imaginación pueden tener, de hecho tienen, tanta consistencia como aquellos que poseen entidad geográfica o histórica».

La comisión investigadora lo escuchaba atónita: «Podéis condenarme, porque para vosotros, adultos que me fiscalizáis desde vuestra férrea cuadriculación cerebral, puedo ser un falsario. No lo niego: tenéis razón. Pero solo la tenéis en relación con vosotros mismos, y no en lo que se refiere a los niños, vírgenes todavía del dogal de las convenciones». Fue expulsado, y salió riendo a carcajadas, como si una invisible muchedumbre lo estuviera llevando en triunfo.

... Me gusta París. Estoy aquí porque quiero, porque es el lugar donde me encuentro más desligado del pasado, de las connotaciones, pero donde, al mismo tiempo, cada fachada gótica, cada rincón del Sena con el delicado desmayo del sauce que se le reclina, cada anuncio cinematográfico, cada librería cargada de sugerencias de letras y colores me hablan. Y lo hacen con un lenguaje íntimo, realmente mío. Aquí estoy y no estoy: París es para mí como un pacto de equilibrios. Pero, ahora que he evocado La Trapa, como una súbita conjunción de raíces me atenaza arrastrándome hacia ella: quisiera volver a sumergirme, aunque solo fuese por un rato, en aquella formidable aglomeración de elementos... Una llamada, esta que siento, que tiene poco que ver con mi conciencia, y mucho, con la visceralidad que me ha constituido, que me sostiene.

Cien hectáreas montañosas, el valle central ya prácticamente yermo para el cultivo. Montes inaccesibles, constituidos por

grandes rocas lisas y aceradas, un territorio accidentado y desierto, expuesto al vacío y a la mar.

Imponente cabezo orográfico súbitamente cortado por altísimos y rojizos farallones sobre las aguas de horizonte remoto, vacuo. Cala Sanutges, Cap Grossor, Coma del Campas, Morro de la Rajada, Cala En Basset, Puig Blanc, Vall dels Moros, Font de la Menta, Puig d'En Farineta: una sucesión de nombres perdidos hacia el Norte, y que mucha gente del pueblo no ha sabido nunca exactamente a qué espacio geográfico correspondían, o que solo han designado la ciclópea e inaccesible silueta de un gran pico, allá lejos. Únicamente los pescadores, los cazadores, los carboneros conocían las rutas de La Trapa, eran capaces de encontrar un sendero entre los soberbios pinares y las vaguadas de retama. Feudo del milano ávido y vigilante, de la escurridiza comadreja, de la cabra salvaje, bestia de voracidad.

La llegada de los monjes quedaba en la memoria de los viejos, como un mito hierático, de indestructible presencia: hacía siglo y medio —en mi infancia— que se había producido, pero todos continuaban refiriéndose a ella como si la hubiesen contemplado, como si hubiese tenido lugar en un pasado reciente.

Había sido así: una mañana de invierno, con tiempo del Sur húmedo y brumoso, irrumpió en Andratx la inesperada y lúgubre caravana. Con la capucha echada, los frailes iban sentados en los banquillos de los carros, silenciosos, estático y lóbrego retablo. Las mulas, piafando sudadas, tiraban... Su peregrinaje había comenzado en un rincón de Normandía: un día asaltó su silente, ordenado monasterio, una tropa de gente cantando brutalmente el *Ça ira,* enarbolando con vociferante alegría la bandera tricolor. Expulsados por la Revolución, los monjes se habían desparramado aturdidos, disfrazados, siempre con el espectro de la guillotina detrás: recuadro enhiesto, rigurosamente lineal, contra el cielo plúmbeo. Habían visto la máquina muchas veces, camuflados en una esquina cualquiera, en las poblaciones que en su huida tuvieron que atravesar.

Zaragoza los acogió, reagrupándolos otra vez. Y cuando avanzaron las tropas de Napoleón, poseídos por el temor, volvieron a ponerse en marcha: se embarcaron, navegaron hasta Mallorca. Compraron las inhóspitas cimas y fundaron la nueva Trapa: entre los picachos, fue el suyo un despliegue de blanquísimos hábitos, hinchados al viento rasante. Sin abrir nunca la boca. Figuras de ensueño, como si escondiesen algo implacable, espantosamente rígido, bajo las máscaras de férrea pureza.

Con obstinado afán, como si con lo que hacían construyeran mucho más de lo que realizaban materialmente, oculta y titánica obra cuyo espíritu atravesara el espacio y el tiempo, fueron escalonando la tierra en terrazas separadas por paredes de piedras enormes y cortadas a la perfección; un profundo pozo fue excavado en la roca y su manantial se distribuía regando a través de un intrincado sistema subterráneo que acababa en una hondonada, donde, entre heléchos que pronto fueron espléndidos, se escondía una alberca; transportaron pacientes, agotándose montaña arriba, serones de buena tierra del llano, amarronada, gruesa, que mezclaron con la suya, amarillenta de arcilla...

Prendieron los injertos de árboles frutales. Ya al siguiente febrero floreció, lechoso, el almendro; para junio se esponjaron las verdosidades del peral; en octubre las granadas, pictóricas, coronadas, se abrieron chispeantes... La serna de trigo fue, en verano, de un dorado viejo, crujiente. Y el follaje del huerto, laberinto de luces y sombras provocando insólitas morbideces cromáticas, desplegó el sensual aroma de la savia... Abierto a golpes de pico, un sendero trepó por las cimas y, bordeando riscos, alcanzó la carretera entre Andratx y Sant Telm. Lo transitaban dos mulas con albarda, una de ellas cabalgada por un fraile lego, los ojos bajos, masticando rosarios.

Cobraron forma las edificaciones. El convento, amplio caserón, casi todo él corredores enjalbegados, con fragantes tiestos de albahaca como si velaran las puertas de las celdas. Y la iglesia, igual que si hubiese sido edificada de cal: limpia y blanca, arcadas

de ciega geometría neoclásica, la puntiaguda espadaña. Y en una colina, reflejándose en la alberca, el pequeño cementerio, con jóvenes cipreses en cuyo ramaje se enredaban los rosales.

Fue fray Pierre du Saint Calvaire el difunto primero. Quebró la sacra regla del silencio una noche de marzo, estrellada, ya sacramentado, ungido con los santos óleos de la muerte, aullando enloquecido que lo dejaran, que no quería entrar por aquella puerta que no daba a ninguna mansión, arco rectangular sobre el catafalco, la cuchilla en lo alto, azulada, esperando...

Gran parte del material y provisiones que necesitaban lo traían por mar en falucho. En lo alto, al borde del precipicio, montaron un voluminoso aparato: poleas gigantescas, una especie de gran noria con un caballo enganchado, sostenían una jaula de madera, grande, rudimentario ascensor por el magno acantilado. En muchas ocasiones solo subía un fraile. Iba elevándose la plataforma hacia el cielo, y de los agujeros de las rocas salían, alborotadas, las aves marinas: la gaviota, el cormorán... Los marineros del falucho contemplaban, absortos, la escena desde abajo: semejaba que viesen la simple y solemne escenificación de un milagro medieval, un varón justo en fervorosa ascensión rodeada de palomas, como ocurría en las pinturas de la iglesia.

Al volver la realeza a Francia, los monjes partieron hacia allí. Otra vez el paso de las carretas por Andratx, los majestuosos y graves encapuchados meciéndose tiesos, como si fueran de madera, a cada sacudida. Solo dejaron una perra, que estaba amamantando cuatro cachorros. Resultaron canes menudos y color paja, el morro muy pronunciado, útiles en especial para el erizo y la liebre: a ellos y a sus descendientes en el pueblo los llamaban traperos.

La Trapa quedó abandonada. Las cien hectáreas retornaron a la grávida soledad de la naturaleza no habitada por el hombre, rezumando la solidez de su velada palpitación mineral, vegetal...

Con Bardají únicamente llegábamos a la Font de la Menta. Pero, solo, fui muchas veces hasta la casa, en los meses anteriores a mi partida de Andratx. Prefería no ver a nadie, todo me pasaba, y la

excursión a La Trapa me calmaba el desánimo, los nervios. Aquellas horas de aislamiento, de ejercicio físico, me reconfortaban... Me levantaba por la mañana y transitaba el antiguo sendero de los monjes. Del huerto quedaba un peral, el ramaje enredado, que daba unos frutos grandes, jugosos. El tejado del monasterio se había derrumbado y un apresurado raterío correteaba entre las ruinas.

En la capilla, las puertas hundidas, entraba la lluvia desde hacía años: las imágenes de la Virgen y del Padre Fundador, la pintura caprichosamente empastelada, reflejaban una miserable y ridícula aflicción. El cardo, de flor grisácea y fina, y el retorcido zarzal crecían por doquier.

Una vez salté, sorprendido: entre las cinco podridas cruces del cementerio me observaba, apestoso a semen, magnífica la cornamenta, un macho cabrío, de pie, la expresión de satánica soberbia. Estuve a punto de apedrearlo, pero me detuvo el temor de que me embistiera. Y me separé de allí, procurando alejarme monte arriba... Al bajar, se había ido. Y la alberca era una inquietante superficie de aguas negras, donde asomaban, entre blanduzcas masas de musgo, anchas plantas acuáticas, que de vez en cuando se movían casi imperceptiblemente, como si tirase de ellas una fuerza subterránea. El cavernoso croar de las ranas parecía llenar el estanque y, según cómo caía la luz, semejaba que allí, en la turbia profundidad, nadasen largas sombras limacosas, escurriéndose informes.

Desde no sé cuándo yo ya sabía que en La Trapa había habitado Llàtzer de Vadell, seguramente primo del leproso Felip y, por tanto, tío segundo del almirante Francesc Joan. Su retorno al pueblo debió acontecer poco después de 1832, a juzgar por la escritura de venta de la finca, que había sido abandonada por

los monjes en manos de un administrador. Llàtzer pagó poco por ella. Y su llegada, curiosamente, ha continuado también viva en la memoria popular —así como su figura, claro—. No sé, sin embargo, si la gente no hace de ella una trasposición con la llegada de los trapenses: hay demasiados factores comunes en la descripción de una y otra. Pero, aunque anecdóticamente no fuese así, en la base de ambos hechos es evidente la existencia de factores concomitantes: se presentaron de improviso después de haber adquirido el predio, al que convirtieron en lugar entre clausurado y legendario, y desaparecieron después radicalmente.

Sea como fuera, se cuenta que los tres carromatos entraron por el Pont dels Dos Ulls una bochornosa tarde de verano, tirados por mulas azuladas y rojizos caballos percherones. Una espuma blanca, como clara de huevo batida y que comenzara a subir, se iba acumulando sobre la piel de las bestias. La calima planeaba, ahogando el valle; nubes sucias, negras, se amontonaban sobre el mar. Las hojas de los almendros colgaban marchitas y la tierra exhalaba un vaho caliente, mareante.

Pronto se iniciaría el crepúsculo y la gente, sentada en los portales, se abanicaba y, reseca la garganta, bebía un trago del botijo. En los establos, los animales bramaban sedientos, encendidos, con la aplastada sumisión del sufrimiento irracional. En el cielo volaban excitadas gaviotas, graznando con frenética sonoridad: quizá habían huido de la costa, temiendo la tormenta que explotaría de cargarse más la atmósfera.

Un toldo concienzudamente cerrado cubría cada una de las galeras. En el banquillo se sentaban unos hombres jóvenes, fuertes, la piel negroide y el cabello rizado. El sudor les llenaba la frente, pero parecía que no se dieran cuenta: tenían la mirada fija más allá de la calle, de la realidad inmediata, igual que si guiasen los carros maquinalmente, obedeciendo un dictado telepático.

Las carretas se detuvieron frente al Ayuntamiento. Y descendió un hombre bajo, el torso desnudo, portentosamente musculado, la piel tostada por el sol. La cabeza, redonda, abultada, estaba

pelada y reluciente, como si se la hubiesen barnizado. Ojos negros y furiosos, la boca dibujando un gesto desdeñoso. Preguntó, imperioso, por el alcalde. Cuando este salió, sin ni saludarlo le espetó, mientras le mostraba unos papeles, que él se llamaba Llàtzer de Vadell, que La Trapa era suya y que, desde aquel momento, nadie podía pisar ni un milímetro de las cien hectáreas. Y volvió a encaramarse en la galera.

Mientras, algunos hombres se habían acercado a los carromatos. Y escucharon dentro una especie de murmullos, amortiguados sones metálicos, relinchos apagados, como si debajo de las lonas latiese una espesa visceralidad. Parecía que alrededor de los artefactos el calor era más denso...

Ignoro qué debían saber de Llàtzer los andritxoles de entonces. Muchos, claro, lo habrían conocido de niño o de adolescente, antes de marcharse a otros países, cuarenta o cincuenta años atrás, aunque no he podido hallar su partida de nacimiento. Ni sé quién debió ser su padre. Lo que es indiscutible es que desde el momento de la llegada se inició lo que después adquiriría un medio aire de leyenda, la cual recoge, sin decir nada sobre la procedencia de los datos, el reverendo Ensenyat de Can Joanillo, en la *Història de la Baronia*. Transcribo, pues, el breve texto que incluye al final del volumen segundo de la obra, en el apéndice titulado «Personalidades notables de Andratx», y que escribió como mínimo medio siglo después de la muerte de Llàtzer, óbito que prácticamente coincidió con el nacimiento del cura. Quiero decir que, en todo caso, las noticias que este pudo recoger, reales o inventadas, eran relativamente próximas, narradas todavía por testigos contemporáneos. Y que, en definitiva, no son más fantásticas que los sucesos que determinaron el final de aquel misterioso mundo de Llàtzer de Vadell.

Cuenta mosén Ensenyat de Can Joanillo: «Hijo también del pueblo fue Llàtzer de Vadell, que antes de retirarse a La Trapa donde acabó sus días, y sobre el cual y luctuoso hecho no es aquí donde corresponde pronunciarse, desarrolló una existencia

muy aventurera, de acuerdo con un patrón que atrajo demasiado, desgraciadamente, a una parte de nuestros padres y abuelos, que en lugar de conformarse cristianamente con lo que Dios nos ha concedido en nuestro hermoso valle, recorrieron el mundo, a menudo con más miserias que gozo.

»De Vadell es sabido que habitó en un oasis, al sur del mar Rojo, y que su casa era una especie de fortaleza, de grandes muros color calabaza y siempre golpeteados por ventolinas de arena, que es lo que pasa en los desiertos. Comes en aquellos lugares el pan, dátiles, bebes agua y masticas arena, nos han dicho personas que lo han conocido. Practicando la creencia musulmana, falsa e idolátrica, Llàtzer de Vadell tuvo siete u ocho esposas y muchos hijos y criados, que todo el mundo le obedecía en silencio, pues fue hombre colérico e iba siempre con un látigo en la mano.

»Era su negocio la trata de esclavos, negros y árabes, que compraba a los soldados y reyezuelos del interior del continente africano. Los trasladaba caminando, con grilletes, y muchos morían por el camino, y los vendía en el famoso y triste mercado de la isla de Gadugú, situada en el archipiélago de Dahlak, frente a la costa de Masawwá, la de los pescadores de perlas, en Eritrea».

De hecho, todo vuelve a ser excesivamente arquetípico: poligamia, comercio de esclavos, descripción del simún, alusión geográfica a un mercado de la trata... Y noticias que pudiesen aplicarse específicamente a Llàtzer de Vadell, ninguna. Pero esta es la única referencia escrita que sobre él puedo aportar.

Historia que aquella tarde veraniega todavía no conocería nadie en Andratx, cuando las tres galeras arrancaron, estrepitosas y lentas, por el camino de S'Arracó, trepando hacia las faldas de la sierra de Tramontana. Algunas personas, a pie y en burra, las siguieron de lejos. La tarde se esfumaba, desde la mar, la nubosidad penetraba tierra adentro. En la Font dels Morers, bajo el Puig de En Farineta, la fuente arropada al fondo de unos tupidos arrayanes, allí donde decían que el Rey Jaume el Conquistador comió murtones y bebió

agua fresca antes de ordenar la decapitacion de una muier que habia tenido relaciones carnales con un perro, los carromatos se detuvieron.

En mi infancia, las moreras todavia estaban, y a su amparo acudiamos a merendar con los chicos de la escuela: en lo alto, el tupido follaje, y sobre la tierra, una capa de moras medio reventadas, sucia y fofa pastosidad cuajada de abejas aturdidas de calor, ahitas de tragar aquella masa que saturaba la atmosfera de una dulzor agria, empalagosa... Borrosamente, en la penumbra de las moreras, bajo el descorazonado misterio del crepúsculo que invadia el árido paisaje, los hombres del pueblo que escrutaban a distancia contemplaron como si, de golpe, los carros se desquiciaran: caian las lonas, y seres humanos, fardos descomunales, formas animales se desprendian de los desnudos carromatos, se movian a su alrededor en dinámica mezcolanza.

Y saltó una lengua de fuego: las llamas, resplandecientes, prendieron en las galeras, las consumian en ardoroso chisporroteo. Y a su luminosidad grana, una piña de gente, de bultos y bestias emprendió precipitadamente el olvidado sendero de los frailes. Las nubes cubrian ya las cimas, descendian sobre el valle...

A partir de entonces, solo tengo tres elementos para continuar explicando la historia de Llàtzer de Vadell, y aun sin poder localizarlo a él directamente: son reflejos, consecuencias suyas, lo único que se puede rastrear. Pienso, incluso, que es posible que nadie, en Andratx, volviera a verlo a partir de aquel bochornoso crepúsculo inicial.

El primero se refiere a la casa. Yo habia oido hablar del raro edificio que se habia construido Llàtzer en La Trapa, en la montaña. Pensaba, sin embargo, que ya no quedaba nada de el o que acaso formara parte de la imaginación popular, aunque unos y otros lo describieran como algo concreto, existente. Y fue el dia de la perturbadora presencia del macho cabrio en el cementerio trapense cuando, al echarme montaña arriba para esquivarlo, inesperadamente me topé con la casa.

Columnas dóricas de reluciente blancura sostenían varios pisos desiguales, cabalgantes, las ventanas sin persianas y los portales a medio tapiar, dorados voladizos, innecesarios y diminutos tejados orientales sobre paredes lisas, escalones en quebrada ascensión hacia el vacío, todo como sin acabar de hacer, o acaso ya realmente listo en un tiempo remoto, y habiendo retrocedido otra vez hacia la destrucción, como si fuese un caserón del viento y del olvido, decrépito y absurdo vestigio de un esplendor perdido y, al mismo tiempo, con un único y explícito objetivo: trepar, coja ascensión de madera y de sillares en discordante planificación, como si se tratara de una estrambótica suma de diversos trozos de casa, contrahecha imagen de un zigurat babilónico...

El segundo elemento es una en apariencia simple, aunque virulenta, crónica judicial. Empieza con que una mujer llamada Encarnació Bomnatí, la edad de la cual no consta, que habitaba la barriada de la Creu dels Ullastres y «el comercio carnal practicaba con libre dedicación», llama a la puerta del alguacil la noche del 27 de febrero de 1838, comunicándole que en su casa hay «un joven muerto o que poco le falta». Acude la justicia: es un hombre de acusadísima morenez, el cabello rizado, grande de cuerpo, y que presenta la espalda hecha una llaga. El médico dice que «es incuestionable que lo han azotado con reiteración, cosa que ha hecho que se le reventasen los órganos internos en la zona del vientre y que de ello le haya sobrevenido la defunción».

He aquí el interrogatorio a que fue sometida Encarnació Bonmatí:

«Juez: ¿Cómo y cuándo conocisteis al muerto?

»Encarnació Bonmatí: Nunca lo había visto. Compareció y en mallorquín chapurreado me dijo que era de La Trapa y que quería holgar conmigo.

»J.: ¿Conocéis la inmoralidad de este oficio que practicáis?

»E. B.: He sido abandonada por mi marido, tengo que mantener dos hijos y no he podido encontrar otra manera de ganarme la

vida, como lo saben todos en el pueblo, y también el señor juez, y nadie puede decir que haya hecho daño a nadie.

»J.: Bien, pasémoslo. ¿Cohabitasteis con el mencionado joven?

»E. B.: No. Nos tendimos en el catre y yo no le veía bien la cara porque en la lámpara había poco aceite, y él se puso encima de mí, pero no me tocó más, porque estalló enseguida en llanto y en conversación.

»J.: ¿Qué dijo?

»E. B.: Muchas y muchas cosas que no sabría repetir porque eran enredadas y a veces no le entendía bien, pero me pareció que quería decir que deseaba casarse con una muchacha, llamada Massa o algo así, pero que el padre de ellos no lo quería, porque la quería para sí.

»J.: ¿El padre de quiénes?

»E. B.: Del joven y de la muchacha.

»J.: ¿Queréis decir que eran hermanos y que se querían casar?

»E. B.: Eso me pareció entender, señor juez.

»J.: ¿Y qué entendéis al decir que el padre también la quería para sí?

»E. B.: Lo mismo: que la quería como si dijéramos por esposa.

»J.: Nada de eso tiene sentido y es una abominación solo el pensarlo.

»E. B.: Yo también lo pienso así, pero es lo que he podido entender.

»J.: ¿Podéis recordar sus palabras con exactitud?

»E. B.: No. Era un hombre de hablar muy liado y como forastero, y decía que él siempre había obedecido a su padre, pero que no podía consentir que también la tomara a ella, que después serían como desgraciados como lo eran los demás, con aquellos contrahechos siempre encerrados que solo de escucharlos le hacían enloquecer, y que se lo había dicho a su padre y que él lo había hecho azotar y se la había llevado a ella, y él había huido, y que todo era un crimen y que él quería ser libre y que ella también gritaba desesperada... Y eso decía y repetía.

»J.: Nada de eso tiene sentido, pero se investigará. Relatad, ahora, cómo ha muerto.

»E. B.: Pues que hablaba y yo iba cobrando miedo y de golpe se echó sobre mis muslos y sentí su cara en los pelos que allí en medio de los muslos tenemos y le dije que se retirara que eso era vicio y yo no quería, y él sin moverse, pero tampoco sin hacer nada de boca, y volví a tener miedo y lo moví. No se movía ni decía nada. Y pensé que estaba muerto. Por eso denuncié el hecho».

El expediente se cierra con un informe del alguacil extremadamente lacónico, según el cual Llàtzer de Vadell había sido citado para que identificara el cuerpo del muerto y contestara a las preguntas que se desprendían de la declaración de la prostituta. Pero Vadell no comparece, alegando encontrarse enfermo, sino que lo hacen dos hijos suyos, que muestran unos papeles escritos «en moro por el rey de Egipto», y que «prueban» que el muerto no era hijo de Llàtzer sino «esclavo», y que, habiendo robado «diversas veces y no teniendo la cabeza clara», lo azotaron efectivamente «como derecho tiene el señor de La Trapa», y que todo lo demás que dijo él o Encarnació Bonmatí «ignoramos qué puede ser, porque nada parecido a eso ha pasado jamás en La Trapa». El juez aceptó la declaración, dando el caso por cerrado.

La ligereza del proceso judicial es evidente. ¿Sobornaron al juez? No es arriesgado imaginarlo, sobre todo teniendo en cuenta que Encarnació Bonmatí es citada de nuevo y conminada a que se retracte, «porque nada de su declaración es cierto, según se ha confirmado». La mujer, sin embargo, se niega a hacerlo.

Y siete meses más tarde, es acusada de haber robado «dos talegos de garbanzos del almacén de Macià Gasparoto». Se los encontraron escondidos en el hornillo que tenía Encarnació detrás de su casa. La denuncia había sido hecha por Gasparoto, basándose en que «la Bonmatí ha rondado mi almacén y ha mirado a menudo en su dirección, estos días pasados». Ella vuelve a negarlo todo, pese a que le hagan pasar «seis días encerrada y haya recibido azotes por

su grosería y falta de respeto hacia la autoridad». La condenan a «atravesar dos veces y durante seis domingos seguidos, después de misa de once, que es la del oficio solemne, la calle Mayor con los dos sacos cargados a la espalda, sin poder descansar más que cuando el alguacil lo autorice, para así purgar en público oprobio su delictiva conducta».

Nada volvemos a localizar sobre ella... en un mes: hay después una breve acta donde consta que el juez ha ido a levantar «el cadáver de una mujer que fue hallado el domingo al mediodía por el alguacil en el pozo de su casa, donde se había ahorcado, y cuyo nombre era el de Encarnació Bonmatí».

Y ahora sí que ya no vuelve a aparecer nada sobre ella... Al menos, en los papeles. Pero es fácil, muy fácil, imaginar incluso hora por hora cada paso atrás que dio, que la obligaron a dar, la prostituta Encarnació Bonmatí, en los años de gracia de mil ochocientos treinta y tantos... ¿O tendríamos que dejar a un lado a las personas y considerar solo el tiempo? Porque, realmente, lo único que existe es su ciega sucesión, por encima de las ambiciones, de la carne, de los sentimientos, fenómenos estos sin materia y por eso mismo portadores de la estúpida, de la inventada ilusión de eternidad. Si todo cuanto pensamos o decimos no tiene barreras, las tiene en cambio lo que hacemos, las tienen el nacimiento y la muerte: no somos más que una circunstancial conjunción en el tiempo, el paso de un diente del engranaje. Abrumado, pienso en aquella mujer, cuyo drama solo debió serlo para ella, convirtiéndose, objetivado, en una cósmica insignificancia. Sin embargo, un ser aplastado por los demás...

Cada domingo, Encarnació Bonmatí caminaría, vacilante, los talegos a la espalda, encorvada, sintiendo cómo el cuerpo iba cediendo, debilitado, a la vez que el jadeo de sus pulmones, como un fuelle, aumentaría... Los dos hijos, callados, la mirada dilatada, acaso caminarían juntos detrás de ella, la mirarían o se apartarían para observar como todos los que pasaban se reían de la ladrona. O esperarían en su casa, sentados en silencio, porque

la madre no les habría permitido moverse. La gente endomingada, saliendo de misa, y aquella especie de jorobada de vergüenzas, sudada, sin aliento, pálida de cansancio, yendo a tumbos de un extremo a otro del pueblo... La encontró el alguacil un domingo, una hora más tarde de la que tendrían que haber partido: el alguacil, harto de esperar, que debió ir a su casa y no la halló por ningún lado, que sospechó que había huido hasta que se fijó en la cuerda del pozo, tirante toda ella hacia abajo, y se inclinó, echando una ojeada: con el cuello violentamente torcido, el cuerpo de Encarnació Bonmatí, meciéndose suavemente, se reflejaba en el agua quieta, el agua de plata. No había podido soportar el escarnio, la condena que, degradándola frente a los demás, vencía su espíritu.

Solo un detalle quedaba en el aire. Y siete años más tarde aparece, al confeccionarse la lista de acreedores de La Trapa, después del incendio: Macià Gasparoto figura en primer lugar, como el proveedor que ha tenido más larga y sustanciosa relación con Llàtzer de Vadell...

Era otro mediodía, este de primavera. Primero fue el olor: una emanación que crecía, indefinida y seca, como rasposa. Las personas debían arrugar la nariz, los animales husmeaban inquietos. Después, llegó la ceniza: al principio parecía polvo, pero pronto lo hicieron también, todavía tibias, las pavesas, flotando en una atmósfera cada vez más espesa, más caliente. Hasta que desde Andratx vieron cómo por encima de las montañas de La Trapa iba levantándose una tupida, oscura, columna de humo, hecha de anillas cada vez más amplias, nube que tapaba ya el sol, cuyo círculo, como un siniestro presagio, adquirió una rojez intensa y desprovista de reflejos detrás de la fantasmagórica ascensión de las humosas vaharadas.

Rápidamente se formó una brigada cortafuegos. Con azadones, con hachas, con azadas, con cuerdas, partieron por el viejo camino de herradura de los monjes. Y, a medida que trepaban, la atmósfera se enrarecía: parecía que una fuerza invisible y todopoderosa se

hubiese asentado sobre los hombros de la gente, empujándola contra el suelo.

Al salvar el primer collado, en el Puig de En Farineta, contemplaron ya las llamas: de un rojo radiante, se encrespaban cielo arriba, como horrorosas tentativas de agarrar algo ignorado. El viento de mistral, flojo pero sostenido, atizaba. El aire se hacía irrespirable, los hombres sentían cómo sus cuerpos empezaban a hervir, a deshidratarse, y bebían agua sin parar. El fuego, como una locomotora, avanzaba en voraz combustión... Tenemos una noticia detallada: la Real Sociedad de Amigos del País hacía, por aquellos años, un estudio sobre los incendios. Se quemaron miles de pinos: dramáticamente siluetados, negros entre las llamas, inopinadamente prendían, lanzando una lluvia de pifias encendidas, que se abrían estallando como disparos. De pronto, una encina o una mata se encendían con gran crujido, expeliendo un chorro de fuego, a veces, amarillento, y otras, anaranjado. La resina se freía, convertida en furiosa espuma.

El incendio comenzó cerca del estanque, y en dirección contraria a la casa. Rodeándolo, los hombres de Andratx pudieron acercarse, temiendo siempre que girara el viento y las llamas les cortaran el camino. Y al llegar a los edificios encontraron, vieron algo... ¿Qué?

El primer testimonio lo tenemos en las palabras de Encarnació Bonmatí: «El padre la quería para sí... Serían como desgraciados como lo eran los demás, con aquellos contrahechos siempre encerrados que solo de escucharlos lo hacían enloquecer...». Luego, en la descripción de la Real Sociedad de Amigos del País, muy exacta aunque extractada, se dice que «el incendio parecía provocado, ya que se encontraron teas medio quemadas cerca del que había sido convento de los frailes», y agrega: «por causas ajenas al fuego, hubo cuatro muertos, entre ellos, el propietario de la finca».

Por último, está la petición del consistorio andritxol a las Hermanas de la Caridad y a la Inclusa, de Palma, para que «se

hagan cargo de cinco y siete tullidos, respectivamente, que han sido abandonados por su familia, que huyó en circunstancias todavía no aclaradas y en el curso de un incendio, habiéndolos encontrado muy agitados, vestidos de harapos, de los cuales no sabemos el nombre y dudamos si pertenecerán a nuestra cristiana religión. Solo algunos de ellos dicen palabras, y no siempre inteligibles. Su edad es difícil de calcular, y los hemos dividido entre los que nos han parecido más jóvenes y los de más vieja apariencia. Dos más habían sido muertos a tiros. Es presumible que todos habitasen dentro de un amplio subterráneo enrejado, donde se han encontrado jergones, en medio de una suciedad hedionda, ofensiva, y las pieles de los tullidos parecen haber sido poco tostadas por el sol...».

¿Estaban encerrados aquellos monstruos —el mongólico espantosamente hierático, como un sapo; el ciego baboso; el de cuerpo grueso y extremidades como un niño recién nacido, tiernas y pegajosas; la muchacha de un color de canela, casi transparente e insensible a todo; el mudo de enorme boca...— y escaparon, prendiendo fuego a todo, matando a Llàtzer de Vadell, siendo repelidos a tiros por los otros habitantes de La Trapa, que huyeron probablemente por mar? ¿O la rebelión vino de los hijos sanos, ocurriendo accidentalmente el incendio y la irrupción de los baldados? Es imposible saber nada más. A los tullidos, materializada teratología, se les debió hallar vagando quizá anonadados, acaso alienados, entre la desvastación de los troncos quemados, del resplandor de las brasas y de las hogueras que subsistirían aisladas, mientras la noche se extendía, cuajada de astros. ¿Eran hijos de Llàtzer de Vadell habidos con sus hijas, con sus nietas? ¿Eran producto del acoplamiento entre hermanos? Los inmensos establecimientos de caridad de Palma, con sus parques enrejados y polvorientos y los plátanos altísimos, descoloridos, las dilatadas y gélidas salas de claridad crepuscular, todo lo engulleron...

El incendio duró cinco días. Desde el mar, contemplé una vez uno, ensortijándose sobre la cresta de los farallones. Era de noche

y la danza del fuego refulgía allá arriba, como si nada tuviera que ver con el resto del mundo, con nosotros los hombres, solitaria locura luminosa. De golpe, la ennegrecida silueta de un pino se convertía en una bola ígnea, se desprendía y volaba hacia el vacío como una estrella flameante, caía dejando atrás una tumultuosa cola de centellas, estrella errante que de pronto hubiera perdido el impulso... El ramaje encendido que chocaba, lanzando un irisado chisporroteo, contra la mar oscura y calma.

La figura de Encarnació Bonmatí me recuerda la de Isabel, hija de una prima segunda de la familia, Cèlia, y que siempre me fascinó: la veía, la observaba casi boquiabierto, la espiaba, y si me hubiese atrevido, la hubiera abordado, hubiera entrado en su casa. Pero no era posible: se dedicaba a la prostitución. Tampoco, por otra parte, nos tratábamos. En Son Vadell, en lugar de vivir de abrazos, lo hacíamos de rechazos.

Habitaba Isabel una casa baja, a la vera del camino entre Son Vadell y el pueblo. Cada atardecer se sentaba en el balancín, esperando. Afuera flotaban los sonidos de la oscuridad creciente, como gemidos de un cuerpo extenso, magmático: el canto del búho, semejando la aflautada nota de un instrumento de viento; la brisa agitando con honda suavidad el ramaje de los árboles; un relincho lejano, igual a un empavorecido grito de auxilio; el nervioso repiqueteo de una racha de lluvia contra los cristales... Isabel dormitaba, arrebujada en su gruesa bata roja y apoltronada en el balancín listado de azul y amarillo; arropada por el dulce, turbio mareo que le producía el vaho de un brasero saturado de rescoldo.

Al lado tenía siempre una gran cafetera negra. De vez en cuando se servía una taza de café. Debía parecerle que todo su cuerpo se impregnaba del aroma adherente, como de especias.

Los dos gatos, que roncaban sobre la estera, levantaban el hocico, olisqueaban indiferentes. El calor, como un halo enfermizo, llenaba la habitación.

Se levantaba ella y, perezosa, volvía a componer las flores de cera de los dos búcaros en forma de antorcha que tenía en el aparador; esponjaba el vestido de las muñecas de celuloide, despatarradas sobre el sofá de cretona estampada de flores moradas; se acercaba a la rinconera y conectaba el aparato de radio: sonreía satisfecha al escuchar la retahíla de optimistas anuncios y las atropelladas canciones. Y se hundía otra vez en el balancín, a esperar. Un cosquilleo de placidez recorría sus carnes opulentas, una sonrisa soñolienta se perfilaba en sus labios, carnosos.

Isabel se levantaba a media tarde y almorzaba: carne sanguinolenta, yemas de huevo, fruta, vino tinto, elementos todavía provistos de su crudeza original, del último latido de la bestia y del flujo de la savia del árbol al cual habían pertenecido. Ahíta, caminaba con pesadez, encendidas las mejillas, seguramente luchando contra las adormecedoras ganas de volverse a la cama.

Y salía afuera. El sol de la tarde, débil, manchaba de malva, como una insólida y desmayada bendición, las carcomidas paredes de la casa, cuadrada, de gruesos sillares roídos por el tiempo: había sido, un siglo o dos atrás, la prisión de Andratx. La rodeaba un bancal de chumberas, entre cuyas gruesas palas caminaba Isabel seguida por los gatos. Bajaba los escalones de las antiguas celdas, enterradas. Dentro, colgaban todavía cadenas y grilletes oxidados. Allí tenía conejos y una cabra. La ordeñaba, mientras los roedores, blancos y grises, se arrinconaban, temerosos de los gatos. Isabel bebía a lentos tragos la tibia leche y volcaba el resto de un lebrillo para los felinos, que se la tragaban lamiendo metódicamente y observando a su alrededor, con ojos de absoluta serenidad. Isabel ponía el cabestro a la cabra y salía a pacerla.

El día declinaba sus últimas claridades, matizadas y melancólicas. Una grávida soledad pesaba, como un anuncio de tormenta,

por encima del valle. En el pueblo, algunas luces, macilentas, tristemente perdidas, perfilaban con vaguedad la negra masa del caserío y la lóbrega grandiosidad de la iglesia. Isabel caminaba por los bancales húmedos del primer rocío, la cabra masticaba la hierba espesa y oscura con rítmica voracidad. Una liebre, patilarga y veloz, se hundía en la maleza. La abubilla, empenachada y muda como un caballito de mar, montaba guardia en el algarrobo. Del vecino encinar llegaba a menudo, difuso, el rumor de la brisa, pasando como una pausada y agónica respiración que me recordaba los estertores, de gangosa profundidad, de aquel monstruoso cetáceo que de niño vi en la playa, traído por el oleaje no sé sabía de dónde, allí varado y brillando intensamente, como si fuera una materia llegada del espacio sideral...

Isabel volvía de prisa hacia la casa, sintiendo ya los arañazos del frío. Dejaba la cabra, y los gatos la esperaban en el portal. A menudo, yo miraba a escondidas, acostado entre las chumberas, donde entraba separando los alambres de la cerca. Los ojos me dolían, desmesuradamente abiertos hacia la claridad de las ventanas... ¿Cuántas veces me masturbé allí tendido? Dentro de la casa, cálida la temperatura, Isabel se desnudaba, quedando solo en bragas y sostén, negros, con puntillas. Se pintaba cuidadosamente los ojos, grandes, de pupilas dilatadas, y los labios, muelles y pronunciados. Su cuerpo, de blanca obesidad, blando, amplios los muslos y el pecho, la cara infantil e hinchada, como de criatura prematuramente crecida, apática, se convertía para mí en una alucinante y turbadora exposición carnal.

Se cubría con la bata. Y se sentaba a esperar. Espera que podía durar una hora, dos, hasta que los golpes de un hombre en la puerta la arrancaban de la tediosa somnolencia... Isabel se despejaba, movía la cabeza todavía espesa. Se repasaba la rígida y recargada permanente. Y con caminar casi mayestático, se dirigía a la puerta. Entraba un hombre que yo ya prácticamente nunca veía: ni el portal, ni la habitación donde estaba la cama caían dentro del ángulo de visión de la ventana...

Me quedaba un rato en el chumberal. La noche se había apoderado de todo. Y a veces estallaba en un silencioso llanto, sintiéndome inmensamente abandonado, sin saber por quién ni por qué, pero estableciendo acaso por vez primera en mi vida contacto con la más absoluta soledad, que no es la del bien perdido, sino la de aquello que todavía no hemos recibido...

Recuerdo a Isabel, recuerdo portentosamente precisa su habitación, me veo a mí mismo agazapado mientras ella pacía la cabra: es como si todo hubiese ocurrido hace pocas horas, con tanta intensidad lo llevo clavado en el cerebro. Posiblemente todo lo que no hice con ella, lo que no hablé, y que ni siquiera pensé en llegar a hacer, saltándome las costumbres, la timidez, la moral de Son Vadell, se me convirtió en un amoroso anhelo mental, más fuerte cuantas menos trabas y confrontaciones tuvo que sufrir, y que llevo indemne, como una eterna disposición siempre fresca, siendo solo, o consustancialmente, eso: una cosa a punto, allí aislada, existiendo por sí misma.

El padre de Isabel había muerto en un pasado para mí abismal. A la madre, la señora Cèlia —a la cual no llamábamos tía, peleados como estábamos a causa de la hija o quizá ya de antes—, sí que la veía, en mi infancia, por los alrededores de su casa, pero no recuerdo cuándo debió morir.

Era una vieja coja, que caminaba lentamente, apoyándose en un bastón. Tenía los cabellos blancos, abundantes, y vestía de negro. Llevaba siempre una cesta de palmito, tapada con un pañuelo a cuadros. Oías, rítmicos, los golpes de bastón. De pronto, se callaban. Y al cabo de un momento, volvían a ponerse en marcha. Si te acercabas al lugar donde se habían detenido, encontrabas en el suelo un papel de plata arrugado: dentro de la cesta llevaba galletas de coco, caramelos, chocolatinas... Alguna

vez que nos encontramos cara a cara, me acariciaba la cabeza y me daba una golosina: yo la tiraba y huía corriendo. Ella se quedaba mirándome, sonreía, las mejillas se le hundían succionando, el halo de sus blancos cabellos perfilándose a contraluz...

Nunca la vi poner los pies en Son Vadell, pero dos cosas suyas quedaban allí, cosas en las que ni ella ni nadie pensaría ya, y que caprichosamente me comunicaron con la Cèlia de más de cuarenta años atrás. Una era la fotografía, colgada como las demás en cualquier pared de una de las habitaciones perdidas por el laberinto del caserón. La otra, una carta de 1902, que quizá fuese contemporánea del retrato, ya que representaba este a una muchacha seguramente de unos dieciocho años, que son los que tendría Cèlia entonces.

Se la ve con un vestido azulado o grisáceo, largo seguramente hasta los pies, ya que la fotografía la corta a nivel de la pantorrilla. Y el cuello se le cierra estrecho, blanco. Un amplio cinturón le ciñe prodigiosamente la cintura, dejando su cuerpo dividido como en dos bolsas, redondeados volúmenes: una en el tronco y la pechera, la otra con las caderas y los muslos. Y el rostro que emerge, entre las espirales de una mata de tirabuzones, es dulce, delicado, de una belleza tímida...

La carta está escrita desde Perpiñán, y seguramente hubo otras antes y después. Se trata prácticamente de una petición de mano, y es posible que por ello la misiva fuera a parar a Son Vadell, ya que, a juzgar por su contenido, mi abuelo Jacint era el tutor de Cèlia, y tendría que discutir o aprobar el proyecto matrimonial.

Yo la encontré en el cajón del secreter donde, enrolladas en papel de estraza, se guardaban las escrituras de los siglos de Son Vadell, en las que se describen fincas y se nos declara a nosotros sus propietarios, fincas muchas de las cuales ya nadie recuerda que constituyeran un día una entidad determinada... La carta comienza así: «Ma belle et chérie Celià», y continúa:

«Durante el poco tiempo que pudimos pasar juntos, tu padre me cobró aprecio, me conoció, y yo a él, ayudándole como hice de todo corazón a buscar sus papeles, desde los desfiladeros del Viaur hasta nuestra catedral. De todo corazón porque estabas tú, te miraba... Comprendo, sin embargo, que su muerte te obligue a requerir el consejo de tu primo y tutor. El cual quiere saber, naturalmente, de dónde provengo yo. Aquí, solo te dije, y pienso que aún de pasada, que los señores Gouget, que tan bondadosos han sido conmigo, y que me dejarán la lencería, cosa que ya tienen escriturada, no eran mis verdaderos progenitores, sino que me recogieron a los siete años, huérfano de guerra.

»Pero ahora te explicaré más cosas, muchas más, comenzando por los gritos de terror con que reaccionaba ante cualquier cosa que me sorprendiera, y por pequeña que fuera, y el tembloroso ensimismamiento en que caía con frecuencia, y todo eso de niño y aún de joven y a veces todavía hoy, cuando me encuentro, de noche, en la habitación a oscuras. O si temo algo que pueda hacerme daño, como ahora me pasa, querida Cèlia, se me viene encima un alud de pánico ante la sola idea de pensar que tu tutor se oponga a nuestro proyecto. Me ha quedado dentro como un temor, como si tuviera un animal asustado y siempre a punto de saltar, huyendo...

»Mi padre fue deportado a Nueva Caledonia. Y supe hace pocos años que murió a los diez meses de llegar, en 1873: el derrumbe de una galería en las minas de níquel de Pin-Pin lo sepultó. Los tribunales de París, los de un hombre abominable llamado Thiers, y del que no sé si tienes noticia, lo habían condenado a trabajos forzados a perpetuidad, después de tenerlo encerrado muchas semanas, no sé cuántas, en un pontón del Sena, con centenares de prisioneros.

»Me preguntarás ¿prisioneros de qué?: de la Comuna, te lo digo. Pero te juro que ni mis padres ni casi ninguno eran revolucionarios. Solo creyeron que Dios, el amor o la igualdad podrían haberse encarnado entre ellos.

»Recuerdo a mi padre. Flaco, enarbolando enfebrecido un largo mosquetón en una barricada de sacos terreros, en la calle de Saint Jacques. Él y otros, y uno llevaba un tambor, y lo tocaba enloquecido, y otro alzando una bandera roja, enorme, a la que costaba levantar y que agitaba describiendo un amplio semicírculo. Y una compacta masa de soldados avanzaba contra ellos, la bayoneta calada. Como una alegría de desesperación relucía en los ojos de mi padre, desorbitados. El cabello parecía erizársele, convertido en llama... Y después hubo tiros, humo, un griterío, no sé...

»También lo recuerdo de antes de la Comuna: silueta en el pescante de un coche, con sombrero de copa y una casaca quizá colorada, las riendas en la mano, y sonriente y mirando hacia una puerta, acaso la de allí donde vivíamos. ¿Estaba yo en aquel portal, me miraba a mí, se sentía feliz por mí? ¿Era cochero? Solo puedo añadirte que del pontón salió sifilítico y que en el cuello una gran llaga le supuraba: ante el Tribunal, apenas si habló, apenas si entendió algo. Había unos quinqués de bola, opacos y blancos, y con mi padre eran muchos hombres, muchos, de pie en unas gradas, casi en la oscuridad, escuchando las sentencias que leía un militar.

»De una gran confusión, de un aturdimiento que me sobrecoge cuando quiero hacer memoria, solo se me aparecen escenas... Mi madre corría, me arrastraba cogido de la mano, por los empinados callejones de Montmartre. Éramos muchos los que huíamos: tengo la impresión de como si hubiera estado entonces cayendo por un barranco... Después, estaba acostado, con un hombre encima, un viejo que hedía espantosamente, y que me sujetaba el cuerpo, intentaba taparme la boca, los ojos: estábamos tendidos, escondidos, en un nicho alto del cementerio de Père-Lachaise.

»Y allí delante se apretaban, unos contra otros, mi madre y muchos hombres y mujeres, sucios, desgarrados, rodeados por una multitud de soldados, de oficiales, de señores y señoras muy elegantes. Una mujer con un vestido lila y un enorme collar pegó

con la punta de una sombrilla en la cabeza de mi madre: vi cómo se deshacía su rodete, cómo se desparramaban espléndidos sus larguísimos cabellos, mientras comenzaban, ensordecedoras, las descargas de fusilería.

»Se despejó el humo. No estaba ya mi madre, no había nadie: solo una pila de cadáveres que sangraban. Y las señoras, los señores, los generales, todos reían, y con las sombrillas, los sables, las bayonetas, enfilaban narices, ojos, del montón de los muertos. Y yo con aquel viejo que apestaba, los dientes que le castañeteaban, llorando, sobre las podridas maderas de un ataúd, con huesos dentro, y que parecían hechos de harina: las tablas, los huesos, todo iba deshaciéndose a cada movimiento nuestro...

»Y después... Ya basta. Por otro lado, no sé cómo fui a parar a Perpiñán ni cómo los Gouget me recogieron. Solo sé que te amo, Cèlia, y que pido a Dios que todo pueda arreglarse con tu primo y tutor.

»Te abrazo con toda el alma,

»Michel Tulard».

Pero debió ser solo con la intención como consumaron el abrazo, porque con quien se casó Cèlia fue con un hombre del pueblo, llamado Borràs. Y ni la abuela Brígida ni el tío Dionís supieron darme nunca ningún indicio sobre Michel Tulard: les había desaparecido de la memoria, o no habían oído nunca hablar de él... Otro ser que, al menos para nosotros, se hundió en la oscuridad... Y al cual si cito yo ahora es especialmente por la mención que hace del padre de Cèlia y del viaje que llevó a cabo desde Perpiñán a algún lugar, o lugares, del río Viaur.

Aquel hombre fue Bartomeu de Vadell. Muy poco queda de él, de su vida: tuvo en el pueblo una fábrica de jabón, supongo

que rudimentaria, los grandes cubos con la masa hirviendo mansamente, como si practicasen una sofocada y crasa deglución... «Fue hombre viajado», se decía de él, además. Y el hecho, en la época, resultaba notable, porque, si no era por razones de emigración laboral, prácticamente nadie salía de Andratx.

Los viajes, sin duda, fueron unos cuantos, y posiblemente todos a Francia. Tengo la prueba de otro, supongo que anterior al que menciona Michel Tulard, y que geográficamente llegó más arriba: la Turena. En este caso, e ignoro si en los otros también, Bartomeu llevó un diario en el que anotaba, aunque sin fechar, lo que iba haciendo. O parte de ello, porque parece como si todos sus actos, siendo como son en apariencia los centrales de su actividad, lo que realmente hagan sea enmarcar otros intereses que apenas si asoman... Es una libreta de tapas de hule, marrones. El hombre escribe en ella reposadamente, con una letra muy pequeña, muy puntiaguda, las líneas como si fuesen hileras de diminutas lanzas. En ocasiones incluso hace falta una lupa para poder descifrarla. Dice:

«La corriente del Loira es fangosa, apática, y de tanto en cuanto tiene en medio minúsculos islotes de altas y espesas arboledas, con algo de funerario. Las orillas son bajas, los árboles abundan, y su verdor es al mismo tiempo intenso y dulce. Me dicen que antes toda la región era bosque. Aquel poeta hijo del país, que me ha dado a conocer el arquitecto Françon, y que se llamaba Pierre de Ronsard, cantó añoradizo el profundo boscaje, después de las grandes talas que fueron hechas:

Forét, haute maison des oiseaux bocagers,
plus le cerf solitaire et les chevreuls légers
ne paîtront sous ton ombre, et ta verte crinière
plus du soleil d'été ne rompra la lumière...

»Por otro lado, todo está plantado de viña, y viajar en tren —me gusta esta rapidez de la máquina; me imagino, sentado en el vagón,

como un héroe de no sé qué— por entre las cepas es agradable: las ves ascendiendo y bajando por las suaves colinas, cuando sopla algo de viento parecen fardos temblorosos».

* * *

«Hemos ido al castillo de Chenonceaux. Jean Marie Françon ha estado mucho tiempo estudiando la fachada sur de la obra, haciendo dibujos de la elegante galería renacentista y del puente, atrevidamente airoso sobre las aguas del Cher. Sin duda, Françon compondrá un libro muy documentado. Pero le costará años registrar todos los castillos de la Tourenne...

»Mientras, yo me paseaba por el extenso parque que rodea Chenonceaux, e Ivette iba evocándome aquella extraordinaria dama que fue Diana de Poitiers, que aquí vivió, y cuya explícita belleza, como un desafío de promesas, quedó fijada en un espejo... Ivette sonreía conversando, yo la miraba de reojo...»

* * *

«La cava de Au relais de l'escargot es como un aljibe, honda, y las paredes son de toba, se deshacen si rascas. Hay barriles de tinto de Chinon y de blanco de Vouvray. El propietario, el viejo André Brieux, es pequeño, una extraña mezcla de cuerpo esquelético y al mismo tiempo adiposo. En la cabeza tiene la piel finísima, estirada, estrechamente pegada a los huesos. En cambio, en el cuello le cuelga una papada gorda, esponjosa, como si toda la carne de la cara se le hubiese escurrido hacia allí. Y aquellos ojos saltones, con ramalazos errátiles y airados, como los de un pájaro carpintero.

»La taberna está antes de entrar en Nevers-le-Duc. La tapia es alta, gruesa, y cuajada de hiedra, que es oscura y brillante, que parece como si en su interior escondiera algo, no sé qué, de asquerosa fealdad. En el patio hay dos castaños, casi engullidos también por la hiedra, que trepa por el tronco, por las ramas, y apenas si deja pasar los rayos del sol.

»Es agradable, en este tiempo estival, y sobre todo al crepúsculo, lo fresca que está la taberna. Al volver de alguno de los castillos, estos días que paramos en Nevers-le-Duc, nos detenemos en Au relais de l'escargot. André ni abre la boca, pero nos sirve unos voluminosos caracoles, la caparazón de un verde pálido veteado de siena, que han sido condimentados con mantequilla y hierbas aromáticas. Son exquisitos».

* * *

«La planicie se dilata, al fondo, se insinúan las afiladas torres de la catedral de Tours...».

* * *

«La verdad, estoy perdiendo mucho tiempo por aquí con Françon y su mujer. Claro que en la catedral de Tours tampoco tenía ya nada que hacer. Pero quizá debiera volver a Mallorca ya... Lo que ocurre es que cerca de Ivette siento como un estímulo vital que desde hace mucho tiempo, creo que desde el primer año que estuve enamorado de Sebastiana, no había vuelto a apoderarse de mí. Es una mezcla de alegría y de imprecisión. Las mujeres a veces lo despiertan. Ivette es ligeramente carnosa, pero respira jovialidad, camina pisando firme, erecta la espalda. Y tiene algo como recóndito, inaprensible: sus ojos siempre parecen decir más de lo que pronuncian sus labios...

»Pero Ivette es la esposa de Françon...».

* * *

«La patrona de la fonda de Nevers nos ha preguntado, adusta, si nos habíamos aficionado *chez Brieux,* como dice ella. Le contestamos que los caracoles son muy buenos. Y de repente se ha disparado sobre André, explicando que casi nadie lo trata en el pueblo, que estuvo años en prisión, que cuando la guerra colaboró con los alemanes, ayudando a que cayera el

emperador Napoleón III y a que muchos patriotas franceses fueran ejecutados... Echaba fuego por los ojos».

* * *

«Hemos estado en Amboise. El Loira acaricia sus muros magníficos. Jean Marie se ha ido metiendo en cada torre, que son redondas y tienen una rampa interior en espiral por la que puede subir una carroza. Ivette y yo lo hemos dejado para ir a la recóndita, pequeña capilla de Saint Hubert, y ver la presunta tumba de Leonardo da Vinci, que murió aquí, adonde había venido para hacer un trabajo. En silencio, y emocionado, he cogido la mano de Ivette...».

* * *

«Nos hemos detenido a descansar cerca de un huerto. Había un hombre enyesado, sentado frente a la casa. Nos contó que había querido hacer una alberca y cavó un gran hoyo cuadrado. Se cayó dentro, dando contra una alzaprima: lo sacaron con el espinazo quebrado. Ha estado en cama durante semanas y solo hace dos días que lo levantaron. Y nos ha enseñado el hoyo.

»Cuando se lastimó, muchas raíces quedaron sin cortar. Raíces gruesas y raíces delgadas, de parra, de hierba, de cerezo, de girasol, de castaño... Bosquecillo filamentoso, colgando en el aire, las unas, de un rojo intenso, aterciopelado, y las otras, de un amarillo gélido... Y llovió, se formaron charcas en el hoyo. Pronto, como si fuese un sueño fantástico, irreal, las raíces comenzaron a desplazarse, cautas, el hombre veía desde la ventana cómo cada día, poco a poco, se habían movido, lo hacían en dirección a los sitios fangosos, abocándose en ellos y al mismo tiempo echando más raíces, delgadas y frágiles, de colores claros, enfermizos. Abocándose y sorbiendo la humedad, el agua, tentáculos ciegos y aberrantes...

»Me ha hecho pensar en todas las notas que he sacado del archivo de Tours, en J. C. y en aquello».

* *

«Inesperadamente, Françon e Ivette han tenido que ir a Chartres, porque un hermano de Jean Marie está muy grave y la familia piensa que morirá. Debería partir yo también, sin embargo... voy mañana y tarde a Au relais de l'escargot, bebo un *pichet* frío. Pienso en las horas que he pasado aquí, al lado de Ivette. Me arrepiento de no haberle dicho nunca nada sobre la belleza de sus ojos, sobre la oscuridad que caía y parecía acariciarnos. Un soneto de Ronsard acaba:

> *Je serai sous la terre, et fantôme sans os, per les ombres myrteux je prendai mon repos; vous serez au foyer une vieille accroupie, regrettant mon amour et votre fier dédain. Vivez, si m'en croyez, n'attendez à demain; cueillez dès aujourd'hui les roses de la vie.*

Pero yo no lo hice, no he cogido rosa alguna».

* * *

«El silencio me pesa. He estado leyendo otro libro que me prestaron los Françon, la *Histoire de la France,* de Michelet. Para hablar he probado de entablar conversación con el viejo André. Pero solamente contesta con gruñidos.

»Irritado, y por otras cosas que nada tienen que ver con él, le he dicho que en el pueblo no lo apreciaban. Se ha encogido de hombros. Después le leí, con énfasis, una frase del libro: "La leyenda nacional de Francia es un inmenso reguero de luz, nunca interrumpido, verdadera vía láctea sobre la cual vuelve siempre el mundo sus ojos". Él escuchaba con atención. Y le he preguntado si creía que su vida estaba de acuerdo con esta descripción.

»Esperaba un bufido y, en cambio, su rostro se transmudaba, como si se distorsionara, enloquecido. Y ha estallado en una carcajada caballuna, inacabable, un reír glorioso que repercutía por todos los rincones del patio, que se enredó por las ramas de los

castaños, que ha chocado como piedra pómez contra la exaltación solar que reinaba fuera».

Y aquí acaba: todo el resto del dietario fue arrancado.

Encontré el cuaderno entre la infinita papelería que me vino como herencia del vicario. Bartomeu de Vadell era un espíritu seguramente sensible, tímido, con afición a la cultura, sí... Pero lo que me llamó la atención no fueron sus características ni las cualidades literarias que pudiera tener, sino la intrigante nota del pozo y las raíces, con las iniciales J. C. ¿Qué hacía allí Bartomeu de Vadell, jabonero, pero sorprendentemente más cultivado que la mayoría de sus coterráneos, viajando por el Rosellón, por Armañac, por la Turena? ¿Qué buscó en la catedral de Tours, en el archivo? ¿Y por quién y a causa de qué fueron arrancadas hojas de su diario?

Otro papel guardaba el cura de Vadell, con la letra de Bartomeu, aquellas simétricas rayitas, en una ordenada carpeta. Parece ser el resumen de un tema, de una investigación: es sobre Jean Carrier. ¿Sobre J. C.? Escribió el jabonero:

«El nombre de Jean Carrier aparece por vez primera en 1406 como uno de los rebeldes que participó en el alboroto de Tolosa contra el arzobispo Vital, de obediencia romana, proponiéndose Carrier elevar a la mitra a Pierre Rabat, adicto a Aviñón.

»Tuvo, después, fama de buen polemista, informado, sobre el Cisma de Occidente, siempre en defensa de Benedicto XIII, el Papa Luna, y se dice que llegó a ser uno de los más serios eruditos sobre el tema. En el año 1415, Benedicto XIII lo nombró su colector y vicario general en Armañac. Pero, cinco años después, el papa romano Martín V procesa como hereje al conde Jean IV

de Armañac y le ordena la expulsión de los cismáticos aviñonenses que se esconden en sus estados, pues la suya es ya prácticamente la única obediencia que guarda fidelidad a Luna. En uno de los edictos que se conservan en Tours se lee el nombre de Carrier entre los heresiarcas citados por Martín V.

»Pero Carrier no obedece, y se refugia en el castillo de Tourenne, situado en lo alto de unos acantilados de los agrestes desfiladeros del río Viaur. Allí, Carrier escribió un tratado contra el intrusismo de Urbano VI, primer papa romano después de la etapa aviñonesa. Y el nuncio de Martín V, Geraud de Brie, pone sitio al castillo de Tourenne, al cual comienzan a llamar Peniscolette, recordando al Papa Luna, situado también en Peñíscola.

»Junio de 1423: Carrier se entera de que Benedicto XIII ha muerto, y que antes lo ha nombrado cardenal de San Esteban. Huye, entonces, de Tourenne, y atravesando países enteros, llega a Peñíscola a principios del invierno. Allí se encuentra con que ha sido elegido un nuevo papa, Clemente VIII, antiguo canónigo de Valencia, hombre acaudalado y aficionado a las mujeres. Carrier calla e investiga y descubre que en la elección hubo simonía. Y en noviembre de 1425, a las seis de la mañana, celebra en la capilla de Peñíscola la misa del Espíritu Santo ante un notario y testigos: declara nula la elección de Clemente VIII y ratifica a Martín V el romano como falsario, renueva todos los anatemas lanzados por el Papa Luna, y erigiéndose él solo, Carrier, en Sacro Colegio, afirma que ha nombrado un nuevo santo padre, que es el verdadero, y cuyo nombre conserva en secreto. Acto seguido, se descuelga con una cuerda por el acantilado y huye en barca entre la niebla matutina.

»Vuelve a Armañac. Exhorta a Jean IV, hombre temeroso, a abandonar la obediencia de Peñíscola, ya también cismática, y a continuar rechazando la de Roma. En cambio, le pide que se declare secretamente fiel al papa oculto, que se llama Benedicto XIV. Y, en 1428, lo encontramos instalado en el castillo de Jalenques, en territorio del conde de Rouverges, feudatario del de Armañac.

Carrier, dicen después sus enemigos romanos en el proceso que se le entabló, se intitulaba allí lugarteniente de Jean IV, y agregan que vivía en completo desenfreno acompañado por una serie de partidarios suyos, actuando como señor de horca y cuchillo y protegiendo el bandolerismo.

»Se dice que murió el oculto Benedicto XIV, y que debió ser Bernard Garnier, sacristán de Rodez, quien, antes de expirar, nombró papa a Carrier, el cual tomó también el nombre de Benedicto XIV.

»En 1433, Jean Carrier es capturado en Puylaurents por las tropas del conde de Foix, lugarteniente de Carlos VII de Francia en el Lenguadoc. Lo encarcelan, lo torturan, pero no se retracta de su fe. Y muere sin que quieran administrarle los Sacramentos. Como excomulgado, es enterrado fuera del cementerio, al pie de un peñasco».

Era sorprendente el oblicuo resurgir del Papa Luna a través del inesperado Carrier, alucinada contradicción. Lo que yo había creído monomanía del sacerdote, senil, celibataria y clerical, sobre el Gran Cisma, el triunfo de Roma y la derrota de Aviñón, era en rigor una subterránea herencia que ya había obsesionado a otro miembro de la familia, aquel discreto e incógnito Bartomeu de Vadell...

Mosén Dionís había quemado ingentes cantidades de papeles antes de morir, dejando aquí y allá montones de carpetas y cajas de cartón vacías. La última vez que fui a Andratx, aquel otoño, cuando tuve que hacerme cargo de su herencia, encontré en la vicaría como una nevada a la inversa: negra, de los documentos y libros a los que el cura había prendido fuego en la chimenea, en la estufa. Las finas y troceadísimas, ilusoriamente consistentes

cenizas de papel se desparramaban por todas partes. Y con la corriente de aire que se formaba al abrir una puerta, con el viento que se filtraba por entre las persianas mal ajustadas, las frágiles partículas revoloteaban, se deshacían y caminando o poniendo la mano sobre una mesa, las aplastabas: grandes manchas oscuras, polvorientas, se iban constituyendo sobre todas las superficies planas, en el suelo.

El papel de Bartomeu sobre Jean Carrier fue, sí, uno de los documentos que me llamaron la atención al revisar los montones de papeles que no habían sido sacrificados. Sin él, probablemente no habría hecho caso, al repasar el fichero del vicario, de una cartulina que decía:

> «Mariona de Vadell, 17?? -1765
> Inquis. -carp. 132
> Visiones Carr. -carp. 87»

Lo de las «visiones» parecía claro. ¿Y era el «Carr.» Jean Carrier? En cuanto a la otra abreviatura, se repetía a menudo en todo el fichero: quería decir Inquisición. Busqué las carpetas indicadas: no estaban en los estantes. Iba ya a dejarlo, cuando se me ocurrió examinar lo que había vaciado el cura: las carpetas estaban allí, abiertas y sin nada dentro.

Por otro lado, en 1765 fue cuando se celebraron en Mallorca los dos últimos autos de fe, después de setenta y cuatro años de no haber tenido lugar ninguno, en una época en que ciertamente la opinión más sensata ya no los justificaba en casi ningún sitio ni circunstancia. De hecho, fueron una especie de eco madrileño: una manifestación de fuerza ultra, en la línea, y después, del motín contra Esquilache y los reformistas italianizantes de Carlos III. Lo que no imaginaban los inspiradores es que la reacción desfavorable fuese tan violenta, pues incluso motivó decisivamente la expulsión de los jesuitas, que tuvieron que partir meses más tarde: se comprobó que, en efecto, de la connivencia entre la Compañía y

el señorío, partidario del marqués de la Ensenada, había salido el impulso, y parte de la realización, de los dos autos.

En Madrid, en el archivo de la Biblioteca Nacional, deshice un legajo de documentación que nadie había tocado jamás, proveniente del convento de Santo Domingo, la casa inquisitorial de Palma, que fue derruido en los años veinte del siglo XIX, con el Trienio Liberal. Había alrededor de un par de centenares de documentos —testimonios, declaraciones, inventarios de bienes confiscados, sermones...— sobre el auto de 1765. Reproducirlos para trazar la silueta de Mariona de Vadell sería fatigoso. Resumirlo, para reconstruir la ceremonia, pienso que no...

El brasero fue levantado entre las sólidas murallas de la Cuarentena y la pared del castillo de Bellver. La mar estaba, aquella tarde, sumida en una quietud mineralizada, como definitiva, y del bosque del castillo, un apretado pinar, brotaba el aroma de la primavera, seco y sutil, como si los apenas insinuados perfumes de la montaña tuviesen la caprichosa ligereza del vuelo de las libélulas. Lejos, en la llanura, se dibujaba Palma, como grabada a punta seca, terrosa la muralla y los tejados y campanarios al sol, como una aparición celestial.

El auto anterior, el primero, había tenido lugar dentro de la ciudad, en la explanada del final del Borne, frente al puerto. El humo de la quema, saturado de grasa, había invadido las calles, y durante algunos días los cortinajes de las casas señoriales, las lujosas tapicerías, habían hedido a chamusquina. Saliendo hacia la Cuarentena se evitaba este peligro.

El fogón era enorme, cuadrado, de ocho por ocho metros, con los postes donde tenían que ser atados los reos —la madera para sentarse, la cadena clavada— rezumando todavía resina: acababan de cortarlos de Bellver. Por el suelo se amontonaban haces de leña, ramaje de pino para que prendiera enseguida y tronco de acebuche para mantener intensa la llama y la brasa. La tribuna del inquisidor tenía un dosel de terciopelo rojo, con las armas del rey y del papa bordadas. Pero la más alta era la del virrey, con damascos

carmesí. Grandes banderolas, con horribles demonios pintados —demonios cornudos, peludos, cabrunos, enredadas las colas...— colgaban aquí y allá, lúgubre balanceo entre las monumentales cruces de arrayán y de olivo que cercaban el recinto.

Todas las campanas de Palma repicaban, vuelo de alegría, al salir la procesión, que avanzaba lenta por los cerros de Santa Caterina, de So n'Armadans, la cuesta de S'Aigo Dolça... La presidía el inquisidor, montado en un palafrén cubierto con una larga capa violenta. Y en las grandes jaulas, que iban sobre carretas tiradas por yuntas de bueyes, se amontonaban los condenados, fardos de gente sucia, harapienta, de los cuales solo se distinguían las manos, huesudas y aferradas a los barrotes; las matas de cabello, apelmazadas de porquería, y los ojos, que refulgían como carbunclos o reflejaban una sometida y asustada delicuescencia. Cerca de los vehículos, entre rezos y cánticos de confusa disonancia, una escolta y frailes y curas se atropellaban enarbolando cruces verdes y banderines morados.

Centenares de personas, a pie, a caballo, en mulas, en cabriolés, pululaban alrededor de la comitiva, insultando a los reos y armando un alboroto de risas y parloteos. Y detrás de la comitiva se elevaba con parsimonia una voluminosa y rojiza polvareda, que se dilataba hacia el claro azul del cielo, hacia la mar de la bahía, dormida.

Celebró misa fray Pere Roig, del convento de Santo Domingo. En los estrados principales, la nobleza se saludaba protocolariamente bajo los entoldados, mientras los esclavos moros y alguno cristiano refrescaban el ambiente agitando amplios abanicos de plumas. Una multitud pugnaba alrededor del recinto del brasero, empujándose y peleando para poder trepar a los carros y a las tribunas. Cantidad de buhoneros ofrecían escapularios y medallas, flautas y sombreros de paja. En improvisados tenderetes se freían sardinas, vendían tortas de verdura, agua y anís. Un jesuita predicaba, fofo y amarillento, con una voz eunucoide que, por momentos, cobraba inflexiones musicales: «... obligara el Diablo a Judas a entregar el Cordero Divino según aquello de *Cum Diabolus*

iam misisset in cort, ut traderet cum, de Juan, trece, dos, porque la pertinaz abominación judaica y la anatémica e infernal herejía...».

El oficial del Sacro Tribunal leyó roncamente la lista de sentencias:

«Isabel Pomar, de sesenta y un años, viuda de Francesc Bonnín, reconciliada y presa por segunda vez como judaizante relapsa. Confiscación de bienes, por hereje y apóstata...

»Miquel Martí de l'Arpa, negociante, de cincuenta años de edad, reconciliado y preso por segunda vez por judaizante relapso. Confiscación de bienes por hereje y apóstata, convicto y confeso, relajado con méritos al brazo secular...

»Margarida Alenyar, veintitrés años, adúltera y blasfema reincidente, condenada a ser desterrada a perpetuidad y confiscación de bienes...

»Baldiri Boronat Valls, de cuarenta y cinco años, platero, preso por vez segunda y sin reconciliación, por judaizante, relapso, convicto, condenado a confiscación de bienes y entregado al brazo secular para morir quemado...

»Joan Ignaci Vitrac, de treinta años...».

El penitente, con capotillo en el que habían sido dibujadas las llamas redentoras, escuchaba el veredicto arrodillado, la cruz inquisitorial entre las manos. A veces la besaban, llorando. Otras quedaban allí, anonadados. Y alguno apretaba los labios, mirando con rabia la gente, las cruces.

La voz del oficial farfulló:

«Mariona de Vadell, por hereje y cismática, sin reconciliar, relajada al brazo secular con agravio de irreverencia y abominaciones, condenada a la confiscación de bienes y a la hoguera...».

Una especie de bestia informe era arrastrada por dos soldados. Tenía la cabeza rapada y surcos negruzcos le cruzaban el cuello,

la cara. Vomitaba bocanadas sanguinolentas. La soltaron y cayó de barriga, la cruz en tierra. Profirió un aullido sordo, dilatado. Intentó incorporarse y fue imposible: en la cámara de tortura de la Inquisición le habían quebrado codos y rodillas.

Era Mariona de Vadell. La cual, leída la sentencia, fue otra vez arrastrada junto a los demás presos, en el ángulo de las jaulas.

Comenzó el auto de fe. Las primeras condenas eran las de los tres relajados en ausencia y de cuatro quemados en estatua y en sus huesos. Dos reconciliados treparon sobre la pila de leña, entre un canónigo y dos frailes, que les hacían besar las cruces verdes y los agobiaban con apresuradas oraciones latinas. Por reconvertirse, les rebajaban la pena ejecutándolos antes de prenderles fuego. Los ataban al palo, les pasaban la cadena por el cuello. Uno sollozaba. El verdugo dio un hábil, casi invisible tirón: la cabeza de los hombres cayó de costado, colgando muelle como una fruta, entre una salva de aplausos, a la vez que saltaba de sus sexos un chorrillo de meado.

Después, trajeron a los tres que debían purgar, vivos, la pena del fuego: dos hombres y una mujer, la de brazos y piernas quebradas, a la que tuvieron que llevar entre cuatro vigilantes, como un saco... No puedo, sin embargo, transcribir ni un testimonio directo de cuando los sentaron en el banquillo, de las primeras dentelladas de la llama... Ni uno solo de los documentos habla de ello. Está, sin embargo, un libro singular, referido a los últimos autos de fe del siglo anterior, los de 1691.

Es *La Fee Triunfante*, editado en esa misma fecha en Palma, en las imprentas de Can Guasp, y que escribió el reverendo padre Francisco Garau, calificador del Santo Oficio, excatedrático de Prima Teología del Colegio de la Compañía de Jesús en Barcelona y para entonces rector del Colegio de Montisión, también de los jesuitas, de Palma. Supongo que no es arriesgado imaginar una trasposición de los hechos... Aunque hubieran pasado tres cuartos de siglo, eran también hombres y era igualmente la muerte y la tortura quienes protagonizarían,

por todos los dioses y diablos, lo que ocurriría sobre los haces de leña.

Explicaba el padre Garau: «... Dígase la verdad, que como los reducidos recibieron con ojos serenos la soga y se sentaron en el palo con ánimo sosegado, así al contrario estos impenitentes al ver de cerca la llama comenzaron a mostrar su furor, forcejeando a toda rabia por desprenderse de la argolla, lo que al fin consiguió el Tarongí, aunque ya sin poderse tener, cayó de lado sobre el mismo fuego que huía. Y su hermana Catalina, que antes se había jactado de que había de arrojarse al incendio, al lamerle las llamas, gritó repetidas veces que la sacaran de allí, aunque siempre pertinaz en no querer invocar a Jesús. Ni le bastó al Valls la estoica insensibilidad afectada, que va mucho de hablar a obrar, y donde llega fácil la lengua no acompaña siempre el corazón. Mientras llegó solo el humo, era una estatua; en llegando la llama, se defendió, se cubrió y forcejeó como pudo y hasta que no pudo más. Estaba gordo, como un lechonazo de cría, y encendiéndose en lo interior de manera que, aun cuando no llegaban las llamas, ardían sus carnes como un tizón, y reventando por medio se le cayeron las entrañas como a Judas. *Crepuit medius et difusa sunt omnia viscera cius. Actuun* I, 18».

La humareda, en el crepúsculo extático, se extendía horizontal, invadiendo los entoldados y las tribunas. Las damas tosían, se desabrochaban los corpiños entre las maliciosas risillas de los caballeros, mientras los esclavos abanicaban desesperadamente y los lacayos servían agua con azucarillos. El gentío sudaba, amontonado para no perder detalle. El olor de carne asada era aplastante: en el graderío, rociaban colonia con jarritas de cristal veneciano.

El fuego iba disminuyendo. Encendieron antorchas. Y la excitada multitud comenzó a pedir, a gritos, que azotaran a los once penitentes que, acurrucados en las jaulas, desvariando de pánico, habían podido salvar la vida después de renegar de todo cuanto habían creído y hecho, y a cambio de ser desterrados, de

ir a la cárcel. El inquisidor, con magnánima solemnidad, asintió. Los fardos de convulsa materia humana fueron sacados y, entre una borrachera de ruidosa animación, los latigazos estallaban como exhalaciones.

Una relación muy minuciosa y amable, enviada por los inquisidores mallorquines al gran inquisidor español, da cuenta de cómo fue rematada la fiesta: «... dicho fiscal costeó la cena a toda la familia y a la demás nobleza que no lo era, y en los entresuelos de la Casa tuvo siete mesas juntas con manteles de 44 palmos y 30 taburetes porque cupiera mayor número y desde el señor inquisidor y los demás de 30 en 30 fueron bajando a comer, y fueron 7 mesas de a 30 en cada una, y la comida fue abundantísima con vinos regalados, anexos de todas maneras y pruebas, y también aguas regaladas, limonada, canela y otras».

Las declaraciones de Mariona, evidentemente, también figuran en el legajo, y supongo que tomadas con remarcable exactitud, aunque la transcripción parezca haber sido arreglada, ya que con su cuerpo crujiendo bajo el engranaje de los aparatos de tortura, o tirado de cualquier manera al fondo de una celda, poca capacidad de composición discursiva debía quedarle a aquella mujer...

Solo es posible deducir, entonces, que una mano perfectamente entrenada en cuestiones de redactado, de probable formación retórica de seminario, debió intervenir. Y con una finalidad que solo podía ser la de montar una pieza de convicción irrecusable en contra de Mariona de Vadell, haciéndola aparecer, sí, como una iluminada, pero al mismo tiempo sin haber perdido un determinado nivel de serenidad ni dado en ningún momento la impresión de haber sido forzada por medio de torturas. En definitiva: que no le quedara ninguna posibilidad de escapar o de salir del trance con una pena solo relativa.

¿Había, pues, un camino de hipotética y convincente defensa que procuraron cortar? O, en cambio, su apasionamiento seudoprofético era ya tan desorbitado que lo que únicamente pudieron haberse propuesto fuera expurgar su testimonio del caos

en que había sido formulado y estructurarlo de una manera clara. Fuera como fuere, sobre Mariona de Vadell no sabemos nada más de lo que hay en ese expediente... La copia que hice es exacta, a pesar de haberla limado de repeticiones y rizados estilísticos. Habla así la mujer:

«Su cuerpo vencido, plagado de morados, exangüe. El cansancio de la persecución, la huida por los bosques y ríos, el sótano inquisitorial: fue azotado con colas de clavos y con tizones le quemaron el sexo y lo hundían en grandes tinajas de agua helada y le retorcían los huesos... Y gemía en un jergón, sediento, purulento... ¿Un cardenal del cismático Benedicto XIII? ¿Un pontífice oculto ungido por la locura? Los prelados, los jueces, ríen y se indignan: un idiota, un pecador, un canalla, un hereje. Y la soldadesca, enarbolando la lanza, corea la farsa. Tenían enfrente a la justicia y no la vieron. Les fue dado conocer la virtud, y no se dieron cuenta. Hablaron con el representante de Jesucristo en la Tierra y no lo reconocieron. ¡Os lo digo y lo sé! ¡Os lo digo!

»La sentencia es inapelable: le cortaron primero la lengua, porque decían que había proferido blasfemias; le amputaron las manos, porque alegaban que con ellas realizó la sacrílega parodia de la consagración; lo decapitaron, porque decidieron que con el cerebro maquinó contra el Espíritu. Y mostrará, le obligarán a que muestre, los muñones con los nervios cercenados, blancos y sensibles, que se agitan como serpenzuelas. Y la boca abierta: un agujero oscuro y grana, lleno de saliva pegajosa, hecha de filamentos espesos y rojizos... Y declarándolo contumaz y hereje, lo enterrarán en un lugar desconocido, vociferaron los jueces y el legado pontificio.

»Tres soldados, casco y lanza, van sentados en la carreta, a la que han uncido un par de bueyes. Bajo la manta, la protuberancia larga, estrecha... Bosque adentro. Cae el atardecer. Deteneos aquí, al pie de esta peña como un dedo gigantesco que señala al Cielo. El espeso boscaje de abetos, de eucaliptos, de madroños a ras del

suelo... Hace frío. Negra, alta, puntiaguda es la roca. Cavad, lanzad en ella al cadáver envuelto en la manta. Y cubren la fosa y ponen muchas piedras encima para que no vengan el lobo, la hiena, el jabalí, a hozar hasta desenterrar el cuerpo ya putrefacto. Escucha, tú, que si un lobo se traga al muerto este, a lo mejor se vuelve Papa de los Lobos. ¡Ja, ja, ja! Y se van.

»Y queda la total oscuridad de la noche. ¿Lloviznaba? Los eucaliptos desprenden un aroma morboso, obsesivamente adhesivo. Las sombras avanzan cautelosas: son las de los Elegidos de Dios. Sabréis los nombres, que lo son de gloria: Esteban de Van, Odette Vianson, Elías Carenne, los abades de Bonnevald y de Bonecombe, Juan Fabre, Pedro Michel, Juan Maysset, Guillermo de Nohalac de Jouqueviel, Juan Farald, los Trahinier: Pedro, el padre, y los hijos, que eran Batista, Pedro también, Juana. Camino de silencio y de negrura, pisando la muelle hojarasca, como conducidos a través de la oscuridad por una estrella que solo estaba en el interior de cada uno de ellos. Todo quedará ya por siempre oculto. Los discípulos.

»¿Elegidos de Dios?, escupen los jueces durante los procesos. ¿Qué sacrilega elección? ¿Qué deidad infernal? ¡Locos, herejes, discípulos de un apóstata! ¡Abjurad! Escoged entre la tortura y la muerte o una prebenda que os otorgará la magnanimidad eclesiástica... Abjuramos, ilustrísimas, abjuramos de los errores y las desviaciones, de todo cuanto no sea la Santa, Única y Apostólica Iglesia Romana, y Jean Carrier era un diablo, un vicioso. Y salen del tribunal sonrientes, dando la espalda a los espíritus vindicativos de Benedicto XIII y de Jean Carrier. Los harán canónigos y, a los pocos que dirán yo soy hijo de la fe del único papa sin mácula los hundirán en las profundas cámaras de la muerte.

»¡Pero no! Todo recomienza porque la muerte no es el fin del justo y Jesucristo y Lázaro y la hija del centurión dicen ya que la historia de la encarnación de Dios y de su fe será la de una constante resurrección. ¿Qué sabemos de las últimas leyes del Señor? ¿Qué vara mide y rige la existencia y el espíritu de los

enviados del que Está? Esteban de Van fue la prueba de ello. ¡Es un santo, es un santo!, proclaman cardenales y reyes y el mismo papa Martín, el usurpador triunfante. Esteban, en el Concilio de Constanza, había predicado a favor de la concordia, sin saber que no son las palabras, sino los hechos, lo que manda. Fraile menor, transitaba caminos con sus tres alforjas: la fe, la teología y la elocuencia. Y hasta el papa Martín quiso escucharlo en Roma: Esteban de Van, el Viernes Santo, predica allí la agonía de Cristo, y Martín llora. ¡Un santo! Y dicen después: ¿santo?, ¡una bestia lúbrica! Un ladrón que vive amancebado con una monja, sor Odette, exclaustrada de las Clarisas de Tolosa, que desnuda y borracha se arrastra blasfemando, abrazada al puerco de Esteban. ¡Y se ha convertido en el confesor de Jean IV de Armañac, el obcecado príncipe que sin apenas disimulo practica la obediencia al loco de Carrier! ¿Qué ha pasado? Ha pasado que Esteban de Van era un honesto buscador de la verdad y que esta lo ha iluminado y que lo abandona todo para seguir a Jean Carrier, ¡a Benedicto XIV!

»... Los discípulos. Caminan cogidos de la mano para no perderse en el bosque negro donde aúlla el lobo. Está allí: el montón de piedras, el peñasco como la aguja de una catedral. Todo es noche. Todo es bosque y las sombras rezan por el santo padre allí enterrado. Y el viento trae sonidos y gemidos de todos los lugares del mundo por donde pasa, y ellos lloran y piden al que Está por su santo padre y la Voz dice que la fe mueve montañas, la fe en nuestra verdad y la vuestra en mi misión y todos con fe en Dios... Suave ha sido la Voz... Nadie dice nada, todos vuelven a cogerse de la mano: ¿quién ha hablado? Y el miedo reina.

»Es Esteban de Van quien murmura que ¿quién ha hablado, quién eres tú que ha hablado? Soy yo, Esteban, soy yo, y antes de creerlo, cree en tus propias creencias: el Señor nos ha hecho depositarios de la verdad, el Señor nos protege, el Señor nos dirige. Y tú, Esteban, eres ahora el papa y te llamarás Benedicto XV, y al morir nombrarás otro papa y todos los papas ocultos llevarán

el nombre de Benedicto y será por los siglos de los siglos hasta que volvamos a la luz y entonces al nuevo papa emperador llevará otra vez el nombre de Benedicto XIII. Y lo digo yo, Jean, que soy el papa.

»Yo soy el papa. *Emítte Spíritum tuum, et creabúntur; et renovábis fáciem terrae. O quam bonus et suávis est, Dómine, Espíritus tuus in nobis, Veni, Sancte Espíritus, repte tuórum corda fidélium: et tui amóris in eis accénde.* Yo soy el papa... Jean Carrier oficia la misa del Espíritu Santo. Un alto oleaje se estrella contra la gran roca de Peñíscola y salpica las murallas. La niebla vibra, la niebla danza. La plaza de armas del castillo, la capilla tan pronto están como desaparecen. Casi a oscuras, el templo se pierde, sin perfiles, sin dimensiones, en una opacidad que rodea, que oprime, al pequeño grupo que se aprieta al pie del altar.

»*Veni, Sancte Spíritus*. ¡Ha habido simonía! Y yo he visto, cada noche, desde que estoy aquí, cómo un fétido macho cabrío caminaba por encima de las almenas, y balaba demoníaco a la Luna amarilla. Clemente VIII es vil y pecador, compró su elección y a escondidas pacta con Martín V el usurpador romano para deponer la única y verdadera Santa Sede, esta barca de Pedro que nos ha dejado Benedicto XIII, y obtener beneficios personales. El notario toma nota y Carrier continúa hablando y los escasos testigos, fieles a la memoria de Benedicto XIII, escuchan atemorizados.

»¡Yo soy el único cardenal, que los otros son chacales, y nombro un papa que no digo y que perdurará hasta el fin de los siglos! Y se quita la áurea casulla y abre la ventana y el rugir de las olas invade la capilla. Acaso el alba rosa convierte ya la niebla en oro. Y Jean Carrier salta al vacío y desaparece... Y continúa la voz de Jalenques de 1433, la del bosque que vence a la muerte... Y continúa por el mar, que papa de la mar ancha era Benedicto XIII. Y por mar llegó al Port y a Les Dunes, todo el mundo lo vio venir y yo soy su hija, Mariona de Vadell, hija del delfín que varó en el Port y en Les Dunes y coronado por la fe que me declaro de la obediencia del Benedicto sucesor de los Benedictos».

Caminé una hora seguida por el Paseo de la Castellana, en Madrid, al salir de la Biblioteca Nacional, agobiado por tantos papeles que, cada día, me ligaban más y más con todos aquellos muertos, con aquella memoria colectiva que había ido yo encarnando. Unos muertos a los que la abuela ofrecía sus minúsculas, múltiples mariposas cada Noche de Todos los Santos; unos muertos que después se habían agrupado, ávidos, sobre mosén Dionís... Si no estuvieran los documentos, ni su recuerdo existiría. Aquellos papeles y yo mismo: la fragilidad... Y detrás de aquel pozo de locura: ¿quién fue Mariona de Vadell? Allí se levantaba, visionaria, provista de un torpe y fragmentario conocimiento del final del Cisma, con una irracional fe en el oculto Papado de Carrier... ¿Cómo podía una persona morir por todo eso, hundido en los siglos pretéritos? Tomé una copa, en el hotel brillante de neones, repleto de acentos de todo el mundo, de brillantez, y en mi interior una mujer muerta doscientos años atrás se debatía, rugiente de alienada espiritualidad...

Un delfín varando en el Port Vell, y Mariona saliendo de él... Un inmenso cetáceo vi una vez allí, inerte en la playa... Y muchas cosas quería ver y miraba horas y horas la torre, redonda, maciza, amplia, erigida en la Punta de la Ballestería. Miraba y los ojos me dolían, de tan fijos, de tanto como quería ver aquel tropel de arcabuceros de los tiempos arcaicos, de artilleros que apuntaban sus armas —el miedo dilatando todos sus sentidos, viendo colores y formas y oyendo sonidos que nunca antes habían captado— hacia las galeras berberiscas, las velas panzudas de viento, que costeaban el morro de Sa Mola, la proa cortando la mar. Los soldados, en lo alto de la torre, disparan: las voluminosas balas revientan las cuadernas a flor de agua. La galera mora cabecea, declinan los gallardetes y desaparecen lentos el castillo de proa, el

de popa. Se hundía. Y sucios de pólvora, los guardianes del fortín volvían a cargar el cañón, gloriosos ahora de furia... Al abrigo de la Punta, ancladas, estaban las naves del pueblo, las bodegas estibadas de jabón, de cerdos, de tronco de pino, de sardina en escabeche, de limones, que zarparían hacia Nápoles, Barcelona, y hasta Lisboa y Cuba habían cubierto... En mi imaginación, el pasado existía.

En la realidad, solo eran unos podridos costillares de barco, espectralmente expuestos en la pedregosa playa, entre montones de algas y charcos pestilentes. Reventado el muelle por mil y un temporales, gigantescos bloques de piedra se amontonaban con cemento aún adherido, el agua arrastrándose entre ellos a impulso de las olas, y emitiendo un como sordo mugido de sufrimiento. El olor a salitre, a brea, a alquitrán, a pescado hediondo, a petróleo, era compacto, recargado, mareante. Solo cinco laúdes, dedicados al palangre y al calamar, amarraban ya en los norays que subsistían, débiles en la oscuridad primera los faroles color caramelo, sucios de mariposas quemadas.

Al crepúsculo, los marineros cenaban alrededor de un par de fogatas. Sus sombras movedizas, las fantásticas y negras figuraciones geométricas que las llamas arrancaban de los bloques absurdamente amontonados, parecían dotar de misteriosas presencias la soledad de la noche. El perfume del aguardiente flotaba, humedeciendo el aire de azucarada amabilidad.

La mar era una balsa de aceite, solo turbada por las súbitas iridiscencias de los peces voladores, posiblemente el afilado y azul *orenol.* La ribera, plagada de juncales, era un dédalo de canalillos casi escondidos entre los hierbajos, por los que se deslizaba la anguila. Aves de pata larga, y el cormorán, el ojillo de buey, atravesaban la marisma con vuelo rasante. Engolada, cantaba la lechuza. En los terraplenes del Puig de l'Espart se abrían cuevas que los pescadores usaban como almacenes. Tenían puertas roídas por la sal y en su interior se mezclaban indescifrables montones de instrumentos de navegar, de artes de la pesca, despojos y trastos

de generaciones y generaciones para las cuales un clavo torcido, un vidrio rajado, una madera rota, un anzuelo oxidado eran un objeto codiciable. Testimonio del aislamiento, de miseria, de una cósmica e insignificante necesidad.

Toda la vida marítima del pueblo, aunque limitada, había ido a parar al nuevo Port Nou. Aquel era el Vell, el viejo, tronado rastro del pasado, y donde fui yo a vivir, con la abuela, durante todo aquel tiempo en que mis hermanas esperaban la muerte en Son Vadell. Me doy cuenta, sin embargo, que casi solo pienso en el Port Vell figurándomelo a la hora del crepúsculo, inundado de desolación. Cuando, naturalmente, había muchos otros momentos, como el de aquella especie de alegría dominical, de eterna primavera, que irradiaba todo el contorno al brillar el sol.

Para pensar en las horas radiantes, no obstante, tengo que hacer un esfuerzo. Me sobrecoge otra sensación, siempre angustiosa, fatal... Recuerdo las noches de temporal, yo en la cama, cuando la mar toda rompía ensordecedora contra las rocas, allí debajo de la ventana de casa. Eran esas madrugadas lentísimas, la tupida negrura de los golpes del oleaje, del bramido del viento, y yo me iba crispando y era como si estuvieran aprisionándome: me fatigaba mentalmente, quedaba indefensa mi vitalidad y el cerebro se convertía en una alucinada aglomeración de recuerdos. Tenía, por momentos, la sensación de que me encontraba encerrado en la bodega de un barco, las olas desplomándose en cubierta, sobre mi cabeza, como vibrantes palmoteos. Las cuadernas, los mamparos crujían. El viento era una profunda locura y el silbido de las jarcias me hería el oído como un punzón. Me asaltaba un irrefrenable temor a ser tragado por él, deshecho por el agua, devorado por los peces... Me aferraba a los barrotes de la cama y gritaba hasta que venía la abuela, con un quinqué, vestida con aquella larga y arrugada camisa blanca y era como si ya estuviese muerto y se me apareciera un ángel, que los ángeles no eran bellos y jóvenes, sino macilentos, de una blanca e insidiosa melifluidad.

Quien vivía allí, en una de las cuevas del Puig de l'Espart, sombría de tanto cachivache que ya no cabían y los tenía delante del portal, inextricable amalgama entre la cual incluso crecía la hierba, los cardos, una airosa pita, era Onofre Capllonc, pariente a través de una lejana rama familiar colateral, que nunca supe bien cuál era. De incalculable vejez, su cabello era de color maíz muy gastado, la cara artificiosa y completamente blanca, como enharinada, después la portentosa, amarillenta y larga dentadura que irrumpía más allá de los labios, caballuna. Capllonc hablaba, respiraba, y eran sus dientes los que parecían dominar el rostro: los dientes agitándose en una carcajada, los dientes brillantes al hablar, la ferocidad con que mordía una manzana, los dientes proyectándose como si fuese a atacar... Pero eran los petardos aquello que lo había marcado con dramática inverosimilitud.

Capllonc andaba por el litoral, extraordinario conocedor como era de calas apartadas y abundantes pesqueras. Andaba con un zurrón lleno de petardos: miraba el agua, tiraba migas de pan para atraer a los peces, y cuando venían, encendía la mecha y arrojaba el cartucho. El estallido erupcionaba el agua, sobre la cual, al ir calmándose, afloraban docenas de peces muertos, muchos de ellos medio destrozados.

Pero a veces la dinamita reventaba en la mano de Onofre, o en el aire inmediato: la explosión se confundía con un grito, la humareda parecía como si en el vacío se hubiese materializado un misterio. Que, cuando se despejaba, dejaba allí, de pie, aturdido o medio sentado en el suelo, a Onofre Capllonc con una rosa de sangre en la cara, en una mano, en los muslos... Le faltaban un ojo, una mano —un nuevo pedazo de cuyo muñón le había destrozado un barreno, trabajando para Daniel de Vadell, en la guerra de los huertos contra mi abuelo Jacint—, media rodilla; y en la mandíbula, el pecho, en un pie, tenía enormes y rojizas cicatrices.

Onofre Capllonc me asustaba, de niño, aunque al crecer incluso nos hicimos amigos, convertido él ya en algo diferente a

lo que en teoría era, un viejo mutilado, a punto de morir. Con su estrambótica y carcamalesca flacura, parecía al margen de derrotas y victorias, de cualquier proceso orgánico. Mi padre era amigo suyo y a menudo, al venir a verme al Port, si salíamos a pasear y nos encontrábamos con Capllonc, conversaban animados.

Quizá mi visceral aversión proviniera de aquella tarde de cielo brumoso, las sardinas crepitando sobre la brasa, mi padre regándolas con un hilo de aceite. El humo era salado, espeso. Yo avivaba el rescoldo, soplando con una caña. La mar era de una quietud irreal, como imaginada, cristalina. La miraba y veía el desierto de la Tabaida, inacabable de vacío, de lisura, de mineralización, donde me contaba la abuela que iban a rezar y a mortificarse los santos, como san Antonio sitiado por las tentaciones, y aquellos hombres que veían la lujuria, la crueldad, la falta de fe rondando a su alrededor...

Onofre Capllonc, envuelto en un desgarrado capote, caprichoso colgajo, venía saltando sobre las piedras y matorrales de la orilla. Avanzaba entre la humareda, hipnotizado por el chisporroteo: la guerra civil se generalizaba, había gente con poca comida. Probablemente, el viejo Capllonc era uno de ellos.

Mi padre lo invitó, me dijo que le pasara la garrafa de vino. Las sardinas quemaban, las pelábamos con afilados pedazos de caña. Yo comía goloso aquella pulpa impregnada de sal, caliente, sabrosa. Me gustaba después sentirme la boca llena de vino, que enjuagaba, y pasarme la lengua por los labios con ardor salobre. Y, de pronto, me di cuenta de que Onofre Capllonc estaba hablando:

«... el *Mignonette* zarpó de Southampton. Mi padre tenía entonces unos veinticinco años e iba a bordo de marinero. Había pescado por Terranova o no sé dónde, y cambiando de barco fue a parar allí. El piloto se llamaba míster Stephens, señor Dudley, el capitán, y Brookes, el otro marinero, que se ocupaba también de la cocina. Además, llevaban un grumete, de apellido Parker. Sí, el catorce de mayo de 1884 se hicieron a la mar, rumbo a

Australia. El yate era de eslora fina, pintado todo él de blanco, con una raya verde.

»Cincuenta y un días más tarde, hallándose a millar y medio de singladuras del cabo de Buena Esperanza, se les abalanzó desde el Sur una bolsa de viento, irregulares rachas que provocaban olas violentas, tan pronto picadas como de amplio lomo. Trataron de maniobrar, pero sin saber cómo de golpe el barco pareció un colador, con vías de agua por todos lados. Arriaron la chalupa en mar, embarcaron, de las provisiones pudieron únicamente salvar algunas latas de conserva.

»Así, abrazados a las bancadas, consiguieron capear el temporal. Estaban perdidos, a la deriva, en el océano ilimitado. Durante un chaparrón habían obtenido una cierta reserva de agua, sirviéndose de los impermeables como depósitos. Y racionaron las conservas, combinándolas con algunos peces y una tortuga que pudieron capturar, y que se comieron crudos... Pero todo fue en vano: se quedaron sin provisiones.

»El grumete, Parker, rabioso de sed, se abocó al mar y bebió hasta hartarse. Pronto se sintió enfermo, febril y perdió el conocimiento. Lo tendieron en el fondo de la embarcación. Deliraba... Y el veinticinco de julio, el capitán Dudley degolló al muchacho con un cuchillo de cocina, y él y mi padre y Brookes y Stephens aplicaron los labios a las venas, que sangraban como pequeños grifos, y bebieron. Y a continuación cortaron la carne a pedacitos, para que resultara más fácil de masticar...».

Onofre Capllonc bebía, pelaba sardinas y se las tragaba, habilísimo con su única mano. Mi padre, con una sardina paralizada entre los dedos, miraba al suelo, sin decir nada. Yo contemplaba a Capllonc fascinado, sin atreverme ni a tragar saliva. El viejo continuaba hablando, llena la boca:

«La desperación impulsa a estas cosas, y eran muchos días sin comer... En Inglaterra les hicieron después un juicio, y allí se

dijo que la idea de sacrificar a Parker la habían tenido mi padre y el capitán. Brookes se opuso siempre, y Stephens no había dicho nada, pero ambos también bebieron y comieron. Por otro lado, el grumete estaba muy enfermo y de todas maneras acaso hubiera muerto... Además, no tenía familia a su cargo, como ocurría con los demás. Dijeron también, contaba mi padre, que el capitán Dudley, antes de clavarle la cuchilla, lloró y recitó una oración. Y el día veintinueve de julio, un vapor alemán los encontró... En el juicio, al piloto y al otro marinero no les salió pena alguna, pero mi padre y el capitán se la cargaron de muerte. Menos mal que la reina Victoria se la conmutó por la de solo seis meses de prisión... Los atenuantes, siempre hay atenuantes...».

Proseguía Capllonc comiendo sardinas. Era el único que lo hacía, bebiendo a la vez frecuentes tragos de la garrafa: dos manchas escarlata se le dibujaban en las enharinadas mejillas. El crepúsculo se establecía. Onofre masticaba, la gran dentadura se movía con una omnipotente espectacularidad, los dientes le goteaban vino, yo veía la cuenca negra del ojo que no tenía, el muñón del otro brazo... El grumete hecho pedazos, los hombres bebiendo sangre, los dientes goteándoles. La carne del muchacho, la mano y el ojo de Capllonc: masticaba, masticaba Onofre Capllonc en la penumbra, bebía... Mi padre después se lo contó a la abuela: inesperadamente me lancé contra el viejo pescador furtivo, dándole patadas y puñetazos, gritando y llorando.

Vi su muerte, desde una ventana de casa, mucho tiempo después. Había salido él con la dinamita hacia la punta extrema de Cala Llamp, la que penetra en la mar casi como si fuera una pasarela. Y vio, sorprendido, cómo a ras de la superficie se acercaba un insólito banco de peces, abundante hueste de roquero —tremielgas, doncellas, sargos, serranos, tordos...—, como si jugaran entre ellas las bestezuelas, cúmulo de reflejos. Con premura sacó los cartuchos. Cogió dos, encendió la mecha, extendió el brazo y justo en ese instante emergieron de las profundidades cinco

jóvenes marrajos, los alerones acerados, color de plomo la piel, refulgente, que se atacaban mutuamente a rabiosos mordiscos. A su alrededor crecía la espuma sanguinolenta.

El banco de roquero se eclipsó veloz. Capllonc quedó con el brazo en alto, boquiabierto. Y estalló la dinamita, estrella de humo y de rojez, bajo la cual se veían la cintura, las piernas del hombre en absoluta inmovilidad. Se dispersó la humadera. No había nada más que vientre y piernas: la cabeza había volado y el pecho era un lío de carne y huesos...

El pasado solo es destrucción... Como si todo lo que hacemos fuese únicamente una contribución de bárbaro. Un verano, vino al pueblo un profesor norteamericano, John F. Worley. Se entrevistó varias veces con tío Dionís, revolvió los archivos. Recorría las poblaciones del litoral isleño. Era de la Universidad de Columbia, donde enseñaba Derecho Marítimo, y preparaba un libro sobre jurisprudencia y delitos de navegación. Envió el trabajo una vez listo. Se llama *Crímenes y leyes en la mar*. Como si fuera ahora, tengo viva en la memoria la impresión que me causó leer, en uno de los apéndices, un acta de la Universidad de Andratx donde aparecíamos los Vadell. Fue quizá la primera vez que vislumbré el abismo del pasado, a una lejana gente que llevaba mi mismo nombre, y que, por ello, por este absurdo vínculo, todo cuanto había sido o hecho repercutía sobre mí. Lo sentía en mi conciencia. De pronto, fue como si hubiese comenzado un prodigioso proceso de envejecimiento, monstruosamente paradójico: el cuerpo continuaba igual, sometido solo a una lenta evolución, cuando el espíritu se deformaba macerado por una hemorragia de dilatada, inexorable vejez... Esta es el acta:

«El día de antes de ayer, que era el diecisiete de noviembre de este presente año de Gracia de 1741, el pescador Quim Bibiloni y su hijo Naçari procedieron al salvamento de un marinero genovés entre la playa de Les Dunes y el Port, y sobre cuyas anormales circunstancias se han personado hoy a declarar ante el oficial mayor de esta muy noble Universidad de Andratx para expresar sus peticiones y prever posibles y ulteriores reclamaciones.

»*Primo.* Declaro tener por nombre Quim Bibiloni, hijo que soy de Galcerà Bibiloni, calafate, desaparecido en la galera *El vent* rumbo a la costa argelina, y que estoy en la edad de cincuenta años, viudo de Simona Puigservei que en paz descanse, por cuya alma dispuse una misa perpetua en el altar de los Santos Angeles Custodios, y teniendo un hijo vivo y cinco difuntos, que deseo y rezo para que también tengan la paz del descanso, siendo mi oficio el de pescador y siendo yo vecino de esta noble villa y de la barriada del Collet Roig.

»Declaro que la mañana del día quince partimos hacia Les Dunes mi hijo Naçari, de trece años, y yo, el declarante, llevando en la espalda los fardos de las redes con el propósito de echarlas en la costa, y que nos detuvimos a comer cerca de la Font del Gos y que allí tuvimos que disparar tres arcabuzazos para espantar a dos enmascarados que rondaban sin responder a las muchas salutaciones que en nombre del Señor les dirigimos y que supusimos eran los hermanos Calatraví, pregonados por la justicia. Entonces se cerró el cielo porque de la mar venían nubes negras, con gran prisa, y aire frío.

»Llegados a Les Dunes a la tarde, sucedía que la mar se presentaba picada a causa de dicho mal tiempo, que venía de tramontana, por lo que decidimos no echar las redes y esperar el día próximo, y dormimos en la barraca que tenemos en la cala de Na Cargola. Por la noche oímos crecer las olas en la oscuridad, que era muy espesa, y el viento con lluvia nos apagó el fuego varias veces.

»Al alba, la mar se había enarbolado en grandes crestas negras y los cielos estaban bajos y sucios. Mi hijo, el mencionado Naçari, salió a la punta a satisfacer sus necesidades corporales y, estando agachado, vio cómo un barco navegaba y hacía eses frente al escollo de Es Geperut. Me avisó Naçari y yo fui también a mirar. Era un barco de dos palos, pero ya sin ninguno de ellos y todo el velamen perdido, que giraba y se hundía y volvía a aparecer trepando en el lomo del oleaje. Nos pareció vislumbrar a una persona en la cubierta y hacia el mediodía, mientras comíamos pan con aceite y aceitunas y pescado salado, el barco ya había desaparecido de nuestra vista, sin que pudiésemos saber si por naufragio o derivación hacia otras aguas.

»Pasó la tarde y, aunque vigilamos la mar, nada nuevo supimos y no pudimos tirar la red a pesar de que la mar iba amansando ya. Y en la noche encendimos una gran hoguera en la playa para que pudiese ser vista por la nave en caso de que subsistiera o en su defecto por los náufragos, y velamos por turnos mi hijo Naçari y yo, por si se presentaba un naufragio que pudiésemos hacer nuestro, cobrando así la ganancia que la inclemencia del tiempo nos impedía percibir de la mar, que el Señor obra siempre en ayuda del pobre, y auxiliar en nombre del Señor a los tripulantes que tuviesen necesidad de ello.

»Que ya entrada la mañana del día mencionado al encabezamiento de esta declaración que hacemos, cuando nos disponíamos a volver hacia esta y muy noble villa, en eso que vimos que las olas lanzaban objetos a la playa. Nos personamos de prisa y resultaron ser: un gran timón, dos barriles vacíos, un cuartel con tres maderas rajadas, siete docenas y media de sillas de enea, que debían ser supusimos la carga del barco, una jaula con dos cerdos ahogados dentro, media docena de melones, dos de los cuales en buen estado y que nos comimos allí mismo. Nos hicimos cargo de los citados enseres, que trasladamos a esta villa con un burro prestado por el payés Marc Satuna, a condición de darle la jaula con los cerdos ahogados, pacto que cumplimos.

Teniendo aquí el material, a petición de quien quiera comprarlo, en nuestra casa del Collet Roig, y solicitamos de esta Universidad que lo juzgue como propiedad mía, pues Naçari es menor de edad, como es uso y ley en casos semejantes. El timón es aprovechable para embarcaciones de medio calado, aunque también puede ser reducido por cualquier calafate para otras menores. Las maderas son de madera llamada del Norte, y pueden ser dedicadas a muchos y diversos menesteres y en venta están. Los barriles se hallan en buen estado y son aptos para guardar agua, pescado o carne salados y todo lo que sea de rigor, que tenemos para mostrarlos a quien quiera. Y las sillas son un bien de Dios cuyas cualidades no hace falta ponderar.

»Y sucedió que yendo de camino con el burro cargado nos topamos en un recodo entre la playa y el Port con un hombre sin más ropas que un jubón y que entendimos era náufrago del barco ya citado, muy lleno de golpes y cortes y sangre por todo el cuerpo, que caía y caminaba como borracho y al cual acostamos bajo un pino e hicimos fuego para calentarlo, y después de conversarlo con mi hijo Naçari decidimos que yo continuaría con el burro cargado para poner a cubierto de ladrones los objetos recogidos y suplicar ayuda para el triste náufrago, que quedó en el lugar mencionado, bajo los consuelos de mi hijo Naçari.

»Por tanto, suplico a esta muy noble Universidad que se haga cargo del náufrago señalado y ítem suplico de nuevo que dé validez a las adquisiciones por nosotros hechas y consistentes en un timón, un cuartel reventado, dos barriles, siete docenas y media de sillas y la citada jaula que entregamos al payés Marc Satuna.

»Firma una cruz que es la firma y doy testimonio de Quim Bibiloni.

»*Secundo.* Acuerda esta muy noble Universidad acceder a las demandas todas de Quim Bibiloni, de oficio pescador, vecino de esta, de cincuenta años de edad, y por el cual personados que fuimos en el lugar indicado entre la playa de Les Dunes y el Port, el alguacil de esta muy noble Universidad y un hombre con un

carro, siendo el carro a cargo de esta muy noble Universidad, y que fue tomado y acomodado dentro del carro el dicho náufrago, que profería abundantes gemidos y que tenía el cerebro claro y el cuerpo muchísimo enfermo, y que el dicho náufrago murió en el curso del viaje, que debieron detenerse porque no podía soportar las sacudidas, y que antes de morir hizo con voz clara y pidiendo perdón por sus pecados la siguiente declaración.

»*Tercio.* Me llamo Giambatista Carneri y de Génova soy, de cuarenta y siete años, casado en Ostia y sin hijos, y que en el puerto de Ostia fui contratado encontrándome sin trabajo por el patrón Sonse para navegar en su galera *Santa Croce,* con carga de sillas de enea y trigo y con rumbo a un puerto de la Provenza que no recuerdo el nombre, y que en el golfo de León fuimos arrebatados por la mala mar ingobernable y naufragamos en esta costa y no sabiendo yo si la segunda barca de salvamento arriada pudo llegar a buen puerto, que la primera en la cual yo iba se hundió y de la cual creo ser el único superviviente. Pero que el naufragio fue de una manera que es de vileza porque en la costa había una luz y señales que nos marcaban lugar guarnecido y que no fue así, que había bajos, y sospecho que fuimos engañados, y quiero que sean castigados los hombres que hacen morir a los otros, que eso no es ley de Dios ni de fraternidad.

»*Cuarto.* Tomada declaración a Naçari Bibiloni, el ya mencionado hijo de Quim Bibiloni, que cuidó del marinero náufrago más arriba descrito, se transcriben sus manifestaciones, sobre las cuales el oficial mayor cree tener que decir que fueron dichas por el muchacho con muchas dudas y nerviosismos y muchas veces se desdijo para volverlo a decir, y eso fue que él y su padre no habían hecho señales de ninguna especie y que las hogueras no sabía quiénes las hubieran podido hacer, que ellos no hacían señales falsas para naufragar porque ellos solo recogían de la playa y las rocas lo que la mar arrojaba y que era libre y que más lejos estaban los hermanos Vadell y que ellos sí hacían cosas que no se debían hacer y que a él, Naçari, y a su

padre, Quim Bibiloni, a ambos, los Vadell les habían pegado a menudo por cuestiones de naufragios y reparticiones, que los Vadell abusaban y ellos los Bibiloni eran temerosos de Dios y honestos, y que él Naçari sufría una turbación muy dura por todo esto.

»*Quinto*. Tomada otra vez declaración a Quim Bibiloni, este oficial lo encontró en cama, muy lleno de morados y con un brazo que le cuelga y con excitación muy y muy grande porque ha dicho que los hermanos Andreu y Donat Vadell y su gañán Jaume Plana lo habían zurrado sin causa ni provocación de ninguna especie, porque eran gente de mal vivir y que teniendo tierras y dinero querían encima tomar el pan de los pobres y que él, Quim Bibiloni, había cogido lo que la mar le había enviado como bien de Dios y que los Vadell mencionados y el mencionado gañán habían estado revolviendo por su almacén, el de Quim Bibiloni, y le habían cogido el timón y todas las sillas de enea, diciendo que era trabajo suyo eso y que para ellos debía ser el beneficio y solo le habían dejado los barriles y el cuartel medio estropeado, y eso es un robo, que dice, y culpa a los Vadell de atraer con engaños naves contra los bajos de la costa para hacerlas naufragar, que él Bibiloni a menudo ha oído los gritos de los hombres marineros repentinamente naufragados en mar brava y con la muerte detrás de las orejas, que los Vadell son gente de poco fiar. Y que con ganchos pinchan a los hombres mencionados cuando están en mar y a las rocas quieren cogerse para salvarse, para que así se ahoguen y no reclamen o acusen, que eso les perjudicaría.

»*Sexto*. Personado el personal de esta muy noble Universidad en la posesión llamada de Son Vadell, y entrevistado con los hermanos Andreu y Donat Vadell, que dicen vivir en Son Vadell y tener Andreu treinta y un años y Donat cuarenta y cinco, y hablado también con el gañán Jaume Plana, que tiene veintiséis y que dice ser de Andratx y dice también no tener nada que declarar que él solo es un mandado y que sus amos son los que saben qué hacer

y por qué lo hace él, y entonces habiendo tomado declaración a los hermanos Vadell, estos dicen y juran que no hicieron ninguna señal ni nada parecido a barco alguno y que no saben nada de barcos ni naufragios y que, sin embargo, sí saben de Quim Bibiloni que él hace fogatas de noche y con temporal para hacer perder el rumbo a los barcos, que también engaña con un farol de vidrio verde que tiene, y recoge después los derelictos, dejando morir a los marineros para que ninguna denuncia pueda ser hecha, y que una vez enterraron a tres malheridos pero vivos bajo las higueras de la bocana del torrente del Saluet, pero que ellos los Vadell no, que ellos han cogido cosas que tira la mar contra la costa, cosas libres todas ellas, y que lo saben bien que los Bibiloni hicieron fogatas la otra noche de temporal y que ellos, los Vadell, al día siguiente encontraron en la playa muchas sillas de enea y un timón mientras iban a buscar alga para los estercoleros y que habiéndolo dejado allí para cargar de alga los carros, que entonces vieron que Quim Bibiloni se los había robado y que por eso habían ido a buscarlos, que los Bibiloni eran...».

Y nada más: el final del legajo se perdió en algún momento del indeterminado ayer... Lo raro es que muchísimas más no hayan sido las cosas que se haya llevado la trampa, hundidos como estamos en el agónico encierro del tiempo y la vida comenzando y acabando en cada uno de nosotros. La historia de los Vadell y de los Bibiloni de hacía dos siglos, desprovista de una parte de sus vicisitudes anecdóticas, ya solo era eso: unos cuantos matices, unas cuantas ilustraciones más, de la atmósfera de vana y miserable transgresión que nos golpea, transgresión de un abstracto y omnipotente absoluto que continúa, que es, inalterable. El cura de Vadell lo repetía, recordando la banderola de la estirpe: caballos hacia la noche...

Como si estuviéramos solo gobernados por la atmósfera... ¿Qué era, si no, la casa del Port? Un caserón grande, lleno de amplias ventanas y balcones, con la mar enfrente y por los lados y detrás aquella especie de parque, irregular, alargado, con los eucaliptos polvorientos y devastados que parecía que de un momento a otro fueran a caer. En la tumba de Carrier, al menos en la que dentro de su cabeza le cavó Mariona de Vadell, también había eucaliptos... La casa, blanqueada, con pedazos de pared carcomidos por el salitre, como si tuviera ampollas, una corrosión infecciosa. ¿Por dónde entraba el aire? Inacabables corrientes de aire se sucedían, como en quimérica persecución, por corredores y habitaciones, escaleras. Y todo inundado de luz: aun con las persianas cerradas, la luminosidad ocupaba aquella habitación, la mía, desprovista casi de muebles, blanca y purulenta.

Y, de repente, el viento abría un balcón: la claridad te asaltaba, te arañaba. Era como si en lugar de estar dentro de un espacio cerrado, la casa fuese, en cambio, un desmesuradamente abierto receptáculo de exterioridad. Nunca me sentí amparado en ningún rincón de aquel edificio: estuviera donde fuese, parecía que siempre una pared se hubiera derrumbado, que el exterior —las olas del mar, las ramas de los eucaliptos, la lluvia, el resol, los grillos de las noches estivales...— penetrara sin trabas, avasallador.

Allí nos trasladamos la abuela y yo cuando el declive de mis hermanas. Y después, instalados de nuevo en el pueblo, dejamos en la casa del Port a mi madre... Por entonces, y sin que la abuela lo supiera, iba yo desde Son Vadell al puerto, subía al Puig de l'Espart y, escondido entre la maleza, contemplaba la casa, el parque...

Cuando el sol comenzaba a decaer, vi muchas veces a mi madre, allí, avanzando sola por entre los grandes árboles, deteniéndose un instante para coger una semilla de eucalipto, olerla y absorber, como drogada, su aroma incisivo, bascoso. Se sentaba en el borde de lo que había figurado ser una fuente, con el pequeño estanque hecho de conchas incrustadas y rocas pintadas de verde, y el caño, en una profunda rinconada, emergiendo de una sirena. Si había

luna llena, que salía temprano, inmensa, anaranjada, por encima de la oscura sierra de Garrafa, su irradiante claridad caía sobre mi madre, transfiguraba su largo vestido blanco... Tengo aquí, en el apartamento de París, la reproducción de un cartel modernista: hay en él una muchacha sentada, el vestido hasta los pies, la fuente que mana y una guirnalda de flores que adorna su frente, frente de un rostro que sonríe, candoroso, rebosante de juventud... Imagino que, en un pasado que yo ya no viví, mi madre era así. Era y ya no fue más...

Otras veces, bajo los arrasados crepúsculos del otoño, quedaba de pie, estatua de ausencia, la mirada fija en lo inexistente, rodeada por lo que acaso había sido un jardín y ya solo era territorio de cardos, de ortigas. Se agachaba, mi madre, y cogía un manojo de hojas, mojadas, fofas, y, levantándose, extendía el brazo y las iba soltando lentamente, como si oficiase un rito extremadamente pausado, definitivo.

Aquella sirena de la fuente, que debió de haber sido grácil, la cola escamosa, luego de años y años de deslizarse el agua por su inmóvil y contorsionada figura, cuando yo la vi semejaba solo la imitación de un tronco, ruinoso monolito de un olvidado homenaje. Detrás, entre el follaje, asomaban las medio derruidas almenas del Torricó de la Fe, el torreón donde se había registrado el milagro del obispo Marc Maria de Vadell, que con un cáliz lleno de hostias como único alimento resistió el encarnizado cerco de los moros. Una vecina, mujer solitaria, vestida de negro, con un descomunal vientre hidrópico, que medio hacía de criada de la casa, primero con nosotros y después con mi madre, había instalado un gallinero en el torreón: los alrededores del antiguo hito de la fe, de la resistencia, hedían a excremento de gallina.

Yo miraba desde el Puig de l'Espart, sin acercarme nunca a mi madre ni poder hacerme a la idea de que aquel ser de ojos trágicos y errabundos, vestido con una arrugada, gastada bata, probablemente sacada de cualquiera de los cofres amontonados en el desván y repletos de reminiscencias textiles que un día

adornaron y protegieron a los vivos, fuese realmente mi madre. Me parecía alguien ajeno a mí, alguien que solo fuese una vacua representación, sumida en la demencia, de la que en verdad había sido mi madre, cuyo genuino espíritu se hubiese esfumado.

En las fotografías de Son Vadell, en mis recuerdos, perduraba la imagen de aquel rostro pequeño y de ojos grandes, risueños, el cabello compuesto en un altivo peinado, siempre colgándole una cinta azul, fina... En nada se parecía, no, a la solitaria mujer del puerto que se deslizaba penosamente bajo los eucaliptos, y a la cual me acerqué quizá solo un par de veces, escondiéndome de tronco en tronco, desesperadamente temeroso, como si aquel ser pudiese súbitamente irrumpir en una furia agresiva que fuera a destruirme, a arrancarme la piel a jirones igual a como iba cayendo a tiras amarronadas y cenicientas la delgadísima corteza de los gigantescos, tristes eucaliptos.

Pero ella pasaba sin verme, ausente a cuanto no fuese su perplejo peregrinar por la desierta majestad del parque. Como en la iglesia, en la primera misa, muchas mañanas... ¿Estaba loca, absolutamente loca? Es posible. Pero también pienso que su razón perdida no era más que la apariencia de otro drama: la consternada exasperación del dolor, de la sorpresa, del espanto habían roto en ella todos los diques interiores entre los cuales condicionamos nuestra vida, como la canalización de una fuente distribuye su agua a través de la red de acequias previamente construida. Todo se había cuarteado, todo se derramaba, y se confundía y sobrepasaba, sin posibilidad de afectarle ya en nada, aquel cuerpo que deambulaba, exangüe.

Porque mi auténtica madre, la de los ojos grandes y la cinta azul, ya no residía, de ninguna manera, en la mujer del parque, sino que, llevada por el frenético alud del espíritu, continuaba gritando y sufriendo más allá del espacio, espectral en la cresta de la ola de terrorífico apasionamiento que un día la había sacudido arrasándola... Un día, en el puerto, de niño, vi una escena que nunca he podido olvidar, y que tampoco sé cómo debió acabar:

un temporal encarnizado, ensordecedor, sacudía la mar, y un náufrago con salvavidas era arrastrado por el flujo y reflujo de las olas, que impedían que pudiera salir del mar, al mismo tiempo que el salvavidas lo protegía de hundirse...

En la casa del Port había pocos muebles. Recuerdo en el comedor aquella abarrocada y voluminosa lámpara de lágrimas, con una estúpida flor cristalizada; en la sala, una especie de aparador o armario con una vigorosa cacería de ciervos tallada; en el dormitorio, el baldaquín se había medio derrumbado sobre la cama y parecía una tienda de campaña sin el soporte central; muebles aislados, de una estrambótica aparatosidad entre la desnudez general... Pero mi madre, sumergida en su manso delirio, ni se daría cuenta de nada.

Vagaba y solo una idea parece que continuó imperando en ella, erecta: la de los collares, anillos, aros, monedas de oro, cucharitas y cuchillos de plata que tuvimos que entregar cuando la requisa o aportación que el Gobierno franquista había ordenado para conseguir fondos para la guerra, y la de las otras piezas, el resto de cuanto nos quedaba, que vendió para pagar médicos y medicinas para Marieta, Cristina, Joana...

El collar de esmeralda, de aquel verde estelar, que la abuela Brígida, de joven, había comprado en Viena una mañana en que la emperatriz Elisabeth paseaba en carroza descubierta, respondiendo a las aclamaciones de la multitud con una helada sonrisa, apenas levantando la mano, enguantada, redonda esmeralda engarzada en plata, el estuche de terciopelo granate... La alianza matrimonial había sido entregada a mi madre por el abuelo Jacint, su futuro suegro, una lejana noche de verano, en un jardín azulado de glicinias... Los pendientes figurando un racimo: racimo hecho con la portentosa botonadura de oro de un jubón de arrugadas sedas, con bordados romboides, como aztecas, que los abuelos habían oído decir a los bisabuelos que siempre había estado dentro del cajón superior de la cómoda con incrustaciones de nácar, venerada reliquia familiar que un antepasado anónimo

había incorporado a la saga de Son Vadell, como si intuyera ya que su gesto y el objeto que lo había motivado resultarían a la larga más constitutivos que su propio nombre para el patrimonio y las raíces de la familia.

Las flamígeras alucinaciones acompañaban a mi madre hasta el alba, sofocadamente rutilantes en su cabeza, de la que excluían cualquier otra conciencia. Trastornada danza de joyas inexistentes, invocada con morbosa tozudez.

Hasta que, rendida, desplazándose lenta y como hinoptizada, partía hacia misa primera, quizá de pronto enfrentada de nuevo con la arrasadora memoria de sus muertos. Espantajo a la deriva, andaba caminos y cruzaba el pueblo, en invierno insensible a la lluvia que cayera empapándola, al piar de los hambrientos pájaros del sol naciente en primavera y verano...

La gesta del Torricó, del torreón, de la Fe, era una de las piezas clave del sermón anual de los Valerosos Duques que mosén Dionís pronunciaba, con enfática ronquera, desde el gran púlpito de caoba sobre el cual planeaba siempre la figura de yeso de una paloma blanca, gruesa y panzuda, el Espíritu.

Los moros atacaban, rompían ya las puertas de la iglesia, cuando el obispo Marc Maria de Vadell había huido por una ventana de la sacristía, llevando el cáliz lleno de Sagradas Formas. Perseguido por los musulmanes, consiguió llegar a la torre, antigua atalaya de vigilancia, y allí se encerró. Los piratas trataron en vano de hundir la puerta de roble, que se mantuvo incólume. El sitio duró cinco días. El obispo Marc Maria, sin comida ni bebida, se alimentaba solo de hostias, y con una sola ballesta, yendo de las almenas a las aspilleras, impidió que los infieles pudiesen llevar a cabo el asalto. Cuando las tropas del virrey, comandadas por el general alemán Zeplien, lo liberaron, el obispo resplandecía de salud...

Un año, el Día de los Valerosos Duques coincidió con la visita pastoral del obispo entonces de Mallorca, monseñor Aguilar Gómez. Era un hombre todavía joven, pero de aspecto cansado, con ojos que iban rápidos de una incierta somnolencia a una penetrante viveza. La iglesia estaba llena de flores, cantaban casi todas las mujeres del pueblo, mosén Dionís hizo el sermón... Después, en la vicaría, el prelado y mi tío bebían un vaso de agua, que les llevé yo en una bandeja de plata. «Explíqueme mejor el milagro del Torricó de la Fe, señor vicario», pidió el príncipe de la Iglesia.

El cura movió su pelada cabeza, se aclaró la garganta, y habló mirando al suelo, como si meditara en voz alta:

«La torre, eminencia, es más grande de lo que parece por fuera... Podemos ir si siente curiosidad... Quizá sí, quizá el Señor armó el brazo de Marc Maria de Vadell y permitió que defendiera todas las aspilleras con una sola ballesta, quizá sí... Pero debo decirle, eminencia, que la tradición no siempre concuerda con la realidad. ¿Sabe que no eran moros, sino una revuelta de payeses del pueblo? Bien, el caso es que después el virrey nombró un notario para que tomara declaración a los implicados en los hechos. Y en una de las actas consta que en la torre, con el obispo, había otros tres clérigos, además del sacristán mayor, con su mujer, una hija y su nuera, que al hijo se lo habían matado delante de la iglesia los amotinados...».

Con un gesto de mano, el vicario me mandó que saliera. Me quedé, sin embargo, escondido en la penumbra del recibidor, escuchando:

«El sacristán y su familia, según el acta, demandaban daños y perjuicios porque las tres mujeres tuvieron que acceder, y perdone, eminencia, a las lujuriosas exigencias de los cuatro tonsurados... Y también detalló el notario que en el torreón quedaban cinco

garrafas de vino, tres cajones con tocino, un saco de almendras, aceite, además de verse garrafas vacías y restos de comida...».

Yo se lo expliqué después a la abuela, confuso y espantado, y no me contestó: no sé si me oiría o si ni siquiera me escuchó. Solo parecía llegarle, por ese tiempo, la ahogada voz de la Durmiente del Coll de l'Aire. Puede, sí, que hubiera ya conseguido descender a las oscuras regiones en las que únicamente aúllan las voces de los muertos...

Colina afilada, vanguardia de Garrafa, el Coll de l'Aire emergía con cónica agresividad más allá del pueblo. Recuerdo una tarde de las muchas que acompañé a la abuela allí, la atmósfera de una prodigiosa diafanidad, con un punto de temblor que imprimía a los perfiles del paisaje un matiz vibrátil. Andratx, el valle, las montañas, semejaban el fondo de un cuadro renacentista o una pintura china, la miniatura de las lejanías cuidadosamente trazadas...

El viento, frío, parecía que nos levantara la piel, que se nos incrustase en la carne. La abuela me llevaba de la mano, me arrastraba cuesta arriba y era como si volase por encima de los guijarros, de resbaladiza redondez. Los días lluviosos bajaba por allí una sucia, rumorosa torrentera. La abuela a veces tropezaba, gruñía, mirando rencorosa los cantos rodados.

El Coll de l'Aire era como un enriscado castillo medieval, recortadas al crepúsculo sus diez o doce casas, altas y estrechas, negruzcas, las paredes ruinosas o cubiertas de hiedra. Irregular, el abigarrado conjunto se erigía amenazador en lo alto de la colina contra el cielo, aquel día de un azul perlífero, del Norte, el viento, igual que si del interior de cada cosa brotase una claridad cenital.

Un callejón en zigzag, plagado de una hierba extraña, de hoja dentada y muy carnosa y flores de pistilos retorcidos, oscilantes, malvas, un herbaje como rezumante de lubricidad. Las casas eran sórdidas, parecían deshabitadas. En una esquina se mecían, acartonados ya, dos perros ahorcados de la rama de un laurel. Pasó una mujer azuzando un pequeño rebaño de cabras, que corrían esquivas. Nos dirigió una mirada oblicua, desconfiada, y desapareció detrás de un parral caído, laberinto de sarmientos.

La casa de la Durmiente era muy estrecha, de tres plantas, y casi cubría su exigua fachada una amplia chimenea que rezumaba hollín, grumosidad de una negrura pulida... Llamamos. La abuela anhelaba infiltrarse ya en ese universo equívoco y absorbente, recargado. Yo sentía una especie de embriaguez y tan pronto el corazón me latía rápido como el cerebro parecía quedárseme angustiosamente exánime.

Abrió aquella mujercilla menuda, de sonrisa seráfica, afanosa. Susurró algo que no entendimos. Y entramos en una sala oscura, donde se adivinaban bultos humanos sentados en silencio. Nos quedamos allí un rato, apretados los dos, entre la pesada respiración de la gente que no veíamos. La abuela Brígida murmuró un par de jaculatorias. A mí me dolían los ojos de querer taladrar la oscuridad. Hasta que volvió la mujer, y nos introdujo en otro cuarto.

Era diminuto, de aire viciado por una hedor a orina, a sudor. Las paredes estaban llenas de estampas de santos, pegadas con engrudo. Una gata daba de mamar a una camada de crías que chupaban a hambrientas embestidas. Sobre una descoyuntada mesita de noche una luz de carburo silbaba, esparciendo a presión su lívida, hedionda llama. Y en una silla baja se sentaba, ensimismado, un viejo.

Y la Durmiente, absorta en una letárgica ausencia... Era una mujer de dimensiones enormes, casi elefantiásicas, todavía joven, la piel cenicienta, amasijo de blanda grasa, unos ojos azules y miopes, hinchados los párpados, la expresión desmayada. Estaba

sentada en una butaca de mimbre medio rota, cuyo historiado respaldo remedaba la cola de un pavo real. Levantó un brazo, lacio. Llevaba un camisón blanco, manchado, arremangado de arrugas. Se le veían unos tobillos, unos brazos redondos como un muslo... Movió torpemente la cabezota, como si el cuello la fallara.

La mujercita diligente nos apremió para que expusiésemos el motivo de la consulta. La abuela, hecha un nervio de concentración, le explicaba lo que quería saber, con frases entrecortadas y entre incomprensibles abstracciones y una morosa, inasequible minuciosidad, devorando con la vista a aquella amodorrada masa de carne.

La Durmiente escuchaba la enredada exposición respirando pesada, los ojos casi cerrados, medio abierta aquella boca por la que sobresalía una lengua gorda, recubierta de una especie de limo lechoso. Y sin contestar, con una flema infinita, como si aquel insignificante esfuerzo requiriera extraordinarias energías, se levantó y, con un suspiro de desfallecimiento, se tendió cerrando los ojos. Quedó echada, emitiendo una armoniosa, lenta respiración.

Pasaba el tiempo. La abuela y yo, sentados en el borde de la silla, mirando aquel cuerpo en reposo, esperábamos. Hasta que la respiración empezó a ser entrecortada, con breves ronquidos que acababan en ahogados estertores. Y toda ella se removió, mientras en su cara, en los brazos, en los pies emergían gruesas gotas de sudor, oscuras, que despedían un leve tufo excrementicio, como si para salir hubiesen tenido que atravesar una capa de podredumbre. Un sudor que pronto le empapó la camisa, el pelo.

Inició enseguida una serie de murmullos, de confusas palabras. Lo hacía con sonrisa beatífica, de suave guturalización, para de pronto pasar a revolcarse, a hablar a gritos, como si la apalearan. La sábana se arrugaba, descubría un colchón rayado, de un grasiento inmundo. Y se le veían unos muslos vastos, fofos, de exacerbada blancura, cruzada de venas azules, hinchadas. La mujer y el viejo rezaban de prisa, miraban al suelo.

Por fin, despertó la Durmiente. Parecía agotada, la respiración apenas audible. La mujercilla y el anciano se precipitaron a sostenerla por los brazos, ayudándola a sentarse otra vez en la butaca. La abuela la miraba con acuciante avidez, como si de aquella carnaza tuviese que irradiar algo inverosímil, paroxístico. La mujer ofreció a la Durmiente un vaso de vino rancio con una yema de huevo batida. Bebió ella con calma, mirando a la abuela desde un apatía remota, pálida.

Y se puso a articular sonidos, a hilvanar palabras, todo de una forma sincopada, como los mudos, con una vaguedad que jamás llegaba a concretarse, que parecía fundirse en pensativos suspiros. Cuando callaba, la mujer menuda explicaba el enredo, con voz muy baja y confiriéndole un orden relativo. Y a medida que avanzaban ambas, el pecho de la Durmiente cobraba una aparatosa agitación que al cabo de unos minutos la deshacía en llanto, un lagrimeo abundante, desconsolado.

La mujer nos empujaba en dirección a la puerta. Descendíamos bajo la noche estrellada ya. Las luces del pueblo, en aquel pozo de negrura, titilaban límpidas y rojas como flor de granado. La cuesta, los guijarros tenían una tonalidad de calcinada fosforescencia...

A la Durmiente solo le hice yo una pregunta en todas las veces que fui. No me contestó y, probablemente, inmensa y flotante, ni escuchó a aquel niño asombrado...

Era sobre una cuestión en la cual a menudo pensaba: ¿quién había sido el autor del libro violeta? Alguien, y posiblemente de la familia, en alguna fecha indeterminada había redactado unas notas singulares. Y usó tinta violeta, que con el tiempo había empalidecido y ya casi no se podía leer. De entre las anotaciones legibles transcribo algunas:

«Hemos recogido trece sacos de trigo y sesenta y seis de almendras. Buen año. Yo lo apunto, aquí sentado. Bien, ¿y qué? De aquí a diez años, nada. Nada de eso servirá para nada. Solo es útil hoy. No sé por qué no grito. Solo me quedo sentado aquí».

* * *

«Hoy murió la viuda Pujol. La recuerdo cuando se casó, que reía subiendo la escalinata de la iglesia. Era una muchacha alta, que a veces pasaba morosamente una mano sobre sus pechos. Hace más de veinte años que murió su marido. Yendo esta tarde al entierro, me desazonaba pensar que jamás, desde entonces, tuvo a un hombre en la cama. Yo la miraba a menudo, de reojo, cuando iba a comprar o cosía detrás de la ventana: ¿y para qué vivía, sin los cojones de un hombre sobre los muslos?».

* * *

«He leído un libro, impreso en Amsterdam en 1711, y firmado por el conde Polonski. Expone que con el jugo y la masa encefálica de las abejas y de las hormigas se podría conseguir un suero capaz de convertir a los hombres en superhombres. Que podrían montarse grandes criaderos de estos insectos en las planicies húngaras, donde hay mucho trigo y campos de flores silvestres para mantenerlos, y alimentar con el suero a un grupo de hombres escogidos, que pronto, más fuertes y listos, serían los amos de la Tierra».

* * *

«Ha crecido en medio de la plaza el tallo, azul, de un árbol que nadie conoce. Yo, esta tarde, me he reído mucho».

* * *

«Enterramos al gato. Llovía quedo. Ya estaba agarrotado. Llovía y el alcornoque bajo el cual lo he enterrado, la tierra que he cavado, todo goteaba, había un vaho de humedad, la noche caía. Solo era un gato de pelo gris y ojos amarillos. Cuando nadie me ve, lloro y me golpearía contra la pared. Voy por las habitaciones, salgo entre los árboles, esperando siempre que aparecerá, maullando. Ahora sé que la muerte es no volver nunca más. Antes no me había dado cuenta. Y me importan un bledo Magdalena, los niños, mi madre».

* * *

«3748596867329856328574936958352436876493372 6...
Uno detrás de otro, podría hacer siempre números».

* * *

«El misionero ha dicho que somos como los perros. He mirado a la gente, en los bancos de la iglesia. Si lo observas con cuidado, todo lo que dicen los curas es mentira».

* * *

«Un autor llamado Ludovicus Askenasi, en un libro impreso en Bolonia en 1602, sostiene que un hombre puede matar a otro, porque, si el hombre es parte de la Naturaleza y la Naturaleza mata libremente, sin ninguna responsabilidad, tampoco tendrá ninguna el asesino, sino que se le debe respetar, por obedecer a Dios: Dios, que ha creado la Naturaleza, que la ha hecho y la mantiene tal como es».

* * *

«Solo tengo ganas de no hacer nada de lo que hago siempre y de huir. Me hubiera casado con treinta mujeres, hubiera vivido en cien casas, hubiera recorrido medio mundo, ¡qué sé yo lo que hubiera hecho! Y ya me han llamado, ahora mismo, dos veces para ir a cenar. Cada día he cenado con los míos, en mi casa. Siempre».

Vivió el hombre de la tinta violeta al lado de otra gente: nadie supo nunca cómo era... Ni sé quién encontraría, ni dónde, la libreta: la he conocido invariablemente sirviendo como pie en una campana de vidrio coja, con un Niño Jesús de Praga dentro, rodeado de flores de trapo.

La abuela, en cambio, preguntaba y preguntaba a la Durmiente. Allí fue, por boca de la mujer menuda y afanosa, que se enteró de muchas cosas sobre la misma familia que nunca había sabido, no recordaba o no quería saber. A las caldeadas recámaras del Coll de l'Aire llegaban, como los detritos al pozo ciego por la subterránea conducción de las alcantarillas, toda clase de noticias y rumores... Y los irremediables pasos del desmoronamiento de mi madre debió conocerlos la abuela Brígida una de las veces en que me hacía quedar en la salita en penumbra, entre las irreconocibles siluetas, mientras ella escuchaba en la otra habitación a la elefantiásica médium.

Yo no supe nada de todo aquello hasta que, al guardar cama mi abuela para ya no volver a levantarse, obsesionada con la idea de que desfallecía ya y tenía que confesarse, me hacía avisar continuamente a tío Dionís, que venía renqueante, sabiendo él que también vivía ya en el umbral del silencio. La vieja le repetía aquella y otras historias, procaz, ofuscada, charlatana como no lo había sido durante toda su vida. El vicario se las negaba, no sé si porque así lo creía o llevado por una actitud conmiserativa. En todo caso, difícilmente podían entenderse: una insensibilidad letal se había ido apoderando del sacerdote para todo cuanto afectase a la existencia y, por otro lado, ella parecía haber cobrado una tardía y alienada conciencia al encontrarse de golpe enfrentada a la otra cara de los suyos, del universo de destrucción entre el cual había vivido casi sin darse cuenta.

Era como si le hubiesen puesto un disco fijo siempre en el mismo surco, en las mismas palabras: lo veía en la imaginación y lo repetía hasta desvariar, agotada. El vicario, al cabo de un rato, acababa yéndose sin ni siquiera despedirse. Y ella continuaba, sola, insistiendo en lo mismo una y otra vez. Al fin, ronca ya, la mirada turbia, solo profería un sonido cavernoso, ininteligible, que podía durar horas...

Y de todo ello solo ha perdurado en mi memoria, relampagueante, aquel episodio. El de cuando declinaba la tarde

y era a principios del verano y hacía poco que había muerto la última de mis hermanas. La abuela y yo todavía vivíamos en el Port. Mi madre, en Son Vadell, preparó una gran cesta, con una tarta de manzana, nueces, una botella de vino de Málaga y un conejo despellejado. Venía a vernos, a pasar la noche con nosotros, probablemente para hablar de cuándo debíamos volver a Son Vadell, porque ya habían blanqueado de nuevo las paredes después de la muerte de Cristina.

La llevaría el viejo Nicolau Patxot con su tartana. La cual llegó y mi madre trepó a ella. Mi padre, de pie, tan alto, la despedía desde la arcada del patio, tan alto y, a pesar de todo los desastres, tan alegre, siempre entre irónico y afectuoso.

Quiero imaginar que sería un atardecer pictórico de serenidad, de aquellos en que salía yo embelesado a contemplar la serna de flores, diminutas y de todos los colores, que rodeaba Son Vadell, que atraía a un benigno ejército de insectos: mirándolas, acariciándolas, me invadía una efervescente alegría, misteriosamente parecida a aquel delirio de correr que espolea a los caballos al oír los gritos del amo, secos y breves, incitándolos... Recuerdo que a mi madre las flores le gustaban, que a veces se quedaba contemplándolas, la cabeza ligeramente inclinada, ensoñada, quizá con una fuga de melancolía...

Cerca de la ermita, cuando ya habían recorrido un trecho del llano, mi madre comenzó a encontrarse mal: le pesaba la cabeza, sentía dolor de vientre... A menudo le pasaba, probablemente una consecuencia de la tensión en la cual había tenido que vivir, vivía todavía. Ordenó a Patxot que volviese atrás, porque, si se acostaba en la oscuridad, horas más tarde se aliviaba.

Al llegar frente al huerto de los limoneros, bajó de la tartana, diciendo a Patxot que acabaría de llegar a la casa a pie. Las sacudidas del carro, el olor de la bestia y de la pipa del hombre la mareaban.

Planeaban ya las primeras sombras. Pienso en los limoneros, oscuros, tupidos, con el revoloteo de los pájaros entre el perfumado follaje. Que debieron enmudecer, alarmados, cuando quizá se

sentó ella en el musgoso banco de la cuesta. Acaso cogería un limón, cuyo agresivo amarillo habría empalidecido, absorbido por la penumbra. Y atravesó la arcada. El patio, con las hojillas de hierba entre los guijarros, y el vestíbulo, con el reloj engolado y la panoplia, el frío, vagamente iluminado por una insignificante bombilla.

Subía lentamente la escalera, el marido se sorprendería al verla volver, se refugiaría ella entre sus brazos, en la cama, neuróticamente famélica como estaba de una necesidad de protección que, objetivamente, no le faltaba, pero sí psíquicamente: la sensación de una nueva y próxima derrota nunca la abandonaba completamente, impresión nacida del pozo de tantas como había pasado... Se arregló el peinado. ¿Llevaría la cinta azul, brillante? Cruzaba el pasillo en dirección a la sala: fue cuando oyó, débiles, los gritos.

Acudió de prisa: otra catástrofe... El corazón le latiría desacompasado. ¿Qué le pasaría a Antoni? Localizó el sonido en la habitación del fondo, una de las vacías. El dolor de vientre había vuelto. Conteniéndose, caminaba despacio. La puerta estaba entreabierta y vio la escena.

Amàlia de Vadell estaba desnuda, solo con las medias y zapatos de tacón alto. Medio echada en el sofá, la larga cabellera le caía sobre los pechos menudos pero llenos, tensos, y las caderas y los muslos, una reluciente vastedad. La mirada llameante, le ordenaba a mi padre, también desnudo y de pie frente a ella con un cinturón en la mano:

«¡Pégame, pégame más!».

Y mi padre descargaba cintarazos. Amàlia se retorcía, convulsa, emitiendo unos gemidos crispados, como si le faltara el aliento. Surcos rojos aparecían en su espalda, en las ancas.

«¡Pega!», volvía a gritar, los ojos inyectados en sangre, como si fuese a saltar contra el hombre, a arañarlo. Y mi padre la azotaba y la mujer cayó a tierra, se arrastró con el hombre detrás, descargando latigazos: Amàlia cruzada de rayas, sudada, llorando

y riendo enloquecida, ronca la voz, y mi padre, trastornado de excitación.

Y tiró la correa y se abalanzó sobre la hembra, chocaron carnes y sudores y un frenesí animal, el rugido de un deseo que iba ya más allá de la posesión y que alcanzaba el más anhelante salvajismo los mezcló. El hombre la penetró, a la vez clavándole furiosamente los dientes en el cuello.

Mi madre cayó en tierra, desmayada. Al recobrarse, horas o minutos después, paseó tranquilamente por la casa, sin ver puertas ni sillas, convertida ya en otra persona... Al alba, mi padre la encontró, cuando salía del dormitorio con tía Amàlia. Ella los recibió con una sonrisa evasiva, dedicada a la nada, tarareando una cancioncilla.

¿Y cómo fue que vieron a tía Amàlia y a mi padre, que la escena fue conocida? Quizá la criada... Es probable que al irse mi padre corrieran noticias y suposiciones. Con el añadido de que su partida tuvo lugar poco después de aquella noche de Son Vadell. Recuerdo a mi padre, acaso en este momento más que nunca, con la memoria como tengo ahora afilada de tanto pasado.

Iba con camisa negra, unos pequeños galones sobre el pecho, el correaje lustroso. Y llevaba botas y pantalones de montar. Se había alistado en Falange Española apenas estalló la guerra. Semejaban disonantes el rigor del uniforme y su faz cordial, como si siempre estuviese a punto de reír, de correr persiguiéndome, de cogerme y levantarme, hacerme saltar entre sus brazos...

Fue entonces, creo, cuando armó el halcón. Lo tenía en casa enjaulado y de vez en cuando lo sacaba, cubriéndole la fiera cabecilla con una capucha. En el campo, al quitársela, la rapaz bestezuela quedaba unos momentos como embalsamada, sus crueles ojillos, igual que si escupiesen chispas metálicas. Y movía la cabeza, orgullosa, sedosa, arrancando súbitamente a volar

rectilíneo, arriba, hasta convertirse en una lejanísima, insignificante partícula que flotaba perdida en el espacio.

Y al vislumbrar una torcaz, al ver una bandada de golondrinas, se precipitaba en picado, como un relámpago, y atacaba en medio de un revoloteo de plumas y chillidos.

Mi padre fumaba cigarros y yo lo había visto, a menudo, sentado en la pared seca de un ribazo, largando bocanadas de humo de un azul tenue, mientras miraba durante una hora, dos, la metódica labranza de un payés. O quedarse fascinado ante la monótona e infantil caída del chorro de una fuente. Y un día lo contemplé, de pie sobre una tribuna como un dios, con otros hombres, vestidos también con camisa negra, cantando brazo en alto, gritando vivas con voces retumbantes...

«Bernardet hijo del Rey partió a buscar el Amor de las Tres Naranjas, y no lo encontraba, y engañando a gigantes que comían barreños de ensalada y bueyes enteros asados, burlando a las serpientes de siete cabezas y a leones de terrible rugido, llegó al brote de las tres naranjas, en el jardín celado. Y, dentro de cada naranja, una jovencita que se moría de sed. Y pudo salvar a la última, la más bella, pero antes...». Iba contándome aquella tarde, cuando lo llamaron desde el camino. Eran unos falangistas. Había dos italianos. De Palma a Italia corría un continuado trayecto de barcos y aviones... Nunca más volvimos a saber de él, excepto que se había ido quizá en dirección a Roma... Había huido, había dejado lo que nosotros considerábamos el todo... «Al volver, te acabaré de explicar el cuento», me dijo al levantarse, embarullándome alegremente el pelo, llevando el halcón, encapuchado, sobre el dorso de su mano, alzada.

La abuela, en cama, describía, se describía, recomenzando continuamente, cada gesto de él y de mi madre, de tía Amàlia. Amàlia, Amàlia... Describía lo que le habían dicho y quizá lo

que ella añadía, y es probable que hoy también haya agregado yo mis figuraciones. Lo que veo en mi imaginación, dándole tantas o más vueltas que la vieja moribunda, más atrapado que ella por la purulenta trampa. Una trampa que no sé cuál es, pero que es...

Se pasaría, Amàlia, la mano por la frente. Intentar analizarse a uno mismo puede provocar una confusión irrespirable, como si se caminara entre sofocantes emanaciones de humo. Anda hacia su dormitorio, de prisa. Se encerraría, pasando el pestillo... Encendió dos quinqués y el candelabro de las cinco velas. Era la época de las restricciones. Corrió las cortinas del balcón.

Una lacerante claridad se apoderó de la habitación, el enorme espejo parecía deshacerse en una callada y resplandeciente euforia de cegadoras blancuras. La mujer se acercó, se escrutaba con los ojos desmesuradamente abiertos: todavía joven, aún provocaba deseo... Y él se había ido... Una especie de histeria emergía de su rostro, como si la trastornada conciencia que la atenazaba, la trituraba, saliese, se reflejara en sus ojos con un punto de frenético delirio, fuese el que marcase aquellos rasgos profundos a cada lado de los labios, tensándole la piel, estirándole las comisuras hacia abajo... Exaltada, apagó el candelabro.

Quedaban los quinqués, halos mortecinos en la plácida penumbra, que sumían el dormitorio en una atmósfera intimista, de una suavidad como de peluche. Amàlia se desvistió poco a poco: cayó la falda, se desabrochó la blusa, soltó su pelo. Y volvió a contemplarse minuciosamente, acariciada por los lametazos de sombra: los muslos eran dos espléndidas columnas de carne, fuerte; las bragas insinuaban aquella zona recóndita, codiciable; los pechos, enmarcados por el sostén, adelantaban dos insinuantes llamadas a la lenta caricia... Amàlia pasaba, repasaba, las manos por todo su cuerpo, mientras una dulce sensación de mareo la hacía vacilar.

En la habitación de al lado oía a su marido, sus sonidos vocales, gruñidos, como chirridos, y el deslizarse de la silla de ruedas, sus

golpes contra la pared o las puertas. Ferran Salines sufría una parálisis casi total: no podía hablar ni mover las piernas o el cuerpo, conservando tan solo una cierta flexibilidad en la cintura, en el cuello, en los brazos del codo para arriba. Era, sin embargo, una desusada bestia de vitalidad: comía y bebía goloso, una criada dándoselo en la boca, acercándole un vaso de vino y dos o tres de agua. Lo tenían que racionar porque, si no, hubiera engullido hasta reventar. Cuando veía la mesa puesta, comenzaba a bramar, a mover los ojos, a revolverse en la silla, en la que apenas cabía, hinchado como estaba de grasa.

Salines era un hombre alto, grueso. Unos años después de casarse, fue con su mujer a pasar las Navidades al predio de Son Calafat, de su padre, el último del término de Andratx, al pie de las grandes montañas de Tramontana. El viejo coronel Salines, que vivía en Palma y parecía siempre como henchido de satisfacción, los esperaba con las chimeneas rugientes de llamas, con corderos a punto de hornear, una ancha mesa de ensaimadas, confitura, licores, buñuelos... Reía y los abrazaba y, a la mañana siguiente, al levantarse, todo lo encontraron blanco: había caído una extraordinaria nevada.

La blancura abatía los árboles, la hierba, cubría los montes y la sucesión de tejados de Son Calafat. Era una presión que lo hacía desaparecer todo mientras creaba la fantástica realidad de una geografía diferente, silenciosa hasta la irritación. Pronto heló, bajo una mustia tentativa de sol. Y volvió a nevar... El primero de año, cansados de estar metidos dentro de la casa, los dos hombres y la mujer salieron a dar un largo paseo.

Caminaban por el lindero del pinar de En Caliu, que se perdía montaña arriba hasta los desiertos desfiladeros de Evangèlica, donde vagaban las desconocidas voces, al amparo de los picos de Galatzó y S'Esclop. El coronel llevaba ceremoniosamente del brazo a su nuera. Amàlia reía de las bromas del anciano, envuelta en el muelle y denso abrigo de astracán. Ferran, con una vara, iba pegando a las ramas de los pinos, provocando lloviznas de nieve.

«Era en la campaña del Norte, la nieve helándose en los desfiladeros, y mi hasta entonces invicta tropa fue desbaratada por los resbalones, por las piruetas sustituyendo la marcialidad...», bordaba el viejo, Amàlia riendo cada vez más, arropándose en la calidez del abrigo... Y los dos nerviosos bultos grises, hambrientos, en hosco silencio, aparecieron entre la impoluta blancura y se lanzaron sobre ellos.

Amàlia gritó, rozada por las masas de pelaje áspero y ardiente. Cayó de cara en la nieve, rodó a ciegas... Cuando volvió a dominar la visión, contempló muda de estupor cómo dos enormes mastines, el aliento convertido en grávidas humaredas saliendo de sus gargantas, remolcaban los cuerpos de Ferran y de su padre bosque adentro, dejando atrás un profundo rastro rosicler, los ojos inyectados de fuego y que parecía que no miraban. A Amàlia le faltó el aire, perdió el sentido, inundada por una irrupción de pavor, por una vorágine que sobrepasaba el dolor.

Al volver en sí, marchó, como borracha, a Son Calafat. Tres gañanes salieron, con las escopetas, hacia el pinar de En Caliu. Seguían el rastro entre la maleza, fardos de nieve cayéndoles encima al retirar ramas y matas. Y llegaron a un claro: inmóviles, detrás de una pila de ropa, sangre, baba, tripas desparramadas, los dos perros los observaban, opaca la mirada. Apuntaron, dispararon: una bestia cayó, vomitando sangre negruzca, y la otra escapó bosque adentro, cojeando.

Eran mastines salvajes que debían de haber bajado de los altos riscos vencidos por el hambre, con la nieve. El coronel estaba destrozado. Pero Ferran pudo salvarse, aunque quedando completamente baldado. Y Amàlia fue viendo, día a día, cómo la inteligencia del hombre, que había quedado prácticamente intacta y los primeros días se le reflejaba en los ojos con un sentimiento de tristeza infinita, iba apagándose, al mismo tiempo que se le apoderaba una especie de sorda estulticia que pronto dominó toda su expresión: obtusa, solo se animaba, con violenta listeza, ante la comida. O mirando a su mujer...

Amàlia llegó a ignorar al paralítico, más allá de vigilar que lo lavaran, que lo cuidaran. A ratos, le hacía compañía, sonriéndole de vez en cuando, mientras pensaba en sus cosas. Lo había instalado en una habitación al lado de la suya. Y no hacía caso de sus chillidos cuando la miraba entre furioso e implorante, una protuberancia erigida en medio de los muslos... Pensaba en ello ahora, entre los dos quinqués, contemplándose a sí misma como si fuese una aparición, sintiendo los sonidos de Ferran en la vecina habitación...

De golpe, abrió la puerta: el marido, al verla, profirió un gruñido como si lo estuviesen macerando. Y Amàlia, solamente con bragas y sostén, se le fue acercando: semejaba que los ojos del paralítico fueran a saltarle de las órbitas, una blanca espuma se le dibujaba en la comisura de los labios. Ello lo llevó a la cama, lo desnudó, dejándolo acostado de espaldas. El hombre se agitaba, jadeaba sordamente, su miembro erecto y rojo.

Mirándolo con rabia, Amàlia acabó de sacarse la ropa. Y se tendió sobre el baldado, comenzando a refregar su sexo con el de él, el rostro de Ferran desencajándose por momentos. Y sintió ella cómo, bramando, entre contracciones, aquel cúmulo de carne se derramaba, caliente licuación...

Es curioso: con cierta frecuencia, los perros de presa son elementos casi primordiales en la familia. Jaume Vadell los tenía, antes de ir de guarda a la Dragonera. Y otro antepasado, que debió ser su nieto y vivió hacia 1725, Antoni Vadell —de nombre igual que mi padre—, habitó también al lado de los mismos animales: era trampero. En la *Flor de romances andritxoles,* el doctor Bonaventura Montmeló transcribe una copla muy probablemente dedicada a él: «De los bosques este trampero cazador es de los animales el mejor conocedor».

Sin embargo, habiendo heredado Son Capovara, no deja de ser extraño que un Vadell se dedicara profesionalmente a la caza, si es que el romance es fiel a la realidad... Quizá fuese simplemente un gran aficionado. O se trata de un pariente y no de uno de los Vadell propietarios.

De niño aún conocí a los últimos tramperos y cazadores solitarios, siendo uno de ellos Pau el Marter, oriundo de Andratx, y por tanto el que más venía...

En medio de la plaza del Ayuntamiento extendía, hedientes y rígidos, los cuerpos muertos de varias garduñas, de un par de martas, de un águila y algunos milanos, de una serie de comadrejas y gatos monteses... Hacía un sol débil, tibio. Zumbaban nubes de moscas negras, redondas, a rayas verdes. Unos perros retrocedían, olisqueando el aire, aullando, la cola entre las patas.

Pau el Marter, de pie, los brazos cruzados sobre su abombado pecho, observaba cómo el municipal cortaba, con tijeras de podar, media oreja a cada uno de los animales, y a las aves el pico. Les sujetaba el hombre los cuerpos con un pie, con la mano libre se tapaba, asqueado, la nariz. De lejos, un grupo de gente miraba, yo entre ellos, vigilando de reojo al enorme perro del Marter, de un gris oscuro, enseñando los dientes entre gruñidos, atado a un pino delante del Ayuntamiento.

Con cepos, redes, la escopeta, el Marter cazaba alimañas, aves de presa. Únicamente bajaba al pueblo para cobrar las primas establecidas o para comprar víveres. Entre la gente se mostraba hosco. De su cuerpo grande, musculoso, del rostro tostado por los vientos y el sol, de su ropa de pana y las botas gruesas, arañadas, se desprendía una especie de rústico olor, mezcla de savia y tierra, de hierbas aromáticas, de sudor animal.

Habitaba en las montañas, en barracas que construía con troncos y piedras, o dentro de cuevas, que cerraba con una barrera de ramaje. Tenía esos refugios en lugares diferentes, protegidos, secos, de los parajes por donde solía andar. En un saco de hule, viejo, llevaba una sartén, una olla, el vino y los comestibles. Y,

atados con una cuerda, una lata de petróleo y un farol. Encima de todo, la frazada.

El bosque, los animales no eran para él exactamente el lugar y los objetivos de un trabajo, sino el complemento consustancial de su ser, de su vida. Conocía cada árbol, cada matorral, las fases de su existencia vegetativa. Y por el color de sus hojas, por la humedad de la atmósfera o la temperatura, por la velocidad del viento sabía de la fatiga interna de la planta o de su próximo y esplendoroso estallido. En un pinar, en un robledo, se hallaba el Marter a gusto o con dificultad según el estado de la vegetación.

No perseguía a los animales: convivía con ellos, provisto de su misma, ágil, abierta astucia. Respiraba idéntico aire y se refugiaba prácticamente en los mismos cubiles al dominar el mal tiempo. Caminaba por las vaguadas y los senderos que seguían ellos. Obedecía a las configuraciones del terreno, a los dictados de las estaciones del año, tal como lo hacían las bestezuelas y los pájaros. Y, pieza incrustada en el ciclo animal, mataba a los más débiles, como el más fuerte que era.

En aquel mundo que lo absorbía con su cósmica llamada, perdido por los riscos con la sola compañía de su perro lobo, Pau era otro elemento —aún más poderoso, como en otro aspecto lo podría ser un oso o un gran felino— del indestructible magma natural, directamente implicado con la materia primigenia...

Al acabar, el municipal pagaba al Marter. El cual, con un alambre, ataba los cadáveres y haciendo un paquete partía hacia el cobertizo que tenía alquilado, la última edificación del camino del pueblo a Son Vadell, casi al lado de la casa de Isabel Borràs. El hedor era, allí, aturdidor, con las pieles puestas a secar en un porche. Y al estar curadas, venderlas. En la montaña, ya les había sacado las visceras... Como Pau, debió de ser aquel Antoni Vadell.

O quizá también hizo algo más: en 1730, hay un Antoni Vadell encarcelado, sin que conste la profesión, por matar esclavos fugitivos. Como Andratx, con dilatados territorios montañosos, se hallaba configurado por el litoral más desierto de la isla, y era

además muy accidentado y, por tanto, propicio para quienes deseaban esconderse, los esclavos moros que huían del resto de la isla con frecuencia se dirigían, entre montes y desfiladeros deshabitados, hacia las montañas del pueblo encaradas con el mar: esperaban que llegara una galera mora, le hacían señales y escapaban en ella. Y prácticamente siempre, antes de huir, habían robado a sus amos joyas, dinero.

Quien los capturase los debía entregar a la justicia, que los devolvía a los propietarios. Pero gente como aquel Antoni Vadell, conocedoras de todos los rincones, en la época de las arribadas berberiscas y turcas, primavera y verano, se ponía al acecho: asesinaba a los esclavos, les robaba y tiraba el cuerpo en cualquier barranco. «Culpable por habérsele visto matar a dos hombres negros y a una mujer que no se sabe qué era por haberla hundido en un pozo, y que les robaba una cadena de cuello de dama de oro y piedras preciosas y una bolsa de escudos de oro y tres anillos. Los occisos no se ha sabido de dónde venían. Uno tenía un gran bulto en la espalda, con mucho pus», reza el sumario instruido al tal Vadell.

El romance sobre el trampero recopilado por el doctor Montmeló ha subsistido íntegro. Reproducirlo sería excesivo, por pesado y extenso. Por lo demás, aquello que verdaderamente interesa es el argumento que sustenta las coplas, pues en él va implicada la figura del adusto y magnificado cazador. ¿Es una pervivencia de supersticiones medievales relacionadas con la danza de la muerte? ¿O se trata de una sencilla superposición religiosa, aunque con el final cambiado y añadidos profanos, como tantas hay, de apariciones de la Virgen?

Es fácil evocar el paisaje que señala el romance. Un torrente que se precipita rocas abajo por un lecho escalonado, entre peñas afiladas, pulidas, como si sus márgenes se hubiesen cristalizado, hierática hecatombe. En los meandros umbríos, las acacias —sin haber sido nunca podadas, con una agobiante sucesión de capas de ramaje, de hojas, y revestidas de púas fuertes, oscuras—

creaban túneles donde ni un rayo de sol podía filtrarse. Eran como cavernas, pero animadas por la fantasiosa y mórbida fulguración del verde follaje y la luz: parecía que esas cuevas tenían una hondura mítica, que se dilataran hasta la misma bóveda del firmamento.

El trampero dormía cerca del rescoldo que subsistía de una fogata, envuelto en la manta, inmerso en la vibración de la aturdidora estridencia del torrente. Y de golpe despertó, el mastín exprimiendo amenazas. Antoni miró, soñoliento: el agua revuelta, la húmeda oscuridad bajo las acacias..., y de pronto medio se incorporó: delante de él tenía, sobre un talud, la silueta maravillosamente vestida de blanco de una muchacha. La cual desapareció al instante.

Antoni Vadell parpadeó: no, no había nadie. ¿Desvariaba? Malhumorado, volvió a dormirse.

Dos días después, noche de luna, el gruñido del perro volvió a despertarlo: la muchacha estaba otra vez allí, con el vestido de resplandeciente blancura, cargado de farralanes y puntillas, como si fuese el de una novia. Y le sonreía silenciosa, punteando sobre el talud señoriales pasos de danza.

El trampero, incrédulo, miraba, dilatadas las pupilas... cuando ella volvió a esfumarse.

Durante una serie de noches, el hombre casi no cerró los ojos, pero la enigmática aparición no se repetía. Antoni no comprendía nada. La cueva, el torrente, los montes, cada árbol habían perdido su serena evidencia. Buscó por todos lados, escudriñó ligeramente atemorizado. Debió pensar, aunque sin saber si satisfecho o intrigado, y decepcionado, que no volvería.

Cuando, otra noche, despertó sobresaltado, con la impresión de que por entre sus cabellos reptaba una serpiente: y eran los dedos de la muchacha, que lo acariciaban.

Antoni intentó asirla. Pero ella, ingrávida, saltó para atrás, corriendo hacia la espesura del bosque. Atolondrado, todo él ansia, Vadell la persiguió. La veía escurrirse, como si flotara, entre los

troncos de los pinos, de los algarrobos, solo casi esbozados bajo el cielo estrellado. Era una persecución de callada tenacidad, ella igual a si se deslizara inconsustancial, él chapoteando por la torrentada, enredándose entre el juego de troncos. Tenía la impresión de vivir una incolora e inevitable pesadilla.

Y la alcanzó. Sudoroso, jadeando, la cogió por los hombros delante de un ciruelo silvestre, los frutos menudos y de exaltada rojez. De espaldas a él, la larga cabellera de la mujer le rozaba la cara, sus velos todavía se movían, suaves, como las alas de una mariposa posándose... El trampero la dio vuelta, encarándola a él y a la luna, en cuarto menguante.

Era una vieja vestida de harapos medio tiznados, rasgados, que descubrían unos pechos flácidos, como si fuesen solo una gran arruga colgante, y unas piernas peludas y esqueléticas. Antoni retrocedió, trastornado. La vieja le sonrió: solamente dos dientes, negruzcos, se dibujaban en su boca. Y extendió ella sus brazos hacia el hombre...

El otro cazador, Pau el Marter, murió prácticamente al mismo tiempo que mi última hermana. Por aquellos días me hallaba yo alicaído, como si estuviese aplastado contra un muro insalvable, y a la vez sintiendo como una subterránea, solo insinuada, sensación de liberación... Seguro que por eso no me ocupé demasiado de lo que oí decir sobre Pau: después de tres o cuatro semanas de no verlo nadie, unos cortadores de pinos lo hallaron precisamente en el torrente en el que he situado a mi antepasado Antoni Vadell, el de Sa Coma Freda en su parte alta, hacia el Coll dels Cairats. Su cuerpo estaba empotrado entre dos monumentales rocas. Debió caerse, quedando allí aturdido y aprisionado por la grieta. De gritar, nadie lo oyó... La hondonada era profunda.

Lo encontraron porque en este torrente, que en invierno siempre llevaba agua, solía haber cangrejos. Unos animalejos menudos. Y por aquellos días los pescaban grandes, hinchados, blancuzcos: los buscadores, engolosinados, los rastreaban corriente

arriba. Se toparon con el cuerpo de Pau el Marter, esponjoso, hediondo, saturado de cangrejos royéndolo. Lo reconocieron por el saco de hule, que estaba allí cerca, intacto.

«Ja, ja, ja, caerse el Marter por la montaña, él que era como un pedazo de peñasco... Yo no sé nada y tu padre es quien podría hablarte de esto, pero ya no está. ¿Por qué no te acercas un día a Albert Balaguer, que fue gran amigo suyo? A lo mejor le da por cotillear...», me dijo un día el descalabrado Onofre Capllonc.

Con Balaguer yo no había hablado jamás. Lo recordaba, sí, de aquella tarde en que vino a Son Vadell, vestido de falangista también, y que con los otros llamó a mi padre de cuando se fueron... Fue después, al comenzar yo a hurgar por los archivos, cuando lo traté: en el juzgado, aquel lugar derruido, del cual él era el oficial y donde me leía yo minuciosamente arrinconados infolios, el papel de fría blandura a causa de una humedad secular... Balaguer se sentaba siempre detrás de una mesa coja, que bailaba apenas la tocabas. Redactaba partidas de defunción, de nacimiento, de boda, hechos existenciales casi todos recientes, pero que, al llegar allí para ser legalmente registrados por aquel arrasado contable, parecía que se convertían en pálidas, pretéritas rememoraciones de algo periclitado tiempo atrás. Apenas si contestaba a mi saludo con un murmullo y, al preguntarle dónde podría estar uno u otro libro, se limitaba a señalármelo con el dedo, mirándome, y no sé si viéndome, con aquellos ojos miopes que con el grueso cristal de las gafas delante quedaban menudos e hinchados, como de sapo, fijados en un ahogado simulacro de ceguera.

Por las calles, transitaba vacilante Albert Balaguer cuatro veces al día, cubriendo el trayecto del juzgado a su casa. Al verlo tenía yo la impresión de que su cuerpo podía comenzar a ascender, lento, perdiéndose en la ilimitación de los vientos y la atmósfera,

último colgajo de un espantapájaros en el otoño, junto a las cepas o al frutal ya vacíos, óseo, el ramaje. Llevaba siempre el mismo traje, negro, gastado, arrugadísimo, la caspa llenándole espalda y hombros, brillantes de roce los codos y la bolsa de las rodilleras, las solapas. Un traje de seguro proveniente de alguna efemérides —la muerte de su padre, una boda...— de la que hasta el recuerdo había caducado.

Sin embargo, en aquella ropa residía lo único que acercaba al hombre a la compleja e intensa rotación de la existencia: reflejaba al menos rastros de vida, por leves y macilentos que fueran, rastros de la pasión y de los contactos que forzosamente tuvo que haber en el antiguo ceremonial donde el vestido, entonces estrenado, planchado, limpio, fue exhibido por vez primera. Rastros que, en los caídos hombros de Balaguer, en su licuante mirada, en aquella su habla de atemorizado tartamudeo, ya habían desaparecido.

En el caudal de imágenes del ayer que yacen en mi memoria solamente hay una de los padres de Albert Balaguer. Yo debía de ser muy niño y en una ocasión los vi en misa, sentados, él, hombre grande, con barba y bigotes rojizos, jadeante, con una chistera descansándole sobre los muslos, y ella, pechugona, bien fajada, el peinado como si llevase un turbante, la mirada inmóvil igual que si sus ojos fuesen de cera, la boca redonda en gesto de permanente sorpresa... Y de una manera inverosímil, pues eso debió de pasar muchos años antes de nacer yo, meto también en el cuadro a un Albert adolescente, hecho de palideces y soledad, las orejas grandes, transparentes, su madre amparándolo...

La primera vez que me respondió fue como si, realmente, no lo hiciese. Yo hojeaba una relación de los bienes puestos a la venta cuando la Desamortización, mientras, medio distraído, le iba charlando de mi padre, de lo que me había dicho Capllonc sobre el Marter... Él dejó de escribir, quedando en una paralización total, encogido, como si temiese un ataque. No habría podido asegurar que me oía, y menos todavía que me respondiese al ponerse a hablar. Parecía que se dirigiera a sí mismo, a una

pregunta que tuviera eternamente erigida delante de sí. O que charlara con alguien a quien yo no veía y al que estuviese dando una explicación:

«... Había cuadros de santos y una penumbra como letal, y yo de la habitación no salía nunca, resfriado siempre como estaba, la nariz sangrándome al sonarme. Y por el cuello, por la entrepierna, me salían ganglios, eccemas... Mi madre parecía empollarme, en aquel ambiente viciado y calenturiento, me rizaba el cabello, me pelaba la fruta que tenía que comer, me abrigaba y me suministraba abundantes medicinas, como si con ellas fuera a engordar, y que me impregnaban la carne de un olor, de un regusto químicos, como si en lugar de una persona fuese un producto artificioso... Yo, sin embargo, me sentía feliz en aquella situación de eterna y mimada convalecencia. Enroscado en mí mismo, al margen del exterior, mundo este con el cual solo tenía contactos furtivos, sensoriales, como si fuera una especie de medusa...

»Hasta que, como un estallido, irrumpía mi padre. Oh, el notario Balaguer, oh... Y tan grande y tan colorado y con aquel cigarro que apestaba: la puerta se abría y me quería hacer salir al sol, a correr, gritándome. Pero mi madre me abrazaba, lo impedía. Le oía alejarse por los portazos que, como insultos, iba dando... Y ese muchacho amigo, que mi madre hacía entrar en mi habitación para que me hiciera un rato de compañía y jugáramos... El muchacho se sentaba, imitaba el montar a caballo, o se movía echando a rodar las canicas, los muslos gruesos... Yo los miraba, aquella rosácea brillantez que se desprendía de su carne tirante, tan suave, la plenitud de su movimiento... Un día, con timidez, acaricié sus muslos, y él se mantuvo impasible. Y poco a poco, al quedarnos solos, fui abocándome encima suyo, palpándolo con agitada delectación. Tengo todavía presente su tacto: me electrizaba la punta de los dedos...

»Así estábamos aquella tarde: con los pantalones bajados, las manos de los dos cogiendo, más dulces que la miel, el sexo del otro,

que sentíamos calentarse por momentos, como si despertara un fuego oculto... Y mi padre entró súbitamente y jadeando como un gran buey, convulsión de gritos, me abofeteaba. Y si mi madre y la criada no hubiesen acudido, arrancándome de él, rojo y azul de sangre y de golpes, quizá me hubiese matado.

»Como yo imaginé hacerlo con él las diversas semanas que tuve que quedarme después bajo las mantas, del edredón de plumas. Perfilaba las escenas, cada detalle, con un entusiasmo mental que a ratos me producía fiebre y mi madre tenía que ponerme trapos mojados, frescos, sobre la frente: mi padre desnudo, débil, un hombre pequeño y flaco, atado y colgado de las vigas de un penumbroso subterráneo, las ratas, en los rincones, charcos pestilentes, y yo, alto, abombado el pecho, solo cubierto con un mínimo taparrabos, resplandeciente ser. Con el largo cuchillo le iba vaciando un ojo, que reventaba con un abanico de salpicaduras de linfa. Y le aplicaba un hierro candente sobre las venas: la carne se quemaba, la sangre quedaba dura, coagulada. Y con unos zorros rematados con clavos lo azotaba hasta que el cuerpo se le convertía en un escrofuloso llagado... Bajo los cobertores, en posición fetal, todo yo enroscado y ardiente, hasta llegaba a sentir, lo juro, el olor de su sangre mezclada con el sudor, como el aroma de un pastel picado, de aquellos que quedaban en la despensa después de una fiesta y se pasaban y los teníamos que tirar... Los gemidos se iban apagando, yo bebía un licor ambarino con una copa fina y tallada... Tosía yo, envuelto dentro de la cama, y parecía como si un humus creciera y me cortase el aliento al mismo tiempo que me excitaba, orgiástica sofocación...».

Casi vomité: Balaguer me hizo el efecto de una babosa que alguien hubiese pisado. Asqueado, sin contestarle, me fui. A pesar de comprender que, por el motivo que fuera y en su introvertida soledad, hubiese necesitado de aquella limosna: que escuchase una confesión que quizá habría deseado hacer durante años sin poder. Y que en la conjunción del instante había volcado.

En un par más de ocasiones que fui al juzgado, no nos dijimos nada. Y a la tercera, murmurando confusamente, me invitó a acompañarlo a su casa.

Can Balaguer era un caserón que semejaba también abandonado, la puerta siempre cerrada y más de la mitad de las ventanas tapiadas con ladrillos. El hombre lo abrió con una llave grandísima que, al girar en la cerradura, chirrió incisivamente. «Solo vivo en el comedor», susurró entrando en esta pieza y comenzando a encender luces: había trasladado allí todas las lámparas de la casa —de pie, de noche, arañas...—, que tenía enchufadas con cables que atravesaban confusos la estancia en cualquier dirección. Las irrupciones luminosas se sucedían, cegadoras, de una excitada blancura.

Tuve que medio taparme los ojos, mientras Balaguer se movía, aturdido de luz, como embriagado, e iba diciendo: «¿Ves? Aquí ya no parece ni el juzgado ni el pueblo. Es como otro mundo. Y mío. ¿Crees que encima de las nubes, los días tapados, hay una claridad así, debajo mismo del sol?». Y, acercándose a un viejo aparador, tomó una botella de vino, trozos de jamón, medio pan y un melón demasiado maduro. Se puso a comer, comenzando por el melón, que desgarraba con los dedos, tragándose goloso aquella pulpa amarillenta. La boca y la barbilla le goteaban...

Una infinita dejadez invadía la estancia. Por todos lados había ollas y platos sucios, algunos con un dedo de moho, de un verde delicado, primaveral, y otros con comida podrida, entre la que asomaban unos gusanos blancuzcos, muy cortos. Botellas vacías se amontonaban aquí y allá, y a veces habían goteado: diminutos mosquitos se adherían, torpones, a las manchas. Sobre la mesa había una tina con agua turbia, dos toallas negruzcas y varias gastadas pastillas de jabón. Ropa arrugada, colgada de los respaldos de las sillas. Un catre, con las sábanas hechas un fardo, amarronadas y hediondas, estaba pegado a una pared, y tenía al lado una pila de novelas medio desencuadernadas: en las portadas, vaqueros enarbolando un colt o muchachas de rostro angelical

mirando a un muchacho moreno y de cabellos ondulados... Una intensa peste, como el tufo que exhala el lodo de las alcantarillas, saturaba la habitación.

Y Albert Balaguer comía y me miraba con una expresión móvil, errátil, aunque encerrada en un indescifrable y mudo soliloquio, y que iba alterando su expresión, que de ser irónica, sacudida por breves e inaudibles risotadas, pasaba a componer un gesto de exagerada astucia. La mirada, ampliada por las dioptrías, adquiría un aire geométricamente apayasado. Bebía a gollete, los tragos se sucedían.

Hasta que todo aquel fuego adquirió sonido verbal, me llegó su voz entre burlona y desconfiada: «Sí, ¿o crees que quien la hace no la paga? Los rojos encontraban caminos para huir y mi padre, que no tenía por qué hacerlo, murió. Todos, al apuntarnos a la idea de la guerra, fuimos porque queríamos escaparnos de todo y de nosotros mismos y no sabíamos adónde ir... No quedó nada en casa, ni un real, al morir él. Y yo defendía mi supervivencia. Que ha sido el juzgado. Bien, el juzgado, ¿y qué? Tanto da, y todavía salí ganando. Que si hubiese perdido, también lo habría pagado. Huían por las montañas, arriba. Que los íbamos a buscar y no están, decían, no sabemos dónde están. Caminos de montaña, de los animales, los escondrijos. Que el Marter conocía y los guiaba cuando huían... Y Antoni, tu padre, montaña arriba, los pantalones cortos y la camisa azul, que me acariciaba los cabellos, sí... Sus muslos, tan llenos, moviéndose como un milagro... Un día te la hacen tragar. Una docena, no. No, qué va, no. Lo vigilábamos, al Marter, puto trampero, Antoni y yo y dos más y a pesar de que él fuese allí más listo que nosotros, y una noche, después de pasárnosla escondidos entre unas matas esperando a que pasasen los rojos en la oscuridad, y mi cabeza descansaba sobre sus muslos, fue él, cabrón, quien apareció. Solo. ¡Y qué! Solo. Y los malparidos habrían huido ya por donde fuese. Solo. Guiados por él. Y algunos se le echaron encima y yo también... Quien la hace la paga. El camino de

los cangrejos, ja, ja, ja... No puede saberse, nadie lo sabe, nunca nadie lo dijo. Y yo solo y Antoni, que no sé dónde está, podríamos decírselo. Él era mi amigo, siempre juntos, en aquella habitación oscura donde hacíamos de la silla un caballo... Y se fue. De mí, de todos. Y yo no lo podía creer. Me había pasado la mano por el cuello, mañana nos veremos, dijo. Y nunca más. ¿Sabes cantar? Bah, es igual. Vete. Que yo bebo, ves, ¿quieres?, y beberé todavía más. Bajo la luz. Y pondré la radio: cantan y charlan y la pongo más fuerte cada vez. Más fuerte. Cada día. Y me acostaré y leeré: oh, cualquier libro, cualquiera, y lo abriré por un viaje a Oriente o por una muchacha que ama o por un barranco californiano. Y beberé y oiré música y voces y me volveré loco de luz y estaré en California. O vendrá él... Vendrá un arcángel y si todos los deseos me alzan me desabotonaré los pantalones, me...». No lo escuché más y me fui, de prisa, sin saber si embestirlo a patadas, corriendo y más espantado quizá de mí mismo que de él...

Porque él se quedó allí, acaso ahora mismo todavía esté, y a mí me dejó con... No, hay portales por los que no pasaré y quiero hacerme fuerte deteniéndome en el umbral. «Que sea la Durmiente quien dé la zancada hacia el otro lado. Yo la escucho, pero no la daré», me repetía la abuela, se lo reiteraba a sí misma.

De la muerte de la abuela, el efecto más transformador y primero que se me grabó fue el de una insólita disasociación. La lluvia de aquel día fue la penúltima de la primavera. Y como si el tiempo obedeciera un mandato feroz, se estableció un sol incisivo. Una dispersa divergencia reinaba en las hojas de los árboles y de las plantas: mientras, y en el mismo arbusto, una parte de ellas empezaba a languidecer de estío, secándose, las otras todavía se mantenían gráciles y lustrosas.

Yo miraba esa partición desde la vicaría, donde pasé con tío Dionís las semanas anteriores a mi partida. Miraba y vivía también una realidad que se trastocaba, que se deshacía en piezas y adquiría dimensiones varias y contradictorias.

Porque cuando, en Son Vadell, esperaba la muerte de la abuela, sentado en la salita y sin atreverme a poner en funcionamiento la insignificante magia del tambor, cuando subía a su habitación y la contemplaba reduciéndose bajo el cobertor, librada ya a la indiferencia de la consunción, pensaba que desde el más allá su muerte me perseguiría absolutamente para siempre, como un aplastante latido.

Y la enterramos. Quedó el ataúd dentro de un nicho del cementerio, con sus corredores de tumbas cargadas de enfáticas cruces y guirnaldas de yeso, abarracadas, como si fuesen el lujoso basamento de un palacio, antaño soberbio y hoy volatilizado. Crecían también en los callejones hileras de naranjos. Se habían desarrollado demasiado: sus ramas laterales apretaban contra las lápidas y, dibujando un ángulo recto, partían hacia arriba. A veces, los rosales se enroscaban por el tronco, y rosas y naranjas florecían entre aquel follaje estrafalario.

Yo veía el camposanto desde el balcón de la vicaría, de hierro forjado, sucios los cristales: la gran batida del sol, al día siguiente del entierro, lo inundó todo, haciendo del cementerio un espacio rosáceo y alegre, explícita y absoluta manifestación de naturalidad. Yo miraba, sin sentir que desde allí nada me llamara: tenía que obligar a mi imaginación para reconstruir el recuerdo de la abuela, de su cadáver, que se estaba corrompiendo allí delante. La luz y la tibieza solar vencían el tiempo y los afectos...

Nunca más, después de irme del pueblo, volví a ver a mosén Dionís. Y guardo de él una impresión desagradable... El vicario era arterioscleró tico, un pantano de vejez. Cuando la sangre mermaba su riego, perdía la exacta noción de las cosas, quedando unos minutos, un rato, como paralizado. Un día, al salir de uno de estos estados, su piel de una blancura tal que ya parecía

completamente desangrada, me dijo: «Quedo así... Y veo un bárbaro amontonamiento de cuerpos desnudos y purulentos, a los cuales atacan ángeles vestidos con rojas armaduras, y enarbolando enrolladas y verdosas serpientes de envenenado silbido...».

Y se quedó allí, helado, mirando con repugnancia toda la habitación, como si lo que había imaginado hubiera sido un virulento líquido que, habiendo invadido antes el despacho, acabara de escurrirse por los rincones, pero que de un momento a otro pudiese retornar, invasora marea. Boqueaba, asaltado por las náuseas, parecía a punto de vomitar... Hasta que se calmaba, yendo a la cama: solo allí se hallaba realmente bien, entre aquel calor artificial, producido por seis botellas de tierra llenas de agua caliente. Su cuerpo ya no emitía ni el imprescindible calor.

El frío era la obsesión del vicario en el curso de aquellas semanas. Una noche, interrumpiéndose a medio cenar, me explicó titubeante que acaso no fuese cierto que la vida provenía del fuego y que el centro de la Tierra era una masa incandescente. Al contrario, él veía el sol, el calor, el fuego, como un titánico esfuerzo intentando vencer al hielo, a esa humedad que se halla en el origen y era el fin de todo. Desaparecido el sol en su puesta diaria, muerto un cuerpo, cavado un pozo, trepando a lo alto de un monte, era una atmósfera helada la que subía o descendía, colapsaba toda vida posible.

Acaso fue a impulsos de esta certeza de ser ya solamente una materialización del miedo, antes de serlo del frío absoluto, que el vicario buscaba hacerme indirectamente una especie de confesión. Confesión de los otros, sin embargo, y que hasta mucho más tarde no pude ni adivinar que también apuntaba, siguiendo una tortuosa espiral, mucho más allá...

Hablaba y hablaba, volviendo siempre sobre los Valerosos Duques, con ininteligible intrincamiento. «¿Y por qué estos últimos años ha suprimido su fiesta?», le pregunté, un poco por compromiso, para demostrar un cortés eco hacia aquella oscura

manía que parecía consumirlo. Y de repente se puso a explicar, reflexivo y sin interrumpirse, como si hubiese saltado un resorte durante muchos años trabado:

«Los duques... Nunca he sabido si eran duques... Primeramente he de decirte que él, el duque de Pantaleu, no sabía decir o no hablaba ni una palabra de catalán. Ni nadie parece saber cuál era su lengua, a pesar de que en los documentos encuentres de vez en cuando una especie de transcripción fonética de cosas que dijo.

»No sé si me he equivocado, pero pienso que podría haber sido griego. Como *aporon*, se lee en una ocasión, y, si fuese así, se escribiría *α-πορος*, que quiere decir más o menos 'sin camino'. Y otra vez creo que adivino *pararreo,* que sería quizá 'fluir, correr', o sea *παρα-ρρεω*. Y si también dijo entre otras cosas *εχυρος* o *exiros*, antes de morir, podría ser que hubiese recomendado a Elionor de Vadell que se mantuviese 'fuerte, firme'... Porque Elionor y Marc Maria de Vadell, el obispo, fueron siempre los intermediarios entre él y los demás. Intermediarios o simplemente traductores, pues tampoco diría que el duque fuese el rector de los otros dos... No sé. ¿Y quiere decir Pantaleu cinco islas, o es una superchería, inspirada en el nombre del islote del Pantaleu, frente a la Dragonera y Sant Telm?

»Marc Maria de Vadell era hermano del entonces propietario de Son Vadell, Lau. El hermano menor. E hijos ambos de Donat Vadell, implicado en el asunto de los naufragios que estudió aquel profesor norteamericano. Elionor era la mayor de los tres, y en 1756, cuando llegó al pueblo casada con el duque y en compañía de Marc Maria, tenía cuarenta y cuatro años. Había nacido, pues, en 1712. Su padre, Donat, que en 1737 tenía cuarenta y cinco, debía de haber nacido en 1692... Pero es hacia 1708 cuando muere Escolàstic de Capovara, dejando heredero a Onofre Vadell. Y que sepamos, este no tenía hermanos varones. Ni encontraron a su desgraciada hermana Margarida. Y de familiares del galeote Jaume Vadell tampoco nos han quedado referencias... Quiero decir que,

si lo estudias detenidamente, todo se complica, se enreda, y no cuadran datos ni nada. ¿De dónde salen estos Marc Maria, Elionor, su padre, ineludiblemente contemporáneos de Onofre Vadell? Uf... Forzosamente tienen que ser falsos los unos o los otros. O todos ellos. O cuanto ocurrió fue diferente a como puede ser reconstruido por la historia... O las fechas están equivocadas... Lo que, en definitiva, te lleva a un punto: sea como fuese, los cimientos de nuestra estirpe bailan, vacilantes...

»Hace años, yo buscaba las razones de las cosas, creía que uno se debía guiar por ideas, tener una línea... Pero ya solamente son los hechos los que me importan: todo lo demás es una especie de mar o de incendio, algo que lo es todo y que no es nada... Pero, detengámonos aquí, en el 1756, cuando aquellos tres personajes desembarcan en Andratx, en el Port, en un barco llamado *El Delfín.*

»Marc Maria tenía entonces cuarenta años justos, según el Registro de Canonjía de la Seo de Palma, donde estuvo como canónigo encargado de la pía limosna. Y entre los retratos que cuelgan de las paredes del palacio episcopal, hay uno que bien podría representarlo. Pone "Ilustrísimo Canónigo de la Pía Almoina", y fue pagado en 1741, uno de los tres años en que nuestro antepasado ocupó el cargo. Pero, claro, ¿fue hecho entonces? Eran frecuentes los casos de deudas inacabables, de pleitos, porque la Curia no pagaba cuadros, maestros de obras, cereros y hasta a los mismos canónigos y al obispo...

»Aceptemos que haya sido aquella su efigie: tiene una frente estrecha, simiesca, prácticamente formada por dos grandes arrugas, a pesar de lo joven que era entonces. Y unos ojos coléricos, los labios muy gruesos, sensuales. Parece un hombre tozudo, exaltado... vete a saber... Y obtuvo la canonjía no sé cómo, acaso por oposición, a pesar de que no haya ninguna prueba de ello. Porque, ¿qué influencia podían tener los Vadell para conseguirla por otro medio? También existe la posibilidad de que, siendo seminarista, o al principio de ser ya cura, trabara alguna amistad

importante... No lo sé. Me desespera ir de pregunta en pregunta, a ciegas entre tantas incógnitas. Una espina te corroe por dentro, parece que quiere llamar tu atención, que te pide que la extraigas. Y lo haces y no hay nada, salvo estos indicios como trucados, escurridizos... Y te digo una cosa: jamás lo aclaré ya. Me falta poco para morirme. Cuando pienso en ello, me degollaría: es tan absurdo, tan horrible... Me voy a la fosa sin haber encontrado ni una de las certezas que tanto he buscado.

»No sé si estaré en perpetuo sacrilegio, si he pecado contra el Espíritu... No puedo, no me lo puedo contestar, no lo sé. Y sospecho que ya ni me importa. Estoy fatigado, veo cómo me voy desmoronando. Y ¿por qué ha de ser inmortal mi alma? Alma, fe, vida sobrenatural: creí, y profundamente, en el dogma. Pero ahora, viendo cómo me acabo, y sabiendo lo que sé, el caos es lo único que me sobrecoge. Y ¿qué es lo que le pasaría a Marc Maria de Vadell?, que el *de* se lo puso al volver, así como él y los duques resucitaron la insignia de los Capovara, los tres auríferos caballejos al galope sobre el fondo negro. ¿Encontró, revolviendo los archivos de la catedral, papeles desconocidos referentes al final del Cisma de Occidente? Al final aceptado por Roma, quiero decir.

»Lo imagino transitando las grandes naves de la Seo, anhelante. Y leyendo en los gabinetes góticos a la luz de un cirio... Porque has de saber que a aquel canónigo de la catedral de Valencia que con el nombre de Clemente VIII fue elegido como papa en Peñíscola a la muerte de Pedro de Luna lo nombraron obispo de Mallorca. Se llamaba Gil Sancho Muñoz. Abdicó, voluntarioso o presionado, de todos sus pretendidos derechos a la tiara pontificia, depuso todas las excomuniones y condenas que Benedicto XIII había dictado contra Martín V, y, en pago de ello, le otorgaron nuestro obispado.

»Pero ¿creería en su interior que Luna era un falsario, y Martín de Roma, el papa auténtico? Tampoco lo sé. Solo está el hecho de que Marc Maria se embarca en 1743, dejando poco menos que súbitamente el cargo de limosnero, el cual incluso durante unos meses no pueden cubrir. Y debió partir con su hermana Elionor,

porque con ella volvió, después de haber vivido, presumiblemente, las mismas experiencias. Elionor, soltera, debía cuidar del canónigo, haciéndole como de mayordoma. Si no, es ilógico que saliera de Andratx.

»Bien, estábamos en cuando Marc Maria se va. Y si pienso que Vadell fuera encaminado por algún secreto legado de aquel Clemente VIII-Muñoz es porque, en 1760, tres años después de haber vuelto, fue presentada contra él al vicario general y a la Inquisición una extraña y grave denuncia: se lo acusaba de ser el autor de un libro en latín titulado *Introito ad anima Dei,* que defendía proposiciones heréticas. Pero no pudieron probar que el "Benedictus Johannes" que lo firmaba fuese él. Fíjate, sin embargo: Benedicto Juan, Benedicto XIII y aquel cardenal que nombró y que se llamaba Jean, Juan, Carrier... y Vadell, que en el curso de los trece años en que fue de un lugar a otro sin saberse bien detrás de qué, embarcó y desembarcó varias veces en Marsella, anduvo mucho por las costas del Ródano, frente a Aviñón. La tripulación de *El Delfín* era toda marsellesa, por ejemplo.

»El libro no ha subsistido, pero es posible hacerse una idea de su contenido a través del proceso instruido. Parece haber sido inspirado por una confusa mezcla de teología maniquea, y hablaba de la imposibilidad del hombre para escapar del mal, pues los enemigos del alma no son demonio, mundo y carne, como enseña la doctrina, que el diablo nada tiene que ver en todo esto: que mundo y carne son dos de las tres partes que tiene el hombre, y la otra es el alma. Pero como que dos partes pesan más que una, el hombre no puede evitar el caer. Así, el Reino de Dios, el alma, no triunfará sobre la Tierra mientras el mundo y la carne no sean eliminados. Y solo una generación consciente, plena de gracia divina, conseguiría el milagro: esterilizando a hombres y a mujeres y destruyendo así la sociedad —ciudades, dinero, honores—, los seres se convertirían a la errabundez libre y pura, y la Tierra, en un nuevo y purificado Paraíso terrenal. Y el fin del mundo sería así inmediato, con lo cual Dios, en el Juicio Final, tendría con esos

seres las únicas almas limpias que ha habido, y podría entonces construir una nueva Creación.

»Y quien vendría en los últimos días no seríaa Satanás, o el Anticristo, que este ya no tendría razón de existir, al haber sido extirpado el pecado, sino un hasta entonces desconocido enviado de Jesucristo, que está siempre a nuestro lado, pero invisible, y que sería elegido papa y jefe de todos los Estados, y reinaría en la nueva Creación... Un *papa oculto,* se lee textualmente en uno de los papeles...

»Una de las frases transcritas dice: "El ser humano es como un hombre que en una noche de lluvia camina a oscuras y chapotea en fangosos regueros, y que siente cómo lo rozan las alas de un pájaro cálido y suave al que desconoce, y continúa calado y lleno de barro". No sé...

»Pero más tarde lo acusan otra vez: ahora de haberle escuchado, dentro de la iglesia cerrada, proferir indeterminadas blasfemias contra el papa... Los denunciantes, vecinos de Andratx, no supieron formular, sin embargo, su contenido. Esto ocurría en 1762. De todas formas, fue abierta una más amplia investigación sobre Marc Maria de Vadell.

»¿Era obispo? Recuerda: había vuelto a Andratx en 1756. Y seis años más tarde, cuando el proceso, exhibe una bula, un nombramiento, etcétera, de digamos prelado doméstico emanado directamente del papa Benedicto XIV en 1758, precisamente el año de la muerte de este. Pero al volver ya se hacía llamar obispo de San Juan de Acre... Lo que él explica diciendo que el santo padre lo había nombrado primero solo *in pectore*, debido —y yo no me explico que sea ninguna razón— a que lo había enviado como legado oculto —*oculto*, y el papa se llamaba también Benedicto y XIV: como Carrier se hizo llamar— a Palestina para negociar con el emir Daher el Omán, al que encontraría en San Juan de Acre, la devolución del Santo Sepulcro a los cristianos. ¿Fue así?... Todo lo de Marc Maria queda colgado, sin poderse comprobar con claridad, a pesar de que vayan y vengan jueces episcopales,

inquisitoriales... Revisan su biblioteca, donde encuentran libros raros que hablan siempre de lo mismo: un hombre nuevo. Locuras sobre criar hormigas y abejas en Hungría y con ellas alimentar a una raza elegida, y de si la Naturaleza, Dios y la Tiniebla son lo mismo... Después de muerto el cuando menos canónigo de Vadell, todavía rebrotaron estas alucinaciones a través de una tal Mariona de Vadell, que tuvo problemas con la Inquisición por cuestiones que ahora no son del caso...».

Para saber que el «delfín» del cual hablaba Mariona era *El Delfín* de Marc Maria de Vadell tuve que esperar a la muerte del vicario. Que aquel día en que me explicó la inestable historia del obispo quería y dolía: sugería, sin acabar de volcar afuera todo cuanto le preocupaba hasta el desasosiego... Mientras, yo le observaba alarmado, convencido de que la razón ya le faltaba. Un día me espetó que por qué teníamos que trabajar si con ello no hacíamos más que obtener medios para alimentar el cuerpo, función tan obscena como la de defecar.

«Pero la revuelta —continuaba— se lo llevó todo: investigaciones, el aleatorio ducado, todo... Ocurrió en 1765. Uno de los argumentos a favor de Marc Maria ante el tribunal eclesiástico había sido el de que sus denunciantes eran deudores de su hermana Elionor. Porque los duques, que parece indudable que tenían mucho dinero, al día siguiente de desembarcar comenzaron a hacer obras en Son Farriol, a comprar tierras, a conceder préstamos a un interés draconiano, y organizaron una especie de pequeña compañía armada, a su servicio, comandada por un liberto oriental —¿griego, turco?— al que llamaban capitán Dako. Y todo en estrecha alianza con el obispo de Vadell.

»No hubo nada de ataque de moros, como explicaba la Fiesta de los Valerosos Duques. La tradición o unos intereses lo fueron sublimando todo... Lo que pasó fue que los campesinos, más de medio pueblo, extorsionados hasta el máximo, prácticamente

obligados a rendir vasallaje feudal a los duques, ya sea bajo la amenaza de la compañía de Dako, ya a causa de tener las manos atadas por los préstamos, se rebelaron rabiosos.

»Era una tropa, una ola, de hombres hambrientos y flameantes la que avanzaría por la rastrojera, blandiendo lanzas y guadañas, la hoz, la antorcha encendida... Marc Maria de Vadell estaba celebrando misa cuando le avisaron de la multitud que subía cantando a la muerte. Resistió dentro del templo, pudo escabullirse después. Y, habiendo acabado el proceso instruido contra los campesinos, exactamente después de que Elionor tomara justicia por su mano, quizá espantado, desapareció: *El Delfín* zarpó del Port, difuminándose Marc Maria por siempre jamás... Y cuando el asalto de los campesinos a Son Farriol —que arrasó la finca, pues prendían fuego a los muebles, Dako y sus hombres fueron decapitados, martillaban las paredes, mataron a todos los animales domésticos—, el duque fue clavado en la puerta de la casa.

»Lo tendieron sobre la madera, con clavos gruesos lo clavaron por las manos, por los pies, despatarradas las piernas: gritaba y pronunciaba una extraordinaria cantidad de palabras que nadie entendía, y los campesinos reían y arrastraban desde dentro a Elionor de Vadell, desgarrado ya su espléndido vestido bordado en rubíes e hilos de seda traídos de la China...

»Vestido que llevaba puesto, y sin haber cosido ningún roto, aquel día en el Torreón de la Fe: compró al lugarteniente general Zeplien, que mandaba las tropas del rey que acabaron con la revuelta, e hizo sacar de la prisión a los campesinos convictos de haber participado en el asalto, y que temían ser llevados a Palma para juzgarlos; mandó que los situaran delante del torreón. Elionor, fajada, con toda la entrepierna desgarrada, se había hecho instalar en lo alto de las almenas, en una litera lujosamente endamascada. Noventa y siete eran los prisioneros.

»Y Elionor, esquelética e impulsada por el aguijón del recuerdo de cuando el grupo de hombres, barbudos, enloquecidos, sucios, invadió tumultuosamente su dormitorio enarbolando horcas y

márcolas, y untaron con manteca su sexo ya seco para violarla todos, uno y otro y otro, Elionor dirigía majestuosa la venganza: a golpes de espada, los campesinos eran capados, y mientras se revolcaban o morían aullando, el pueblo, allí reunido, tenía que comerse los testículos, que cocían en una gran caldera de aceite hirviendo...».

Fui yo quien huyó para no vomitar, harto de aquel viejo ensimismado, que había perdido ya la noción de la realidad... Se lo dije, áspero. Y rompió a llorar. Y era como si llorase para él solo, ausente a lo que lo rodeaba, preguntándose qué tenía que ver lo que era él entonces, un cuerpo vacilante y un cerebro a ratos disuelto en acuosidades, con el que había sido de niño, de joven, y también con el hombre maduro que fue:

«Correr detrás de un conejo por el monte, leer con escalofríos de placer los Evangelios, sentir la frescura de las noches de verano, sufrir y sustituir, sometiéndolo, el deseo carnal por la mística alegría del celibato victorioso... Lo que he sido ya no lo soy: todo ocurrió, pero no al que soy yo ahora, sino a un Dionís que ya nada tiene que ver conmigo...

»Únicamente siento mía, abrazada a mí, una imagen futura: la del coche mortuorio por la cuesta de los tilos... Y dejo atrás, solo medio hilvanado, como todos los que me han precedido, lo que quizá un día tú o algún otro acabaréis de reconstruir...».

Obispo de San Juan de Acre... Estuve, en Acre, hace unos años para dar una conferencia precisamente sobre la Inquisición y los judíos de Mallorca. Mi libro *Los chuetas mallorquines. Siete siglos de racismo* ha sido muy difundido en los ambientes israelitas... La había organizado la asociación de la juventud obrera y estudiante,

la Hanoar Haoved Vehalomed, que tenía el local junto a la mezquita de Ahmed Pachá el-Jazzar, donde a mí me gustaba ir dejar fundirse el tiempo sentado en su jardín, ante la fuente de las abluciones... Y caminar por las murallas, aquella geometría de la fuerza, que se reflejaban en la mar. Los minaretes hendiendo el cielo. Almorzaba pescado a la plancha, cerca del mar, en un rincón de silencio, bajo una higuera que brotaba del colosal muro... Y había ido al mar Muerto, encerrado, pálido, quieto, con las grandes bandadas de cuervos que revoloteaban.

Me perdía por el mercado árabe... En mi cerebro, galopaban caballeros templarios, teutónicos, capitaneados por príncipes y obispos y san Luis rey de Francia, conquistando palmo a palmo los rubios arenales de Palestina, infligiendo la derrota a los infieles de la Media Luna y prosternándose, fervientes, bajo el signo de la Cruz... Y bajaba a la cripta de San Juan, a las galerías subterráneas de los Cruzados: lúbricas codicias internas habían entronizado a Balduino IV, el monarca leproso, y el gran maestre del Templo, Jacques de Molay, fue quemado por sodomítico y satánico trato con Oriente, aquí, al lado de estos sauces, en este recodo del Sena grisáceo, un poco más abajo de mi apartamento de la Bûcherie... El Reino de Jerusalén fue descuartizado.

Al volver un día al hotel, ya al atardecer, con los recortes de prensa que alababan mi conferencia, el conserje me dio un paquete. Lo abrí: había dentro un racimo de tres naranjas. De momento, no supe a qué venía eso. Cuando de golpe la cabeza pareció que me estallaba: el Amor de las Tres Naranjas, y solo con una persona me unía a mí aquel vínculo ilusorio y recóndito.

Trastornado, pensando en mi padre, pregunté al conserje quién había traído el paquete. No lo sabía: lo había recibido su compañero, cuyo turno acababa a las seis de la tarde. Y a cuya casa fui de prisa: el portador había sido un marinero, un hombre con una gorra que decía «Spátha». Corriendo, me dirigí al pequeño puerto de Acre: solo había barcas de pesca y algunos yates. Pero un policía me indicó que fuese a los enormes muelles de Haifa,

al otro lado de la amplia bahía, donde atracaban navíos de todo el mundo.

Tengo grabada aquella tarde... La luz se diluía en una oscuridad tenue, como si de la mar dormida, semejante a una lámina de cinc, avanzase una tierna respiración. Era sábado y el puerto de Haifa era un campo de soledad, como un paisaje soñado, con las gigantescas grúas apuntando al cielo, opalino, ligeramente rosa a poniente. Y a medida que iba yo avanzando lentísimo con el taxi, leyendo el nombre de cada nave, el agua, cerca del muelle, comenzaba a centellear con las luces primeras que se encendían, como flores, en la joroba de monte Carmelo.

Al fondo de la bahía humeaban las altas masas cónicas de la refinería, y al norte se recortaban, vagas en el crepúsculo, las murallas de Acre, adonde debía yo volver...

De pronto, el taxista me señaló con el índice: *Spátha* decía, con unas letras blancas sobre el casco negro, desproporcionadamente largo, y que con parsimonia, casi inaudible el motor, iba separándose del muelle, adentrándose por estribor en el agua sedosa, muerta. En cubierta, dos marineros enrollaban maromas. Y apoyado en el puente, bajo una débil bombilla, se divisaba la silueta de un oficial, gruesa, el rostro invisible bajo la visera de la gorra.

Salté del taxi, grité en dirección al barco, agitando el brazo. No sé qué decía, supongo que «padre», «Antoni de Vadell», «Amor de las Tres Naranjas», no lo sé... El oficial me voceaba también algo que no entendí: el *Spátha* se alejaba, el rumor del motor crecía...

Allí de pie, delante solo tenía eso: un barco de hierro, de unas quinientas o seiscientas toneladas, hundido el casco hasta la última marca a causa de la carga, altiva y aguda la proa, un castillo de popa robusto. Y al día siguiente fui a la Comandancia del puerto: toda la dotación del *Spátha* tenía nombres griegos.

Todo yéndose... El último día que estuve en Andratx, un vacío astral parecía haberse apoderado de todo. El otoño dominaba el pueblo, con la cenicienta lividez del frío. Los árboles, desnudos ya, parecían garabatos de carbón. Otros todavía conservaban una

moribunda suntuosidad de cobre. La iglesia se perfilaba, igual a si solo fuese ya una petrificación, como si desde hacía siglos no hubiese resonado dentro de aquel ámbito voz o gesto alguno.

Volví a pasar por Son Vadell. Me senté en el patio, al borde del pozo. La cadena estaba oxidada y por el agujero, profundo, ascendían guturales unos ruidos indefinidos. No habría nada de agua... La torre, rectangular, parecía que fuese a precipitarse, desnuda y sólida, sobre el patio. Y de los escondrijos de entre la hierba irrumpían escuadrones de murciélagos, que, como salpicaduras de sombra, revoloteaban con electrizada y laberíntica rapidez, dispersándose, diluyéndose todo en la espectral claridad de la tarde que sucumbía...

Y me levanto, en el apartamento de la Bûcherie, y doy unos pasos como un autómata: debe parecer que resucito, que salgo de la tumba. Recuerdo unos versos de James Thomson:

> *He visto fantasmas que eran como hombres*
> *y hombres que eran como fantasmas deslizarse y deambular...*

Ensimismado con tanta alborotada aparición, tengo el cerebro espeso, me encuentro desfallecido de fatiga. Al mismo tiempo que los nervios, el cuerpo todo se me rebela, los tendones en dolorosa tensión.

Ni he almorzado... Y de repente me acuerdo de Zaida: miro la hora y dentro de treinta minutos tengo que estar en el drugstore de Saint-Germain-des-Prés. La he invitado a cenar. El hambre, las exigencias del imperio de la subsistencia, es lo que me indica el camino de la vida, sí, de mi vida, y me aparta de este neurótico aniquilamiento secular que me ronda... Ya son las ocho. Debo apresurarme y procuro afeitarme de un zarpazo. En el espejo, me veo las cuencas de los ojos hundidas, oscuras. Un repentino vahído me hace vacilar...

Pero la imagen de Zaida tira de mí, me retorna. Me lavo las axilas, me rocío de desodorante. Esta mañana, después de pagar la Contribución a las relaciones de la Orden de la Merced con los mercados de esclavos de África del Norte y de redenciones llevados a cabo por Ella *al hombre de la perilla rojiza, al dar la vuelta, he chocado violentamente con aquella chica árabe, que ha caído de espaldas sobre un mostrador de libros y pósteres, yendo ella y todo el papelamen a tierra. Me he excusado, la he ayudado a levantarse, y después, juntos, hemos recogido todo el material, poniendo la mesa otra vez en orden.*

Mientras, íbamos conversando. Es de Túnez y estudia Historia en la Sorbona. Ha mirado el libro del fraile Santaló. Le ha interesado enseguida, porque hace la tesis de licenciatura también sobre la piratería, pero a la inversa: estudia las incursiones y los cautivos hechos por los cristianos sobre la costa magrebina. «Algunos de mis antepasados fueron esclavos en Mallorca y Cataluña», dice. Le hablo de los míos, conducidos Mediterráneo abajo hacia la morería. Y nos hemos reído: los tiempos ya no son los del galeote Jaume Vadell... Le he ofrecido prestarle el libro, después de leerlo yo. Y entonces ya me había dado cuenta de que sus labios son gruesos, una espléndida carne color cobre. Ha sido cuando le he hablado del drugstore.

Bajo la escalera, con esos escalones de madera gastadísimos, que crujen como si fueran a hundirse. El pasado debe morir porque, realmente, está muerto. Quiero alejarme del pueblo, de la familia, romper con toda esta procesión de fantasmas. Cenaremos y para postre pediré dos barrocos, coloridos helados con whisky. Quiero sentir una amplia vaharada de alegría mirando los ojos de Zaida. De alegría y de notar cómo crece en mí, cómo la llena a ella, lozano, el deseo. Y ganas, también, de olvidar la podredumbre. Que ya no sé si verdaderamente existe o si solo soy yo quien la lleva clavada dentro. Pero que, lo sé, con voluntad puedo cortarla. Como lo hice en Andratx, en el último viaje, en casa del notario, el cual después de leerme el testamento del tío Dionís me entregó un sobre que el vicario había también dejado para mí. Y que ponía, al pie de mi nombre:

«Te lo entregarán al estar yo muerto porque contiene otra herencia, oculta, que has de recibir en soledad, hacerla tuya como la hice yo hace muchos años, y...». Instintivamente, rompí el sobre sin abrirlo. Con una cerilla, encendí los trozos: la minúscula llama dispersó los viscosos, tentaculares resurgimientos que la palabra oculto, *como mágica fórmula de tinieblas, parecía haber invocado...*

Camino, inclinado el paraguas. La lluvia ha amainado un poco, los faroles flotan vagos y mortecinos. De reojo, veo Notre Dame, las gárgolas vomitando el agua a chorros... Las gárgolas que ya estaban aquí cuando Jaume Vadell asaba erizos en la Dragonera, que todavía estarán cuando ni de Zaida ni de mí canten ya gallos ni gallinas... Por un instante, parece que me estoy viendo desde fuera: un hombre bajo un paraguas, por el Quai Saint-Michel, un crepúsculo de otoño. Prácticamente, nada. Sí, pero con algo que ahora mismo está venciendo todas las fantasmagorías: soy yo, que voy hacia los labios y los muslos y los ojos de Zaida.

Vallvidrera-Sant Telm-Vallvidrera, 1971-1975

LOS LIBROS RESCATADOS

Dirigida por
BASILIO BALTASAR

ANTOLOGÍA **PORCEL**

Las manzanas de oro

Caballos hacia la noche

Difuntos bajo
los almendros en flor

Los argonautas

Ciclo de Andratx:

Solnegro

La luna y el Cala Llamp

Los alacranes

***

El narrador, que vive en París, encuentra en una librería de viejo un volumen que llevaba tiempo deseando y con el que intenta conectar la genealogía de su estirpe: los Vadell. Desde ese momento, se lanza a contarnos su historia. Los sucesos agitados de los protagonistas sucesivos chocarán con la realidad de su tiempo y los vaivenes de la historia. En *Caballos hacia la noche* encontramos, por tanto, un *Decamerón* de sucesos familiares, que recorren países y siglos. Las hay de todo tipo: desde las luchas fratricidas a las intrigas vaticanas, desde las conquistas del Mediterráneo a las venganzas personales, del incesto al canibalismo.

Al final de la narración, obtenemos el mosaico del comportamiento de una familia que te lleva, sin que el autor lo haga explícito en ningún momento, al pesimismo sobre el tipo de animal que somos. En un pasaje de la novela, Baltasar Porcel hace decir al narrador: «En Son Vadell, en lugar de vivir de abrazos, lo hacíamos de rechazos». Creo que la frase resume muy bien el espíritu de esta lectura.

Rafael Ruiz Pleguezuelos

JDB BOOKS

ISBN 978-84-123601-2-7

9 788412 360127